araucaria
de Chile

N.° 4 1978

ANIVERSARIO

ARAUCARIA ha cumplido un año de vida. Cuatro números no es una cifra impresionante, aunque con ella franqueamos el tradicional y fatídico umbral de los tres ejemplares de una nueva publicación. En el curso de esta corta existencia hemos intentado llenar los objetivos que nos propusimos desde nuestra primera entrega. Los problemas teóricos y prácticos de la cultura chilena y latinoamericana han constituido nuestra preocupación dominante y es justo evocar, una vez más, la palabra solidaridad para dar cuenta de parte substancial de lo realizado. La colaboración de brillantes intelectuales latinoamericanos nos ha permitido —y entendemos que nos seguirá permitiendo— extender nuestro campo de reflexión hacia la totalidad de nuestro continente.

¿La recepción de esta faena de más de doce meses? Múltiples comunicaciones nos llegan desde el interior y desde todas las regiones del mundo hacia donde el vendaval reaccionario dispersó a nuestros compatriotas para confirmarnos que ocupamos un espacio necesario. Día tras día la crítica fraternal nos ayuda a ganar conciencia de nuestras limitaciones y defectos. Mejoraremos, pues nuestros oídos nunca desertarán del alcance de estas voces.

El balance de este aniversario no es por entero positivo. Hay un deber fundamental: aún estamos lejos de nuestra patria. En los últimos meses, la tiranía ha reafirmado el rabioso designio de su proyecto fascista con dos arremetidas de una estrategia concertada: impedir el retorno de los exiliados y erradicar de la vida pública la más mínima huella de un movimiento sindical independiente. El duro combate que libran las fuerzas democráticas del país por restaurar la convivencia pluralista es nuestro combate.

Entre sus planes, ARAUCARIA se propone continuar profundizando el análisis de los rasgos esenciales de la formación económico-social de Chile, de su pueblo, de sus instituciones, de sus ideas en el contexto de América Latina. Aspiramos a hacer converger en torno a esta tarea las opiniones de los más amplios sectores del pensamiento antifascista. Tenemos la certeza de que seguirá llegando a nuestra mesa de trabajo su estímulo y su apoyo.

SUMARIO

NUESTRO TIEMPO

Luis Maira: *Elementos de la crisis política chilena* ... 7

EXAMENES

Alexis Guardia: *Feudalismo o capitalismo en la historia colonial de América Latina* ... 35
Manuel Ipinza: *Fascismo y desnutrición en Chile* ... 59

LA HISTORIA VIVIDA

Carlos Orellana: *Primer mes* ... 81

TEMAS

Volodia Teitelboim: *O'Higgins, 200 años después* ... 93
Jaime Concha: *Testimonios de la lucha antifascista* ... 129
Antonio Skarmeta: *Narrativa chilena después del golpe* ... 149

TEXTOS

Roberto Fernández Retamar: *Hace dentro de veinte años* ... 171
Alicia Gamboa: *No cualquiera* ... 175
Pablo Neruda y Alma Akmadulina: *Diálogo* ... 182
Sergio Villegas: *Historias de monos* ... 185

LOS LIBROS

Luis Bocaz: *Lectura de «Algo de mi vida», de Luis Corvalán* ... 199

CRONICA

Carta de los intelectuales chilenos (Pedro Miras) ... 208
Coloquio sobre literatura latinoamericana (Mary Axtmann y Patricia Guzmán) ... 210
Chile en Madrid (L. B.) ... 213
El Premio Nacional de Literatura (Soledad Bianchi L.) ... 215

NOTAS DE LECTURA

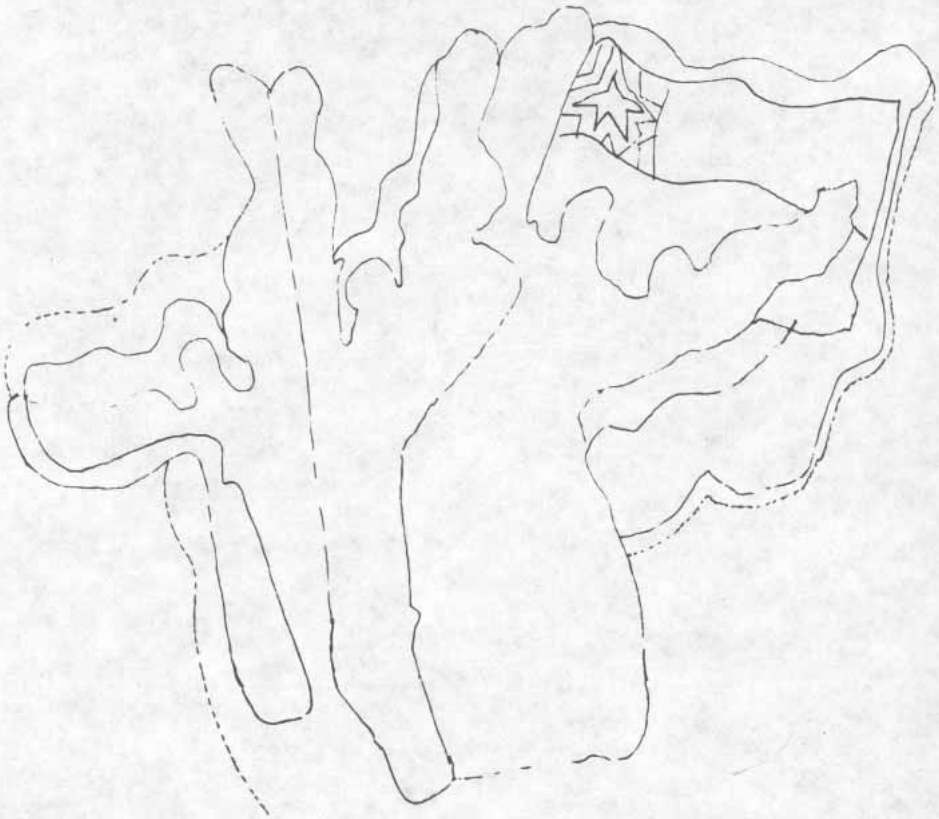
Chile 1970-73. Lecciones de una experiencia ... 216
Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis ... 218
Chiesa o golpe chileno: la política della Chiesa da Frei a Pinochet ... 221
Los poetas chilenos luchan contra el fascismo ... 223
«Andrés Bello», revista de literatura y arte ... 224

ECOS ... 226

26. 6. 15

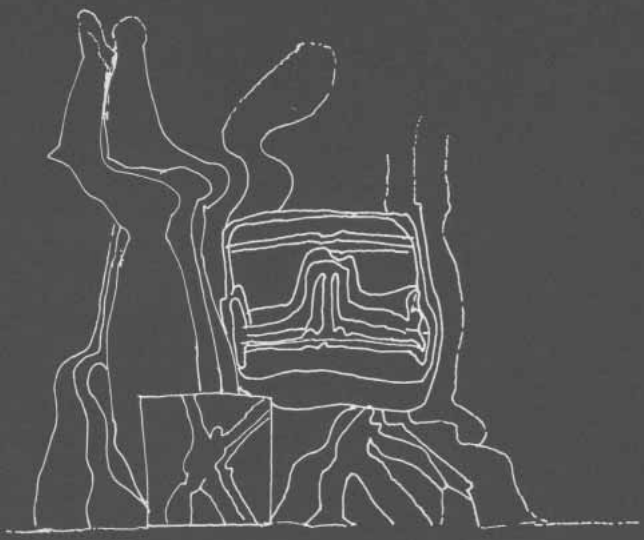
Empiezan a aparecer las moscas en los dibujos.

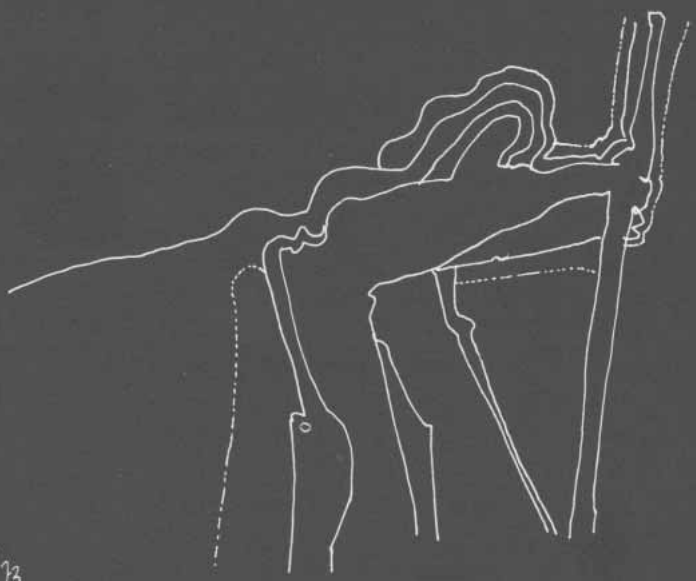
Son el aire contaminado que respiramos, la sangre pisoteada y la mentira, la vergüenza de los que nos visitan, el tatuador repugnante, los monstruos del odio, la soledad en que quedan los verdugos.



26.7.73

Guillermo Núñez





25.7.73

ELEMENTOS DE LA CRISIS POLITICA CHILENA

LUIS MAIRA

Cuando en algún tiempo futuro se realice el balance definitivo del gobierno de la Junta Militar chilena, que encabeza el general Augusto Pinochet, 1978 será, con toda seguridad, un hito muy importante. Tras disfrutar durante más de cuatro años de un control político efectivo y de barajar las ofensivas y ataques de sus múltiples adversarios, Pinochet, de una forma sorprendentemente acelerada, ha perdido en pocos meses la iniciativa y el manejo de la situación, lo que plantea interrogantes serios respecto a su relevo del gobierno.

Los sucesos recientes de Chile confirman una experiencia que ya insinuaban otras situaciones del Cono Sur de América Latina: la de la diversidad del curso de las crisis políticas de los regímenes militares. Hace algunos años, precisamente cuando el modelo político ensayado en Brasil desde 1964 se generalizara a la mayoría de los países del área meridional de América del Sur y llegara a incluir a Bolivia, Uruguay, Chile y luego Argentina, el énfasis de los analistas consistía en subrayar los elementos comunes, tanto de tipo político como económico, que aproximaban estos diversos proyectos entre sí; se podía registrar que en todos los casos las Fuerzas Armadas llegaban al poder en virtud de golpes de Estado decididos «institucionalmente», con el propósito de permanecer en el gobierno por un período muy prolongado (de acuerdo a la ya famosa frase del general argentino Juan Carlos Onganía, «las revoluciones militares no tienen plazos, tienen objetivos»). Un punto de aproximación fundamental era la adhesión de todos los regímenes resultantes a la

doctrina de seguridad nacional, que, originalmente elaborada en los Institutos Superiores de las Fuerzas Armadas norteamericanas, había sido «nacionalizada» por algunos teóricos militares de la región, como los generales Golbery do Couto e Silva en Brasil, Osiris Villegas y Benjamín Rattenbach en Argentina y Augusto Pinochet en Chile. El planteamiento de todos ellos había sido insistir en la necesidad de enfrentar la nueva coyuntura nacional e internacional con un aumento de las funciones y actividades militares explícitas, como la única forma de evitar el triunfo de la subversión marxista y de afianzar el proyecto de civilización occidental ligada al «mundo libre», que, en concepto de los mandos militares, correspondía a nuestros países adoptar.

La llegada al poder de los militares en el Cono Sur representó así una decisión de proyecciones estratégicas. Si ellos tomaban el gobierno era para remodelar la sociedad nacional, extirpar fuerzas disgregadoras (todas las que se alinearan o hicieran el juego a los intereses de la Unión Soviética y el comunismo internacional); para eliminar instituciones y formas de organización política anteriores (tales como la democracia representativa y el juego abierto de partidos políticos que acababan por debilitar el Estado y dividir a la nación). Pensaban que al ganar la guerra interna permanente estaban haciendo una contribución indispensable en la confrontación de civilizaciones que había adquirido una dimensión mundial.

No puede extrañar entonces que existiendo una identidad de diagnóstico en torno al problema central de nuestro tiempo y un núcleo teórico común que sólo precisaba reajustes para cada caso nacional, las opciones políticas y el modelo económico escogidos se caracterizaran por su similitud. Como se ha señalado correctamente en un análisis realizado hace poco, en Chile «la doctrina de seguridad nacional le da a las Fuerzas Armadas una concepción de sí mismas como las depositarias últimas del destino de la nación; las garantes supremas de la unidad nacional amenazada; el baluarte por encima de las divisiones de grupos de la sociedad civil, y les da también un rol mesiánico activo y práctico de salvación de la nación ante la crisis que amenaza con desintegrarla» [1].

Sin embargo, de la misma forma que en el período de instalación de las dictaduras militares del Cono Sur el punto básico era la unidad y semejanza del modelo político, los diferentes desarrollos de éste han acabado por privilegiar las particularidades de cada formación social y de cada sistema político. Hoy día, cuando el proyecto común de instauración de un «Estado con ideología de seguridad nacional» comienza a desplomarse, la caracterización y el ritmo de la crisis política en cada país pasa a estar condicionada básicamente por el comportamiento de los diversos segmentos que integran cada burguesía nacional; por la capacidad de recuperación del movimiento

[1] *Seguridad Nacional y Régimen Militar,* documento editado por la Vicaría de la Solidaridad, Santiago de Chile, junio de 1977, p. 21, mimeografiado.

popular y su nivel de acumulación de fuerzas; por el grado de autonomía de la Iglesia Católica para criticar los errores o excesos de cada gobierno; por el análisis de cada caso nacional que efectúa el gobierno de Estados Unidos y, en particular, el Departamento de Estado, o por la cohesión que presentan los diversos cuerpos de oficiales en las distintas ramas de la defensa nacional. Es a estos elementos concretos de cada situación particular a los que hay que referir la atención en un análisis encaminado a establecer la posibilidad de que uno de estos gobiernos se desplome.

1. Las claves del poder político de Pinochet

En el caso de Chile cabe, pues, preguntarse: ¿cuáles de los factores que contribuyeron a dar una relativa estabilidad al régimen de Pinochet hasta 1977 son los que se han modificado, originando la crisis actual? A este respecto cabe anotar que prácticamente desde sus orígenes la Junta Militar chilena debió hacer frente a un cuadro de aislamiento internacional e interno, el que ha llegado a ser un elemento casi estructural de su gestión. La forma misma en que se produjo el golpe de Estado de septiembre de 1973 y la muerte del presidente constitucional Salvador Allende conmovieron a la opinión pública internacional y originaron un movimiento de solidaridad con el pueblo chileno que sólo encuentra paralelo en el que, en su hora, apoyó a la República española, la Revolución Cubana o la lucha de Vietnam. En este bloque, además de los países del área socialista, con la sola excepción de la República Popular China, se situó la inmensa mayoría de países de Asia y Africa, casi todos ellos integrantes del movimiento de países No Alineados; el conjunto de los gobiernos europeos dirigidos por partidos socialdemócratas o demócratas cristianos; los gobiernos de Australia y Nueva Zelandia en Oceanía, a la vez que, luego de las elecciones de noviembre de 1976, se retiró el apoyo del gobierno norteamericano a la Junta de Santiago, lo que arrastró a la misma actitud a Japón y Francia. En toda la historia política de América Latina nunca un gobierno de la región había recibido tantas condenaciones formales como las que ha afrontado el gobierno de Pinochet. Durante cuatro años seguidos, la Asamblea General de las Naciones Unidas ha aprobado resoluciones de condenación a la política del gobierno chileno con el respaldo de un número superior a 95 países. Se ha designado una comisión especial para investigar las violaciones de los Derechos Humanos y se ha constituido un fondo de ayuda a sus víctimas. Prácticamente la totalidad de los organismos internacionales especializados de la ONU han condenado a la Junta Militar chilena por las acciones que desarrolla en el campo técnico de ellos, lo que ha originado verdaderos procesos particulares por violaciones de los derechos laborales, política represiva en el área de la ciencia y la cultura, o por violaciones de los derechos de la infancia y la niñez. A esto se ha sumado la

ruptura de relaciones diplomáticas o comerciales, el retiro temporal de las misiones diplomáticas, el embargo de la venta de armas, la cancelación de los programas de asistencia técnica o la suspensión de los planes de ayuda financiera por parte de numerosos gobiernos de la más variada orientación ideológica. En pocas palabras, Chile ha pasado a vivir como país una situación que le resulta particularmente insólita en función de su tradición anterior, caracterizada por la pluralidad y calidad de las relaciones con todos los bloques geográficos y políticos y por un prestigio e influencia internacionales comparativamente muy altos si se atiende a su ubicación geográfica y a su escasa importancia económica.

En cuanto a la correlación de fuerzas internas, las cosas no anduvieron mejor para el general Pinochet, que ha visto reducirse sistemáticamente la base de apoyo de la Junta Militar. Pero este hecho no sólo tiene explicaciones puntuales, sino que se puede justificar por dos factores de fondo: la naturaleza del proceso que precedió al golpe militar y la actitud del propio jefe de la Junta frente a las bases sociales de apoyo del mismo.

Es conveniente subrayar la profunda contradicción que existió entre la retórica que durante más de dos años incitó al derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular y los principios que acabaron por inspirar al actual gobierno. Todo el proceso de agitación y acumulación de fuerzas de la oposición a Allende se fundó en una retórica «democrática». Las ideas fuertes de esa campaña eran «defender la libertad de los chilenos», «salvar a Chile de las garras del marxismo» o «asegurar la continuidad de la democracia».

Dicho factor fue el que permitió la constitución de un frente social bastante amplio en que participaban los partidos de derecha y centro. Funcionalmente, en la combinación que ambienta el golpe, los grupos de derecha, el Partido Nacional y Patria y Libertad definen la línea y colocan los «objetivos mayores», en tanto que la Democracia Cristiana suministra la masa y aporta, con su respaldo, la legitimidad de que por sí mismos carecían los sectores más reaccionarios para plantear el derrocamiento del gobierno de Allende [2].

[2] Un análisis particularmente penetrante respecto al papel desempeñado por el Partido Demócrata Cristiano en las etapas que precedieron al golpe de estado de septiembre de 1973 es el que realizara Radomiro Tomic, ex-candidato presidencial de ese partido en 1970, en la reunión del Consejo Nacional de la Democracia Cristiana, efectuado en Santiago el 7 de noviembre de 1973 y que se publicó bajo el título *El PDC antes y después del 11 de septiembre*. Allí Tomic sostiene que el debate político de su partido en esa etapa «no se hizo en función de personas, sino de criterios políticos claramente disímiles sobre: *a)* La naturaleza de la amenaza principal que pesaba sobre la democracia chilena, y *b)* Sobre el tipo de política que correspondía a la DC frente al gobierno de Allende y la Unidad Popular».

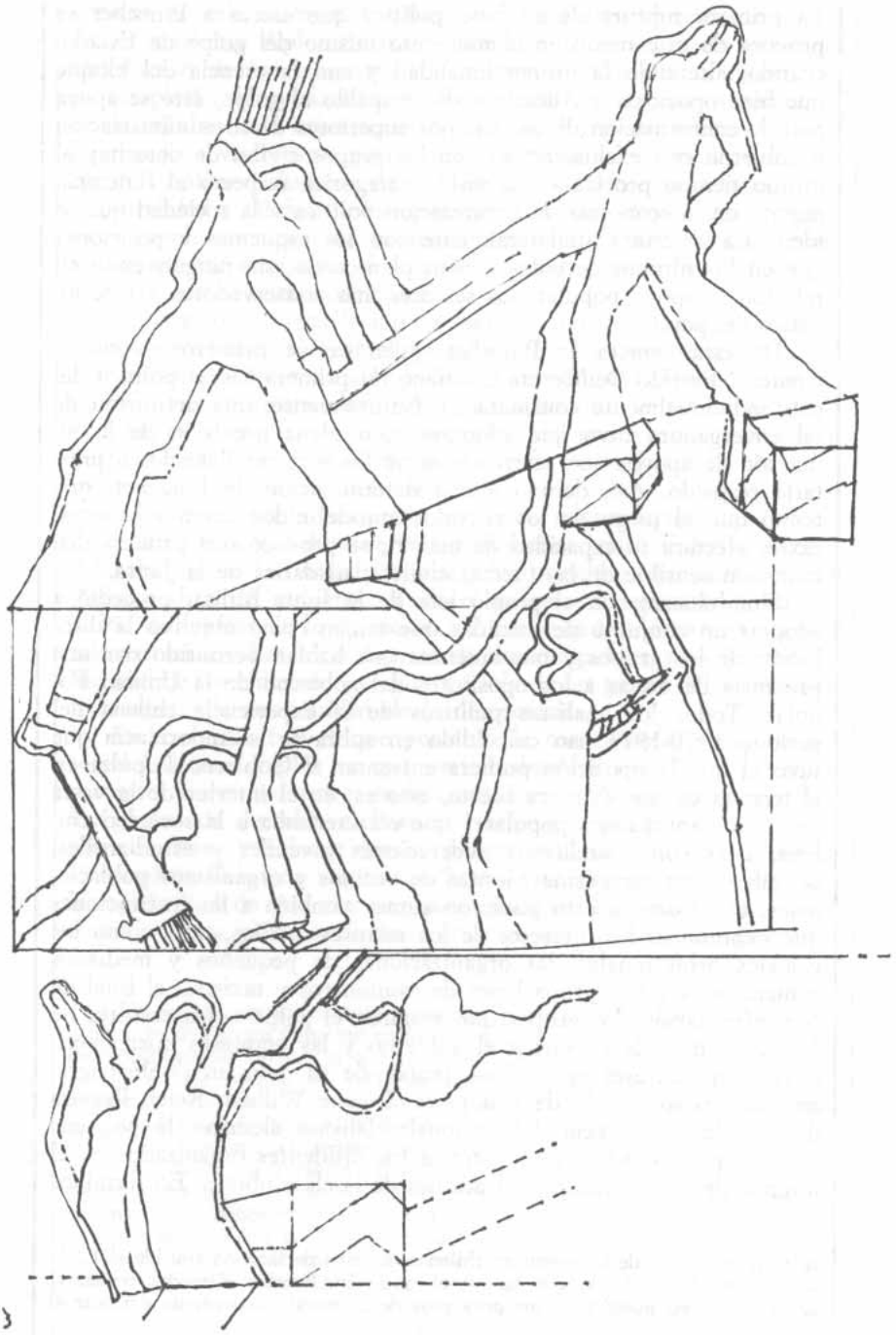
La línea que predominó en la última junta nacional realizada por este partido en condiciones democráticas, en mayo de 1973, recibió un 55 % de apoyo interno y confió la dirección al ex senador Patricio Aylwin, quien entonces estimaba que «la amenaza de una inminente dictadura marxista-leninista es la prio-

La primera ruptura de su base política que afecta a Pinochet se provoca de este modo en el momento mismo del golpe de Estado, cuando, alterando la proporcionalidad y aun la esencia del bloque que hizo oposición a Allende y dio respaldo al golpe, éste se apoya para la conformación de los equipos superiores de su administración y gobierno casi exclusivamente en los grupos civiles de derecha; al mismo tiempo proclama una visión categórica respecto al funcionamiento de la economía, la organización política y la sociedad que se identifica abierta y unilateralmente con los esquemas y posiciones que en los últimos decenios venían planteando, sin ningún éxito en relación al apoyo popular, los sectores más conservadores y reaccionarios del país.

De esta manera es Pinochet quien define primero posiciones frente al Partido Demócrata Cristiano (la primera fuerza política del país individualmente considerada). Naturalmente, una definición de tal envergadura tuvo que adoptarse con plena previsión de la reducción de apoyos que acarrearía entre los sectores llamados a prestarle respaldo. Así, debido a una determinación de Pinochet, que temió que el juego de los partidos autodefinidos como «democráticos» afectara su capacidad de mando, se provocó una primera disminución sensible de las fuerzas civiles partidarias de la Junta.

Simultáneamente, el propio jefe de la Junta Militar procedió a adoptar un conjunto de medidas que tenían como objetivo la disolución de los grupos y movimientos que habían permitido dar una presencia de masas a los opositores del gobierno de la Unidad Popular. Todos los analistas políticos de la experiencia chilena del período 1970-1973 han coincidido en subrayar la importancia que tuvo el que la oposición pudiera enfrentar al Gobierno Popular en el terreno en que éste era fuerte, esto es, en el interior de la vasta red de organizaciones populares que caracterizaba a la sociedad chilena, tales como sindicatos, federaciones juveniles y estudiantiles, organizaciones campesinas, juntas de vecinos y organismos poblacionales, etc. Como a esto pudieron sumar también a las instituciones que expresaban los intereses de los sectores medios, tales como los colegios profesionales, las organizaciones de pequeños y medianos comerciantes y las agrupaciones de camioneros y taxistas, al final de la confrontación, los grupos que gestaron el golpe —los sectores de la gran burguesía chilena y el gobierno y las empresas norteamericanas con intereses en Chile— tenían de su lado un doble engranaje de apoyo social: de una parte, lo que Wilhem Reich llamara durante la experiencia del nacionalsocialismo alemán «la pequeña burguesía sublevada», y, de otra, a los disidentes organizados en el interior de las propias organizaciones de la clase obrera. En términos

ridad número uno de la coyuntura chilena». En una declaración emitida el 12 de septiembre de 1973, Aylwin manifestó que «las Fuerzas Armadas tenían el deber moral, en nombre de los principios de la moral cristiana, de derrocar al gobierno».



21·8·73

objetivos, pocos países han vivido una experiencia en la que haya existido tantos factores concretos en favor de un proyecto fascista —entendida esta expresión en su alcance clásico y no alegórico— como las que se presentaron en Chile al momento en que la Junta Militar tomó el poder. Al alcance de ésta estuvo, durante un tiempo breve, la opción abierta para organizar desde el Estado sus bases sociales de apoyo y abrir cauce a una experiencia corporativista, tal como lo aconsejaron algunos asesores civiles (especialmente más próximos al comandante en jefe de la Aviación, Gustavo Leigh).

Fue en ese momento cuando la opción tajante de Pinochet se planteó en favor de un ejercicio del poder puramente militar. En el momento en que los dirigentes de los sectores gremialistas expresan la disposición a entregar una colaboración estable a la Junta Militar a cambio de que se acojan a sus planteamientos y peticiones y se les asignen algunas responsabilidades dentro del gobierno, el nuevo Jefe de Estado rechaza la colaboración ofrecida e incluso adopta medidas económicas que desfavorecen a estos grupos que estaban naturalmente llamados a convertirse en la base de un movimiento civil de respaldo.

En las fases siguientes de su administración, Pinochet no ha cesado de ensanchar los sectores civiles a los que hace objeto de ataques que repercuten en el agotamiento de sus fuerzas propias. Para consignar sólo los dos episodios principales se puede anotar la ofensiva en contra de la Democracia Cristiana que emprendió hacia mediados de 1974, tan pronto como estimó que las fuerzas principales de los diversos partidos de la Unión Popular estaban desmanteladas, y la determinación de retirar a Chile del Pacto Andino, que perjudicó decisivamente a varios de los sectores más dinámicos de la burguesía industrial nacional (tales como los de la industria textil, electrónica y de la línea blanca), que habían sido inicialmente firmes partidarios del golpe de Estado y del nuevo gobierno. Todos estos hechos explican que la estimación atribuida alguna vez al jefe de la Iglesia Católica chilena, cardenal Raúl Silva Henríquez, de que prácticamente el 80 % de la población sería contraria a la Junta Militar, tenga cuando menos una base objetiva.

Creemos que los antecedentes señalados permiten concluir que, si bien es cierto que el gobierno de Augusto Pinochet ha enfrentado una situación de aislamiento interno e internacional creciente, no lo es menos que tal situación ha sido el resultado en lo fundamental de acciones políticas decididas por el jefe de la Junta en condiciones en que pudo prever la consecuencia de sus actos. Esto nos impone explorar las razones por las cuales el Jefe del Gobierno chileno pudo durante un período largo implementar una línea dura y, pese a ello, lograr un cierto afianzamiento de su posición de dirección política.

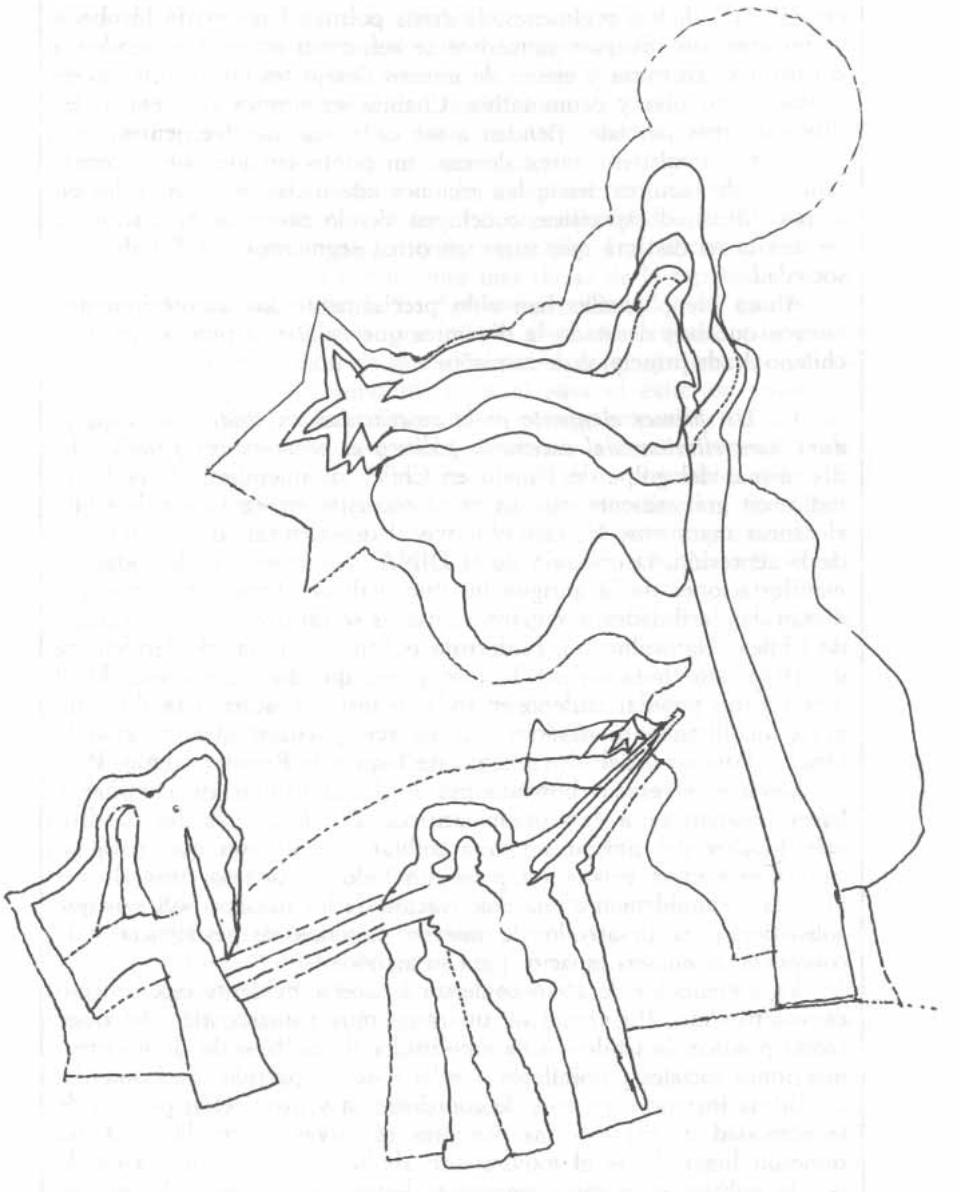
En nuestra opinión, una evaluación táctica de todo el período inicial demuestra que tanto la tendencia a la reducción de las fuerzas civiles de apoyo como la pérdida de respaldo de la comunidad internacional, podían ser afrontadas porque existían elementos de com-

pensación muy vinculados a los «factores reales de poder» de la dictadura. Estos factores eran la capacidad para mantener una actitud de apoyo entre los países que formaban el círculo más próximo del entorno internacional chileno —la comunidad de naciones latinoamericanas agrupadas en la OEA— respecto al aislamiento exterior, y la confianza y el apoyo de los oficiales superiores de las Fuerzas Armadas (y, en particular, el cuerpo de generales del ejército) en relación a la situación política interna del país. Una vez más, Pinochet enfrentó los problemas políticos con un razonamiento militar, en la medida que no se ocupó tanto de los consensos amplios como de los factores de fuerza que estaban en condiciones de debilitar su capacidad de mando. Tal percepción, para su óptica, era correcta, puesto que por muy incómodo que resultara el hostigamiento de un bloque de países influyentes, pero distantes, era posible manejar las relaciones exteriores si se tenía capacidad para tener relaciones normales con los países vecinos y del entorno geográfico inmediato, incluyendo en este esquema a la potencia hegemónica de la región: los Estados Unidos. Por otra parte, en un sistema político que ha ampliado hasta el extremo la función y los elementos del aparato represivo, disponer del respaldo del ejército y la policía compensaba el retiro de posibles apoyos de partidos, organizaciones o sectores de la clase dominante que actuaban en el interior de la sociedad civil.

De este modo, la calidad de las relaciones con los países fronterizos y con los Estados Unidos y el efectivo control sobre el cuerpo de generales del ejército y de las restantes ramas de las Fuerzas Armadas pueden ser considerados los dos factores más importantes en la conservación del poder político de Augusto Pinochet. El condicionamiento recíproco y dinámico de ambos, por otra parte, determina que en la medida en que ellos funcionaran bien existiera un «doble círculo de protección» que inmunizaba a la dictadura frente a todas las restantes ofensivas que se dirigían en su contra.

2. Los factores concretos de la crisis actual

El aspecto principal de los acontecimientos producidos en los últimos meses es que mediante ellos el régimen de Santiago se ha visto privado de las ventajas que mantenía en la situación anterior, puesto que los hechos han erosionado las esferas que la dictadura preservaba más cuidadosamente. La experiencia chilena confirma así algo que pudiéramos considerar como toda una tendencia en el proceso de desarticulación de modelos políticos fuertemente autoritarios. Esta consiste en que en tales regímenes el proceso de gestación de las crisis políticas y de su dinámica es bastante largo, puesto que la ampliación de la actividad represiva dificulta la articulación, y a veces incluso el conocimiento de las acciones que tienden a ensanchar la desobediencia y la oposición activas. Por lo mismo, determinar en estos casos dónde radica el núcleo de poder y estabilidad



de los gobernantes para afectar precisamente esos elementos, pasa a ser una operación decisiva. Ahora bien, una vez que los factores de desafío que desencadenan las fuerzas de oposición tocan este núcleo crucial para dichos regímenes, la crisis política largamente incubada se acelera; sus diversos elementos se refuerzan entre sí y tienden a constituirse en causa y efecto de nuevos desajustes en un proceso de causación circular y acumulativa. Cuando se alcanza esta etapa, las diversas crisis parciales tienden a ser cada vez más frecuentes, profundas y convulsivas, hasta alcanzar un punto en que por la concatenación de factores, hasta las acciones adecuadas para dar solución a una dificultad específica, concluyen siendo cauce de la activación de una crisis distinta que surge en otros segmentos del Estado o la sociedad.

Ahora bien, ¿cuáles han sido precisamente los acontecimientos nuevos que han desatado la dinámica que exhibe el proceso político chileno desde principios de este año?

1. *Un primer elemento es la incapacidad exhibida por la dictadura para eliminar del escenario político al movimiento popular.* El día mismo del golpe de Estado en Chile, los miembros de la Junta indicaron gráficamente que su tarea consistía en «extirpar de Chile el cáncer marxista». Es este objetivo el que determinó la brutalidad de la represión, la creación de la DINA y la supresión de todas las manifestaciones de la antigua institucionalidad democrática que pudieran dar facilidades o amparo a quienes se calificó como «enemigos de Chile». Naturalmente, la derrota política y militar de septiembre de 1973, sin duda alguna la más grave que ha experimentado el movimiento popular chileno en toda su historia, acarreó también un grave debilitamiento orgánico de los seis partidos que integran la Unidad Popular y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Pero no lograron el efecto buscado por la Junta Militar de eliminar y hacer desaparecer a esas organizaciones. Por lo demás, los cuadros más lúcidos del propio régimen militar entendieron que para alcanzar esta meta existía un plazo limitado de tiempo, tras el cual vendría inevitablemente una reactivación de los núcleos políticos que subsistieran, el desarrollo de nuevos métodos de resistencia y la conquista de nuevos espacios para su actividad.

Ya a mediados de 1976 comenzó a hacerse evidente este proceso de reactivación. En virtud de un rasgo muy característico del desarrollo político de Chile —una amplitud y diversificación de las organizaciones sociales y populares que hace de los partidos de izquierda, en última instancia, centros de coordinación y proyección política de la actividad de éstas—, las primeras ofensivas contra la dictadura tuvieron lugar desde el movimiento sindical, fuertemente castigado por la política económica vigente y desprotegido frente al autoritarismo político del gobierno que lo obliga a afrontar las negociaciones de la economía de mercado en completa situación de debilidad frente a los sectores patronales. Al resurgimiento de la actividad de los

sectores obreros siguió la de los grupos que se ocupan de la violación de los Derechos Humanos y, en particular, la de los Comités de familiares de los 2.500 detenidos políticos desaparecidos a manos de la DINA. Una tendencia similar se ha registrado en los otros dos sectores sociales fundamentales de la organización popular chilena: estudiantes y campesinos, aunque en estos casos ha resultado más difícil reconstruir una capacidad orgánica satisfactoria.

Lo concreto es que a lo largo de 1977 no sólo se contuvo el reflujo que constituía una tendencia dominante desde 1973, sino que se dio inicio a un proceso de recuperación progresiva que ha ido acompañado también por la creciente capacidad operativa de los partidos de izquierda en el interior de Chile. Lo importante es que esto ha ocurrido en las condiciones más duras de la represión, y que ha sido la revitalización de las fuerzas populares lo que ha llevado a sectores de la burguesía que dieran respaldo original a la Junta General, a la convicción de que el objetivo de aniquilamiento de los partidos de izquierda, supuesto esencial para el éxito de todos sus proyectos económicos e institucionales, es algo imposible de obtener. Sin duda alguna, sería exagerado proclamar a estas alturas una recomposición completa de la izquierda chilena en el interior del país; sí resulta razonable, en cambio, afirmar que debilitada y todo, ésta ha afianzado su existencia y ha pulverizado el más importante prerequisito para el éxito estratégico de los planes de Augusto Pinochet.

2. *La realización de la llamada «consulta nacional» del 4 de enero del presente año.* Esta constituyó un momento de incubación y desarrollo de contradicciones y tendencias centrífugas muy profundas entre los sectores que integran el actual bloque en el poder. Más allá de lo burdo que resultó el procedimiento de plantear un referéndum que llamaba a elegir entre una «conjura internacional contra Chile» y el gobierno chileno y de las numerosas irregularidades y fraudes que, en su oportunidad, los más variados sectores del país denunciaran, los efectos de esa operación de Pinochet resultaron desastrosos para su autor. Primero, porque para buscar una legitimación de su gobierno, el jefe de la Junta Militar se vio obligado a acudir a un expediente político, interrumpiendo su tendencia a considerar la dirección del país sólo como un asunto de fuerza. Segundo, porque dicha consulta reactivó rápidamente las prácticas y hábitos de discusión democráticas que en Chile forman parte de la historia misma de su sistema político, ofreciendo un escenario mucho más propicio a los adversarios del régimen. Tercero, y éste es quizá el punto fundamental, porque el referéndum puso de manifiesto las dificultades de Pinochet al interior de la propia Junta Militar y mostró la resistencia de sectores de las propias Fuerzas Armadas al proceso de personalización completa del poder que Augusto Pinochet impulsaba en su propio beneficio.

A mediados de 1977, la revista inglesa «Foreign Report», reconocida internacionalmente por la calidad y amplitud de sus fuentes

de información, publicó un comentario acerca del proceso de institucionalización anunciado por el Jefe del Estado chileno en Chacarillas, conforme a cuyos plazos el pueblo chileno recuperaría la capacidad de elegir a sus gobernantes solamente en 1991 [3]. En una documentada información —que curiosamente alcanzó poco impacto internacional— se indicaba que el anuncio realizado por Pinochet era el resultado de un prolongado y conflictivo proceso de negociación en que el jefe máximo de la Junta Militar había intentado la eliminación de ésta como un cuerpo de dirección y su rebajamiento a la calidad de organismo consultivo. Tal proyecto habría sido planteado por Pinochet (según informantes militares) al resto de los comandantes a principios de 1977, dándoseles un plazo de cinco meses para presentar observaciones. La respuesta de todos los restantes miembros de la Junta Militar habría sido negativa, siendo especialmente beligerante la del general Gustavo Leigh, comandante de la Fuerza Aérea, quien presentó por escrito a Pinochet el carácter «institucional» del gobierno militar, surgido tras el derrocamiento del presidente Salvador Allende. Una parte del proyecto de Pinochet, la designación de un vicecomandante en jefe del Ejército, se materializó con la designación en ese cargo del general Carlos Forestier, pero no pudo ubicar a éste como miembro de la Junta, circunstancia que era indispensable para su afianzamiento de un mando político no compartido del poder ejecutivo.

Este antecedente resulta muy importante para entender la abrupta reacción del almirante José Toribio Merino, jefe de la Armada, y nuevamente del general Leigh, cuando el jefe de la Junta Militar, sin previa consulta a los demás integrantes, convocó en diciembre a la «consulta nacional» del 4 de enero. Las cartas enviadas y hechas públicas por Merino y Leigh a Pinochet mostraron súbitamente la profundidad de una discrepancia en torno a los proyectos políticos y al estilo de gobierno en un grado del que públicamente no existía conciencia. Una consecuencia que conviene registrar es que el general Pinochet no logró ningún avance durante esa escaramuza para sus planes de afianzar un mando único y personal. Aunque se jactó ante los corresponsales extranjeros —el 5 de enero— de que las cosas habían cambiado, indicando «ahora yo voy adelante y los otros tres van detrás», la organización y normas de funcionamiento de la Junta Militar no se alteró, y la mejor demostración de que la consulta no le daba más poder ni mostraba un respaldo de ninguna clase la dieron los hechos cuando debió revocar una orden de relegación que

[3] «Foreign Report», 27 de julio de 1977. Esta revista, publicada por la Unidad de Inteligencia del conocido semanario británico «The Economist» y que circula bajo el rótulo de «Confidencial» y por sistema de suscripciones, ha realizado en el último tiempo diversos análisis de la situación chilena, que reflejan acceso a una gran variedad de fuentes internas, principalmente militares, y el conocimiento de muchos documentos y antecedentes que normalmente no trascienden a las fuentes públicas.

afectaba a doce altos dirigentes de la Democracia Cristiana, confinados en el altiplano chileno por realizar actividades políticas.

3. *La ruptura de relaciones con Bolivia.* Un punto clave en la construcción de un anillo de relaciones preferentes con sus vecinos inmediatos había sido la decisión de la Junta Militar de favorecer una reanudación de relaciones con el régimen militar del general Hugo Bánzer en Bolivia. La suspensión de los vínculos diplomáticos entre ambos países había durado catorce años y originado una agria disputa que tenía como tema sustantivo el derecho boliviano de una salida al mar que se mantiene como un escollo entre las dos naciones desde que Bolivia perdiera todas sus costas al concluir la Guerra del Pacífico, iniciada hace casi un siglo, en 1879. La ruptura, resuelta por el gobierno conservador del presidente Jorge Alessandri en 1961, a raíz de una disputa por las aguas del río Lauca, se había mantenido invariable durante la administración del presidente demócrata-cristiano Eduardo Frei y también en el período del presidente Salvador Allende (aunque este último impulsó constructivas negociaciones que interrumpió el derrocamiento del régimen progresista del general Juan José Torres a fines de julio de 1971).

El general Pinochet logró restablecer finalmente las relaciones con Bolivia en marzo de 1975, pero sólo sobre la base previa de reconocer que la cuestión de la mediterraneidad de Bolivia era un punto preferente que debían abordar y resolver los dos gobiernos. Bajo esta óptica, la propuesta chilena de solución resultó casi una burla, pues ofrecía como salida al mar la cesión de una franja del territorio chileno en la frontera norte con Perú, lo que, de acuerdo al tratado chileno-peruano de 1929, exigía el previo consentimiento de ese país, puesto que se trataba de territorio que previamente le pertenecía. Además incluía una exigencia de compensación territorial por parte de Bolivia e introducía restricciones al ejercicio pleno de la soberanía boliviana para propósitos de defensa en los territorios que fueran objeto de canje.

La propuesta del gobierno chileno originó tales críticas en los círculos políticos y militares bolivianos que el gobierno del general Bánzer, que inicialmente la había considerado como una base de negociación, se vio obligado a desecharla. La cancillería peruana, por su parte, manifestó que el procedimiento seguido resultaba torcido e incorrecto, e insinuó abiertamente que la solución a la mediterraneidad de Bolivia debía lograrse en los territorios que hasta 1879 pertenecieran a esta nación. Entonces, cuando el gobierno boliviano intentó obtener una nueva base de arreglo, la posición de la Junta chilena se caracterizó por una total irreductibilidad.

De esta manera, las relaciones chileno-bolivianas, a los pocos meses de reanudación de los vínculos diplomáticos, alcanzaron un estado mucho peor que el que tuvieron en la larga etapa de la ruptura. El general Pinochet quedó cazado en sus propias contradicciones, sin capacidad para satisfacer las espectativas del pueblo boli-

viano y sin rango de maniobra para manejar una solución real. El estancamiento de las negociaciones y su falta total de perspectivas condujo finalmente al gobierno de La Paz a una nueva ruptura de relaciones con Chile el 13 de marzo pasado, con lo que los intentos de atenuar el conflicto con esa nación limítrofe se esfumaron y se introdujo una preocupación geopolítica todavía mayor para la Junta Militar en el flanco nororiental de su territorio.

Aunque no existen elementos detallados para conjeturar qué cambios puede introducir en esta situación el reciente relevo del general Bánzer por el general Juan Pereda en Bolivia, los elementos históricos disponibles apuntan en el sentido de que éste, al menos, mantendrá el nivel de hostilidad a que llegara su antecesor.

Una de las consecuencias secundarias del rechazo internacional al gobierno del general Augusto Pinochet ha sido el avance importante que la postura boliviana ha logrado en favor de su causa de salida al mar. Mientras los gobiernos civiles chilenos lograron hasta 1973 que este problema fuese considerado exclusivamente como bilateral por parte de los restantes países latinoamericanos, los que se mantenían neutrales, la mala imagen del régimen militar de Santiago ha favorecido numerosos pronunciamientos públicos y compromisos privados de varias cancillerías, lo que torna cada vez más difícil, para Pinochet, el manejo de este problema y especialmente complicará una táctica de tipo puramente dilatorio [4].

En esta óptica, el hecho de que el nuevo gobierno del general Pereda sea extremadamente débil en cuanto a la correlación de fuerzas internas, en lugar de ayudar puede desfavorecer a la Junta chilena, puesto que constituye una tendencia bien conocida entre los países del Cono Sur el que los asuntos internacionales sean agitados frente a dificultades internas como un elemento legitimador de gobiernos precarios y de aumento de la cohesión nacional.

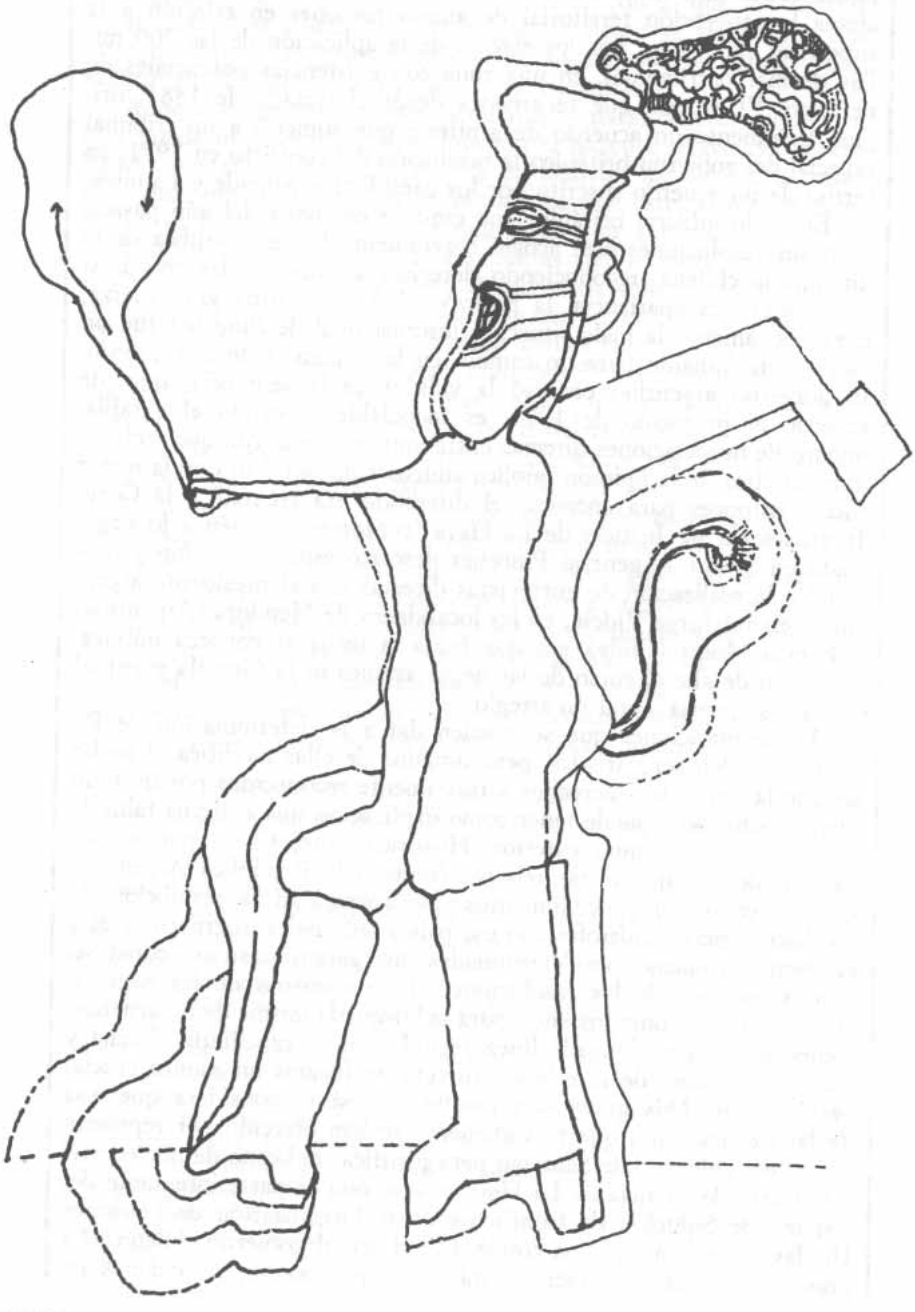
4. *El conflicto con Argentina en torno a las islas del Canal Beagle.* Los gobiernos de Chile y Argentina mantienen una vieja

[4] Entre los gobiernos latinoamericanos que más activamente han expresado simpatías y apoyo a la causa boliviana de acceso al mar figura en primer término el de Venezuela. El presidente Carlos Andrés Pérez, quien ha sido uno de los más resueltos críticos del régimen del general Augusto Pinochet, ha manifestado en forma pública «apoyo oficial» a las aspiraciones del gobierno de La Paz; para simbolizar esta línea ha dado el gobierno boliviano una embarcación naval. Una actitud de respaldo igualmente clara a la postura boliviana, aunque no tan pública, mantienen las cancillerías de Argentina, Perú y Brasil. Pero probablemente el hecho más determinante en este campo sea el apoyo explícito del gobierno de Estados Unidos en favor de una solución que resuelva este problema, atendiendo a las inquietudes bolivianas; en el discurso pronunciado por el presidente James Carter al inaugurar la 8.ª Asamblea General Ordinaria de la Organización de Estados Americanos, el 21 de junio pasado en Washington, éste habló por primera vez del «enclaustramiento boliviano», e indicó que Estados Unidos estaba dispuesto a «ayudar a la búsqueda de una solución» conjuntamente con otros países, con la OEA y con las Naciones Unidas.

disputa territorial en el extremo sur de sus países en torno al dominio de tres pequeñas islas (Picton, Nueva y Lennox), cuya importancia estratégica ha crecido con el tiempo, puesto que su dominio afecta la proyección territorial de ambas naciones en relación a la superficie antártica y por los efectos de la aplicación de las 200 millas de mar patrimonial, en una zona con existencias potenciales de petróleo. El asunto, que se arrastra desde el tratado de 1881, originó finalmente un acuerdo de arbitraje que sometió a un tribunal especial del gobierno británico la resolución del conflicto en 1971, en virtud de un acuerdo suscrito por los presidentes Allende y Lanusse.

El laudo arbitral británico fue emitido en mayo del año pasado y en sus resoluciones éste acogió enteramente la tesis jurídica de la diplomacia chilena, reconociendo derechos a Chile en las tres islas en disputa. En apariencia, la posición chilena adquiría gran fuerza, pero nuevamente la mala situación internacional de Pinochet fue un factor determinante para un cambio en la tendencia de este asunto. El gobierno argentino conoció la validez de la sentencia, que, de acuerdo al protocolo de 1971, es inapelable, y exigió el entablamiento de negociaciones directas entre ambos países. Aunque sectores muy amplios de la opinión pública chilena consideraban que la mejor forma entonces para encauzar el diferendo era recurrir a la Corte Internacional de Justicia de La Haya (conforme también a lo negociado en 1971), el general Pinochet descartó este mecanismo y procedió a la realización de entrevistas directas con el presidente argentino, general Jorge Videla, en las localidades de Mendoza (Argentina) y Puerto Montt (Chile), sin que hasta la fecha se conozca públicamente en detalle el curso de las negociaciones ni la fórmula eventual con que se piensa lograr un arreglo.

Las explicaciones que se pueden dar a la determinación de Pinochet pueden ser variadas, pero ninguna de ellas modifica el hecho de que la renuncia a derechos jurídicamente reconocidos por un fallo internacional sólo puede tener como explicación una extrema falta de maniobra en el campo exterior. Históricamente, Chile, por ser un país en desventaja militar relativa frente a la República Argentina, siempre optó por procedimientos que entregaran la resolución de las discrepancias limítrofes con ese país a tribunales internacionales y mediante instancias pre-determinadas que garantizaran un curso seguro y pacífico de las resoluciones. El mecanismo de las negociaciones directas, como instancia para la búsqueda misma de un acuerdo, rompe así una prolongada línea seguida por la cancillería chilena y sitúa en el plano de la relación directa de fuerzas un asunto crucial para el país. Más grave aún resulta esto si se considera que una de las explicaciones que privadamente se han ofrecido por representantes del gobierno de Santiago para justificar el hecho de no recurrir a la Corte de Justicia de La Haya es que ésta es parte integrante del sistema de Solución de Conflictos de la Organización de Naciones Unidas, organismo que ha condenado al actual gobierno chileno. (La gravedad de este argumento está en su proyección, si tenemos en



15·8·73

cuenta que las instancias superiores de Naciones Unidas, y en particular su Consejo de Seguridad, constituyen en el estado actual de las relaciones internacionales el nivel *definitivo* en que se resuelven todos los conflictos internacionales que originan enfrentamiento efectivo entre dos o más naciones.)

En concreto, las relaciones chileno-argentinas han experimentado en el curso de este año grandes tensiones. Una psicosis de guerra inminente ha sido frecuente en ambas capitales en diversos momentos y una solución sustantiva hasta la fecha no ha sido lograda; por ello es razonable predecir que este factor subsistirá como un problema agudo para la Junta Militar y, en particular, para el general Augusto Pinochet, quien aparece como responsable directo de la línea seguida por el gobierno chileno.

5. El deterioro en las relaciones con Estados Unidos a raíz de la investigación del asesinato de Orlando Letelier. Las investigaciones realizadas por la justicia de Estados Unidos en torno al asesinato cometido contra el ex ministro y embajador del gobierno de la Unidad Popular, Orlando Letelier, y de la ciudadana norteamericana Ronnie Moffit, en septiembre de 1976, en pleno centro de Washington, luego de largos meses de curso secreto, tuvieron una culminación espectacular en febrero último, cuando se reveló que en la planeación y ejecución del crimen habían tenido responsabilidad directa varios altos personajes militares de la Junta chilena.

Las informaciones oficiales suministradas por el Departamento de Estado norteamericano permitieron confirmar numerosos indicios e informaciones no oficiales que, desde el primer momento, señalaron la responsabilidad del propio general Pinochet en la muerte de Orlando Letelier, uno de los más activos dirigentes de la campaña internacional por los Derechos Humanos en Chile, quien gracias a los numerosos contactos establecidos en la capital americana, durante largos años de desempeño de misiones internacionales, había logrado proporcionar un cuadro completo de la real situación chilena a importantes líderes políticos norteamericanos.

El asesinato de Letelier venía a sumarse a una operación muy semejante que costó la vida al general Carlos Prats, ex comandante en jefe del Ejército durante el gobierno de Allende, y a su esposa, en Buenos Aires, en agosto de 1974, y a un intento fallido de eliminación del ex vicepresidente de la República, Bernardo Leighton, perpetrado en Roma en octubre de 1975. Tanto la selección precisa de las víctimas, todas ellas figuras con alto prestigio político interior y con capacidad de influencia eventual sobre oficiales de la Fuerza Armada chilena, como la gran complejidad técnica de los procedimientos usados, llevan a pensar, más que en la acción de un comando privado, en actos de terrorismo estatal extraterritorial, cuyo origen es la propia Junta chilena.

Al menos en el caso Letelier, esta hipótesis ha sido categóricamente comprobada, al punto que el gobierno norteamericano ha te-

nido que solicitar la extradición de los dos más altos ejecutivos de la policía secreta de Pinochet, mundialmente conocida por su sigla DINA, el general de Ejército Manuel Contreras y el coronel Pedro Espinoza, quienes actuaron en conexión con grupos terroristas de exiliados cubanos en Estados Unidos. Los detalles de la investigación establecen que el planeamiento del crimen y la determinación de llevarlo adelante fueron decididos en Santiago; si a esto se agrega las relaciones de parentesco y estrecha amistad que ligan a Contreras y Pinochet y el hecho de que estatutariamente el cargo de director de la DINA está colocado bajo la dependencia jerárquica inmediata del jefe de la Junta, se torna inequívocamente la responsabilidad de Pinochet en este episodio.

Pero el caso de Letelier, además de sus aspectos específicos que han provocado una inmensa conmoción en Chile, ha sido un factor decisivo en el empeoramiento de las relaciones entre el gobierno de Estados Unidos y la Junta. La cooperación en la investigación que el régimen de Carter solicitara del de Santiago ha encontrado grandes trabas para materializarse, al punto que el Departamento de Estado dispuso a fines de junio pasado el retiro del embajador George Landau hasta que se obtuviesen garantías de la Junta Militar chilena en orden al pleno esclarecimiento del asunto.

La investigación de la muerte de Orlando Letelier constituye para el gobierno norteamericano una excelente oportunidad para dar un contenido algo más sustantivo a su política de derechos humanos, hasta ahora limitada a la retórica y los principios generales. Además, el hecho de que el origen de las gestiones sea judicial impide que se acuse al gobierno estadounidense de impulsar una intervención política. Por otra parte, el carácter mismo del asunto que se investiga impide cualquier proyección agitativa en el interior de Chile y asegura un manejo del problema estrictamente reducido al marco de ambos gobiernos.

Los antecedentes llevan a pensar que los aspectos actualmente conocidos en relación a la participación de la DINA y del jefe de la Junta chilena constituyen sólo una parte de los que se han acumulado. En este sentido, el carácter público del procedimiento judicial norteamericano (en un Gran Jurado) puede dar una proyección internacional de las nuevas revelaciones, francamente insospechable. Y todavía falta resolver el aspecto más sensible para el futuro de las relaciones entre Estados Unidos y Chile: la petición de extradición de los oficiales Contreras, Espinoza y Fernández Larios. Esta constituye para Pinochet un problema casi sin solución: si se niega, la petición se dará justamente el supuesto que algunos análisis del Departamento de Estado caracterizan como definitivo para llevar las relaciones bilaterales a su punto más bajo; si se otorga la extradición, se estará colocando al alcance del conocimiento internacional e interno una masa de información que puede revelar hasta los últimos detalles del funcionamiento de las actividades clandestinas de la policía secreta chilena en el exterior, lo que a la larga también deterio-

rará las relaciones entre Washington y Santiago, además de que cualquiera sea el curso de los acontecimientos, la investigación colocará a disposición de los altos oficiales de las Fuerzas Armadas chilenas y de la opinión pública del país un cuadro sistemático de estos hechos que tan profundamente han dañado la reputación internacional de Chile.

6. *La crisis interna en la Fuerza Aérea.* El último episodio que ayuda a configurar un cuadro exacto de los acontecimientos que han afectado la capacidad de conducción política del general Pinochet en el último tiempo es aquel que culminó con la destitución del cuerpo de generales de la Fuerza Aérea de Chile y de su comandante en jefe, Gustavo Leigh a fines de julio pasado.

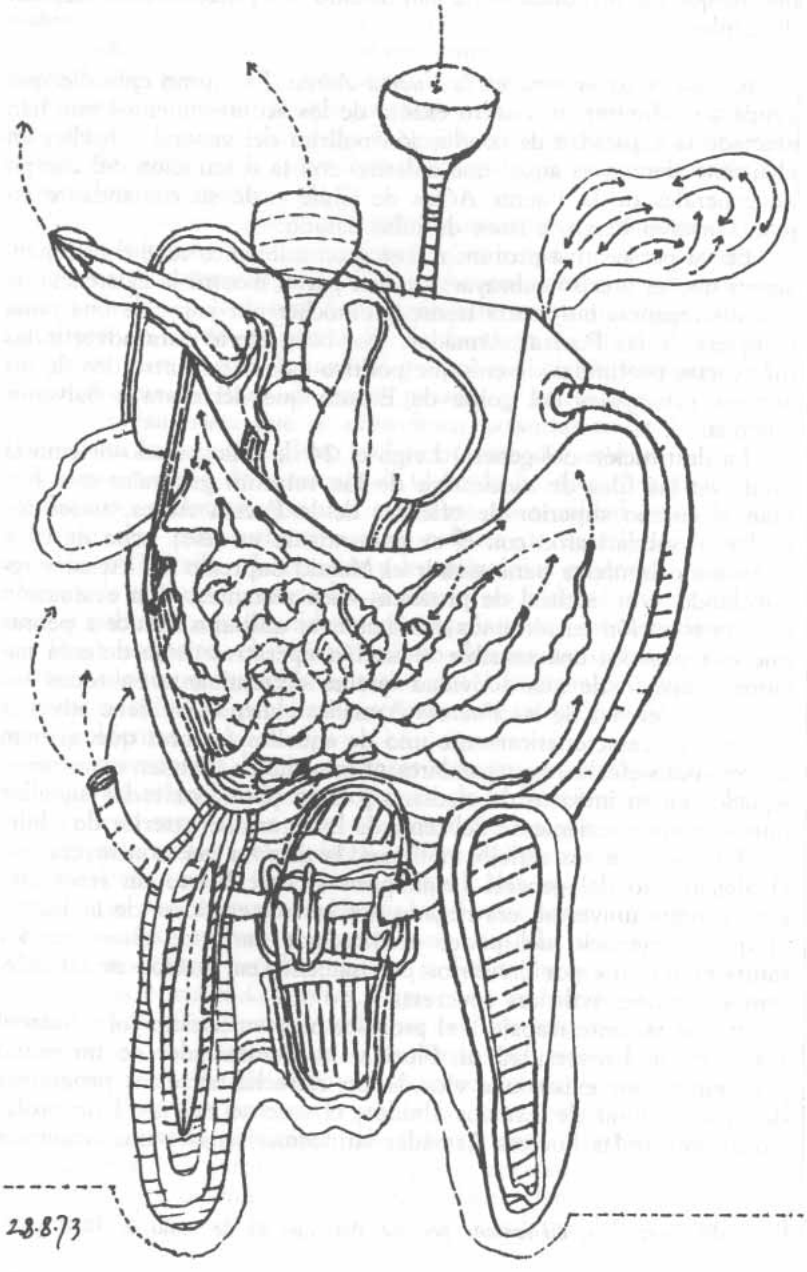
En su perspectiva profunda, este acontecimiento tuvo dos dimensiones que es preciso subrayar: de una parte, mostró la existencia de una discrepancia muy seria frente a Pinochet por parte de una rama completa de las Fuerzas Armadas; por otra, sirvió para advertir las diferencias profundas de enfoque político existentes entre dos de los autores principales del golpe de Estado que derrocara a Salvador Allende.

La destitución del general Leigh el 24 de julio pasado originó la salida de las filas de diecinueve de los veintiún generales que forman el cuerpo superior de oficiales de la Fuerza Aérea, todos los cuales se solidarizaron con el ex comandante en jefe; ocho de ellos rechazando la oferta para asumir el Mando Supremo del Arma y renunciando —en actitud de protesta— los restantes. Una evaluación de esta situación en términos estrictamente militares induce a pensar que ella provoca una sensible reducción operativa de la defensa nacional respecto de una actividad que es determinante en todos los planes de defensa de las Fuerzas Armadas chilenas. Se debe advertir que éste es característicamente uno de aquellos factores que, si bien no provocan efectos espectaculares ni inmediatos, tienden a ser privilegiados en su impacto de mediano y largo plazo por todos aquellos que se ocupan seriamente del tema de la seguridad exterior de Chile.

En cuanto a sus reflejos políticos, la disputa que concluyera con el alejamiento del general Leigh puso al descubierto un fenómeno que, aunque universal, era negado por los sostenedores de la Junta: el que el ejercicio del poder político por parte de altos mandos militares termina por dividirlos precisamente en función de las diferentes opciones políticas concretas.

En un reciente trabajo [5], el profesor norteamericano John Samuel Fitch, de la Universidad de Florida, ha demostrado, de un modo penetrante, que existe una vinculación estrecha entre los programas de ayuda militar de Estados Unidos, el ascenso del nivel de profesionalismo de las Fuerzas Armadas latinoamericanas y una tendencia

[5] «El Mercurio», *La semana política,* domingo 23 de junio de 1978, p. 3.


28.8.73

al aumento en su participación política en una perspectiva cada vez más prolongada de ejercicio del poder.

Luego de señalar que la expresión «profesionalismo» la entiende como «un aumento en el nivel del desarrollo técnico de los recursos militares y una mayor complejidad de la carrera militar como profesión», indica que «la evidencia proporcionada por una amplia gama de experiencias documentadas con gran cuidado sobre los ejércitos de Ecuador, Brasil, Perú, Colombia y Guatemala indica claramente que, dadas las condiciones políticas y socio-económicas predominantes en América Latina, un mayor grado de profesionalismo del ejército lleva a una mayor actividad política de las Fuerzas Armadas...» [6]. «La consecuencia más importante de un mayor profesionalismo es el fortalecimiento de los lazos psicológicos entre el oficial individual y las Fuerzas Armadas como institución. Los extensos programas de entrenamiento que se requieren para lograr una organización militar profesional implican un prolongado contacto con un proceso de socialización institucional, que pone énfasis en los valores característicos, ideales y símbolos de las Fuerzas Armadas. El entrenamiento militar de ocho o diez años impartido a los oficiales más antiguos de Brasil, contra uno o tres años en la mayor parte de los ejércitos africanos, de hecho impone un prolongado contacto con las doctrinas que enseñan que el oficial de un ejército es distinto y, en muchos aspectos, superior del resto de la sociedad. Así, un entrenamiento militar más extenso tiene el efecto de cambiar el grado de identificación psicológica con las Fuerzas Armadas. Por el contrario, disminuye la importancia relativa de la identificación del oficial con la clase, el medio regional o la tribu de la cual procede. En general, a un grado más elevado de profesionalismo corresponde una identidad militar más fuerte de los oficiales y más débil resulta el efecto de los orígenes sociales» [7].

Así, la «identificación institucional» desempeña un papel decisivo en el comportamiento de las Fuerzas Armadas en períodos de crisis política. La preocupación de los altos mandos del ejército ante factores como el nivel de la agitación social y los desórdenes populares, la amenaza del comunismo o, simplemente, el juicio respecto a la forma en que el gobierno civil atiende a sus propios intereses institucionales pasan a ser parte de un proceso de reflexión colectiva que cada vez tiene una mayor connotación de cuerpo. De esta manera, las Fuerzas Armadas cobran al interior del aparato estatal una autonomía creciente y tienden a establecer una relación con las autoridades civiles «de poder a poder», la que va incluyendo, con el correr del tiempo, modalidades de fiscalización que tienden a ser impuestas por medio de mecanismos estables.

[6] «El Mercurio», artículo citado.

[7] *The political consequences of U.S. Military Assistance to Latin America,* John Samuel Fitch, trabajo presentado a la 18.ª Convención Anual de la «International Studies Association», efectuada en Saint Louis, Missouri, en marzo de 1977, 39 pp., mimeografiado.

Los elementos señalados permiten establecer una gran diferencia entre el funcionamiento actual de las Fuerzas Armadas latinoamericanas y el que éstas tuvieron hasta aproximadamente la década de los cincuenta. Como anota Fitch refiriéndose al caso de Ecuador: «Si bien el ejército nunca ha permanecido fuera de las cuestiones políticas, hasta los años cincuenta los militares profesionales desempeñaban un papel claramente secundario en la mayor parte de los conflictos políticos y actuaban generalmente como los peones de las facciones civiles en competencia. Las Fuerzas Armadas, en conjunto, estaban sometidas a altos niveles de manipulación política por parte del presidente, quien usaba al ejército sobre todo como un instrumento para mantenerse en el poder. A partir de la reorganización y las reformas militares de los años cincuenta, impulsadas por la derrota de Ecuador en la guerra de 1941 con el Perú, pero en gran medida posibles gracias al programa de ayuda militar de Estados Unidos, el ejército ecuatoriano empezó a actuar como una institución militar colectiva. Casi desapareció la revuelta aislada de los cuarteles. En su lugar surgió un proceso bastante rutinario de consulta intramilitar en tiempos de crisis. Cada vez más el ejército comenzó a oponer resistencia a la autoridad civil en cuestiones militares, culminando en la revuelta de 1961, en la que el ejército derrocó al ministro de Defensa y por primera vez impuso a su propio hombre como comandante en jefe. A partir de ahí, la decisión de apoyar o derrocar a un gobierno era fundamentalmente una decisión del ejército que debía tomarse según sus propios criterios para valorar el ambiente político» [8].

Un aspecto fundamental para la comprensión de todo este proceso es vincular esta mayor actividad política de los militares con el curso de cada uno de los desarrollos políticos nacionales; sólo así se puede advertir hasta dónde esta tendencia se convierte en un impedimento estratégico a un desarrollo democrático. Desde esta óptica es fundamental advertir que la participación de las Fuerzas Armadas en la política tiene como corolario casi inevitable la institucionalización de su permanencia en el poder, con el consiguiente desarrollo de una ideología que busca presentar a las Fuerzas Armadas como el único factor que garantiza la unidad nacional y el desarrollo, al mismo tiempo que se intenta disponer una legislación constitucional que atribuye a los militares las funciones de dirección política o, cuando menos, los convierte explícitamente en un omnipotente poder controlador y fiscalizador. Por ello: «La institucionalización del golpe de Estado tiene grandes consecuencias negativas para el desarrollo a largo plazo de las sociedades latinoamericanas. Con base en la experiencia de varios países, parece ser que las naciones en desarrollo, atrapadas en el «síndrome pretoriano», es poco probable que se libren del alto nivel de inestabilidad y de intervención militar que caracteriza a las sociedades políticamente poco desarrolladas, a menos que

[8] Fitch, trabajo citado.

sean capaces de crear una nueva base de legitimidad por medio de algún cambio, claro y visible, del status socio-económico de las masas y de alguna participación significativa de éstas en el proceso político. Si tales son los prerrequisitos de hecho para el desarrollo político en los países en que los militares han alcanzado cierto grado de profesionalismo, la institucionalización del golpe de Estado es, a su vez, causa de la poca probabilidad de que se logren estos prerrequisitos» [9].

De este modo, el mayor problema que plantea un poder político militar institucionalizado es el establecimiento de una suerte de círculo vicioso que obstruye el funcionamiento democrático. Y esta tendencia se ve reforzada por la propia naturaleza de las opciones que plantea el ejercicio del poder político. Aunque en las etapas iniciales de su instalación en el poder todos los regímenes militares actúan sobre la base de un «proyecto nacional único» (al que pueden adherir todos los miembros de las Fuerzas Armadas, porque es «el que expresa los intereses nacionales»), al poco andar acaban descubriendo que la política es, sobre todo, un ejercicio no unánime que obliga a escoger entre alternativas que corresponden a intereses muy opuestos (opciones que van desde la más elemental como determinar qué grupos sociales se apropian de los frutos del desarrollo económico; establecer en qué porcentaje distribuye el Estado el gasto público entre los programas económico, sociales —de salud, educación y vivienda— o militares, y para qué objetivos en cada uno de éstos, hasta definir a qué grupos económicos se incentiva o qué acogida se da a la inversión extranjera vis a vis el capital nacional). Al tener que elegir, en concreto, entre estas alternativas, los altos mandos militares, convertidos en instancia superior del poder político, dejan de ser unánimes, y en su interior comienzan a aparecer variadas líneas y posiciones que reflejan una creciente diversidad política de criterios. Ante este fenómeno, a su vez, hay sólo dos opciones posibles: o se admite que al interior de las Fuerzas Armadas se expresen entre los oficiales diferentes corrientes políticas o se impone, por los jefes militares, la obligación de adherir a una sola «línea correcta». Es importante subrayar que ambas situaciones conducen a un debilitamiento en la capacidad profesional de las Fuerzas Armadas. Si se adopta el esquema pluralista, la tendencia de largo plazo será que las Fuerzas Armadas subrogarán como una suerte de «micro sociedad civil» a las organizaciones políticas y sociales, que en un régimen democrático organizan el proceso político y suministran las opciones ideológicas. Los militares divididos entre conservadores y desarrollistas acabarán por padecer la misma falta de legitimidad que en el pasado achacaban a los civiles y se ocuparán más de imponer sus criterios en la marcha del gobierno que atender las labores de defensa nacional. En el caso de Chile estamos en el punto en que se debe escoger entre uno de estos dos mecanismos perturba-

[9] Fitch, trabajo citado.

dores. (Si algo reflejó el contenido de la pugna planteada entre el mando de la Fuerza Aérea y el jefe de la Junta Militar fue precisamente que entre ambos existían criterios políticos incompatibles.)

Pero la solución de monolitismo es todavía más dañina, porque impone el angostamiento de la oficialidad de acuerdo a la adhesión a un cierto proyecto político «ortodoxo», obligando al retiro de las filas de todos aquellos que, por competentes que sean en el área profesional, no estén de acuerdo con la línea política sancionada como correcta. Este mecanismo, además del costo que impone a la capacidad de seguridad nacional en un país determinado, a la larga resulta igualmente ineficaz, pues la naturaleza misma del proceso político lleva a la aparición de nuevos grupos militares opositores y cada vez que ello ocurre se reactiva la crisis. Esto es lo que explica el carácter ascendente que exhiben las crisis políticas de los distintos regímenes militares existentes en la región. El ciclo que presentara Argentina en los gobiernos de los generales Onganía, Levington y Lanusse es quizá la mejor síntesis de un proceso que, con diferencias de plazo solamente, está presente en todos los países que han ensayado el modelo político fundado en las doctrinas de seguridad nacional.

En último término, lo que la experiencia demuestra es que existe una incompatibilidad insalvable entre algunos supuestos básicos del cumplimiento eficiente de las funciones militares, tales como la obediencia, la verticalidad y la unidad de las hipótesis y planes de guerra y la lógica de la función política, que inevitablemente está ligada a la selección de diversas líneas, posiciones e intereses. De este modo, la complejidad misma de los hechos acaba por llevar las cosas a un punto de estrangulamiento en que las Fuerzas Armadas deben escoger entre el cumplimiento de sus tareas propias y el ejercicio complejo y desgastante del poder político, que, con su secuela de antagonismos, pone en peligro su capacidad profesional. Así, a veces, acaban por aprender a golpes que no tiene sentido que la estructura militar suplante a los civiles en el manejo de la función política. Muy distinta es la racionalidad de las más importantes sociedades contemporáneas, con prescindencia de que en su organización opten por un modelo capitalista o socialista.

Todo el lenguaje oficial de la dictadura chilena se basó hasta ahora en la idea de que los militares eran los intérpretes de la unidad y el interés nacional, y que tales valores tenían una interpretación única. Así las cosas, la alternativa era entre una posición correcta que servía a la Junta e intereses torcidos que encarnaban sus adversarios. Tal ha sido, por lo demás, la caracterización que han ofrecido los restantes regímenes militares del Cono Sur. No obstante, como lo probara la crisis ocasionada por la salida del ministro Frota en Brasil, llega un punto en que la diversidad de alternativas políticas que implica el proceso de gobierno de un país conduce a posiciones encontradas que terminan por amenazar la verticalidad de las Fuerzas Armadas, principio básico de la existencia de éstas y del cumplimiento de su misión profesional más específica. Cuando se alcanza

esta situación es la subsistencia misma de las Fuerzas Armadas la que comienza a estar en juego.

El conflicto Pinochet-Leigh anticipó dramáticamente en Chile un cuadro de esta índole, y éste es el punto que probablemente haya dejado más elementos de meditación permanente entre los generales, almirantes y otros oficiales que piensan que su primer deber y vocación es el de la defensa del país. La magnitud de la pugna fue adecuadamente descrita en la página editorial de «El Mercurio», el más importante de los voceros que apoyan a la dictadura y uno de los órganos de prensa más lúcidos de América Latina en la expresión y defensa de los intereses de los grupos dominantes [10]. Tras afirmar la existencia de «un hondo desacuerdo que no puede soslayarse ni atenuarse», el comentario insiste en las raíces profundas de esta dificultad, y anota que ella «se genera en el terreno político, en apreciaciones y tradiciones que respaldan actitudes públicas diversas», lo que obliga entonces a individualizar las corrientes de opinión que al interior de la Junta Militar se apartan del «modelo» correcto. De acuerdo a la terminología del diario se puede señalar a dos grupos en este carácter: «dictatorialistas» y «socialdemócratas». Los primeros son los partidarios de la dictadura militar pura, «partidarios, en suma, de la absoluta libertad en el ejercicio del poder de la autoridad y de sus agentes; postulan, en cambio, la regulación estricta de la conducta de los particulares, temiendo que enemigos foráneos o internos se valgan de la libre iniciativa para conspirar contra la seguridad nacional» [11].

Los «socialdemócratas», en cambio, son el resultado de una «mentalidad arraigada en Chile durante cuarenta años y que estima compatible la libertad con el socialismo. Es la tendencia centrista democrática apegada al intervencionismo estatal, entusiasta de partidos y elecciones, no muy interesada por las cuestiones económicas, esperanzada siempre en que por el camino se arregla la carga e intérprete de un gran grupo social de profesionales, técnicos y empleados del sector público». Estos últimos, «abrazando la libertad política y sospechosos de la libertad económica, no han logrado comprender las perspectivas que ofrece el modelo de sociedad que plantea el gobierno...»; «creen que el debate democrático debe activarse, sin advertir que el proceso de liberación económica tiene que tomar aún más aceleración que aquel para que el país no retroceda, perdiendo todo lo ganado. La convivencia de la libertad con el socialismo conduce a la experiencia ya hecha por el país. Reanudar más o menos moderamente igual sistema sería volver a empezar el ciclo ya recorrido», concluye el editorial de «El Mercurio».

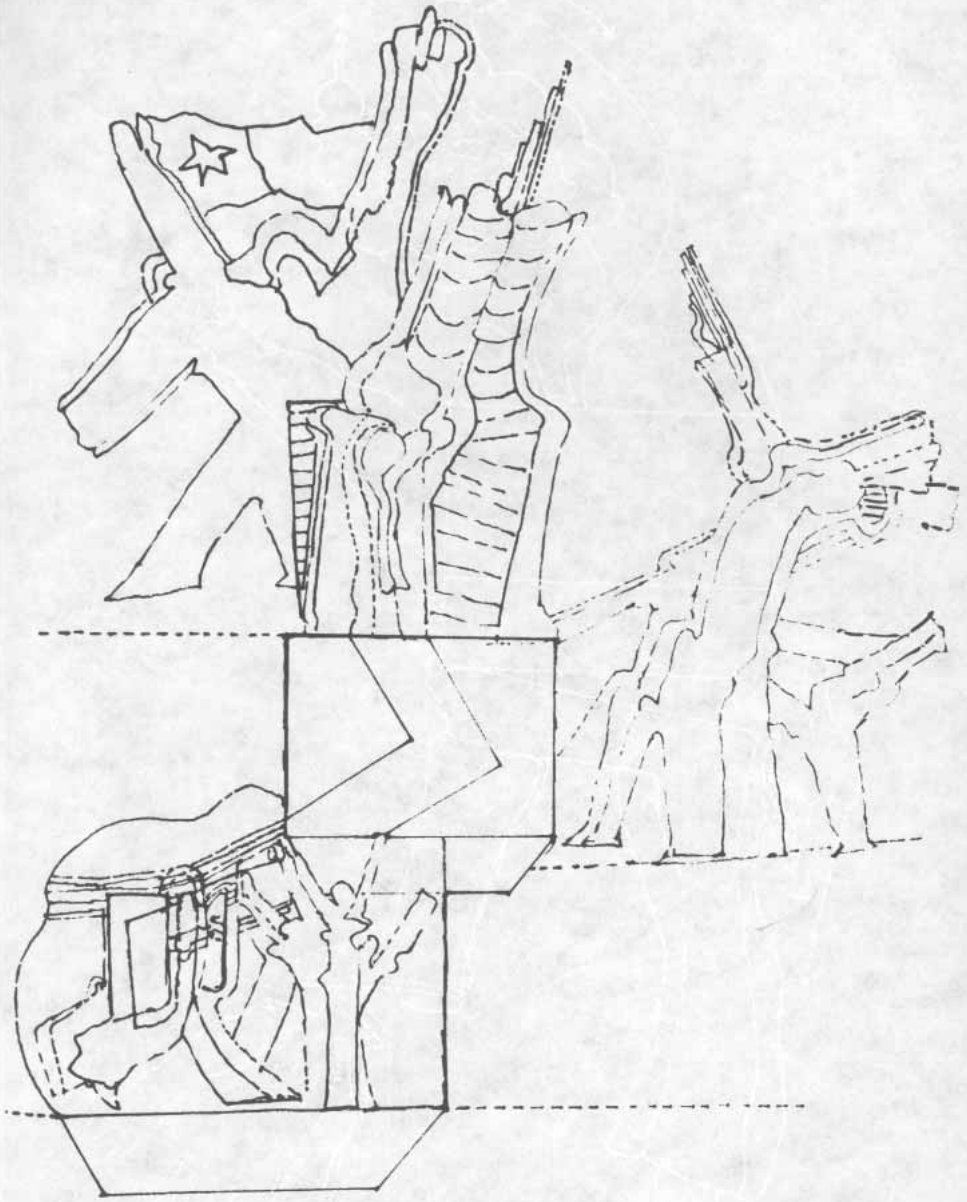
Consideramos que el planteamiento anterior tiene una inmensa importancia para la observación futura de los acontecimientos chilenos, no solamente por la gran influencia que este periódico ejerce

[10] Fitch, trabajo citado.
[11] Fitch, trabajo citado.

en la orientación política de la Junta, sino porque involuntariamente trasluce la convicción de los grupos gobernantes en orden a impedir toda restauración democrática. Si ni siquiera es posible abrir un espacio a la «tendencia centrista democrática», ya que con ello se garantizaría un nuevo desajuste futuro, no queda otro camino que la instauración permanente del autoritarismo en la dirección del país y apoyarse en las fuerzas de un ejército que coloque su poder de fuego al servicio de un proyecto minoritario y antidemocrático. En esta perspectiva, los anuncios de institucionalización se muestran en su verdadero alcance: ellos son sólo un esfuerzo para asegurar base legal a una dictadura personalizada. Este proyecto, como los hechos lo demostraron, ya no es compartido por casi todos los oficiales de una de las ramas de las Fuerzas Armadas chilenas. Por lo mismo, al perseverar en él, el general Pinochet no hará más que agudizar las contradicciones ya comprobadas y comprometerá progresivamente la base de apoyo militar y civil que aún le resta.

La persistencia en los proyectos políticos y el programa económico conservador que impulsa, así como la búsqueda creciente de un poder político concentrado, son dos constantes fundamentales en la conducta del gobierno chileno que surgió del golpe. Ellas son también elementos claves para la comprensión de la crisis política cada vez más aguda a que el general Pinochet hace frente.

El curso específico del proceso de desgaste y pérdida de apoyo que terminó por alcanzar el interior de los propios cuerpos armados puede ser mejor comprendido, creemos, con la recapitulación de los episodios expuestos. En ellos se sintetiza el nuevo momento a que ha pasado el enfrentamiento entre el pueblo chileno y la dictadura militar. Pero de estos hechos se desprenden también algunas conclusiones y tendencias importantes para el porvenir, que fijan los límites de un eventual recambio de la Junta Militar y arrojan luz respecto a la modalidad específica que éste puede asumir dentro de las diversas lógicas que la experiencia contemporánea nuestra señala que puede asumir el desplome de un régimen político de excepción.



31·8·73

22·8·73

FEUDALISMO O CAPITALISMO EN LA HISTORIA COLONIAL DE AMERICA LATINA

ALEXIS GUARDIA

Quien intente estudiar la naturaleza social y económica del período colonial en América Latina no puede dejar de abordar a lo menos tres problemas fundamentales. El primero dice relación a la inevitable tendencia que surge de parte del analista por situar la etapa colonial respecto de las conocidas categorías históricas de feudalismo o capitalismo. El segundo, en buena medida vinculado con el anterior, es aquel que trata del carácter del desarrollo económico de España en la época de la conquista y de la administración colonial, aspecto reconocidamente importante por su incidencia en la formación de la estructura económica colonial. Por último, sabiendo que la monarquía española delegó la conquista y explotación de recursos mineros en verdaderas empresas privadas, es de interés conocer el carácter de estas empresas, pues en buena medida ellas también sellaron los rasgos de la economía colonial.

Estos tres problemas han sido objeto de diversas interpretaciones, creando así una especie de «quid pro quo» en la historia económica de la región. Lo que nos proponemos no es la construcción de una versión adicional, sino más bien la presentación de un balance reflexivo que ayude a desentrañar los equívocos posibles, única forma de avanzar derechamente hacia el estudio de las especificidades históricas latinoamericanas.

1. Del uso e implicancias de las categorías históricas: feudalismo y capitalismo

Durante los últimos diez a quince años ha brotado con mucha fuerza en América Latina la necesidad de reinterpretar el período colonial a fin de situarlo más bien —contrariamente a lo que tradicionalmente se afirmaba— como un caso de desarrollo capitalista. La controversia que se ha desatado en torno a esta hipótesis ha tenido al menos el mérito de profundizar la reflexión sobre el carácter del período en cuestión. Si bien los esfuerzos por demostrar el capitalismo del período colonial han sido infructuosos, no se puede dejar de convenir que ellos han ayudado finalmente a tomar mayor conciencia sobre la especificidad del feudalismo latinoamericano.

Evidentemente, muchas veces los términos «feudalismo» o «capitalismo» se emplean en forma equívoca. Así, por ejemplo, cuando algunos historiadores usan el concepto de feudalismo, limitándolo sólo a las formas jurídicas y políticas que nacen del feudo, dejan en la sombra las relaciones que de hecho se establecen entre los productores directos y el señor feudal, cuestión esta última tanto o más importante, en la medida que históricamente ellas han surgido antes que el feudo. Un reconocido especialista en la materia como Marc Bloch señala:

> «Contemporáneos de la monarquía absoluta, Boulainvilliers y Montesquieu sostenían que la parcelación de la soberanía, entre una multitud de pequeños príncipes o aun de señores de aldea, era la singularidad más sorprendente de la Edad Media. Ellos creían expresar este carácter al pronunciar el nombre de feudalidad, pues, cuando hablaban de feudos, pensaban tanto en los principios territoriales como en los señoríos. Pero ni todos los señoríos, en el hecho, eran feudos, ni todos los feudos eran principados o señoríos. Sobre todo es lógico dudar que un tipo de organización social tan compleja pueda ser calificada adecuadamente, ya sea por su aspecto exclusivamente político, ya sea si se toma el feudo en todo el rigor de su acepción jurídica, por una forma de derecho real, entre muchos otros» [1].

Cuando el concepto de feudalismo se emplea en el sentido de la atomización del poder central y la delegación de jurisdicción en el feudo, entonces la caracterización del período colonial en América Latina no puede ser estrictamente feudal, pues la clase terrateniente nunca tuvo la plena jurisdicción sobre los campesinos; al contrario, la colonia se distingue, entre otras cosas, por la centralización de la administración colonial y una cierta autonomía del poder judicial, que limita la jurisdiccionalidad de hecho de los propietarios. Por eso

[1] Marc Bloch, *La societé Feodale,* Albin Michel, París, 1968, pp. 12 y 13.

la historiografía tradicional prefiere hablar de la encomienda como cuasi-señorío.

Pero el concepto de capitalismo igualmente se le emplea en forma equívoca, en particular cuando se le identifica exclusivamente con las relaciones de mercado o bien con la existencia de la moneda o el comercio. Se sigue de esta concepción que el feudalismo correspondería estrictamente a la economía natural. Estas proposiciones han sido ampliamente debatidas y no es nuestra intención reproducir los pro y contra [2].

Si la naturaleza del capitalismo no está en la circulación de mercancías y si las formas jurídicas y políticas que nacen del feudo no definen los rasgos esenciales del feudalismo, ¿cómo encontrar el carácter fundamental de ambos sistemas? Difícil sería desconocer que Marx abrió una perspectiva interesante a este problema cuando señalaba:

> «La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos —relación cuya forma corresponde siempre de un modo natural a una determinada fase de desarrollo del tipo de trabajo y, por tanto, a su capacidad productiva social— es la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la construcción social y también, por consiguiente, de la forma política de la relación de soberanía y dependencia, en una palabra, de cada forma específica de Estado» [3].

La posibilidad abierta por Marx hace del estudio de la producción, apropiación y utilización del excedente económico, el eje ordenador de cualquier investigación histórica que pretenda desentrañar la naturaleza económica de una formación social, sin por ello desintegrar la expresión política y jurídica de la misma.

El mecanismo de mercado que acompaña la evolución histórica del excedente juega diferentes papeles o funciones según el grado de desarrollo alcanzado. Así, el mercado es un hecho histórico anterior al capitalismo, de tal suerte que no es extraño que éste participe dentro de relaciones precapitalistas; a propósito de este fenómeno, el historiador Kula observaba que:

> «No siempre se comprende que en la economía precapitalista, los fenómenos de mercado obedecen frecuentemente a leyes que son específicas, en particular, en lo que dice relación a su influencia sobre otro sector de la economía, a saber, el

[2] Véase M. Dobb, Sweezy, Lefevre, Hill y Hilton, *Transición del feudalismo al capitalismo*, Ed. Platina, Colombia.

[3] C. Marx, *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 733, t. III.

sector no comercializado, y por lo mismo sobre el conjunto de la economía» [4].

El estudio de las funciones del mercado en el desarrollo histórico y su eventual desaparición en formas sociales superiores, aún desconocidas históricamente, es, sin duda, una materia de gran relevancia en la investigación histórica. Sin embargo, esto último no invalida el supuesto de que las relaciones de mercado no definen necesariamente el carácter y contenido de las relaciones sociales que se establecen en la producción de un sistema económico dado. Para un investigador marxista, éste es un asunto vital; más aún, la riqueza del método legado por Marx, entre otras cosas, está en esta distinción. Es decir, el contenido de las relaciones sociales se dan en el proceso de producción de mercancías y no en el de su circulación. Desde este punto de vista, y parafraseando a Marx, no es lo mismo el vino producido por esclavos que por siervos o asalariados agrícolas.

Por consiguiente, si en la Antigüedad, en la Edad Media o en el período colonial una parte de la producción se destinaba al mercado, ello no es suficiente para caracterizarlos como sistemas capitalistas; incluso el feudalismo europeo clásico existió a partir del siglo XIII con un importante desarrollo del intercambio. Por último, es sabido que en el siglo XVI el proceso de refeudalización que conoció Europa Oriental se realizó concurrentemente con su integración al mercado mundial.

Ahora bien, en el feudalismo las relaciones sociales de producción se presentan fundamentalmente alrededor de la tierra, pues se trata de una economía con una estructura productiva centrada en la agricultura. ¿Cuál es el contenido esencial de estas relaciones? Ha sido M. Dobb quien ha propuesto una respuesta adecuada cuando plantea:

> «La definición de feudalismo que proponemos adoptar no destacará la relación jurídica entre vasallo y soberano ni la relación entre producción y destino del producto, sino la relación entre el productor directo (sea éste artesano de un taller o campesino que cultive la tierra) y su superior o señor inmediato y el contenido económico-social de la obligación que los liga... Con ello será virtualmente idéntica a lo que generalmente entendemos por servidumbre: una obligación impuesta al productor por la fuerza, e independientemente de su voluntad, de cumplir ciertas exigencias económicas de un señor, ya cobren éstas la forma de servicios a prestar o de obligaciones a pagar en dinero o en especies...» [5].

[4] W. Kula, *Théorie economique du systeme feodale,* Ed. Mouton, París, 1970, p. 6.

[5] M. Dobb, *Estudios del desarrollo del capitalismo,* Siglo XXI, Argentina, 1975, p. 57.

Se desprende de esta conceptualización de feudalismo que el factor de coacción extraeconómica es primordial para entender por qué el productor directo, hallándose en posesión de sus propios medios de producción y creando sus propios medios de subsistencia, se vea obligado a producir un excedente económico para alguien ajeno. En el sistema feudal clásico, el desarrollo de las instituciones jurídicas y políticas, así como de la propia ideología de la época, desempeñan las funciones de coacción. En este cuadro, el intercambio y la producción efectuada para un mercado local o mundial puede ser un elemento de carácter exógeno que ayuda a transformar dichas relaciones, pero no es consustancial a ellas.

Luego si bien la producción destinada al mercado puede ser condición necesaria para un régimen de producción capitalista, ella no es suficiente para calificarla de tal, pues el capitalismo aparece sólo con la producción generalizada de mercancías. Es decir, cuando la fuerza de trabajo deviene también una mercancía y, en consecuencia, la producción para el mercado descansa sobre la explotación del trabajo asalariado; la relación capital-trabajo asalariado, elemento distintivo del régimen de producción capitalista, superará la compulsión existente sobre la fuerza de trabajo en el feudalismo a través de un contrato de salario, cuestión que supone un complejo período histórico en el que se disuelve la servidumbre.

Finalmente, el problema de la precisión de las categorías históricas, precedentemente discutidas, tiene importancia en la medida que ello influye no sólo en la ordenación y descripción de los hechos históricos, sino en las hipótesis que de ellas se derivan. Para evitar todo esquematismo o reducir el problema a un simple asunto de clasificación y definiciones, diremos que las categorías de feudalismo o capitalismo fijan sólo un marco teórico, los hechos pueden aproximarse o alejarse de este marco, pero jamás puede haber una identidad entre ambos, porque históricamente ninguna sociedad registra una perfecta homogeneidad en las relaciones sociales, y aunque ésta fuera muy grande, siempre habría una especificidad en la forma en que ellas se constituyen y reproducen. Así, por ejemplo, la economía colonial en América Latina se aleja bastante de lo que hemos conceptualizado como régimen de producción capitalista, y aunque se acerca mucho más a lo que hemos definido como feudalismo, ello no impide que ciertas particularidades del desarrollo económico de la época configuren una variante del «feudalismo clásico».

Por otra parte, el empleo equívoco de estas categorías históricas no ha dejado de tener influencia en la joven historia económica latinoamericana, la mayoría de las veces a través de simplificaciones que no se compadecen con el necesario rigor entre hipótesis y realidad histórica. Así, por ejemplo:

> «Para nosotros —dice el profesor Vitale— el descubrimiento, la conquista y la colonización de América fueron la expresión de un país que había roto las trabas del régimen de

economía rural del medioevo. La conquista tuvo un sello capitalista: la explotación y comercialización de metales preciosos. El colonizador, a pesar de sus reminiscencias feudales, obliga a los indios a producir para el mercado europeo. La economía colonial no se estructura sobre la base de la economía natural de trueque, de la pequeña producción del feudo, sino que se fundamenta en la explotación de materias primas para el mercado internacional, en una escala relativamente amplia y mediante el empleo de grandes masas de trabajadores indígenas» [6].

En esta afirmación no sólo existe una confusión entre feudalismo y economía natural —cuestión que aún es discutida en la historiografía—, sino también una identidad entre relaciones de mercado y capitalismo, lo cual conlleva a pasar por alto el problema de las relaciones específicas establecidas entre la masa de trabajadores indígenas y los propietarios de las condiciones de producción, acarreando con ello una visión equívoca del período colonial, pues, por una parte, sería capitalista en tanto exportadora y feudal, en tanto que no existe la mano de obra asalariada.

En esta misma perspectiva se ubican los trabajos del profesor Frank, para quien la identidad entre relaciones de mercado y relaciones capitalistas constituye su viga maestra en la interpretación del desarrollo económico latinoamericano del período colonial y, en particular, de la economía chilena. En efecto, el citado autor exponía:

> «Las mismas contradicciones capitalistas comienzan a determinar el destino de Chile en el siglo XVI. Desde el comienzo de su existencia colonial, Chile tuvo una economía exportadora. La economía interna, la estructura política y social de Chile siempre fue y aún permanece determinada primordialmente por la naturaleza específica de su participación en el sistema capitalista mundial y por la influencia de este último en todos los aspectos de la vida chilena» [7].

De esta manera, para Frank, Chile siempre habría conocido un desarrollo capitalista, en tanto que desde sus inicios esta economía se vinculó al mercado mundial a través de la exportación de metales preciosos. Dejando de lado la aventurada hipótesis de que el mercado mundial del siglo XV correspondiera a rasgos homogéneamente capitalista de sus participantes, resulta extremadamente difícil aceptar que la exportación de metales preciosos durante la colonia expresa por sí misma una relación capitalista, sin siquiera explorar las formas particulares de la explotación de la mano de obra. Sin duda,

[6] L. Vitale, «America Latina: ¿Feudal o capitalista?» Publicación docente Universidad de Concepción, Chile, 1969, p. 6.

[7] G. Frank, «Capitalism and underdevelopment in Latin America», Monthly Review, Nueva York, 1967, p. 29.

no es indiferente para la historia económica latinoamericana —y así lo demuestran los innumerables trabajos historiográficos sobre el tema— que dichas exportaciones se hicieran sobre la base de una explotación de la mano de obra que toma formas de servidumbre o cuasi-esclavitud.

En esta visión mítica, de una América Latina capitalista ya en el siglo XVI, el desarrollo económico del período colonial —como también el período post-colonial— es concebido por Frank como una fatal disparidad entre «metrópolis» y «satélites», las cuales, ubicadas en una cadena de relaciones mercantiles de distinta graduación, hacen del mercado el mecanismo que permite a la metrópolis expropiar el excedente económico del satélite *.

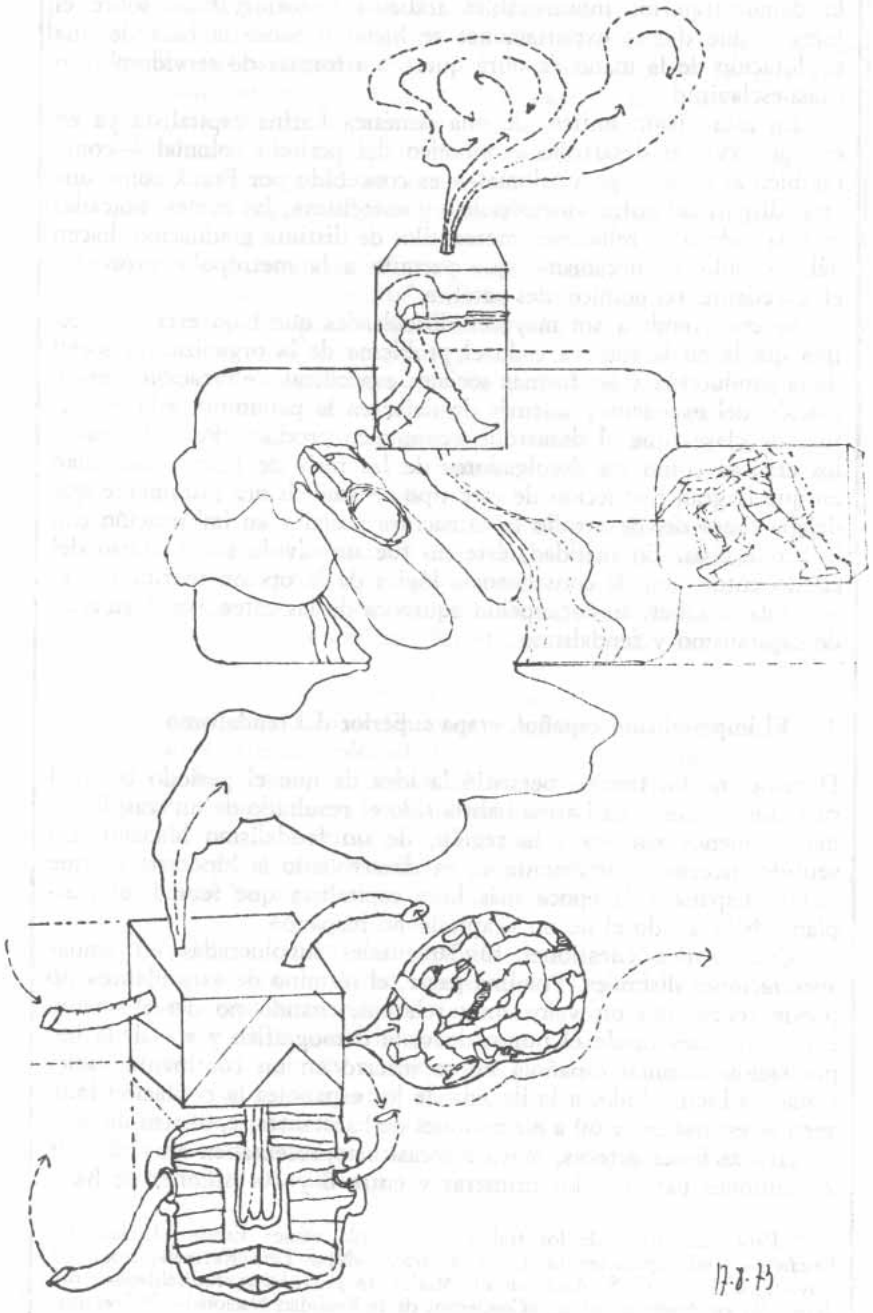
Se comprenderá sin mayores dificultades que bajo esta perspectiva queda en la sombra todo el problema de la organización social de la producción y las formas sociales específicas de creación y apropiación del excedente; además de dejar en la penumbra a la estructura de clases que el desarrollo económico produce. Por ello, tanto los críticos como los divulgadores de las tesis de Frank coincidían en que la gran restricción de este tipo de análisis era justamente que dejaba fuera del desarrollo la estructura social y su imbricación con la producción. En realidad, éste no fue un olvido involuntario del citado autor, sino la consecuencia lógica de la opción teórica por él escogida, a saber, su concepción equívoca de las categorías históricas de capitalismo y feudalismo.

2. El imperialismo español, etapa superior del feudalismo

Durante mucho tiempo persistió la idea de que el período colonial conocido en América Latina habría sido el resultado de un trasplante, más o menos exitoso a la región, de un feudalismo hispano. En sentido inverso, últimamente se ha desarrollado la hipótesis de que siendo España a la época más bien capitalista que feudal, el trasplante habría sido el de un «capitalismo hispano».

Existen dos cuestiones fundamentales involucradas en ambas apreciaciones disímiles. Por una parte, el término de «trasplante» no puede tener sino un valor muy relativo, cuando no derechamente equívoco, pues desde el punto de vista demográfico y social, la implantación colonial española no se insertó en un continente vacío. Como es bien sabido, a la llegada de los españoles la población indígena se estima entre 60 a 80 millones de habitantes, y, dentro de ésta, las civilizaciones aztecas, maya e incásica representaban alrededor de 27 millones para las dos primeras y entre 8 y 10 millones de habi-

* Para una crítica de los trabajos de Frank, véase: Ernesto Laclau (h.), *Feudalism and capitalism in Latin America*, «New Left Review», núm. 67, mayo-junio 1971; C. S. Assadourian, *Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, «Cuadernos de la Realidad Nacional», Universidad Católica de Chile, Santiago, marzo 1971.



tantes para las últimas; sin lugar a dudas, la implantación colonial tuvo que hacer frente a estas culturas indígenas evolucionadas, lo que ya constituye un sesgo importantísimo al simple trasplante de las instituciones hispanas.

Por cierto, los hombres de la conquista y, más tarde, los de la colonización traen consigo una mentalidad y una cultura que corresponde a la España de fines del siglo XV y siglo XVI, cultura que a su vez es tributaria de su propia historia; existe una natural inercia a reproducir costumbres e instituciones de la metrópolis. No obstante, todas ellas sufren el influjo de la reasignación de recursos que provoca la nueva estructura económica colonial, así como también sufre los efectos de la dominación sobre las culturas indígenas. Además, la especificidad histórica que se abre en el período colonial no es ajena a la evolución europea dentro del proceso de transición del feudalismo al capitalismo y, en particular, el que dice relación a la propia España.

Un corolario que surge de la teoría del trasplante es la hipótesis de la diferenciación entre la colonización española en América Latina y la colonización inglesa de América del Norte del siglo XVII, aduciendo que esta última dejó como herencia un desarrollo capitalista, explicable sólo por la disparidad de desarrollo relativo entre España e Inglaterra. Naturalmente, la implantación colonial de los ingleses en América del Norte está desde temprano imbuida del «espíritu» capitalista del que nos hablan Sombart o Weber, «espíritu» que no puede surgir sino bajo las condiciones sociales y económicas avanzadas del capitalismo inglés del siglo XVII y XVIII. Con todo, ésta no puede ser una hipótesis exhaustiva del origen del capitalismo americano, pues deja de lado las particularidades de su constitución, las que explican en buena medida el despliegue de su base capitalista, entre otras, la falta de una estructura pre-capitalista sólida.

Por otra parte, la historiografía española tiende más bien a confirmar la hipótesis de que España conoció, en la época que nos interesa, un sistema social y económico de carácter feudal más que capitalista, aunque con singularidades tales que hacen de ella una variante más del feudalismo clásico. Así, la particularidad histórica del feudalismo hispano influirá no tanto en su eventual trasplante —que además está limitado por el nivel de productividad que puede generar— como en el tipo de relaciones que establece España con sus colonias reflejadas en el monopolio del comercio y el carácter de la burocracia encargada de la administración colonial.

2.1. *Sobre algunas particularidades del feudalismo español*

Diferentes estudios sobre la historia de España coinciden en sostener que la prolongada permanencia de la invasión musulmana en la península Ibérica, prácticamente del año 711 hasta 1492, la separan

del feudalismo clásico conocido en Europa occidental durante los siglos X, XI y XII [8].

En efecto, la reconquista de los territorios ocupados, que duró por lo demás de tres a ocho siglos, según las regiones, implicó, por una parte, formas particulares de colonización señorial que desde ya marcó una diferenciación respecto al feudalismo del resto de Europa, y, por otra, porque la propia ocupación musulmana interrumpió el desarrollo de las formas clásicas del feudalismo. Un especialista en el período, bajo una concepción más bien jurídica y política del feudalismo, observaba que:

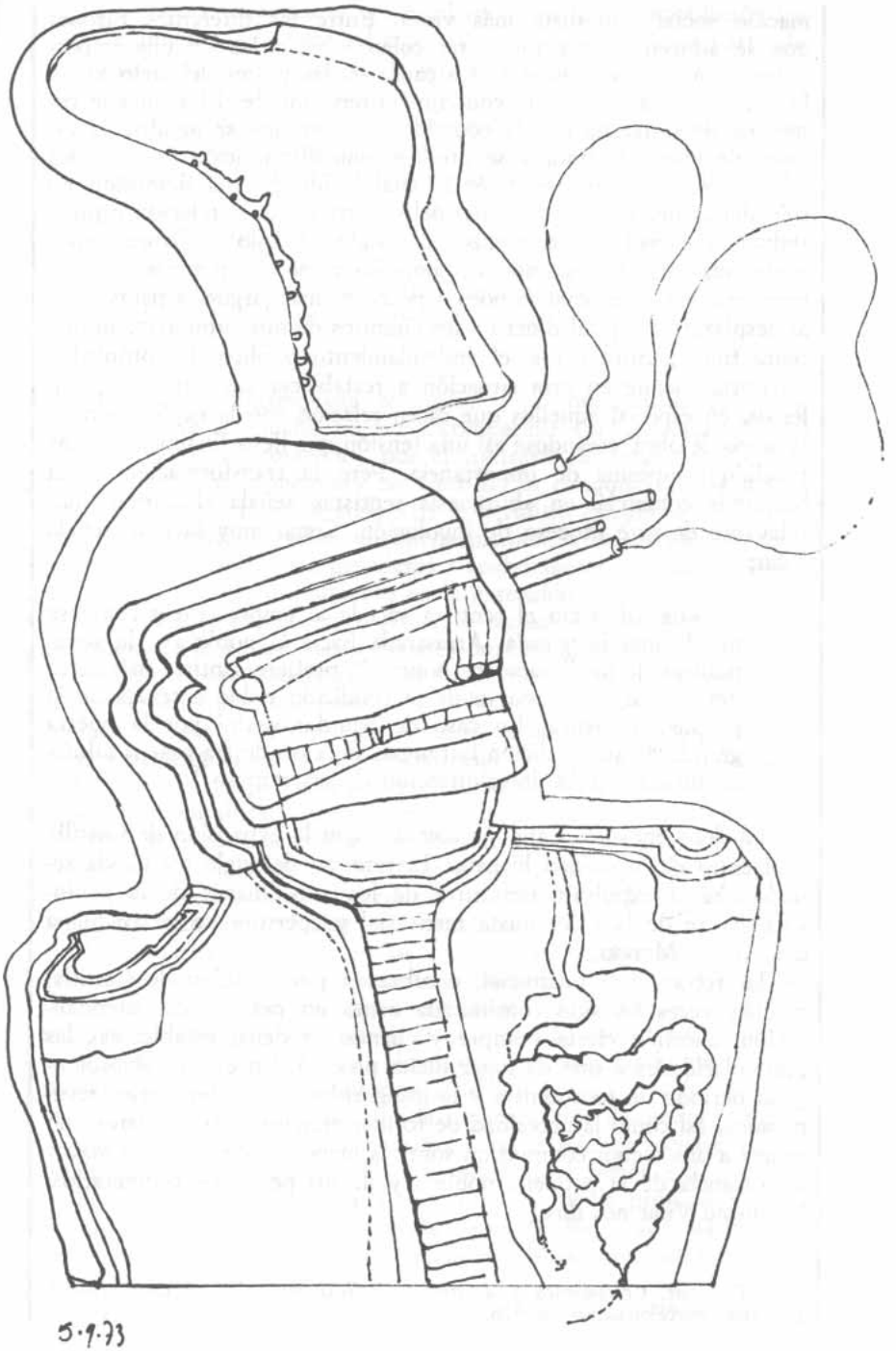
> «La invasión musulmana fue, en efecto, de graves consecuencias no sólo para la historia política de España, sino también para la evolución económica y social, que en la península Ibérica, como en todas partes, llevaba hacia el sistema feudal; y por lo pronto es menester subrayar que esa invasión tuvo como efecto inmediato la destrucción de los grandes dominios de la época visigoda y la ruina de la poderosa nobleza del reino de los godos. De esta manera, a partir de la conquista de España por el Islam, la evolución hacia el feudalismo quedó truncada y marcó una pausa, que hará de España, con relación a Francia y al resto del occidente europeo, un país en el que sin duda se desarrollaron el "vasallaje" y el "beneficio" e incluso las "inmunidades", si bien estas instituciones revistiesen caracteres muy particulares, pero que no fue nunca una verdadera sociedad feudal» [9].

Aunque existe gran coincidencia en la visión de una España que no reproduce las instituciones feudales clásicas, nadie afirma en forma tajante que la reconquista significó el establecimiento de relaciones capitalistas, no obstante que la presencia musulmana en la península significó un desarrollo comercial y urbano de importancia, y que la reconquista, a pesar de su carácter feudalizante, no pudo borrar totalmente. Por ello se habla de la España de los siglos XIII, XIV y XV como semi-feudal o pre-capitalista.

Sin embargo, resulta de suma importancia destacar en esta incompleta revisión que durante el siglo XII y XIII, Cataluña (así como Valencia, Baleares y el propio Portugal) es un significativo centro de desarrollo comercial con influencia sobre el Mediterráneo, que la hace comparable muchas veces a las repúblicas comerciales italianas. Pero por razones que aún se discuten en la historiografía española, en la segunda mitad del siglo XV sitúa el colapso de Cataluña como centro potencialmente estructurador de una for-

[8] Véase J. Vicens Vives, *Historia social y económica de España,* Ed. Vicens Vives, Barcelona, 1972, t. II.

[9] Luis G. de Valdeavellano, «Las instituciones feudales en España, en F. L. Ganshof, *El feudalismo,* Ed. Ariel, Barcelona, 1963, p. 232.


5·9·73

mación social capitalista más vasta. Entre las diferentes razones que se aducen para explicar tal colapso están las de una importante disminución demográfica a causa de las pestes del siglo XIV y la crisis agraria a que ello condujo posteriormente. El repliegue comercial de Cataluña habría ocurrido una vez que se agudiza la escasez de mano de obra y se produce una disminución de capitales salidos de la agricultura, todo lo cual incide en una detención no sólo del comercio, sino también del desarrollo de la relación capital-trabajo asalariado. A comienzos del siglo XV sólo se habría registrado una inercia, resultado del impulso comercial precedente, y la burguesía catalana deviene poco a poco en una burguesía parasitaria, al desplazar su capital dinero a los circuitos de que proporcionan una renta fija y, entre otros, el endeudamiento público. La propiedad territorial tiende en esta situación a restablecer sus antiguos privilegios, en especial aquellos que dicen relación con la explotación de la mano de obra, creándose así una tensión que lleva finalmente a una rebelión campesina de importancia. Pero la transformación de la burguesía comercial en «burguesía rentista» señala el aspecto más relevante de este proceso de involución. Como muy bien lo señala Vilar:

> «Es así cómo el rentista sucede al empresario y cómo se pierde una burguesía. Arrastrada hacia la nobleza o la seminobleza de los "ciutadans honrats", prefiere sentirse más cerca del rey en sus cargos o de la condición noble a través de la propiedad rústica. En caso de triunfar saldrá por la puerta grande de su condición burguesa. En caso de fracasar resultará arruinada por la desvalorización de las rentas»[10].

La decadencia de Cataluña coincide con la expansión de Castilla y el éxito de la unidad hispana. El término del siglo XV queda sellado con la expulsión definitiva de los musulmanes de la península, cierre de la reconquista territorial y apertura de la conquista del Nuevo Mundo.

La reconquista territorial, encabezada por el reino de Castilla, muchas veces ha sido considerada como un período de refeudalización, cuestión cierta siempre y cuando se dejen establecidas las particularidades a que da lugar dicho proceso. En efecto, el prolongado período de reconquista y la inseguridad de los territorios recuperados, así como la necesidad de formar ejércitos casi regulares, dio origen a una menor compulsión sobre la mano de obra y a una mayor importancia de la pequeña nobleza y de los pequeños propietarios. El mismo Vilar nos dice:

[10] P. Vilar, *Crecimiento y desarrollo. Reflexiones sobre el caso español*, Ed. Ariel, Barcelona, 1964, p. 376.

«Las necesidades del combate y las de la repoblación imprimieron a la sociedad española de la época curiosas particularidades. Por una parte, la guerra mantuvo lo bastante alto el prestigio real para retrasar la formación del feudalismo; por otra parte, los elementos populares disfrutaron de excepcionales favores. El trabajo de la tierra, la autodefensa de los lugares reconquistados, exigían numerosas concesiones personales o colectivas del tipo de la behetrías (protección de un hombre o de un grupo por un señor de su elección) o del tipo de las cartas pueblas (carta concedida para la repoblación). Sobre estas bases, aunque el sistema feudal se desarrolló, las comunidades campesinas o urbanas fueron fuertes y relativamente libres» [11].

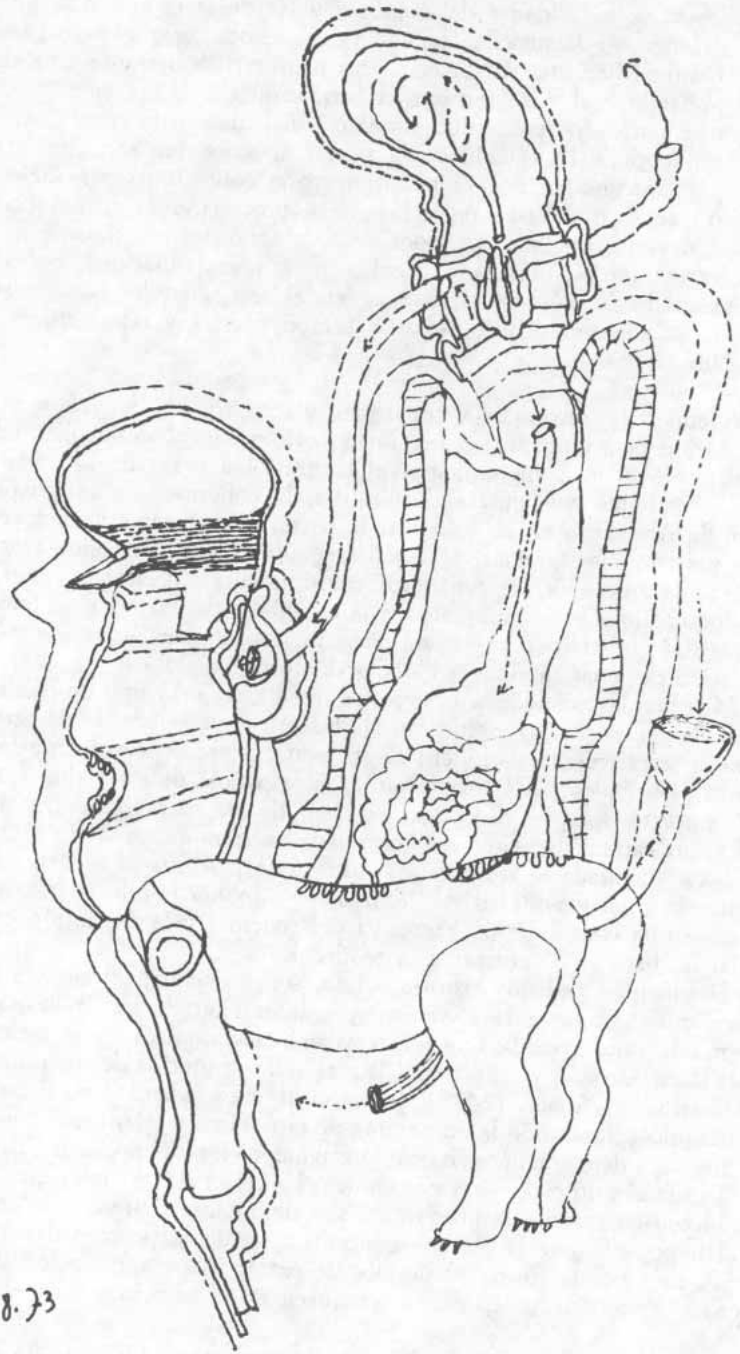
Además, la reconquista territorial y el proceso de refeudalización que la acompañó no fue incompatible con el desarrollo del intercambio y del comercio; por el contrario, a pesar de la «debilidad económica congenital» de Castilla, la conquista de la mayor parte de Andalucía en el siglo XIII le permitió integrarse a un mercado más amplio. Gracias, en buena medida, a los privilegios otorgados a la asociación de ganaderos transhumantes (mesta) en 1391, se produjo no sólo un aumento en la extensión de pastos, sino también en el comercio interno, abriendo incluso algunas líneas de exportación de lanas merinas a Flandes durante el siglo XV.

Mientras la reconquista integra los territorios a un tipo de feudalismo de acuerdo a las circunstancias históricas ya señaladas, la aristocracia terrateniente y el clero se afirman en este proceso como los pilares principales de la formación social española de los siglos XVI, XVII y XVIII, sin por ello negar el resto de las particularidades de orden pre-capitalista. Una vez terminada la reconquista a fines del siglo XV y agotada la frontera territorial que permitía la repartición de tierras y la posibilidad de llegar a ser «noble» por la guerra, se produce una consolidación regresiva del sistema, y la expansión colonial no hace sino reforzar esta tendencia.

De diversos trabajos historiográficos sobre España, referidos a la época que precede a la conquista y colonización de las Indias, se desprende que, a medida que avanzaba la reconquista en la península, la monarquía, y en especial la que selló la unidad de los reinos de Castilla y Aragón (1479), lograron ir consolidando un Estado monárquico; limitando la autonomía de la nobleza y transformándola en una capa dependiente evitaron la fragmentación del poder político.

Desde el punto de vista económico, las relaciones sociales que se establecen en torno a la producción son dominantemente de carácter feudal, no sólo por la elevada concentración de la propiedad territorial, sino por la forma «señorial» de extracción y apropiación del excedente económico. La renta territorial es la principal fuente de

[11] P. Vilar, *Historia de España,* Librairie Espagnole, París, 1975, pp. 20 y 21.



23.8.73

financiación de la monarquía, y el clero y la explotación de la mano de obra, en su inmensa mayoría ubicada en el campo, es de carácter no-asalariado. El hecho de que las relaciones sociales dominantes en la economía española, durante el período pre-colonial o colonial, no sean las de capital-trabajo asalariado, no significa la ausencia de comercio, ni tampoco la inexistencia del artesanado o incluso de relaciones capital-trabajo asalariado en algunas actividades. Lo significativo es que todas estas últimas relaciones, que bien podrían calificarse «grosso modo» de pre-capitalistas, están inmersas en las relaciones de carácter feudal, sin por ello diluir la hegemonía de estas últimas. Tal vez la prueba más concluyente del peso de las relaciones feudales en la formación social española es que durante trescientos años de expansión colonial y extracción de excedentes de las colonias ello no dio origen a un desarrollo capitalista de carácter industrial en España. Por ello, no sin justa razón, historiadores como Vilar llaman a este período: «imperialista, etapa superior del feudalismo».

3. Sobre el carácter de la iniciativa privada en el período colonial

La tercera interpretación que nos hemos propuesto comentar es aquella que dice relación con el carácter de las primeras empresas que impulsaron la conquista y colonización de América hispana, así como también de aquellas otras que más tarde se dedicaron a la explotación de sus recursos naturales. Respecto de las primeras, existe la hipótesis de que, habiéndose desarrollado la conquista a base de la iniciativa privada, alentada por las ganancias potenciales existente en las Indias occidentales, ellas habrían tenido desde sus inicios un carácter capitalista o, mejor dicho, mercantil. Por otra parte, las empresas privadas que se hicieron cargo durante la colonia de la explotación regular de los recursos naturales también habrían tenido un carácter capitalista, pues todas ellas estaban vinculadas al mercado mundial.

La primera de estas hipótesis ha sido significativamente relativizada una vez que se toman en consideración los rasgos feudalizantes del proceso de expansión colonial específicos al desarrollo español. La segunda hipótesis ha sido ampliamente debatida y apunta más bien a una concepción equívoca del capitalismo.

En primer lugar, si bien es cierto que durante los siglos XVI y XVII se constata y afirman los primeros rasgos de un proceso de integración de diferentes economías a un mercado mundial, gracias a la expansión inusitada del comercio, no es menos cierto que en Europa este proceso se realiza entre economías en transición al capitalismo, con predominio en muchas de ellas de las características estrictamente mercantilistas. Entendemos aquí por transición al capitalismo, un proceso prolongado y variado de disolución de las relaciones sociales feudales, y, en primer término, de aquellas que se anudan en la

producción y apropiación del excedente económico. A partir de cierto umbral crítico, de orden histórico, ese proceso se hace irreversible, y la relación capital-trabajo asalariado se hace hegemónica en la economía y en la superestructura de cada formación social. Sin lugar a dudas, a ese proceso concurre en forma positiva la expansión del comercio, pero ello no es suficiente para explicar la dinámica global de transformación.

En segundo lugar, no está demás recordar que, si bien los hombres que alentaron y financiaron las empresas de conquista fueron en su mayoría de orden flamenco, judío, genovés o aragonés, justamente todos aquellos que tenían una acerada tradición comercial, también es cierto que la conquista fue realizada en buena medida por la nobleza pobre de España. En efecto, los «hidalgos» (hijos de algo), más toda aquella población flotante, formada por la burguesía usuraria, artesanos, etc., y que la economía española no podía ocupar productivamente (o improductivamente), constituyeron el grueso del contingente de las empresas que se aventuraban en la conquista o colonización del nuevo continente.

Ahora bien, la historiografía no ha puesto en duda el carácter privado de las empresas de la conquista; el Estado español sólo participó en el desarrollo de una administración centralizada de las colonias, dejando el comercio y las empresas de conquista en manos privadas. Así, la famosa «Casa de contratación de Indias», en Sevilla, creada en 1503, fue sólo una organización destinada a regular el monopolio del comercio, además de otras atribuciones.

Como es sabido, fue el Estado monárquico español quien cedió a los particulares o a las empresas con financiamiento privado el derecho a descubrir y conquistar tierras, las que a su vez se incorporaban de derecho a la Corona. Naturalmente, la relación entre este Estado y la iniciativa privada se apoyaba en un sistema de premios y retribuciones a cambio de tributos, como el «quinto de las rentas» o «la mitad de los metales y piedras preciosas capturados como botín de guerra»; el conjunto de estos compromisos mercantiles estaban claramente detallados en una especie de contrato llamado «capitulaciones». De este modo, las «huestes conquistadoras», bajo el mando de un jefe o caudillo, establecen un contrato por medio del cual las huestes y la monarquía se reparten los beneficios de la conquista en función de la contribución militar o económica de cada uno de sus componentes, una vez descontados los derechos reales.

Evidentemente, este tipo de empresa tiene un importante rasgo mercantil, aunque no exclusivo. Si consideramos el carácter de la formación social española de la época —cuestión que hemos abordado sucintamente en el capítulo anterior—, que en buena medida condiciona el carácter de la expansión colonial, veremos que el objetivo comercial se combina con otros fines. Así:

> «En la constitución de la España moderna —nos dice Vilar—, en particular en la conquista colonial que emprenderá,

lo que dominará los hábitos de vida y las fórmulas del pensamiento será aún la herencia de la prolongada lucha medieval, la concepción territorial y religiosa de la expansión, más que la ambición comercial y económica» [12].

En este contexto, las huestes conquistadoras no pueden ser calificadas como empresas estrictamente comerciales, más aún cuando se insertan en un capitalismo recién emergente al nivel europeo. Por ello no es fácil hacer un corte entre los objetivos de lucro y la propagación de la fe; ambos se dan simultáneamente en el proceso de colonización, sin existir en todo momento una evidencia sobre cuál de ellos es dominante.

> «El cronista López de Gómara, consciente de la diversidad de los motivos de la conquista, ha prestado —no sin ironía— a Cortés las siguientes palabras: "Si nosotros hemos venido a esta parte del mundo es antes que todo para exaltar y predicar la fe de Cristo, aunque nosotros obtengamos también honor y ganancias que raramente van de la mano"» [13].

Ciertamente, los grupos mercantiles que financiaban estas huestes buscaban una remuneración a su inversión y de preferencia en metales; es decir, esperaban recuperar los capitales invertidos —muchas veces puestos en especies y no en capital-dinero— de modo que compensara el alto riesgo de la empresa. A la época ello significaba que la remuneración de este capital debiera dar una ganancia sin tasa ni medida, y que en la práctica se confundió con el simple pillaje y, más tarde, con una explotación brutal de la mano de obra indígena.

Pero también para una buena parte de los que participaban en la conquista, y más tarde implantación colonial, la travesía del Atlántico les significaba algo tan importante como la ganancia comercial, a saber, un «status» social que la metrópolis se lo había negado. Tal como lo acota el historiador A. Jara:

> «La posesión, la disponibilidad de la riqueza, oro o plata metálicos, constituye a los ojos de los conquistadores la mejor base de sustentación de una nueva posición social más elevada, obtenida por individuos que en su propio país de origen carecían de posibilidades de realización dentro de un estilo señorial de vida. La muy conocida expresión —pero no por ello fácil de discutir— de que a las Indias se viene a ser señores, constituye una forma de comportamiento tipológica, conforma-

[12] P. Vilar, *ob. cit.*, p. 30.

[13] S. Zavala, *La defensa de los derechos del hombre en América Latina, siglos XVI y XVIII*, Unesco, París, 1964, colección Raga y Sociedad, p. 16.

tiva y condicionante de todo el carácter futuro de las sociedades coloniales americanas» [14].

El conjunto de estos antecedentes, más tantos otros que dicen relación con la época, permiten pensar que la empresa conquistadora tiene un doble carácter. Por una parte, son empresas mercantiles, y, por otra, son señoriales. Su rasgo común es la obsesión por los metales preciosos, cuestión completamente coherente con los atributos esenciales del período, a saber: el hambre de metales de las economías desarrolladas de Europa para hacer frente a la expansión de su comercio interno, y, por otra, la sobrevivencia de un sentido medioeval del atesoramiento.

A mediados del siglo XVI se agota la etapa del botín de guerra y de la fácil recolección del oro de lavaderos, es decir, se concluye el período de conquista y se inicia la explotación regular de los recursos naturales, poniendo así las bases de la organización económica y social de la colonia. De este modo se establecen dos tipos de economías vinculadas al mercado internacional: una, asentada en la explotación minera, y, otra, en la explotación de cultivos tropicales; independientemente que en ambas se dieran con diferentes énfasis el sistema de haciendas para la explotación ganadera o cerealera. Como es sabido, la minería se desarrolló principalmente en México y Perú, aprovechando de preferencia una abundante y organizada mano de obra indígena, a contrario de las plantaciones, las que a falta de mano de obra nativa tuvo que recurrir a la importación de esclavos desde Africa.

Ahora bien, las empresas privadas que se implantaron en estas actividades exportadoras difícilmente pueden ser caracterizadas como empresas capitalistas, en tanto que la organización de su producción y apropiación del excedente económico no se realiza en términos de la relación capital-trabajo asalariado. Es decir, el capital comercial que se dirige hacia dichas actividades jamás pierde su naturaleza mercantil, pues este capital no organiza la producción en términos capitalistas, lo cual no significa la inexistencia de una ganancia, sino más bien señala la ausencia de plusvalía. Para el caso de las plantaciones tropicales (tabaco, azúcar, algodón), las formas de trabajo son las esclavistas; en el caso de la minería (oro, plata, mercurio y cobre), siendo la inversión en capital fijo muy pequeña y altamente intensiva en mano de obra, la historiografía ha confirmado en diversos estudios que la mano de obra indígena empleada en la minería no ha tenido un carácter asalariado a lo menos por dos razones: primero, porque sus remuneraciones son pagadas en su totalidad en especies y no en dinero (harina, carne seca, tabaco, ropa, etc.), salvo para ciertas categorías de trabajadores en algunas regiones de México y sólo a fines del siglo XVIII. Segundo, porque no existió nunca movilidad de la mano de obra indígena; en general, ella fue obligada a perma-

[14] A. Jara, *Problemas y métodos de la historia económica hispano-americana,* Ed. Universitaria, Caracas, 1969, p. 63.

necer en la zona minera a través del sistema de endeudamiento en productos que la propia empresa ponía en práctica. Es decir, no hubo fuerza de trabajo libre y, por tanto, no se puede hablar de mercado de mano de obra.

Pero, además, tan importante como las dos razones anteriores es el hecho de que sólo un sistema compulsivo sobre la mano de obra indígena puede explicar por qué la minería colonial de la época, con leyes de mineral más bajo que en Europa, pudo producir a un costo más bajo que en esta última.

Evidentemente hemos tomado como criterio para definir el régimen de producción capitalista el de la relación capital-trabajo asalariado, con todo lo que ello implica, cuestión que ya hemos discutido en el primer capítulo. En este sentido nos acercamos a la conceptualización de M. Dobb. Sin embargo, vale la pena detenerse nuevamente en este problema, ya que Frank, en su último libro, *L'accumulation mondiale,* insiste en centrar su óptica del capitalismo en la circulación de mercancías cuando aún la fuerza de trabajo no es una mercancía. Cierto, esta vez no es la participación en el mercado mundial o en el mercado simplemente lo que confiere el carácter de capitalista a una economía, sino su participación en la acumulación capitalista mundial. Como veremos, esta variante no le permite a Frank salir de la «impasse» teórica de su hipótesis anterior. En efecto, el citado autor señala:

> «Para definir la extensión de la acumulación capitalista y del sistema capitalista, la primera cuestión pertinente no es simplemente la de la existencia de relaciones de producción y mucho menos la existencia de trabajo asalariado (en la medida en que éste puede existir en forma aislada, sin contribuir a la reproducción y a la acumulación del capital), mientras que una producción en el seno de las relaciones de producción distintas al trabajo asalariado, puede ser y es efectivamente cambiada y realizada como capital y puede por consiguiente contribuir —y contribuye— de manera significativa a la acumulación del capital en el curso de toda su historia» [15].

Nos parece de toda evidencia que la explotación colonial, sustentada en relaciones pre-capitalistas, no sólo ayudó al proceso de acumulación capitalista europeo, sino que ella aceleró su proceso de transición al capitalismo (aunque este impulso no fue uniforme y se realizó de acuerdo a la estructura interna de cada formación social, generando distintos grados de madurez capitalista). Sin embargo, de allí a afirmar que la explotación cuasi-servil de la mano de obra indígena en el Alto Perú tiene un carácter capitalista porque el excedente económico extraído de la actividad minera está integrada al proceso mundial de acumulación de capitales, constituye un salto en el vacío

[15] G. Frank, *L'accumulation Mondiale 1500-1800,* Calmann-Levy, París, 1977, pp. 37 y 38.

muy grande. Exagerando la hipótesis podríamos decir que, siendo la acumulación un proceso encadenado históricamente, la antigüedad contribuyó también a la acumulación capitalista, sea sólo por el acervo tecnológico y científico; pero no por ello concluimos que las economías de dicha época son economías capitalistas, como no lo son tampoco por el hecho de haber alcanzado un determinado desarrollo mercantil insuficiente como para romper con su estructura interna de carácter esclavista.

La economía colonial concurre a la emergencia del capitalismo en Europa a través de la exportación de excedente económico, cuestión que Barán analizó muy lúcidamente. En este sentido, la economía colonial no estuvo aislada del proceso de constitución y expansión capitalista europeo, pero su estructura interna de rasgos feudales —distintos al feudalismo clásico— imposibilitó aprovechar de la expansión del mercado mundial, cuestión que no sucedió con las colonias inglesas en América, y no solamente por ser inglesa, sino por la especificidad de su implantación colonial.

Si el capitalismo se desarrolló con fuerza entre los siglos XVI y XVIII, y de preferencia en Holanda, Inglaterra y Francia, ello no ocurre así en España, Italia y Europa oriental, y mucho menos en las colonias hispanas. El conjunto de estas formaciones sociales se articulan de modo diferente al mercado mundial, como también al proceso de acumulación capitalista, el que no tiene por lo demás un carácter mundial todavía, pues ella se circunscribe sólo a una parte de Europa, aquella donde la transición ha ido tan lejos como para ser irreversible.

Por otra parte, se convendrá fácilmente que acumulación ha habido siempre, independiente de su continuidad o discontinuidad; pero no siempre ha habido acumulación capitalista. Históricamente, la acumulación capitalista sólo tiene lugar cuando determinadas condiciones sociales permiten la reproducción ampliada de la relación capital-trabajo asalariado. Si la economía colonial ayudó directa o indirectamente a la acumulación capitalista inglesa, ello no significa que en la periferia la acumulación sea capitalista; por el contrario, al no reinvertirse los excedentes económicos en la economía colonial no se crea un mercado interno lo suficientemente importante como para pasar el umbral crítico que permita la transformación de las relaciones sociales feudales. El historiador R. Romano afirma acertadamente:

> «El capital mercantil —no acompañado de otros factores: en primer lugar, la formación del mercado interno y la formación de una masa de fuerza de trabajo proletarizada y libre— no puede llegar (como nunca ha llegado) a otra cosa que a formas usurarias de la riqueza o, a lo más, a la perpetuación del capital mercantil (de donde además él se retirará, aprovechando de la exigüedad del capital fijo invertido, a partir del primer síntoma negativo de la coyuntura comercial). Hay

aquí un primer límite al empleo de la palabra «capitalismo» en este contexto colonial (como por lo demás en todo contexto económico que precede a la revolución industrial» [16].

Globalizar o «mundializar» el capitalismo durante el período colonial es un esfuerzo loable cuando ello permite analizar la interrelación más o menos directa de diferentes hechos históricos que concurren a la emergencia del capitalismo en una parte de Europa. Pero cuando ello sirve para definir una suerte de determinismo «ad-hoc» —impresión que nos produce al leer el texto citado de Frank—, haciendo de la acumulación capitalista «mundial» una especie de Rey Midas, todo lo que toca por extensión es capitalismo, en ese caso se trataría de una fuga teórica. En efecto, al negar la diferencia específica de dos formas sociales que se interrelacionan entre sí, una capitalista y otra feudal (o pre-capitalista en el mejor de los casos), entonces las fuerzas sociales internas de esta última pasan a segundo orden en honor a una explicación equívocamente global.

Finalmente, ¿por qué tanta pasión, cuando no simple obsesión, en encontrar una América Latina capitalista desde el período colonial? Tal vez el mismo Frank posibilita una respuesta cuando sostiene que

> «La opinión sobre esta cuestión está directamente ligada a una estrategia política por la liberación nacional y la revolución democrática o socialista» [17].

De esta forma, América Latina, habiendo conocido desde la conquista el modo de producción capitalista, el único carácter posible de la revolución sería el socialista. Viejo debate y falso dilema, al igual que «vía armada» versus «vía pacífica»; éstas son más bien dicotomías no-válidas. Nadie podría negar que en la actualidad la región latinoamericana conoce un desarrollo capitalista, pues la relación capital-trabajo asalariado ha logrado imponer su lógica de reproducción al resto de las relaciones de producción; pero ello no es razón para fijar «ipso facto» un carácter socialista al proceso de cambio, como tampoco lo es cuando se trata de formaciones capitalistas más desarrolladas. Obviamente, en una visión estratégica, el socialismo sólo puede irrumpir de una sociedad capitalista y que teóricamente debería ser la más desarrollada posible (aunque la historia se ha encargado de demostrar que la transformación socialista parte de las sociedades capitalistas menos desarrolladas). Sin embargo, si queremos hablar de política tenemos que introducir todas las mediaciones que supone una sociedad concreta en un momento determinado de su desarrollo, es decir, el estado de las fuerzas sociales en conflicto, su transfiguración ideológica y el grado de crisis alcanzado por la hegemonía, en el sentido gramsciano.

[16] R. Romano, *Les mecanismes de la conquête coloniale: les «conquistadores»*, Flammarion, París, 1972, pp. 162 y 163.
[17] G. Frank, *ob. cit., L'Accumulation...*, p. 43.

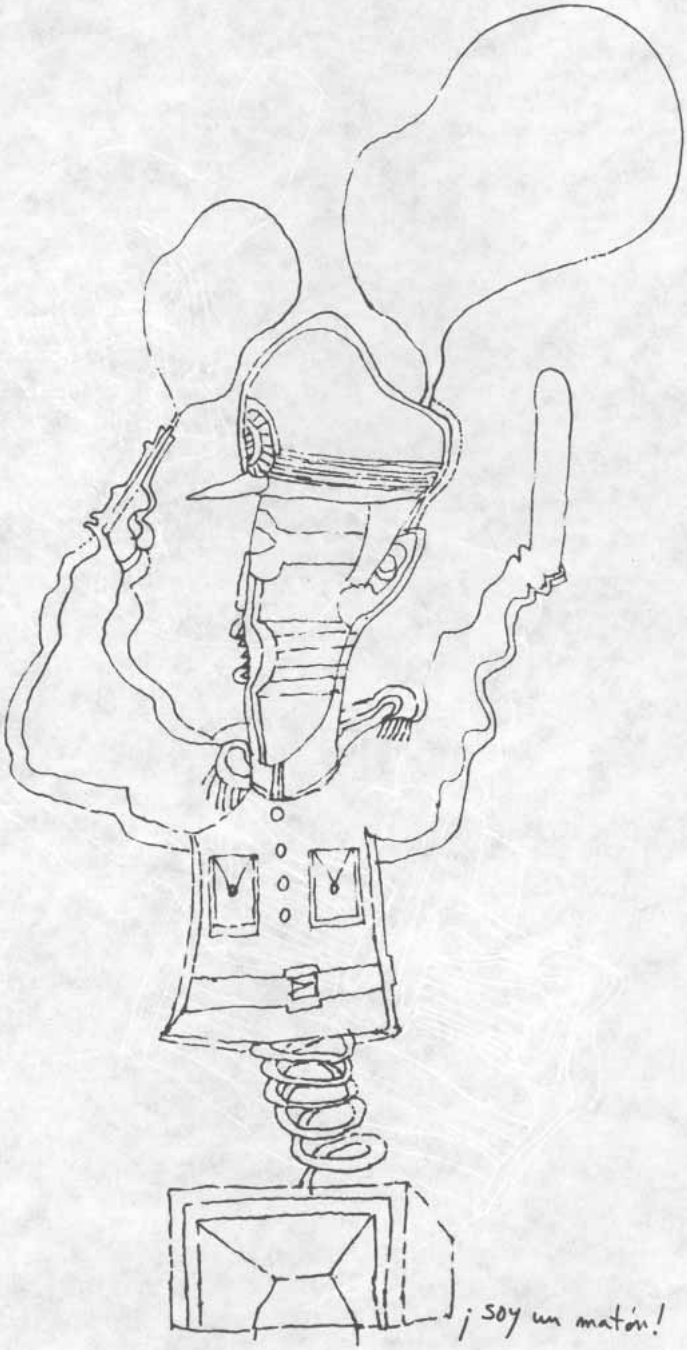
«Carácter democrático o socialista de la revolución», «fascismo o socialismo», etc., son todas ellas categorías metafísicas si no se acompañan del «análisis concreto de la situación concreta». Por ello, aun si el período colonial en América Latina fuera capitalista, ello no adelanta en nada el carácter específico del proceso de cambio necesario en la región.

Conclusiones

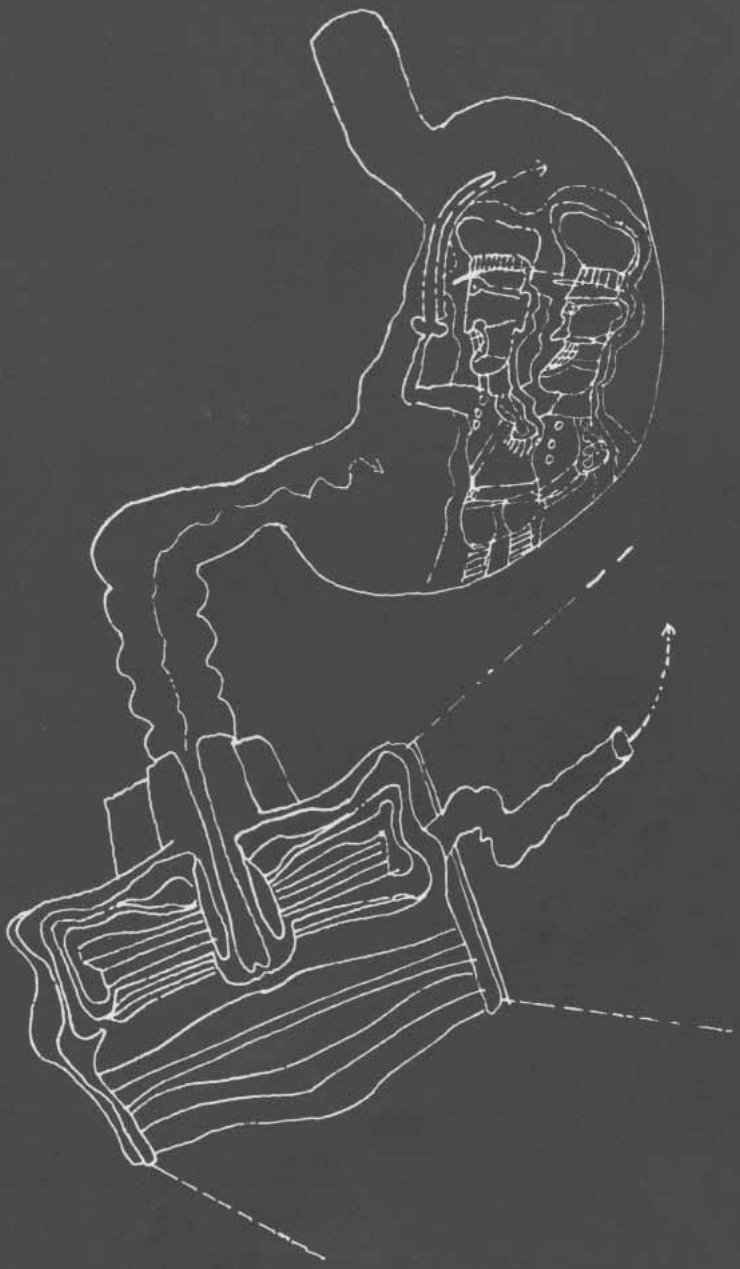
a) Los argumentos que tradicionalmente se emplean para demostrar el carácter capitalista de la economía colonial (ya se trate de la hipotética España capitalista, de la producción colonial destinada al mercado, de la vinculación de la periferia colonial a la acumulación capitalista «mundial», o simplemente del carácter mercantil de la empresa conquistadora) no son suficientes para dar cuenta de lo esencial, a saber: las relaciones sociales específicas que se anudan en el proceso de producción y apropiación del excedente económico y la estructura de clases a que ello da origen.

b) La ausencia de relaciones capitalistas en la estructura económica colonial de América Latina no significa, a lo menos en este trabajo, dar validez a la hipótesis relacionada con el trasplante feudal o la simple reproducción en Latinoamérica del feudalismo clásico europeo, salvedad hecha de tiempo y lugar. La diversidad de circunstancias históricas han determinado que el feudalismo del período colonial toma formas específicas, entre otras, la presencia no hegemónica del capital mercantil, que hacen justamente de la economía colonial una variante más del modo de producción feudal.

c) De acuerdo a la conceptualización que se tenga del capitalismo como categoría histórica, existirán diferentes ópticas para enfrentar la complejidad del desarrollo histórico. Así, por ejemplo, cuando Frank define el capitalismo como un sistema en que la producción está destinada a un mercado, entonces las economías latinoamericanas desde su constitución son economías capitalistas, con una burguesía (mercantil) y un proletariado (bastardo) que nacen sin pecado original. En esta óptica, la inserción de dichas economías en el mercado mundial o en la acumulación capitalista mundial configura fatalmente una suerte de «desarrollo del subdesarrollo», en el que el mercado o la acumulación capitalista «mundial» como un «deus ex-machina» reafirma la continuidad del subdesarrollo. Cuando aparecen casos históricos que rompen con este determinismo, como los de Australia y Canadá, y aquellos que han tenido un desarrollo capitalista de envergadura en los últimos años, como Brasil y Argentina, todos ellos sólo se explicarían casuísticamente uno a uno. De allí la importancia de acentuar el estudio de las estructuras internas del mundo colonial o post-colonial en el marco de una conceptualización del capitalismo distinta a la de la simple circulación de mercancías o de la acumulación de capitales en el centro.



1º 8·73



22.8.73

FASCISMO Y DESNUTRICION EN CHILE

MANUEL IPINZA

«Desarrollo social, capacitación profesional, participación laboral, ayuda al desvalido. Todo eso está muy bien a largo plazo, pero en este difícil momento lo primero es asegurar a la gran masa de la población algo que muchos de los pobres no pueden lograr por sí mismos: es la alimentación mínima, el hecho humilde de masticar e ingerir grasas y proteínas» *(subrayado del autor)* [1].

El derecho a comer. Derecho humano primordial y esencial y que no es sino otra cosa que el derecho a sobrevivir. Sin el cumplimiento de él todos los demás derechos humanos son inconcebibles.

Acerca de este derecho editorializaba «El Mercurio» a mediados de 1975. Si el vocero de los monopolios nacionales y extranjeros —mentores y responsables de la política económica de la Junta— escribía sobre el tema era porque el problema ya a esa altura revestía demasiada gravedad y notoriedad. «El Mercurio» no se conmueve fácilmente y además no se caracteriza por ser un difusor de la verdad, sobre todo si ésta deja al desnudo la inhumanidad del régimen que sustenta. Si lo hacía era porque esta verdad era tan evidente que le resultaba imposible de ocultar.

En el segundo párrafo de la Declaración de Principios de la Constitución de la Organización Mundial de la Salud se establece que: «El goce del grado máximo de salud que se pueda lograr es uno de los derechos fundamentales de todo ser humano sin distinción de raza, religión, ideología política o condición económica o social.»

[1] «El Mercurio», 7-8-1975.

Por su parte, el Dr. H. Mahler, director general de la OMS, en parte de su informe a la 31.ª Asamblea Mundial de la Salud en mayo de 1978, decía: «La mejor forma de promover la salud es promover el desarrollo. El desarrollo supone progreso social, no menos que progreso económico, porque su principal objetivo es mejorar la calidad de la vida. Sin salud, la calidad de la vida no puede ser grande; en efecto, aun sin la salud no lo es todo, el resto no es nada sin ella.»

El fascismo es, por definición, la negación misma de los principios antes mencionados. La aplicación de la política económica y social de la Junta Militar chilena ha significado miseria, hambre y enfermedad para la inmensa mayoría de nuestro pueblo [2]. Por otra parte, ha significado asimismo la abolición o la restricción de los servicios asistenciales fundamentales, necesarios para enfrentar dicha situación [3]. El resultado final de todo esto es lo que muchos han calificado y denunciado como un verdadero genocidio del pueblo chileno [4].

El presente informe excluye mucha de la información y de las referencias disponibles, en mérito de su necesaria brevedad. Creemos, sin embargo, que la información aquí presentada permite demostrar en forma categórica la existencia de factores condicionantes de hambre aguda y de desnutrición crónica en Chile, fenómeno que afecta en forma más extendida e intensa a la población infantil del país.

La población expuesta

En 1975, la población de Chile ascendía a 10.253.014 habitantes [5]. De ellos, aplicando los porcentajes encontrados en el censo nacional

[2] Al respecto han sido numerosos los trabajos publicados tanto en Chile como en el extranjero. Destacamos de entre ellos los de: José Aldunate, *El hambre en Chile,* «Mensaje», núm. 253, octubre 1976; American Public Health Association, *Desnutrición y consumo de alimentos en Chile bajo la Junta Militar* (capítulo IV del informe preparado por la APHA y elevado al Grupo Ad Hoc de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas con fecha 12 de julio de 1977); Giorgio Solimano, *La salud y los derechos humanos en Chile.* Informe presentado en Congressional Conference on U. S. Foreign Policy Towards Latin America (Southern Cone) with Respect to Human Rights, Washington, D. C. Septiembre 27 de 1977.

[3] Véase las entrevistas a Ernesto Medina, actual presidente del Colegio Médico de Chile, publicadas en: «El Mercurio», edición internacional, 20-10-1975, y en «Ercilla», núm. 217, 6-4-1977. Asimismo su *Discurso inaugural ante la reunión de mesas directivas de Consejos Regionales del Colegio Médico con el Consejo General,* «Vida Médica», vol. XXVI, marzo-abril 1977. Otra publicación hecha en Chile y que se refiere principalmente a un análisis de la política de salud de la Junta es el de Jorge Jiménez: *Salud: Orientación y realidades en los últimos tres años,* «Mensaje», núm. 254, noviembre 1976.

[4] *Informe económico de la Iglesia Católica chilena,* febrero 1975; Manuel Ipinza, *El genocidio del pueblo chileno.* Informe presentado al VII Congreso Internacional de AMIEVS, Bologna, abril 27-mayo 1 de 1976.

[5] Ministerio de Salud, Departamento de Planificación, *Indicadores biodemográficos. Chile, 1968-1977.*

de 1970, alrededor de 3.065.000 personas corresponderían a la población activa del país en ese momento. De acuerdo a la tasa oficial de cesantía para ese año, 18,7 %, habrían existido aproximadamente 585.000 trabajadores desempleados, los que con sus familias habrían hecho un total cercano a los 2 millones de personas sin ningún tipo de ingreso permanente proveniente de un sueldo o un salario. Por otra parte, en diciembre de ese año estaban incorporados al Programa de Empleo Mínimo (PEM) 126.765 trabajadores [6], los que con sus cargas familiares hacían un total de aproximadamente 507.000 personas [7]. Según señalaban dirigentes sindicales en carta dirigida al presidente de la Junta en mayo de 1976, un 50 % de los trabajadores ocupados del país —no se consideran los incorporados al PEM— percibían en ese momento ingresos inferiores al monto correspondiente al grado 28 de la Escala Unica de Remuneraciones [8]. En cifras absolutas éstos ascendían a aproximadamente 1.180.000 trabajadores, los que con sus familias sumaban algo más de 4. millones de personas.

La población infantil menor de seis años en 1975, la más expuesta al riesgo de desnutrición por razones sociales y biológicas y en la cual a su vez el daño es más grave y trascendente, alcanzaba a una cifra aproximada a 1.800.000 niños. De éstos, los lactantes menores de dos años eran poco más de 500.000.

Las causas del hambre

El PGB crece a un ritmo moderado, pero sostenido, en la década del sesenta. Este ritmo se acelera entre 1970 y 1971, para alcanzar su mayor nivel per cápita ese año (US $ 1.045, en dólares de 1976). Baja entre 1974 y 1975 en una magnitud sin precedentes para el país, y en 1976 asciende levemente, para alcanzar un nivel per cápita similar al de quince años antes (US $ 818,1, en dólares de 1976) [9].

En 1970, el 52,3 % del ingreso geográfico se destinaba a remuneraciones al trabajo de empleados y obreros. En 1972 dicha participación ascendió a un 62,8 %. En 1974, las remuneraciones a empleados y obreros sólo alcanzó al 43,2 % del ingreso nacional [10].

El desempleo ha alcanzado bajo la Junta Militar niveles 3 a 4 veces superiores a la tasa promedio de la década anterior.

[6] Ver *Tribulaciones del PEM*, «Ercilla», núm. 2.170, 2-3-1977.

[7] Se aplicó el criterio utilizado por José Aldunate, *ob. cit.*, de estimar un promedio de cuatro cargas familiares por trabajador, debido a que en el PEM no se suelen admitir solteros y tienen preferencia los que tienen mayor número de cargas.

[8] Ver *Carta de diez dirigentes sindicales al general Pinochet*, «Solidaridad», núm. 31, segunda quincena de noviembre de 1977.

[9] Rubén Corvalán, «Estadísticas Chilenas», vol. XII, núm. 589, Santiago de Chile, 1977.

[10] *Ibid.*

CUADRO 1

Tasas de cesantía. Chile, 1970-1976

	AÑOS						
	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976
Cesantía (%)	8,3	3,8	3,6	7,0	9,7	18,7	13,6

FUENTE: Ministerio de Hacienda, *Exposición sobre el estado de la hacienda pública,* noviembre 1976.

La desocupación ha afectado con mayor intensidad a obreros y campesinos. En 1977 «... 2 de cada 5 campesinos no tienen ocupación alguna, 7 de cada 10 cesantes son obreros...» [11].

En marzo de 1975 se inicia el Plan de Empleo Mínimo (PEM), como una manera de absorber parcialmente la cesantía, a un nivel de remuneraciones por debajo de las mínimas de subsistencia. Este plan fue sugerido por el economista norteamericano Arnold Harberger, el cual, en conferencia dictada a un grupo de empresarios chilenos a fines de 1974, señalaba: «En esto (el desempleo) yo tengo la idea de que un plan en que un trabajador cualquiera obtenga un salario *peor* que el salario mínimo por la jornada de un día de trabajo *duro* en una repartición estatal... permitiría sobrellevar la situación de emergencia» (subrayado en el original). Y remarcaba a continuación: «Se trata de que el trabajador sin empleo pueda entrar a este plan y trabajar ahí. La idea es que no sea un empleo atractivo, *ni que sea bien remunerado. No. Debe ser mal remunerado...*» (subrayado del autor) [12].

Este plan así inspirado tenía en diciembre de 1976 incorporados 208.587 trabajadores. La remuneración que percibían —al cambio de la época— equivalía a US $ 35 al mes. Sin la existencia de este plan, la tasa real de cesantía habría sido de un 17 % en lugar del 13,6 % oficialmente declarada [13].

En cuanto al nivel de remuneraciones de aquellos que han logrado conseguir o mantener un empleo, tomando como índice 100 el año 1970, observamos que ellas ascienden a un índice de 127,4 en 1971, para descender a un nivel de 92,4 en 1974. En 1976 ellas equivalían a un 78,8 % del nivel de 1971 [14]. En septiembre de 1977, el grado 28 de la Escala Unica de Remuneraciones de la Administración Pública percibía un monto de 1.905 (US $ 79 mensual al cam-

[11] «Solidaridad», núm. 31, *ob. cit.*

[12] Arnold Harberger, *Cuatro momentos de la economía chilena.* Fundación de Estudios Económicos, Ed. Univ., Santiago de Chile, 1976.

[13] «Ercilla», núm. 2.170, *ob. cit.*

[14] Ministerio de Hacienda, *Exposición sobre el estado de la hacienda pública,* Santiago de Chile, noviembre 1976.

bio de la época)[15]. Según vimos antes, en mayo de 1976, un 50 % de los trabajadores del país percibían en ese momento ingresos inferiores al monto correspondiente a ese grado de la Escala.

El aumento del costo de vida —oficialmente declarado— fue entre enero de 1970 y enero de 1977 igual a 1.608 veces. Según el economista René Cortázar[16], el aumento real fue de 2.525 veces, debido a que se usaron en 1973 dos índices de precios diferentes sin enlazarlos debidamente. El mismo economista señala que, debido a que las familias de menores ingresos dedican una mayor proporción de sus presupuestos a la compra de alimentos y a que éstos

CUADRO 2

Variaciones de precios de alimentos básicos. Chile, 1973-1976

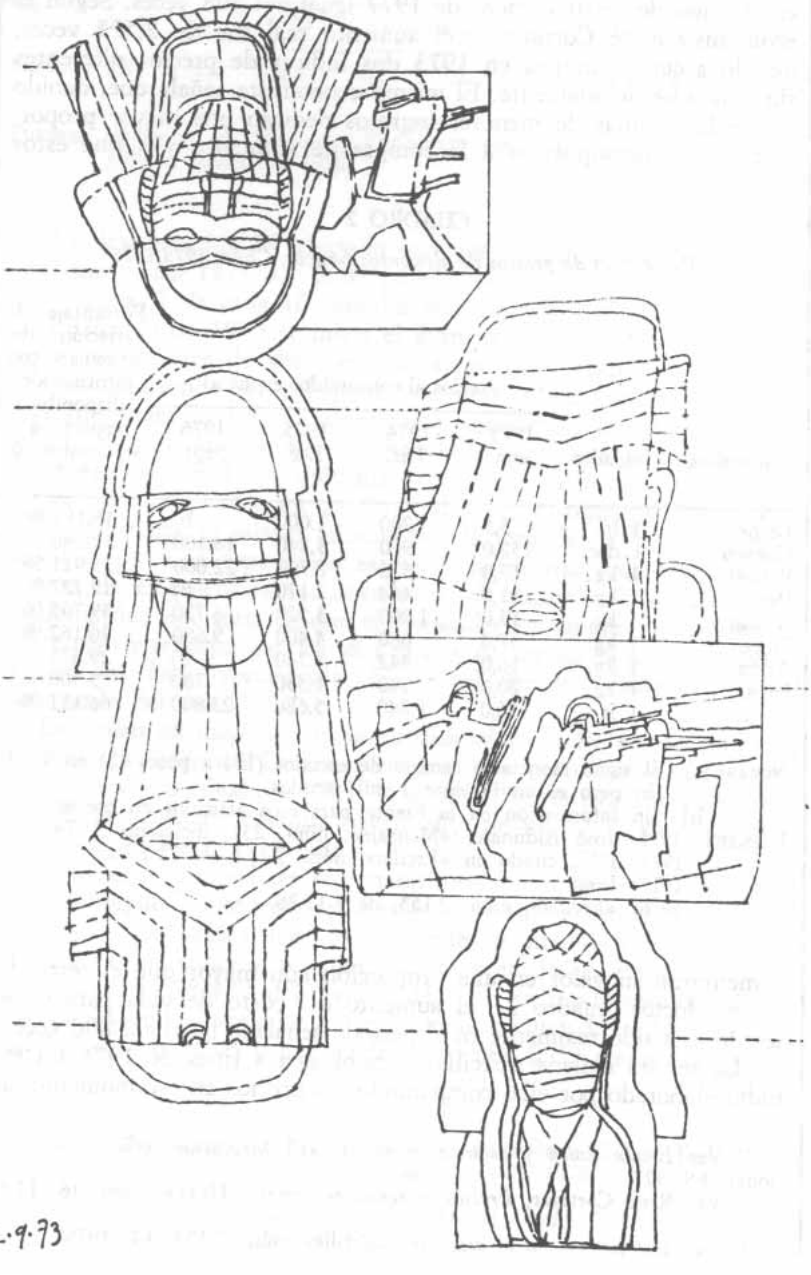
Alimentos	Unidades	Precios al consumidor en E° a)				Porcentaje de variación del último año con información disponible respecto a septiembre de 1973
		1973 Sept.	1974 Dic.	1975 Dic.	1976 Sept.	
Leche	1 lt.	5,5	200	1.000	b)	18.181 %
Huevos ...	1 doc.	132,0	900	3.840	16.100	12.196 %
Pescado ...	1 kg.	17,0	626	2.700	22.000	129.411 %
Pan	1 kg.	11,0	464	2.170	b)	19.727 %
Azúcar ...	1 kg.	17,0	1.200	3.520	6.750	39.705 %
Fideos ...	1 kg.	37,0	680	4.400	9.680	26.162 %
Arroz	1 kg.	16,0	942	4.740	b)	29.625 %
Papas	1 kg.	20,0	140	1.330	700	3.500 %
Aceite	1 lt.	36,0	1.840	5.680	23.800	66.111 %

NOTAS: a) El signo monetario cambió de escudos (E°) a pesos ($) en 1975. Un peso es equivalente a mil escudos.
b) Sin información en la fuente para esos artículos en ese año.
FUENTES: 1973: José Aldunate, «Mensaje», núm. 231, diciembre 1974.
1974: INE, citado en «Ercilla», núm. 2.112, de 21-1-76.
1975: *Ibid.*
1976: «Ercilla», núm. 2.153, de 3-11-76.

aumentaron su valor en una proporción aún mayor que el resto de los productos (cuadro 2), el aumento del costo de vida para estos sectores ha sido realmente en el período señalado igual a 2.800 veces.

La revista chilena «Ercilla»[17] publicaba a fines de 1976 un estudio elaborado por ella, comparando los precios en ese momento en

[15] Ver *Escala única y salarios mínimos,* «El Mercurio», edición internacional, 3-9-1977.
[16] Ver René Cortázar, *Precios y remuneraciones,* «HOY», núm. 16, 14-9-1977.
[17] Ver *Los precios en el ascensor,* «Ercilla», núm. 2.153, 3-11-1976.



2.9.73

Estados Unidos y en Chile (cuadro 3). Con excepción de algunas verduras y de otros productos, como los fideos, en general, los precios son francamente inferiores en Estados Unidos, país con un ingreso per cápita 9 veces superior al de Chile en ese momento.

En julio de 1976, la «canasta popular de alimentos» costaba 1.140,46 (US $ 54,5, en dólares de la época) [18]. Este valor representaba una cantidad 2,5 veces el monto del salario del empleo mínimo a la fecha y el 76,7 % del monto del sueldo asignado al grado 28 de la Escala Unica, por debajo del cual, como veíamos antes, se ubicaba más de la mitad de los trabajadores del país. El propio ministro de Salud de la época, general Francisco Herrera, reconocía, en entrevista al diario «El Mercurio» de junio de 1975, que «... en

CUADRO 3

Precios en Chile y en Estados Unidos de diez productos alimenticios seleccionados (precios en dólares) a)

Alimentos	Unidades	Chile Sept. 76	USA Jul. 76
Azúcar	1 kg.	0,47	0,44
Café	400 grs.	6,59	5,08
Aceite envasado	1 lt.	1,67	1,09
Harina especial	1 kg.	0,69	0,40
Fideos	400 grs.	0,27	0,35
Pollo trozado	1 kg.	2,86	1,07
Filete merluza	1 kg.	1,54	1,52
Pan especial	670 grs.	1,19	0,36
Huevos	1 doc.	1,12	0,79
Papas	1 kg.	0,05	0,22
Cebollas	1 kg.	0,32	0,45

NOTA: El valor del dólar el día 20 de septiembre, fecha en que se tomó el muestreo en Santiago, era de: 1 dólar = 14,35 pesos.
FUENTE: «Ercilla», núm. 2.153, de 3-11-76.

las poblaciones marginales de Santiago un jefe de familia gasta más del 70 % en comer».

En síntesis, alrededor de un 72 % de la población activa y un 78 % de la población total vive en condiciones de extrema pobreza, ya que sus ingresos son insuficientes para pagar el valor de la «canasta popular». Entre el 20 % y el 25 % de la población activa (cesantes, subempleados, pequeños comerciantes y artesanos, empleo mínimo) tienen sólo una capacidad adquisitiva suficiente para comprar pan, agua y el 40 % de la canasta. El 50 % de la población activa tiene sólo capacidad para financiar entre un 47 % y un 79 %

[18] José Aldunate, *ob. cit.*

de la misma. La canasta popular representa el nivel mínimo de subsistencia, consta de sólo 16 productos y no contiene carne, café ni leche.

Por otra parte, la disponibilidad de alimentos del país se ha reducido por concepto de menor producción, menores importaciones y mayores exportaciones (cuadros 4, 5 y 6). La producción de pollos

CUADRO 4

Importaciones de alimentos. Chile, 1970-1976
(En millones de dólares de ese año)

	A Ñ O S						
	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976
Monto	135,5	192,2	338,4	594,9	561,0	360,8	270,7

FUENTE: Ministerio de Hacienda, *Exposición sobre el estado de la hacienda pública,* noviembre 1976.

CUADRO 5

Exportaciones de productos agropecuarios y del mar y de productos industriales alimenticios. Chile, 1971-1976
(En millones de dólares de ese año)

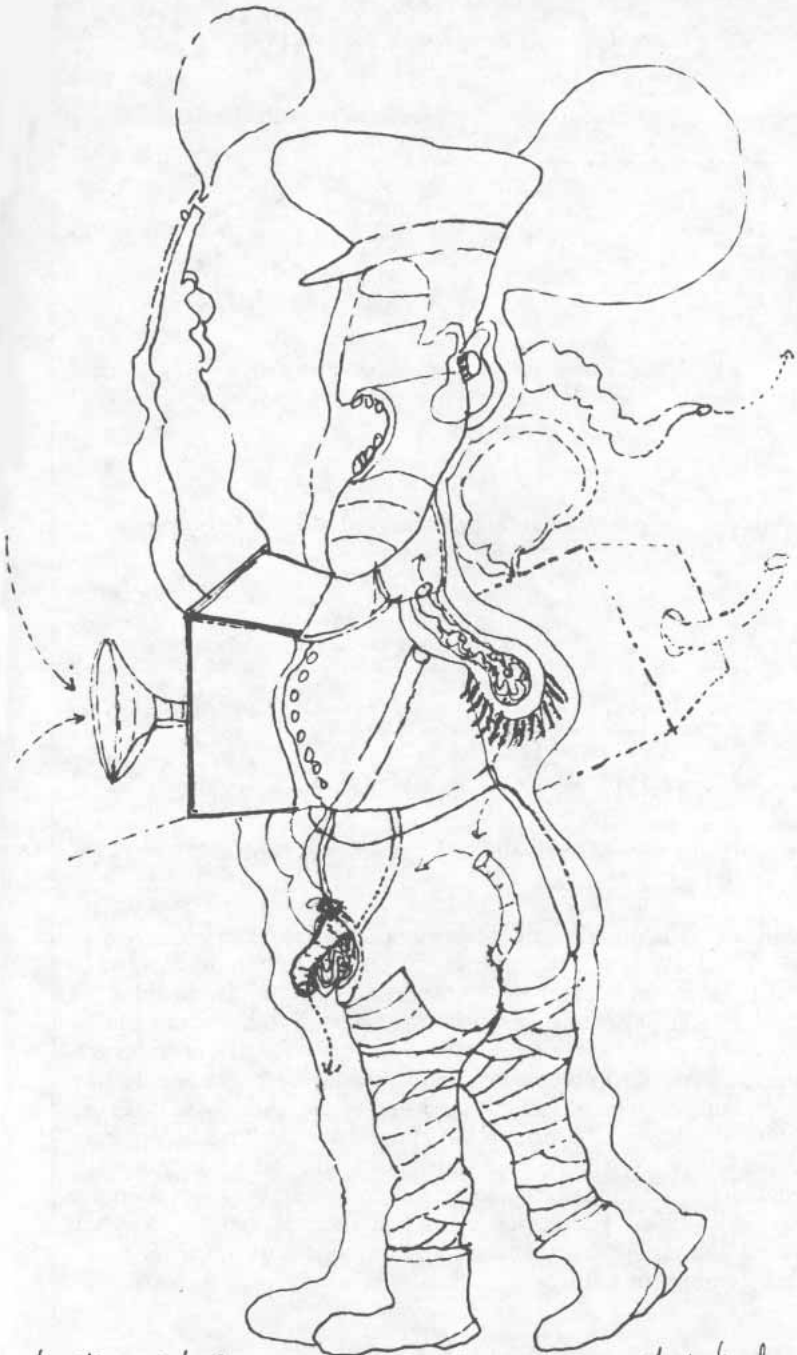
Productos	1971	1972	1973	1974	1975	1976
Agrícolas	22,7	15,5	20,8	42,9	59.7	86,2
Pecuarios	4,3	0,8	1,2	4,4	16,7	24,8
Pesca	1,2	1,3	1,6	4,5	6,0	6,9
Ind. alimenticios	11,4	9,8	9,3	18,0	72.6	48,9

FUENTE: «El Mercurio», edición internacional, de 8-5-77.

broiler descendió de 23.196.000 unidades en 1973 a sólo 11.035.000 unidades en 1976. La de huevos bajó de 830.548.000 unidades en 1973 a 383.450.000 unidades en 1976. La producción de trigo en 1976 fue apenas un 60 % de la alcanzada en 1971. Y así ocurre en general con los productos agropecuarios [19].

La conjunción de los tres factores antes mencionados lleva a una menor disponibilidad de alimentos para la población (cuadro 7).

[19] Instituto Nacional de Estadística (INE). Compendio estadístico, 1974 a 1976.



23·8·73

Los Torres de la Cruz, aprendices de gaita a poto pelado.

CUADRO 6

Indice de producción agrícola. Chile, 1965-1976
(1970 = 100)

Año	Producción total	Producción per cápita
1965	80,8	89,1
1970	100,0	100,0
1973	80,5	76,3
1974	95,1	88,6
1975	91,9	84,0
1976	48,3	75,6

FUENTE: Franco Mesa, *La agricultura: un sector a la deriva,* en «Mensaje», núm. 259, mayo 1977.

CUADRO 7

Disponibilidad per cápita de los productos agrícolas más importantes en la alimentación del chileno
(En kgs/año por persona)

Año	Trigo	Arroz	Azúcar cruda	Aceite crudo	Papas	Leguminosas
1971	189,4	10,9	34,9	7,7	85,6	8,3
1972	194,8	11,3	39,6	10,5	74,3	10,1
1973	196,1	10,6	36,3	8,5	61,2	7,8
1974	175,1	5,5	31,4	7,1	97,2	6,5
1975	156,2	9,2	30,9	5,7	69,8	8,1

FUENTE: José Aldunate, *El hambre en Chile,* en «Mensaje», núm. 253, oct. 1976.

De acuerdo a un informe presentado por la Asociación Americana de Salud Pública al Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas [20], en el período anterior a la Junta, la cantidad de alimentos que el país tenía permitía una disponibilidad promedio de 2.460 calorías y 77,7 gramos de proteínas per cápita; las recomendaciones de FAO y OMS son de 2.362 calorías y 46 gramos de proteínas. La disponibilidad actual de calorías asciende a sólo 2.180 per cápita por día; el consumo de carne bajó de 31,8 kilogramos a 23,5 kilogramos por año, y los huevos bajaron de un consumo de 136 unidades a 70 unidades anuales. Como lo enfatizan los autores: «Lo que tales cifras promedios esconden, dada la grosera desigualdad de los ingresos que existen, es el aterrador bajo nivel de nutrición de los pobres de Chile.»

[20] Asociación Americana de Salud Pública, *ob. cit.*

El cuadro anteriormente descrito se ve aún más agravado por la severa disminución en los gastos de salud del país. El último informe de la Comisión de Derechos Humanos ilustra sobre esta situación (cuadro 8).

CUADRO 8

Gasto público en salud en Chile, 1970-1977
(En millones de dólares)

Año	Gasto total	Gasto per cápita	Porcentaje del PN
1970	353 mill.	38 dól.	6,0
1971	459 mill.	48 dól.	a)
1976	230 mill.	22 dól.	4,0
1977	145 mill.	13 dól.	2,5

NOTA: a) Sin calcular en la fuente.

FUENTE: Informe de la Comisión de Derechos Humanos a la XXXII Asamblea General de las Naciones Unidas.

En 1972, el gasto público en salud equivalió a un 7,2 % del Producto Nacional, y en 1977 alcanzó sólo a un 2,5 %. El propio presidente actual del Colegio Médico de Chile ha denunciado esta situación [21].

La distribución gratuita de leche, que formaba parte importante de los programas de nutrición de los gobiernos anteriores, especialmente del gobierno del presidente Allende [22], también se ha visto reducida drásticamente. En 1972 se distribuyeron 42.593.624 kilogramos de leche en polvo [23] y en 1976 sólo 30.352.000 kilogramos [24].

El rostro del hambre

El hambre en Chile hoy presenta dos rostros antagónicos. Uno: el del dolor, el abatimiento, la impotencia, la vergüenza, la desolación, la desesperanza y la muerte. El rostro infamante de la degradación

21 Ernesto Medina, *Vida médica, ob. cit.*

22 Para una excelente revisión acerca de los Programas de Distribución de Leche en Chile, véase: Giorgio Solimano y Peter Hakim, *Development, Reform and Malnutrition in Chile 1930-1970,* International Nutrition Planning Program, Center for International Studies, MIT, Massachusetts, agosto 1975, y Peter Hakim y Giorgio Solimano, *Supplemental Feeding as a Nutritional Intervention: The Chilean Experience in the Distribution of Milk,* MIT-INP Discussion Papers/75-2 C/75-11, Massachusets, mayo 1975.

23 Salvador Allende, *Tercer mensaje presidencial al Congreso Pleno,* mayo 21 de 1973.

24 Servicio Nacional de Salud, Sub-Departamento de Estadística. Anuario 1976. Atenciones y recursos.

de la condición humana. El otro: es el rostro de la ira, de la protesta, de la lucha, de la unidad, de la fraternidad y de la solidaridad. Es el rostro del humanismo triunfante que, a pesar del sufrimiento y la represión, se levanta desafiante frente a la bestia fascista.

Todas estas manifestaciones del hambre han quedado registradas en la historia heroica y dolorosa de este transitorio período negro de la vida de nuestro pueblo.

Ya en su Mensaje de Navidad en diciembre de 1974, el entonces obispo auxiliar de Santiago, Fernando Ariztía, decía: «¿Pero qué hacer con ese alto porcentaje de niños que lloran y duermen mal porque tienen hambre? Algunos piensan que vemos solamente visiones y fantasmas.»

Una asistente social de la Vicaría de la Solidaridad [25], en informe elevado a dicha organización en el año 1976, expresaba: «La cesantía ininterrumpida, el hambre y la miseria han provocado en la zona un deterioro moral... Alcoholismo creciente entre los trabajadores cesantes... Robos cada vez más frecuentes... Alarmante aumento de abortos... Cada vez hay un número mayor de mujeres que abandonan su casa y sus niños. En el mejor de los casos, se llevan al más regalón. Reparte los otros entre la madrina, la comadre, etc.»

En la misma época, «El Mercurio» [26] publicaba algunas declaraciones recogidas en una encuesta en poblaciones: una mujer ocupada en el PEM decía: «Mi marido está cesante... Hay que aceptar cualquier cosa, que si no, nos morimos de hambre.» Otra entrevistada: «Mi hijo tiene ocho años y anda vagando, y fumando, y pidiendo plata»; «muchas señoras tienen niños criándose solos, con esto del empleo mínimo». En una escuela, mientras preparaban el almuerzo escolar, «los niños se llegan a desmayar en veces (de hambre)». En un comedor infantil «acá se eligen a los más necesitados para darles almuerzo, pero siempre hay mamás que suplican que por un día le demos de comer a sus hijos, porque en su casa no tienen nada». Don Luis [27], padre de cinco hijos, cesante desde hace diez meses, deambula diariamente en búsqueda de «... un pololito para parar la olla». Uno de sus hijos, de quince años de edad, sufre desnutrición de segundo grado. «No vemos nunca la leche. Y podemos comprar un kilo de cazuela cada dos semanas, ¡y eso! El desayuno es té puro y un pedazo de pan sólo, como en todas partes.»

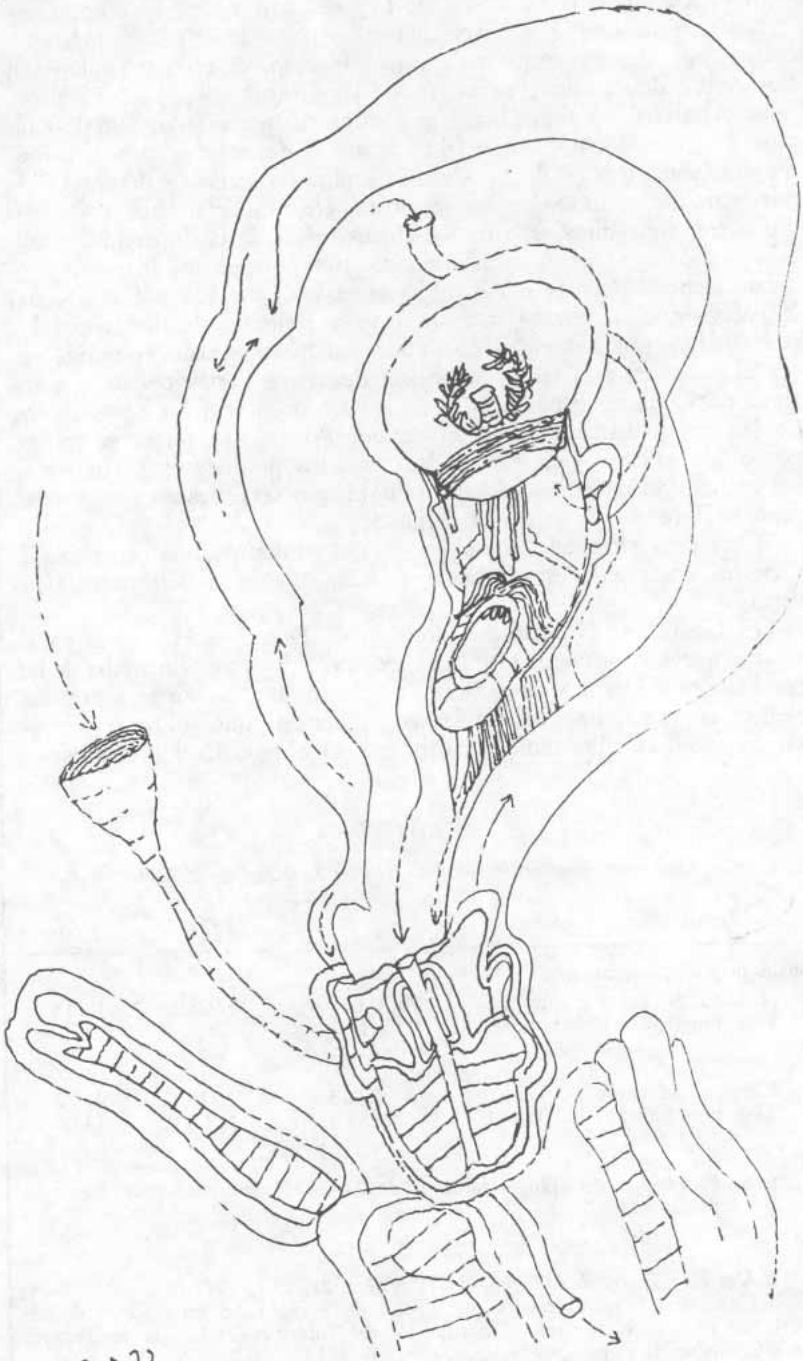
A comienzos de 1976, la revista «Ercilla» [28] informaba: «Otro niño, Enrique Marín Ramos, de doce años, falleció el fin de semana, luego de comer harina contaminada que había recogido en un basural de Maipú. Pese al trágico suceso, en días siguientes todavía había menores entregados a la misma tarea: *buscar alimentos y objetos de valor entre la basura.*»

25 Citado en José Aldunate, *ob. cit.*

26 *Ibid.*

27 «Solidaridad», núm. 31, *ob. cit.*

28 Ver «Ercilla», núm. 2.116, 18-2-1976 (subrayado nuestro). Esta misma noticia fue publicada en «La Tercera de la Hora», 16-2-1976.



27.8.73

Esta desesperada búsqueda de comida, aun a riesgo de enfermar y morir, continuaba y se hacía masiva a fines de 1977. El más dramático episodio, ilustrativo de esta situación, es el que ocurrió en noviembre de ese año, en la ciudad de Antofagasta. El SNS decomisó y enterró en algún lugar, por estar en mal estado, 200.000 tarros de leche. La noticia se filtró, y miles de antofagastinos, niños, mujeres y adultos se dirigieron a la «mina de leche» a desenterrarla por cualquier medio. «Era un regalo del cielo», decían. Felisa Godoy, viuda con siete hijos, uno de los cuales sufría de desnutrición, explicaba: «Cómo no iba a sacarla si hace tiempo que mis hijos no probaban leche... Preparé manjar y hasta se lo di con tecito a la guagua. Y parece que no estaba mala, porque a ninguno de los cabros les pasó nada.» Las autoridades sanitarias debieron trasladar varias veces el sitio del entierro y la policía detuvo a varias personas e incluso debió hacer disparos al aire para amedrentar a los hambrientos pobladores y disuadirlos de su acción. Pero como relata el corresponsal de «Hoy» [29] en esa ciudad: «... los pobladores se fueron a los cerros, permaneciendo ocultos hasta que se retiraran (los carabineros). Después volvían a la carga».

Otra expresión del hambre ha sido el aumento de la prostitución y de las enfermedades venéreas. Y asimismo de la delincuencia juvenil.

El Grupo Ad-Hoc de la Comisión de Derechos Humanos ya se refería a estos problemas a fines de 1975 [30] y los vinculaba a las condiciones de represión policial, de cesantía y de miseria prevalecientes en ese momento y a las consecuencias que sobre la organización familiar ellos tenían. Asimismo, el obispo Carlos Camus, en

CUADRO 9

Casos venéreos notificados al SNS en Santiago, 1974-1976

Enfermedades venéreas	1974	1975	1976
Sífilis primaria y secundaria:			
Número de casos	671	928	1.253
Tasa por 100 mil habitantes ...	17,2	23,8	32,1
Gonorrea:			
Número de casos	2.930	4.710	4.922
Tasa por 100 mil habitantes ...	69,0	113,6	145,6

FUENTE: Extractado de «Hoy», núm. 1, de 7-6-77. *Enfermedades venéreas. La plaga oculta.*

[29] Ver *La quimera de la leche*, «HOY», núm. 26, 23-11-1977.

[30] Conclusiones provisionales del Grupo de Trabajo Ad Hoc acerca de los Derechos Humanos en Chile. Capítulo IV del Informe del Grupo de Trabajo de la Comisión de Derechos Humanos. Octubre 1975.

entrevista con corresponsales extranjeros, volvía sobre este tema a fines de 1976 [31].

El cuadro 9 muestra el alarmante aumento de las enfermedades venéreas entre 1974 y 1976.

En 1977 se presentaron más de 18.000 casos nuevos de sífilis y gonorrea (3 veces más que el año anterior) y un gran número de ellos corresponde a niñitas entre 10 y 14 años que practicaba la prostitución [32].

En abril de 1977, «El Mercurio» informaba que en algunas comunas de Santiago, la vagancia y la mendicidad afectaban a más del 10 % de los niños [33]. El mismo diario, un año más tarde, informaba que en el transcurso de 1977 —sólo en las calles céntricas de Santiago— habían sido detenidos 30.653 niños vagos [34].

La otra cara del hambre es, como decíamos antes, la de la unidad y la solidaridad para enfrentarla.

Una manifestación muy concreta de esta actitud ha sido la creación de los «Comedores Populares, Infantiles o Fraternos», como han sido denominados. La mayor parte de ellos están vinculados a la Vicaría de la Solidaridad, pero los hay también ligados a federaciones sindicales, bolsas de cesantes, trabajadores del PEM y otras organizaciones comunitarias o gremiales.

En el año 1973 se crea el primero en una población de Santiago. Como recuerda la señora Rosa [35]: «Los niños que pasaban por las casas pidiendo algo para comer eran muchos. *Eso fue lo que nos movió a juntar las pocas cosas que teníamos para ayudarlos.*»

En agosto de 1975 ya había 86 Comedores, todos ellos en la ciudad de Santiago, y daban almuerzo a un total de 12.000 niños [36]. A fines de 1976 habían aumentado a 294, que atendían a un poco más de 30.000 niños y se habían extendido a todo el país [37]. A mediados de 1977 solamente en la ciudad de Santiago ya existían 310 Comedores dependientes de la Vicaría [38].

El almuerzo proporcionado por esos Comedores, de lunes a viernes de cada semana, sólo aporta 500 calorías y 15 gramos de proteínas diarias [39]. Para muchos niños ese almuerzo constituye el único alimento del día. «Yo estoy feliz. Ayer sólo tomaron té», decía en junio de 1977 una madre mientras contemplaba a su hijo

31 Ver «Ercilla», núm. 2.089, 15-10-1976.
32 Ver «La Tercera de la Hora», 18-4-1978.
33 Ver *Situación social en las comunas de Santiago,* «El Mercurio», 15-4-1977.
34 Ver «El Mercurio», 22-1-1978.
35 Ver *La voluntad de vivir,* «Solidaridad», núm. 26, primera quincena de septiembre de 1977 (subrayado del autor).
36 Ver «El Mercurio», 21-8-1975.
37 Vicaría de la Solidaridad, *Un año de labor,* Santiago de Chile, enero 1977.
38 «Solidaridad», núm. 26, *ob. cit.*
39 Vicaría de la Solidaridad, *ob. cit.*

que comía en ese momento un plato de lentejas en uno de los Comedores de la Vicaría [40].

Ese comedor, como todos los demás, es atendido por las propias madres cuyos niños allí se alimentan, quienes, además del apoyo financiero, material y en alimentos proporcionados por las instituciones de las cuales dependen, reciben el apoyo solidario de organismos de masas locales: comunitarios, juveniles, deportivos, laborales, gremiales, etc., y también el de algunos comerciantes pequeños y medianos.

Este esfuerzo de nuestro pueblo, con todo el valor moral y concreto que él tiene, es en todo caso absolutamente insuficiente frente al drama del hambre que hoy azota a nuestro pueblo y que tiene finalmente como necesaria consecuencia el flagelo de la desnutrición, como veremos a continuación.

Impacto nutricional

Nadie podría negar el necesario y significativo impacto negativo que en el estado nutricional de la población chilena en general y en particular en la población infantil debe tener la situación anteriormente descrita.

La desnutrición infantil alcanzaba una tasa del 12 % en los niños menores de seis años, controlados por el SNS en 1972 [41]. En 1975, de un total de 1.014.959 niños controlados por el SNS, 157.182, el 15,5 % de ellos, estaban desnutridos. Cabe destacar que ese año el SNS sólo estaba cubriendo el 60,2 % del total de menores de seis años del país [42]. Una alta proporción del 40 % restante corresponde precisamente a los hijos de los desempleados, los trabajadores del empleo mínimo, los subempleados e incluso los trabajadores con imposiciones provisionales atrasadas, quienes no tienen actualmente derecho a atención en el SNS; siendo al mismo tiempo los sectores económica y socialmente más necesitados.

Funcionarios profesionales de la Corporación para la Nutrición Infantil (CONIN) declaraban en mayo de 1977 que el 18 % de los menores de seis años, esto es, un total de 200.000 niños, estaban afectados de desnutrición. Seis mil de ellos de desnutrición grave [43]. Por su parte, el Dr. Fernando Monckeberg, coordinador ejecutivo del Consejo Nacional para la Alimentación y Nutrición (CONPAN), declaraba en julio de 1977 que el 17 % de los menores de seis años sufrían de desnutrición, y que este porcentaje correspondía a un

[40] «Solidaridad», núm. 20, primera quincena de junio de 1977.

[41] Servicio Nacional de Salud. Sistema de Información de Nutrición en Salud (SINS), junio 1973.

[42] Servicio Nacional de Salud, Sub-Departamento de Estadística, *ob. cit.*

[43] Ver *US $ 5.818.000 extra para combatir la desnutrición,* «El Mercurio», edición internacional, 29-5-1977.

total de 800.000 niños controlados ese año por el SNS [44]. Con dos meses de diferencia, funcionarios oficiales del gobierno daban cifras y tasas diferentes. El 17 % de 800.000 corresponden a 136.000 desnutridos, cifra muy distinta a la de 200.000 entregada por CONIN. Ni la una ni la otra corresponden en todo caso a la realidad. Datos parciales de la Encuesta Continuada sobre el Estado Nutricional (ECEN) [45] daban para 1976 tasas mucho más altas. Así, en las zonas urbanas de las provincias de Antofagasta, Atacama y Coquimbo, ella era de un 22 %, y en las zonas rurales de un 40 %. En las provincias de Aconcagua, Valparaíso, O'Higgins y Colchagua, las tasas eran de un 14 % y de un 31 %, respectivamente.

Las tasas de desnutrición en la población infantil concurrente a los Comedores infantiles, así como al controlada en los Policlínicos

CUADRO 10

Total de niños controlados en comedores infantiles y total de niños desnutridos. Programa de salud Vicaría de la Solidaridad. Enero a diciembre de 1976

Número de niños controlados	28.600
Número de niños desnutridos	15.599
Porcentaje de desnutrición	61,5

FUENTE: Vicaría de la Solidaridad, *Un año de labor,* enero 1977.

CUADRO 11

Tasas de desnutrición por policlínicos. Programa de salud Vicaría de la Solidaridad. Enero a diciembre de 1976

Policlínico	Tasas de desnutrición (en porcentaje)			
	Total a)	Por grados b)		
		I	II	III
San Roque	40,5	68,6	26,9	4,5
Santo Cura de Ars	68,4	53,2	29,1	17,7
El Carmen	60,5	36,9	26,1	37,0
Hogar de Cristo	62,0	47,8	25,4	26,8

a) Porcentaje sobre el total de niños controlados.
b) Porcentaje sobre el total de desnutridos.

FUENTE: Vicaría de la Solidaridad, *Un año de labor,* enero 1977.

[44] Ver Fernando Monckeberg, *Programas de nutrición* (cartas al editor), «Mensaje», núm. 260, julio 1977.

[45] Información citada por José Aldunate, *ob. cit.* También acerca de desnutrición y, en general, sobre el deterioro de la salud y de la atención médica, ver: François Corvazier, G. Ferdiere y R. Wisner, *Rapport d'une Mission Medicale au Chili,* París, 1976.

de la Vicaría, alcanza niveles increíbles para Chile. Los cuadros 10 y 11 muestran esta realidad.

El propio CONPAN, como una forma de enfrentar este grave problema, programó para fines de 1977 la creación de veintinueve Centros para la Recuperación de Desnutridos, que proveerán un total de 1.162 camas (equivalen al 16 % del total de camas pediátricas del país) [46]. El gravísimo estado en que se encuentran los niños que serán atendidos en dichos Centros lo ilustra la información publicada por el diario «El Mercurio» a fines de abril de 1977 [47], al referirse a la inauguración del primero de esos Centros en el medio rural y al destacar que: «Solamente en un mes —lapso que medió entre la selección de los primeros veinte lactantes que debían ser hospitalizados hasta que comenzó a funcionar el Centro el pasado 1 de abril— nueve de esos pequeños fallecieron.» Esto es, casi el 50 % de ellos y sólo en el plazo de un mes.

El papel de dichos Centros en la lucha contra la desnutrición en las actuales condiciones de Chile es cuestionable, ya que, como opina un consultor de CONPAN: «Ningún sistema de recuperación nutricional es capaz actualmente en Chile de superar la velocidad con que el sistema económico y social genera desnutridos» [48].

Para finalizar, repetiremos aquí las palabras textuales vertidas hace un año atrás por el ministro de Salud, general Fernando Matthei [49], al referirse en una entrevista periodística al problema de la pobreza y de la desnutrición prevalentes en Chile en ese momento. Decía: «Hay en la actualidad 221.000 niños en la extrema pobreza, lo que significa desnutridos; 16 de cada 100 terminan secundaria; el 80 % de ellos no alcanza a un coeficiente intelectual de 90. Ese niño no es factor de poder, sino un lastre. *Es un inútil, militarmente hablando*» [50].

Esa es la perspectiva desde la cual se enfoca hoy, desde el Ministerio de Salud de nuestra patria, el dramático problema del hambre y de la desnutrición de nuestro pueblo.

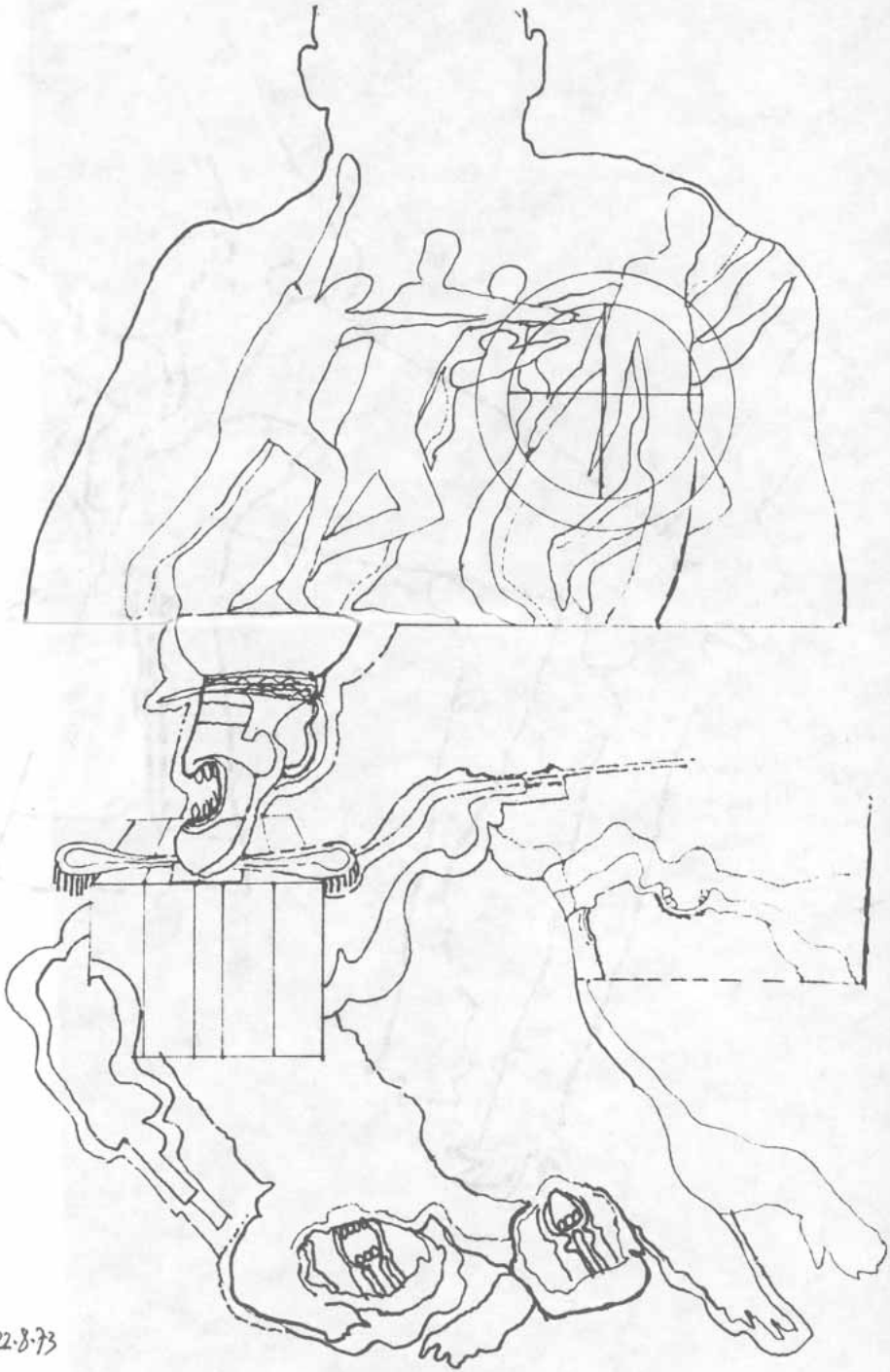
[46] Fernando Monckeberg, *ob. cit.*

[47] Ver *Primer Centro Rural para Desnutridos,* «El Mercurio», edición internacional, 24-4-1977.

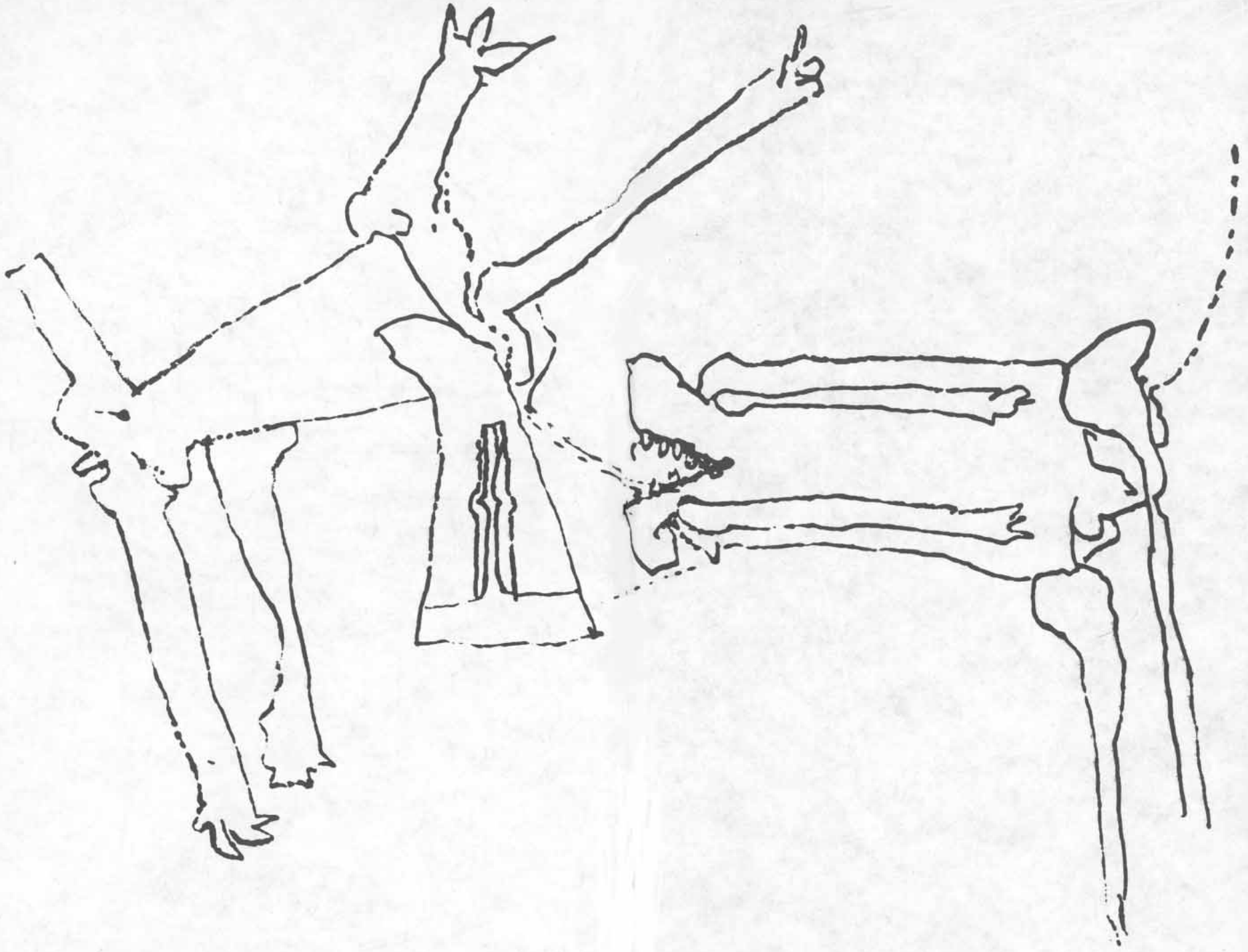
[48] Citado por Giorgio Solimano, en *Programa de nutrición* (cartas al editor), «Mensaje», núm. 262, septiembre 1977.

[49] En la actualidad integrante de la Junta Militar, en reemplazo de Gustavo Leigh.

[50] Ver Fernando Matthei, *Escasez de dólares y pesos,* «Ercilla», núm. 2.187, 29-6-1977.



22.8.73



6.8.74.

PRIMER MES

CARLOS ORELLANA

Esa mañana me despierto muy temprano y apenas ocurre me pongo inmediatamente de pie. Hace frío, y con saltitos de pájaro me muevo entre los cuerpos apretujados, procurando no pisar sino en los estrechísimos espacios que quedan entre los grupos de los que duermen.

¿Para qué tan temprano?, suele preguntarme César, una hora u hora y media después, cuando él y todos los demás se levantan. No lo sé. Simplemente me ha ocurrido siempre así. Me despierto temprano si es día de trabajo, más tarde si es domingo o festivo, y de inmediato o casi de inmediato me levanto. Rara vez he podido sentir ese deleite, que tantos cultivan, de permanecer despierto en la cama, disponerse para una larga jornada entre las sábanas, desayunar, leer el diario o un libro, conversar. (Sólo si existe la esperanza de hacer el amor, recuerdo.)

Debe ser, en fin, un hábito placentero y tenaz, puesto que allí están mis compañeros, que al fin se han despertado, y siguen, sin embargo, inmóviles, los brazos, algunos, detrás de la cabeza, abrigados apenas con las miserables cobijas, sobre el suelo frío y durísimo, no hay desayuno en perspectiva, no hay diarios, no hay libros, sólo conversaciones cuyo desarrollo inevitable conocemos todos de antemano.

¿Para qué, en efecto? La tarea más inmediata consiste en pasear con tranco enérgico desde la reja exterior hasta el fondo del pasillo, que se prolonga trepando hacia las galerías. Cuarenta o cincuenta metros en pendiente que uno recorre mientras atisba a la docena de

madrugadores, alguno tal vez encienda un «Hilton», alguien que tuvo los doscientos escudos para pagar al soldado o quizá peloteó un paquete de los que el padre Juan suele tirarnos por encima de las rejas. No siempre ocurre, pero suele suceder si el tipo es amistoso y comparte contigo dos o tres chupadas, o te entrega —felicidad suprema— toda la parte final del cigarrillo.

La necesidad de fumar y el hambre son a esas horas los apremios mayores. Mucho después vendrá el final del día, el atardecer, y mirando los crepúsculos obstinados, tan absurdamente bellos, las angustias descubrirán otras raíces. Pero por el momento el día está apenas comenzando.

El frío también es otro apremio, pero hay muchos modos de combatirlo. Esta caminata de reja a escotilla tiene justamente esa finalidad. Puesto que no tendremos nuestra primera taza de café sino hasta tres o cuatro horas después, calentamos el cuerpo como podemos.

Algunos se empeñan en acercarse lo más posible a la puerta de la escotilla. Trepan el primer o segundo escalón, allí alcanzan a recibir el sol hasta los hombros; atisban la punta de los fusiles y los cascos, arriba, a cada lado, únicos signos visibles de nuestros vigilantes. En algún momento ellos van a volverse y detendrán el lento ascenso, porque no es todavía la hora reglamentaria de aflorar a la superficie.

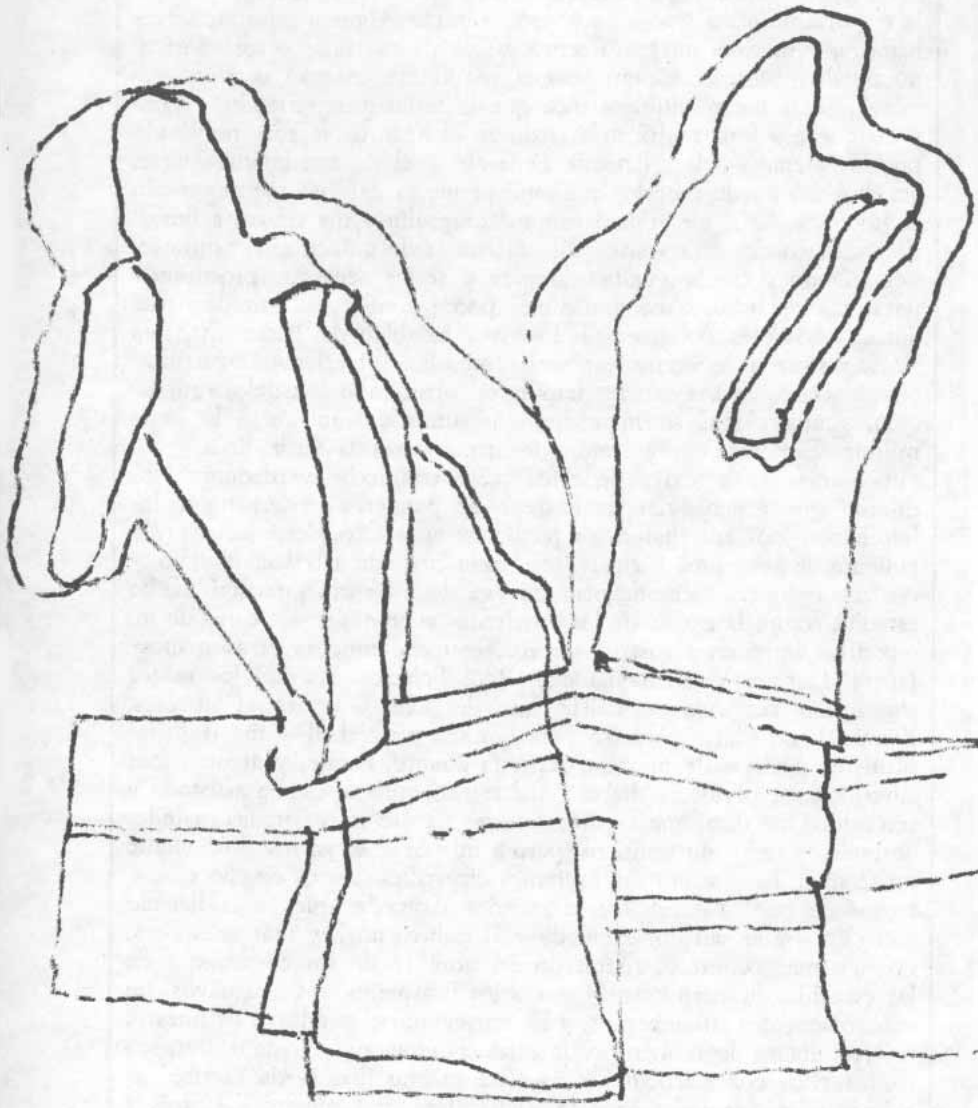
Cuando son las nueve, a veces un poco antes, otras mucho después, los soldados se levantan y con un gesto mudo indican que podemos salir. Para ese entonces la mayoría ya se ha levantado, el sol penetra mucho más profundamente en el interior, y entre bromas y pullas y gestos huraños, apiñados en el primero, segundo, tercer escalón, disputamos por cada trozo asoleado.

Los soldados hacen el gesto, salimos, y entonces comienza de verdad el nuevo día.

* * *

Hoy va a ocurrir, o quizá fue ayer, no lo sé; tal vez va a ser mañana o pasado mañana. Murió Neruda, Corvalán fue detenido, qué es lo que todavía podría asombrarnos, herirnos más profundamente; soñar cien veces esta realidad para poder aprehenderla. Ese mismo día —¿otro día?— se suceden las visitas; el cardenal Silva Henríquez, pálido, con la voz entera, pero contenida, diciendo menos cosas de las que seguramente quiere o hubiera querido decir. El coronel a cargo del estadio nos habla por los parlantes poderosos: una perorata estúpida, antes se ha presentado, ha dado a conocer sus títulos, señalando su jerarquía; puesto énfasis en nuestra condición de prisioneros de guerra, todos vemos su figura gesticulante aun desde los rincones más alejados del estadio, porque nos está hablando desde la tribuna donde tantas veces vimos y escuchamos a Salvador Allende. Llegan además los periodistas: camarógrafos, fotógrafos, reporteros,

doscientos, trescientos; entran en tropel por la puerta de la Maratón. Los diarios más importantes del mundo, las revistas, la televisión corren hasta las rejas, miran ansiosos, hablan todos a la vez, ofrecen cigarrillos, uno pregunta a gritos si alguien ha visto a Patricio Guzmán, el cineasta del «Primer Año»; agrega que quiere saber algo de él. Miramos este espectáculo fascinante, incomprensible, la mayoría no atina sino a hacer eso: a mirar. Alguien grita: tenemos hambre, y se gana un gesto reprobatorio de muchos; otros sonríen, no pueden evitarlo, es tan normal cuando te enfocan con una cámara; César no, ni siquiera sabe que lo están fotografiando, y tampoco que esa foto saldrá más tarde en el «Libro Negro», publicado por los alemanes de Alemania Federal; y él no puede imaginarse, yo tampoco puedo saberlo, que muchos meses después me mostrarán el libro en París, me toparé con su fotografía y me echaré a llorar. El encapuchado, otra visita; sólo el rumor de quince mil respiraciones cuando daba la vuelta olímpica y todos sentados procurando pasar inadvertidos. Creo que nunca podré olvidar esa mirada desde detrás de la máscara grotesca. La visita también del padre Juan, en fin, su sonrisa hipócrita, su verba meliflua, ofreciendo cigarrillos, ofreciendo contactos con los familiares, ofreciendo consuelo, resignación, vendiéndonos su mercadería de amor y sumisión a la junta militar. Ese mismo día llegó por primera vez la Cruz Roja y tuvimos una ración extra de café, ¡café con leche verdadera! Nos dijeron que organizarían la entrega de paquetes enviados por los familiares; nos entregaron los paquetes, en efecto, despojados prolijamente de alimentos y cigarrillos; cada cual fue a buscar el suyo, y ese día entonces salí por primera vez de mi sector, recorrí medio estadio, rompí la rutina de las doscientas cuarenta y seis caras de mi escotilla, vi muchos rostros nuevos, estreché muchas otras manos: Iturra, Hernán Vega, Samaniego, Raúl Palacios, Razeto, los rasgos ahora más cercanos de Cristo que del Che Guevara; Contreras, Renato Leal, Mario Navarro —la bondad proverbial— me trajo las primeras noticias de mi hijo, repartía aliento, coraje, y alguien más cuyo nombre olvidé, lo habían maltratado mucho, estaba asustado y resentido, me dijo: me explico que les pase esto a ustedes, ustedes después de todo son políticos, pero a mí por qué, yo soy únicamente un técnico. Ese mismo día juntamos cigarrillos, restos de chocolates, trozos de pan. Y Cortés y el senador Araneda, que había llegado diciendo soy el senador Araneda y el milico, no hay más senadores, no hay más congreso, reunieron en nombre de los comunistas de las escotillas número cinco y seis a los brasileños, los uruguayos, un venezolano, dos colombianos, y les entregaron el producto de nuestra colecta, magro desagravio por la furia chovinista homicida descargada contra ellos con particular saña. Ese mismo día, Boris escribió el primer relato de la muerte de Víctor Jara, nos mostró a Cortés y a mí el texto y nos pidió su aprobación. Y luego ese texto salió al exterior, ignoro cómo, con una copia de la letra de la canción «Estadio Chile», que así se rescató para que el mundo la conociera;



guardó otra copia dentro de un calcetín, se la descubrieron en el interrogatorio del velódromo y lo maltrataron mucho; creyeron que era un poema suyo. Lo habrían matado si hubieran sabido que se trataba de la canción póstuma de Víctor; a Boris le costó la audacia muchos meses de prisión, la evidencia se extravió tal vez después o la olvidaron. Era frecuente entonces entre tantos miles y miles de prisioneros. Ese día los interrogatorios habían comenzado, sabíamos que la experiencia era dura, pero la esperanza se empeñaba con todo en no querer morir. Ese día en el velódromo éramos tal vez trescientos, el ritual previo era larguísimo, todo el mundo de pie a las seis y media, la ansiedad nos quitaba el sueño, pero las cosas no se producían de golpe, con rapidez; digamos que venía el suboficial y ordenaba a toda la escotilla que se levantara, pero entraba y leía sólo una lista de veinte o veinticinco nombres, se iba, hacía otro tanto en otra parte y volvía luego de algunos minutos para agregar otra veintena. Y así sucesivamente. Un estilo que aplicaron siempre en todos sus actos: agregar al maltrato físico el tormento psicológico, las esperas, las angustias interminables. Vino después la otra parte del largo ritual. Como todo lo suyo, horas y horas marchando por la pista de ceniza, formar de a cuatro, de a dos, de a seis, te dan un número, contarse, leen de nuevo las listas, hay que decir presente, y al cabo partir al velódromo, cuando, la hora pasada, pensábamos, angustiados, que ese día habíamos ya definitivamente perdido el almuerzo. El ceremonial del velódromo ya lo contó Rodrigo Rojas, yo no voy a repetirlo; pero él olvidó evocar la calculada teatralidad que había en aquellas maniobras dictadas por el oficial que comandaba la operación, cuya silueta veíamos detrás de la ventana de aquel edificio, ciento cincuenta metros delante de nosotros. La figura casi diminuta, pero la voz tronando por el parlante llamándonos uno a uno, grupos de trece, formar en el centro de la cancha, cada grupo asignado a Caracol A, a Baño Uno, qué sé yo. Ese día golpearon a Razeto; maltrataron a Rosales, de la Federación de Estudiantes; a Boris; a tantos otros cuyos nombres olvidé o nunca supe. A mí no me pegaron; el más gordo de los dos oficiales, ambos de la Fuerza Aérea, me mira desde detrás de sus anteojos oscuros, me apunta con su revólver, hace varias veces ademán de gatillarlo, pero no llega a hacerlo; me entierra el cañón en las costillas, me obliga a ponerme de cara a la muralla afirmado en ella con las manos en alto, los pies a medio metro, las piernas separadas, tiene un gesto como cuando a uno van a patearle los testículos, alude a las fotos de mis hijos diciendo que no los voy a ver más, los recursos se repiten durante una hora y, al final, no sé por qué me sorprendo a mí mismo sintiendo una absurda frustración porque los fieros oficiales deben ser torturadores eficaces, pero como interrogadores son decididamente incompetentes. Ese día hubo un llamado especial para Ricardo Núñez, tememos lo peor, pero sólo fue una falsa alarma o una calculada alarma. Al final de la jornada, muchas horas después, separaron de la masa de interrogados a Barría, a Manuel Estay, los

dos de la imprenta Horizonte; a otro que no conozco, y a un cuarto que llevaron semidesnudo, arrastrado por dos soldados, tenía el cuerpo amoratado, la cara llena de sangre, y cuando llegó la hora de comer —porque nos dieron de comer— un soldado lo sostenía, mientras el otro le abría la boca para meterle la cuchara con lentejas. Ese mismo día, al atardecer, ya oscuro, hubo que echarse violentamente al suelo, porque las balas empezaron a llover; vimos cómo se desplegaban los pelotones de tropa en posición de combate más allá de nuestra reja. Disparaban, parece, en dirección de la Villa Olímpica; pasaban los tanques también disparando. Ese día —esa noche, muchas noches— tronaron invariablemente las descargas en algún punto indeterminado del exterior del estadio, imposible saber qué pasaba, cuántos muertos cada vez. El carabinero me dijo esa madrugada acercándose a la reja, necesitaría comunicarse con alguien, se aproximó sin prisa, una lentitud de paquidermo; la mañana estaba helada y solitaria, se detuvo entonces, y mirándome, los ojos sanguíneos y súbitamente inmóviles, de mandril u orangután, me dijo: anoche nos echamos a sesenta.

Ese día iba, en fin, a comenzar; salí el primero de la escotilla, y me enfrenté de golpe a un espectáculo asombroso.

La mole maciza del estadio, las tribunas y galerías desiertas, no hay representación, no hay drama, ningún actor o testigo; sólo un enorme escenario silencioso y vacío. Las cumbres nevadas de la cordillera, el cielo azulísimo, una de las mañanas de primavera más transparentes que recuerde. En la cancha, un movimiento, un rumor inesperado: el estremecimiento de una veintena de mangueras crispándose como serpientes; de sus bocas surge un chorro de agua que crece, se hace más y más potente, se eleva, se entrecruzan unos con otros; una masa de espuma blanca enceguecedora, una bandada de garzas gigantes sorprendidas cuando están a punto de emprender el vuelo.

* * *

Salimos y empieza la rutina. Lecturas en grupo alrededor de un «Mercurio» o una «Tercera»; algunos han lavado ropa y la tienden; otros disponen sus frazadas para protegerse del sol cuando empiece a picar fuerte; se juega a las damas, al ajedrez, el ingenio para fabricarse piezas no tiene límites; otros han conseguido naipes y las partidas se suceden durante horas. Se discute poco, discutir hace daño, aunque nunca faltan los empecinados; preferimos la pequeña historia, la anécdota banal; reunirnos, por ejemplo, en torno al «Interventor», charlatán incorregible que habla y habla mientras talla en madera preciosas figuritas pascuenses. Hay un corro también en torno a César, que nos asombra con sus inagotables acertijos matemáticos, y una cola formada para utilizar la única maquinita de afeitar de que podemos disponer. Su dueño es un campesino, físicamente un campesino chileno típico, el sombrero eternamente puesto,

un parecido notable, dice alguien, con Corvalán. Es minero de oficio; sin embargo, vive y trabaja en la Argentina, y ese 11 de septiembre volvía a Chile después de muchos años. Lo detuvieron en la estación Mapocho, al mediodía, y de allí lo condujeron directamente al estadio.

¿Quiénes son los demás, de dónde vienen esos doscientos cuarenta y seis reclusos de la escotilla número seis? No tenemos sino signos exteriores: una sesentena son obreros de Hirmas, los cogieron en la fábrica y los trajeron con sus overoles y sus zapatillas de trabajo; otros son de Yarur; hay decenas de pobladores, comerciantes ambulantes, una veintena de estudiantes; un grupo grande de empleados del Ministerio de Educación, uno de ellos desapareció el día de la experiencia del encapuchado y fueron muchos los que afirmaron entonces que era él el tenebroso personaje. Mi grupo es pequeño, somos once de la Universidad Técnica; en el Estadio Chile éramos doce, hasta el momento en que vinieron por Víctor y se lo llevaron.

Difícil saber quién es quién entre gente de tan variada procedencia; imposible profundizar relaciones, mostrarse demasiado confiado, hablar de las cosas anteriores al golpe, salvo entre quienes se conocían previamente. Con todo, aunque la confianza verdadera rara vez rompe los límites del pequeño grupo, a pesar de la cautela, de las suspicacias, de las aprensiones, en el curso de los días va cobrando vigor la conciencia de nuestra común condición de prisioneros, un sentimiento de solidaridad que se desarrolla, va remontando en una suerte de espiral, en círculos concéntricos cada vez mayores: el grupo inicial, los otros grupos con los que de algún modo se va produciendo el reconocimiento, la escotilla, los miembros de la escotilla, en torno a los cuales se tiende un hilo sutil, persistente, que nos envuelve y nos confiere poco a poco el aire de una comunidad cerrada; el conjunto, en fin, de los presos del estadio, muchos miles de rostros que uno no conoció antes, que quizá nunca verá, y con los cuales, sin embargo, uno está fundido —ojos, gestos, ansiedad, esperanza— en una entidad indivisible y única.

Ocupados de esto o lo otro, o no dedicados a nada, a todos nos roe la misma tenaz obsesión. La hora del almuerzo. O del desayuno, como quiera llamársela. Porque lo dan en un momento de la mañana que permite hablar por igual de desayuno tardío o de almuerzo prematuro. No son argucias gratuitas, las han ideado seguramente expertos en tortura psicológica, porque junto con enajenarnos la oportunidad de una alimentación verdadera nos venden la ilusión de que hemos desayunado y, simultáneamente, almorzado.

A menudo meditamos sobre esto. Conversamos con Boris, César, Cortés. Nuestra vida se ha tornado extremadamente simple. Unicamente extremos polares: miedo, angustia, hambre. Hambre sobre todo. Y en pocos días han logrado convertirnos —porque no cabe duda que se trata de un objetivo deliberado— primero en niños y lentamente en seres que se van acercando a la condición de bestias.

En los días vacíos, sin objetivo y en ese instante sin esperanzas, el hambre nos lleva, desde el principio de la jornada hasta su fin, a una preocupación loca y minuciosa por su satisfacción. Pensamos en comida, soñamos con comida, jugamos al juego masoquista de evocar comidas, imaginar banquetes suculentos, platos sofisticados hasta la exasperación. Pero paralelamente hay sentimientos que nos corroen y que no quisiéramos tener: una envidia malsana si alguien en el reparto recibe una ración mayor, rencores y egoísmos soterrados, un espíritu de competencia despiadada y por momentos feroz.

Pero ahora no pienso en nada de eso. Puesto que la hora de la comida ha llegado, nada puede apartarme del placer incomparable de calcular cada cucharada, sorber lenta, deleitosamente, prolongar la alegría, alargarla, procurar que dure una eternidad; una eternidad ambivalente, que se mueve también hacia atrás, hacia la raíz del tiempo, donde mi terror secreto me dice que no soy sino una bestia; pero hacia adelante sobre todo, porque en mi gozo primitivo, en mi júbilo animal alcanzo y asumo sin proponérmelo una condición infinitamente noble y humana.

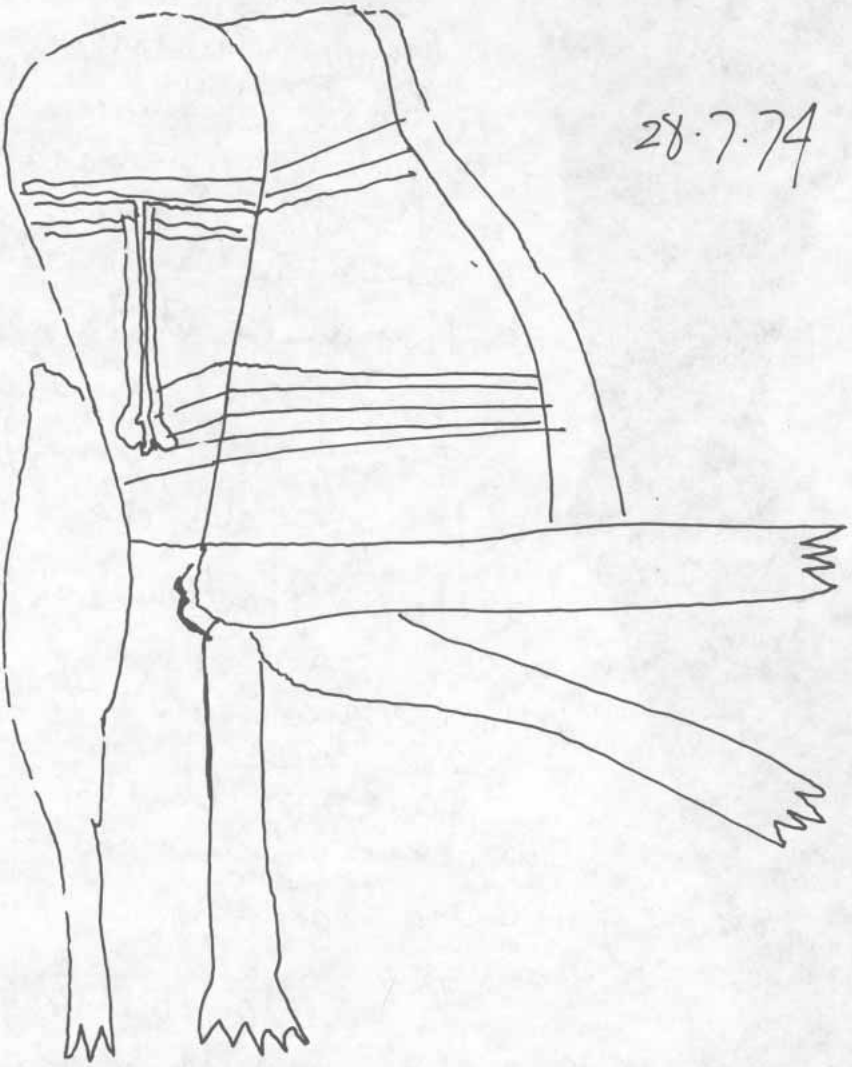
* * *

El día finalmente empieza a extinguirse para nosotros y ya no nos queda nada sino la opción tenaz de recorrer un laberinto que no tiene otra salida que el propio punto de partida. Pegado a las rejas exteriores, me dejo cautivar por los espejismos de la puesta de sol. En el interior de la escotilla, las personas y los objetos se incorporan a una penumbra que me empeño en empujar, ignorándolo, a una oscuridad definitiva. Afuera las patrullas recorren los pasillos. De vez en cuando un guardián se detiene, me mira, ajusta mecánicamente su metralleta y prosigue su ronda. Más allá los jardines últimos del estadio, macizos de flores marchitas, glorietas en ruinas, potreros abandonados. Otras patrullas más lejos. Una pandereta frágil, derruida en partes. Los perfiles de los techos de las primeras casas, las chimeneas humeantes de un grupo de fábricas. No me es difícil imaginar el resto, la geografía física y humana de una zona que fue durante muchos años mi ruta obligada. Quiero atrapar de un golpe, separarlas, desmenuzarlas, todas las imágenes que esto debiera sugerirme, y sólo logro, tontamente, evocar un paisaje de una tarde de primavera como ésta, la cordillera al fondo, un vasto prado y un grupo de camellos pastando en él. No son los leones amarillos del sueño obsesivo del pescador. Los camellos estaban realmente allí, nunca los soñé, debe ser por eso, es una situación caprichosa y absurda, bambolean sus estúpidas jorobas como si quisieran sacarme del engaño, indicarme que ésa ya no es la ruta de Puente Alto, que extravié para siempre el camino de La Florida, que el río Maipo es ahora un cauce que sólo arrastra piedras y recuerdos olvidados.

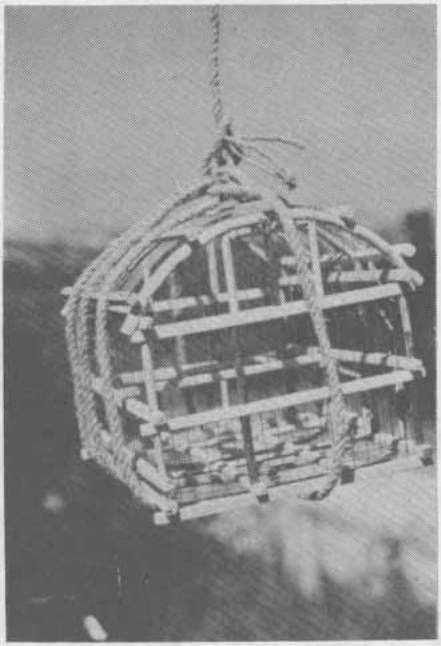
La patrulla de los corredores no vuelve tan pronto, de modo que no tengo que disimular ante nadie mis lágrimas. Querría precisar en

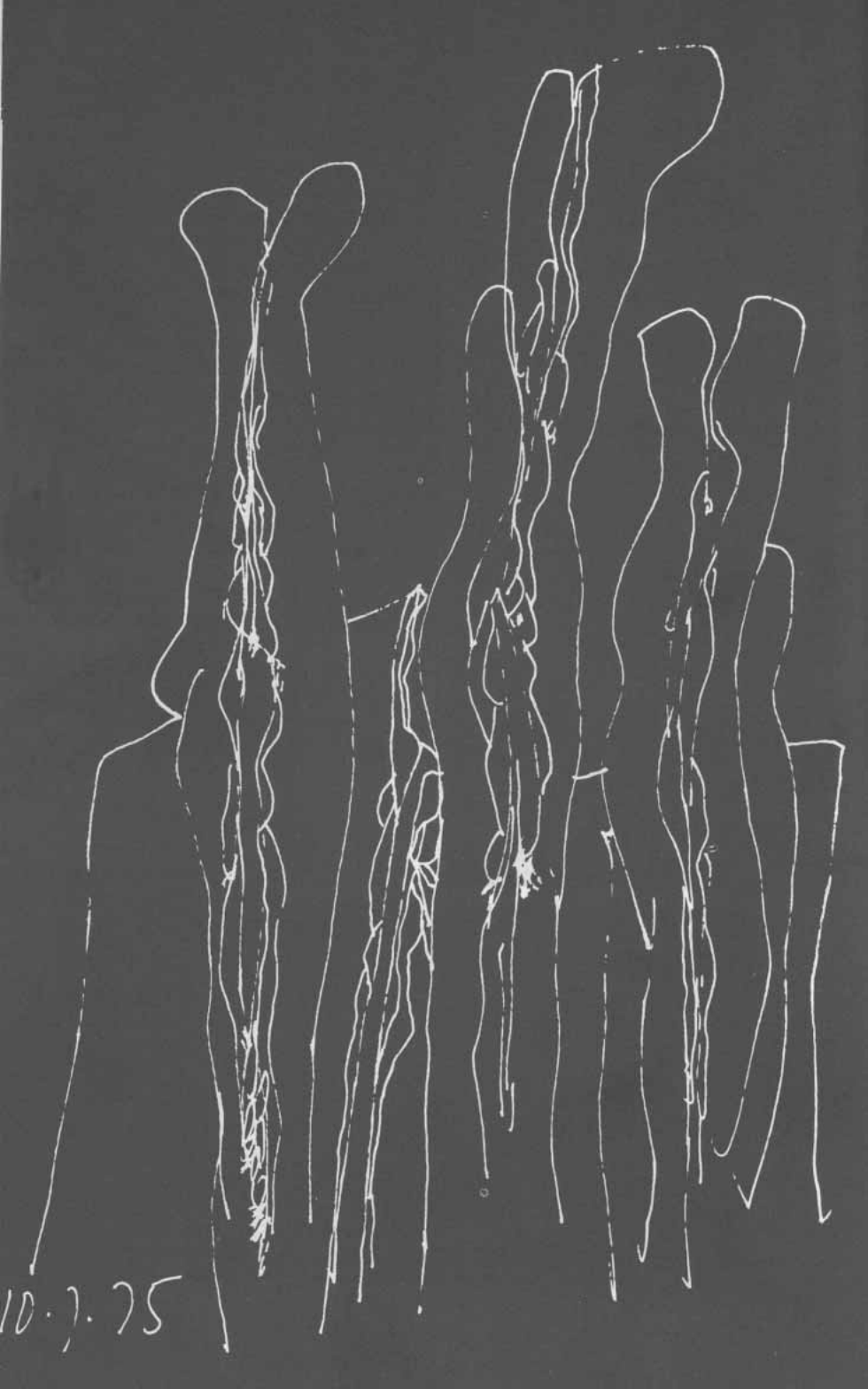
el recuerdo dónde empezó todo, y me doy cuenta que en verdad es una historia que ha estado constantemente comenzando, prolongándose, pasando de una etapa a otra casi sin rupturas, construyendo una nueva, sin destruir previamente la anterior. Hasta el momento en que sobrevino el cataclismo.

Lloro por eso y no puedo evitarlo, mientras estoy plantado frente a este atardecer de rojos violentos. No hay nada entonces que sea capaz de precisar en el recuerdo, nada por el momento que pueda proyectar, un punto de apoyo, un puente, un signo de continuidad. Es el fin de toda lógica, la vida entera que se me hundió, la hicieron pedazos minuciosamente y no tengo por ahora a qué poder aferrarme.



Esta exposición quiere rendir un homenaje,
al Ladrón de Bagdad
a Julio Verne
a " Cortázar
a Fantomas
a Batman
al Zorro y al Llanero Solitario
a Lewis Carroll
a Paolo Ucello
a Pacheco Altamirano
a Antonio Romera
a Ernesto Cardenal
a Mandrake el Mago
a los 7 pecados capitales
a Franz Kafka, James Joyce
a las aves del cielo
a Julio Martínez J.M.
a Don Francisco
a la Gloria Simonetti
al Loco Pepe
a Groucho Marx
a los Hnos. Quinchero
y a Clara Solovera,
y sin olvidar al
OJO HUMANO,
sin el cual no hubiera sido
posible hacerla.




10.7.75

O'HIGGINS, 200 AÑOS DESPUES

VOLODIA TEITELBOIM

«Por Decreto-ley 1.146, del 20 de agosto de 1975, la Junta fijó el año 1978 como 'Año del Libertador', al cumplirse el bicentenario de su nacimiento en Chillán.»
«Trabajó por asegurar el orden público.» Pinochet, discurso del 18 de agosto de 1978.

«Sólo un constante y noble patriotismo, como el que poseyó O'Higgins en grado sumo, puede evitar que el país retroceda hasta lo inimaginable y se postre en el envilecimiento, preparando así el regreso vengativo de la aventura comunista, ahora sin retorno», expresa «El Mercurio» [1], proponiendo su típico manipuleo con la personalidad del Libertador de Chile.

Para el régimen de Pinochet y sus portavoces, O'Higgins y el patriotismo del prócer constituyen un Ave Fénix de plumaje pintado conforme a sus odios y conveniencias, que manejan a voluntad. Ave Fénix que renace de sus cenizas naturalmente para luchar contra el comunismo, el marxismo y, como si fuera poco, la Democracia Cristiana.

Su retrato de O'Higgins no es figurativo, realista, como el del Mulato Gil. Lo presentan en el hecho como si hubiera nacido para justificar un día a Pinochet, como si fuera su émulo, anticipado discípulo o heraldo. No vacilan en reclutarlo para su milicia. Lo enrolan en su cruzada, abusándolo en menesteres de estofa doméstica. ¿Qué tiene de raro? Todos los dioses lares se cuadran a la voz de mando de la Junta. La invocación de O'Higgins en sus labios es meramente instrumental, sin concordancia con su genuina iden-

[1] 22 de agosto de 1976.

tidad. «Hace falta revivir —sostienen—, aunque sea en pequeño, la pasión patriótica de O'Higgins, pues el país necesita una fuerza espiritual que lo movilice y que empuje al desprendimiento de los ciudadanos. El peor error actual es que giramos demasiado a cuenta de la disciplina, la paciencia y la solidez de las fuerzas armadas, como si esas solas virtudes fueran a mantener indemne a la república, mientras grupos y partidos tratan de obstaculizar la labor de ordenamiento nacional» [2].

Están seguros de que porque murió hace mucho tiempo no puede levantarse de la tumba e increparles el empleo espurio que dan a su nombre y a su figura, a su pensamiento y a su obra. Lo usan como un elefante blanco portátil. No importa que dicha interpretación no calce con el modelo original. A fin de cuentas estiman pecado venial el tráfico con los héroes.

Más allá de la melodía apócrifa y en tono menor que ejecutan dichos exégetas desaprensivos, ¿cuál fue y es, en síntesis, el rostro real de este desaparecido que sigue invocándose a través de los tiempos?

De ningún modo el que propone la Junta.

Hombres comunes, enviados de Dios

«Antes de vencer a mis enemigos aprendí a vencerme a mí mismo» [3].

Conforme a la arenga de su adalid, la teoría política del régimen descansa en la dirección providencial atribuida a las fuerzas armadas, depositarias del poder por voluntad divina. Esto «me alienta a proseguir encabezando con más fe que nunca la tarea histórica que Dios ha puesto en nuestras manos» [4], afirma con humildad inefable Pinochet al cumplir tres años como comandante en Jefe del Ejército.

O'Higgins es más pequeño. Carece de estatura sobrenatural. Pertenece a la tierra. En cualquier momento reconoce sus limita-

[2] *Ibid.*

[3] O'Higgins, en carta a Juan Martín Pueyrredón, Lima, 18 de noviembre de 1823.

[4] «El Mercurio», 24 de agosto de 1976.

ciones simplemente humanas. Nunca recibió de Dios ningún encargo. La Divina Providencia no le confió misión alguna. «Es modesto y simple —dice María Graham [5]—, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase. Si ha realizado grandes hechos lo atribuye a la influencia de ese amor al país, que, como dice, puede inspirar grandes sentimientos en un hombre común.» O'Higgins, un hombre común; Pinochet, un enviado del cielo. He aquí la gran diferencia.

El engreimiento que engorda la egolatría de Pinochet es un ingrediente del fascismo personalista. Se proclama el vencedor de un nuevo Lepanto, donde el adversario —el pueblo chileno— no dispone de ejército ni de armas. Cuán distinta resulta en O'Higgins la lucha: jamás contra su pueblo, pero sí contra su amor propio. No, él no es un gran general: «Estoy convencido de que los talentos que constituyen a los grandes generales como a los grandes poetas deben nacer con nosotros... La carrera a que me siento inclinado por naturaleza y carácter es la del labrador.»

Tiene veintiún años cuando adviene el siglo XIX, y treinta y uno al comenzar el combate por la independencia. Como se sabe, es un producto americano-europeo.

No llegó su padre a este continente a espaldas de la Casa de Contratación de Sevilla, oculto en la corriente de emigrantes fraudulentos, que era muy fuerte en ese entonces, sino autorizado por la corona. Ajeno tanto a la cuota mayor de migración andaluza, extremeña, como a la minoritaria de aragoneses, catalanes, valencianos o vizcaínos, lo más excepcional reside en que no se trata de un español. Irlandés, católico, que había estudiado en Cádiz, en el Colegio de la Compañía, no arriba a las Indias como pasajero eventual, sino más bien para avecindarse, trabajar primero en calidad de mercader, asumir luego deberes militares, pero sobre todo como administrador estatal. Buen representante en América del desarrollismo inherente al Siglo de las Luces, personero de la política de la dinastía borbónica, vive atento a las actividades del comercio, minería, industria, agricultura, artesanado y burocracia.

Ambrosio O'Higgins era hombre de lecturas y escrituras. Sentía inquietudes intelectuales. En 1767 editó en España su *Descripción del Reino de Chile*. Participó en la batalla de Antuco en 1770 y pronto se le confirmó en el grado de teniente coronel de Caballería. Más tarde recibió el nombramiento de comisario de Guerra y comandante de la Compañía de Dragones. En 1777, siendo coronel, conoció a Isabel Riquelme. Su hijo Bernardo nació de ese encuentro, romance furtivo en Chillán Viejo entre una niña de quince años y un oficial de cincuenta y siete, asunto que ha dado tema para multitud de crónicas novelescas y que salpimentó la crónica escandalosa de la época. Don Ambrosio el 14 de enero de 1786 asumió el cargo de gobernador de Concepción. El 28 de mayo de 1788 recibió la

[5] M. Graham, *Journal of a Residence in Chile*, Praeger Publishers, Nueva York, 1969.

designación como gobernador de Chile, en mérito a su talento ejecutivo y organizador. Su gestión fue fecunda, incluso en fundaciones de pueblos. Comprobó personalmente en el Norte Chico la decadencia de las encomiendas. Las juzgaba rémoras de un sistema esclavista. Se seguía explotando en ellas sin piedad a los indios. Ordenó su abolición en un año de grandes y sorprendentes noticias, cuando la vieja sociedad sentía una crujidera de huesos: 1789.

Ambrosio O'Higgins, barón de Ballenary y marqués de Osorno (no lo enloquecen los títulos nobiliarios, pero al final de su vida le llegan), profesó el apego al régimen tradicional. Trató de conjugarlo con el impulso progresista de la Ilustración. Veía en ella el camino de liberación del ser humano de su culpable incapacidad sirviéndose, al decir de Kant, de su razón. La manifestación más poderosa y la prueba irrefutable de su efectividad es la ciencia, aupada en hombros de la curiosidad espiritual. El 6 de septiembre de 1795, Carlos III lo designa virrey, gobernador, capitán general del Perú y presidente de la Real Audiencia de Lima. «Alter nos» del rey, la coronación de una carrera. ¿Una ascensión vertiginosa? Medio siglo de estudios y trabajos en España y América lo convierten, en la hora de la madurez creadora, en uno de esos individuos resueltos que intentan actualizar el imperio español en América, modernizarlo, soñando que así se podrán evitar brusquedades, violencias, el quiebre del sistema colonial. Para mantener en pie esa creación «cósmica» había que trasplantarle comercio, industria, de algún modo burguesía y capitalismo. Su evangelio era el del trabajo. Bernardo O'Higgins recordaba que su padre al llegar al país se ocupó como falte. Todo pareció deberlo a sí mismo, a su inteligencia, a un carácter extremadamente activo. No fue el tipo de europeo en América descrito por Humboldt, ese «blanco que, aunque monte descalzo a caballo, se imagina ser la nobleza del país». A pesar de ello, como se sabe, le tocó ocupar el puesto de virrey de Lima, ciudad con una aristocracia muy orgullosa de sus abolengos.

Un día, más bien en la noche donde se mueve el espionaje y la intriga, alguien viene a rememorar —ya que no a revelar— ante las altas esferas de la Corte el secreto a medias guardado, las actividades sediciosas del hijo ilegítimo, mantenido en la penumbra. Un delator de origen cubano, Pedro José Caro, pone en manos de la policía de Madrid los planes para abatir el imperio español en América, urdidos en las reuniones londinenses dirigidas por Miranda, donde figura entusiasta el hijo del virrey del Perú. No se trata de una mixtificación. La identidad y el parentesco están al descubierto. El delito también. Indignado ordena al tutor De la Cerda arrojar al muchacho a la calle. Lo deshereda. Este trata de serenarlo. El 18 de abril de 1800 le escribe desde Cádiz una carta patética sobre sus sentimientos: «Al presente no sé qué hacerme. Me han abandonado todas las esperanzas de ver a mi padre, madre y mi patria. Frustradas en los mayores peligros, mis angustias eran si moría sin ver lo que tanto estimo. Más aún: no pierdo las esperanzas.» La carrera del virrey

queda pulverizada. El Decreto Real del 19 de junio de 1800 lo cesa en el cargo. Poco después, cuando está entregándolo, muere, el 18 de marzo de 1801. Antes ha tenido tiempo de rectificar su decisión. El insurgente será el sucesor universal de sus bienes. Ese patrimonio del gobernador y del virrey, el joven heredero lo destinará a financiar en parte la guerra de la Independencia.

Hacia la conciencia americana

> «*Los criollos prefieren que se les llame americanos; y desde la paz de Versalles, y especialmente después de 1789, se les oye decir muchas veces con orgullo: Yo no soy español, yo soy americano.*»
>
> (A. DE HUMBOLDT.)

Bernardo O'Higgins percibe desde niño la existencia social del criollo y las manifestaciones de su mentalidad en el estrato al cual pertenece. Era un fenómeno de larga configuración, que ya tenía una historia. Se recuerda que en 1608 el capitán Pedro de las Torres Sifontes escribió en la isla de Cuba un «soneto criollo de la tierra». Pedro de Oña, en Chile, nacido en 1570, de padres vizcaínos, en Angol de los Infantes, belicoso corazón de la Frontera, dio cima al «Arauco Domado», escribiendo como poeta soldado nacido en América en hora temprana. La incipiente conciencia de ser diferentes a los metropolitanos y semejantes a otros en las demás capitanías del imperio llevó poco después de la conquista a patentar la voz «criollo», para referirse así a una categoría especial de personas, al «nacido en el Nuevo Mundo, de ascendientes venidos del Viejo». Con el tiempo esta capa sumó el 95 % de los ricos. Por lo tanto, no resistió a la tentación de engalanarse con atributos de superioridad y de reclamar todo el poder para sí.

El padre Feijoo, en su *Teatro Crítico Universal,* sostiene —no sabemos si en serio— algo que sin duda carece de rigor: «Muchos han observado que los criollos o hijos de españoles que nacen en aquellas tierras son de más viveza intelectual que los que produce España.» Un peninsular completó y retrucó con sorna la especie

afirmando que «aquellos ingenios, así como amanecen más temprano, también se anochecen más presto».

Lo que sí tiene visos de seriedad es que Bernardo O'Higgins se crió en un ambiente que comprueba la observación de Jorge Juan y Antonio Ulloa: «Desde que los hijos de los europeos nacen y sienten en ellos las luces endebles de la razón..., principia su oposición a los europeos.» Son antagonismos dentro de una misma clase, algo más que conflictos entre padres e hijos, abuelos y nietos, antepasados y descendientes. Pues no se trata de una simple querella de generaciones; es el inconformismo donde alientan ya las primeras manifestaciones de un sentimiento nacional en ciernes. A la mayor parte de los nacidos en suelo americano los va amargando gradualmente el hecho de que se les repute inferiores para la conducción del Estado. Durante el período colonial hubo ciento sesenta y seis virreyes peninsulares y cuatro criollos; quinientos ochenta y ocho capitanes generales españoles y sólo catorce nacidos en América.

Los escasos establecimientos educacionales o universidades americanas se convierten poco a poco, y más definidamente a fines del siglo XVIII, en focos de conciencia criolla, la cual comienza a mirar más hacia París y Londres que hacia Madrid o Salamanca. Los enciclopedistas empiezan a ser descubiertos. Algunos discuten, con fervor de neófitos, sobre las leyes de la naturaleza y de la razón, postulan el racionalismo, ideas todas que fueron minando el respeto por lo español. Pero sólo después, en el suelo abonado por el descontento, vino a aparecer la idea de la rebelión política contra la corona, aunque inconscientemente y por excepción no faltó quien desde un principio la tuvo en germen.

El sector de los propietarios marginados de los sillones de la burocracia superior lamenta esa humillante puerta cerrada a la administración de las Indias, reales audiencias, jefatura de los ejércitos y elevadas dignidades eclesiásticas. Tal hecho ofende su conciencia de clase, su sentido quisquilloso del honor y su orgullo de latifundistas, la capa más poderosa, económicamente hablando. Se sienten rechazados en la conducción de los negocios públicos, parte del poder político que, a su juicio, les corresponde como un corolario derivado de su riqueza y de su condición de oriundos de estas tierras.

La rivalidad española-criolla fue un elemento crucial en la separación de la corona. Hubo quienes lo pensaron en términos de «quítate tú para ponerme yo». Muchos señores nativos —la mayoría— no eran ideológicamente más avanzados que ciertos funcionarios peninsulares. Una minoría criolla —y dentro de ella O'Higgins— ligó esta antítesis a la noción de la independencia, a una modificación de estructuras políticas y, en cierto sentido más limitado, a un cambio social. Pero, desde luego, las motivaciones económicas gravitaron como causas de primer orden. Los poderosos criollos del apartado Reino de Chile se sentían asfixiados por una tenaza de dos brazos, por dos monopolios: el de España y el de Lima: Los excedentes exportables de la producción agrícola nativa eran cotizados

a bajo precio en dichos mercados obligatorios. Los envíos de granos, charqui, vino, aguardiente, cobre no amonedado distaban de compensar la importación de productos manufacturados: armas, papel, yerba del Paraguay, azúcar, cacao, arroz. Para cubrir el déficit había que sacrificar las existencias de oro y plata. En Chile un grupo de mercaderes de Valparaíso, de propietarios mineros, terratenientes vinculados al comercio y a la exportación, capitalistas relacionados con la Casa de Moneda que pretendía penetrar en los circuitos del contrabando de numerario entre Lima y Buenos Aires, trazaba planes aún más ambiciosos. Hasta hubo gente que quería establecer cierta corriente de comercio con China; pero Madrid echó por tierra estos y otros propósitos. Los navíos balleneros norteamericanos que atracaban en las últimas décadas del siglo XVIII en los puertos de Chile constituían una invitación que esbozaba las posibilidades de operaciones mercantiles en ultramar. Las ilusiones seguían encerradas tras los barrotes de la prohibición. Podrían producir más y a precios módicos. Se pagaba muy poco al trabajador. «Un observador destacaba que Chile era un país en que no había interés por tener esclavos, puesto que la mano de obra "libre" era más barata y los esclavos existentes eran más bien expresión de una vanidad social que de una necesidad real de fuerza de trabajo» [6].

El Real Tribunal del Consulado, establecido en la última década del siglo XVIII y derivado de las tradiciones gremiales de la Edad Media, tenía el carácter de reunión de los grandes comerciantes y estrado de pleitos mercantiles. También estaba encargado de promover iniciativas para el desarrollo del comercio, la agricultura y la industria. Los magnates criollos se inclinaban por el proteccionismo económico. Pero los planes proteccionistas chocaban con los intereses de España, con la política de desarrollo de la industria peninsular, asignando a las colonias el rol de simples mercados consumidores de manufactura y productores de materias primas. Los documentados diagnósticos que, sirviendo sus funciones en el Consulado, formuló Manuel de Salas, sus precisas observaciones, interpretaciones y conclusiones contenían el núcleo original de una reforma económica. Políticamente éste no iba tan lejos como otro acaudalado vecino, José Antonio de Rojas, quien vio en España que ser indiano era «un pecado territorial». Las más reputadas y linajudas familias de Santiago, esa «ciudad de parientes», se sentían heridas por dicha actitud excluyente.

Ciertos débiles atisbos de mentalidad burguesa se esbozaban tímidamente a fines del siglo XVIII en unos cuantos miembros del sector criollo. Se abrió una brecha en el monopolio comercial de Lima, que se extendía desde Guayaquil, Alto Perú, hasta Chile, en 1774, al decretarse la libertad de comercio entre Perú, Nueva España, Nueva

[6] Ruggiero Romano, *Una economía colonial: Chile en el siglo XVIII*, Ed. Universitaria, Buenos Aires, 1965, p. 44.

7.7.75

Granada y Guatemala, y al extenderse en 1776 a Buenos Aires y Chile, con posibilidad de acceso por la vía del Estrecho de Magallanes. En verdad esto impulsa no sólo el tráfico mercantil. Llegan también los denominados «navíos de la ilustración». Traen, aparte de mercancías, libros, ideas; son vehículos de agitación clandestina.

Ambrosio O'Higgins encarnó un tipo de gobernante posible de ese momento, cuando las exigencias y presiones comerciales se vieron favorecidas por las medidas liberales dictadas bajo el reinado de Carlos III. Dicha tendencia se vinculó a la legalización del contrabando internacional con los «navíos de permiso», que facilitaron a los ingleses el intercambio con esta parte del mundo.

A través de la monarquía afrancesada, los enemigos del tradicionalismo español se dieron a veces inclusive entre gobernantes que soñaban con el arquetipo del déspota ilustrado. Es una hora en que se comienza a charlar en las tertulias herméticas de la buena sociedad de reformas institucionales, ideológicas, políticas. Entonces entre los criollos toma forma más concisa la conciencia de pertenecer al Nuevo Mundo, lo cual es un paso hacia la formulación posterior de la idea filosófica del «ser americano». A ello contribuye la literatura europea. Llegarán a fines del siglo XVIII los libros de Voltaire, Bacon, Descartes, Copérnico, Gassendi, Leibnitz, Locke, Montesquieu, Rousseau, Buffon, que circulan secretamente. Unos pocos hombres cultos no sólo leen en castellano y latín, sino en francés, inglés e italiano. Se inicia la circulación subrepticia de libelos políticos. La masonería, que penetró en España en 1726, se extiende a las colonias. De allí a las conspiraciones no demoraría demasiado. Surge el patriota, hombre de ideas nuevas, que personifica a alguien que aspira a liberar su país y que en algunos casos actúa con la intención de independizar todo el imperio americano de España. Su paradigma es el venezolano Francisco de Miranda, vinculado a la masonería mundial, cuyo centro funciona en Inglaterra. Los fermentos de la rebelión reciben allí su primer impulso. Se van a gestar sublevaciones y conjuras, algunas de las cuales estallan sin éxito a través del siglo XVIII. Pero cristalizan con el triunfo a comienzos del XIX. Los revolucionarios diseñan una teoría de la emancipación. Consiguen plasmar una conciencia de grupo, que plantea erigirse en conciencia nacional. Estos adelantados son criollos y no indígenas. Las insurrecciones aborígenes del siglo XVIII, de las cuales la de Tupac Amaru es la más amplia, profunda y significativa, no fueron excepcionales en América. Sin embargo, la emancipación de España no la dirigieron caudillos indios, sino generalmente criollos, que reclutaron masas indígenas para sus ejércitos, así como los ejércitos españoles también lo hicieron. Pero la lucha misma por la emancipación no se expresará abiertamente mientras no se produzca la coyuntura histórica. La invasión de España por Napoleón va a brindarles la gran oportunidad.

La vocación de la Libertad

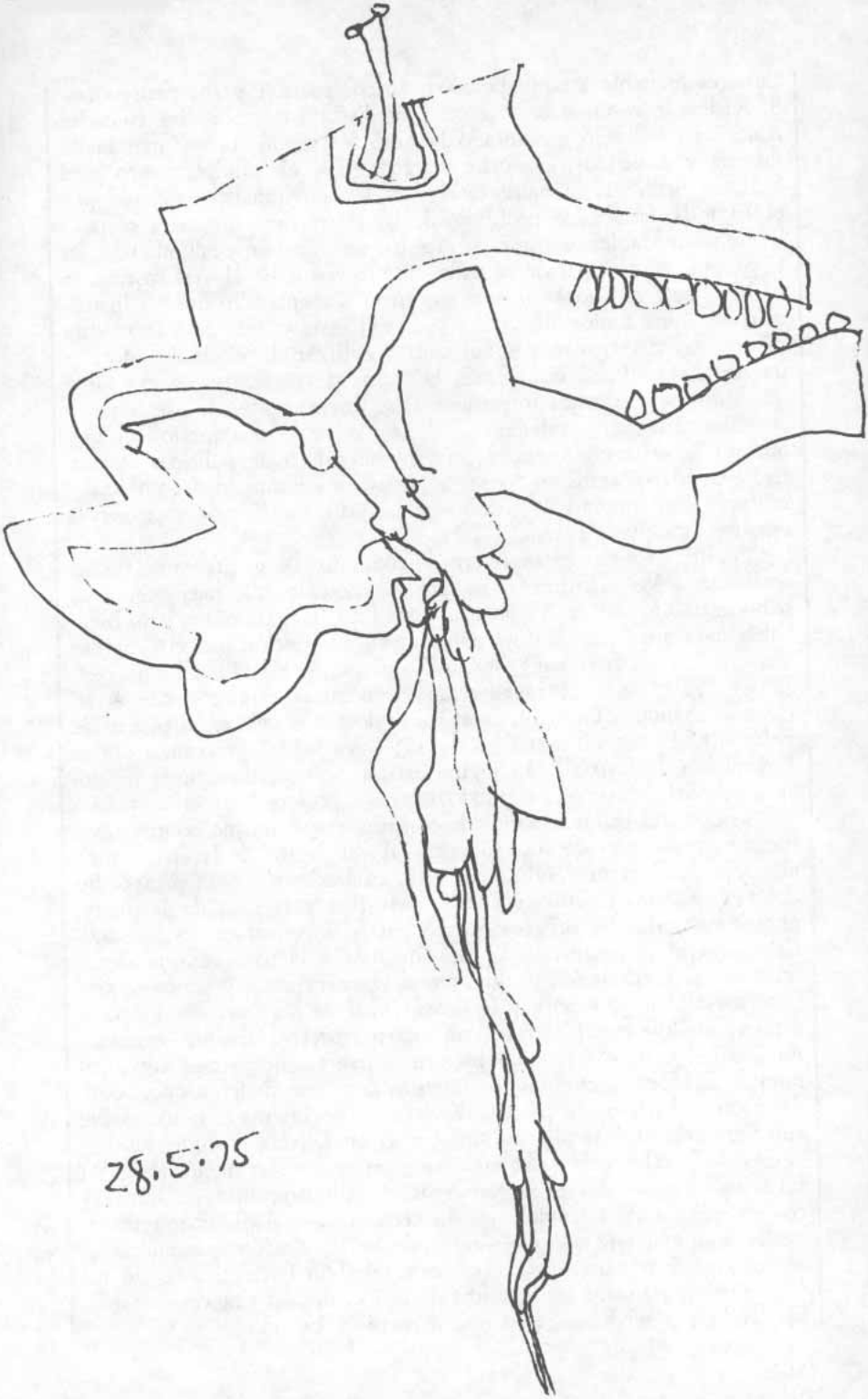
> *«Educado en el país libre de Inglaterra, ese deseo de independencia que nace con todo hombre se fortaleció en el clima de Arauco. Amando la libertad por sentimiento y principio, juré contribuir a procurar la de mi país o sepultarme bajo sus ruinas»* [7].

Al cumplir quince años, Bernardo O'Higgins se embarca rumbo a Europa, vía Cabo de Hornos, que era ruta muy probable de temporales y aventuras. Destino a ratos con rasgos folletinescos o dickensianos el de este joven que nunca vio ni conversó con su padre y, sin embargo, siente por él hondo afecto, como lo refleja su epistolario; que a la edad de pocos meses fue arrancado a la solicitud maternal para ser conducido a la hacienda de don Juan Albano, entonces hombre de confianza de su progenitor. Este vela por él desde lejos, a través de terceros que estima seguros. Quiere que su educación sea lo más completa posible. Estudió en el convento de los misioneros, fundado por don Ambrosio para que aprendieran los caciques araucanos. Allí trabó un contacto más profundo con la gente aborigen. Después a Lima, donde ingresó al Colegio del Príncipe. Pero su instrucción cobró forma definitiva durante el período inglés, donde terminó de modelar su carácter y mentalidad.

Cuando regresó a Chile, en el verano de 1802, tenía veintidós años. Venía transformado. Había descubierto su camino de Damasco. Y estaba dispuesto a grandes acciones, sin reparar en sacrificios.

O'Higgins traía de Inglaterra otra visión del mundo y de la sociedad. Se sentía más preparado para participar en la creación de la nueva historia, en la cristalización de la república independiente.

[7] *Manifiesto de B. O'Higgins como capitán general del Ejército al pueblo que gobierna,* M. Graham, *op. cit.*, p. 65.


28.5.75

Londres lo había atraído por sus críticos sociales y sus pensadores. Su visión le resultó subyugante. Era distinta de todas las ciudades conocidas. Percibió asombrado la gran metrópoli con su mezcla de miseria y esplendor, esa urbe macroscópica, el Londres negro y el Londres brillante, la marea atlántica del movimiento entrando por el Támesis. El abismo profundo de las clases, los contrastes sociales le eran apreciables, aunque su espíritu se embebía, deslumbrado, en el propósito principal de su vida, que le resultaba el más fascinante y absorbente de todos: liberar su patria. Comprendió que su formación de conspirador no podría ser radiante y exhibicionista, sino misteriosa, desarrollarse en el sigilo. Allí, en la ciudad ruidosa y universal, estudiaría en silencio la forma de participar en esa tarea que cobraba contornos internacionales. En la capital de ese imperio se adiestraría para trabajar por la ruina de otro imperio: el que oprimía a su patria. Londres era un hervidero de políticos extranjeros, donde se agitaban todas las ideas, una humanidad compleja y múltiple de emigrados y desterrados. Allí bullía una inteligencia reformadora que lo sucedía.

O'Higgins vivió en Inglaterra el comienzo de su juventud, de los diecisiete a los veintiún años. Cuando desembarcó, hacía seis que había estallado la Revolución Francesa. En Chile, sin entenderlo bien, había oído a un compatriota expresar su admiración por el progreso industrial. Pues bien, aquí estaban los pioneros. Hacía poco, en 1784, James Watt lanzó el invento de la máquina giratoria de vapor. Cuando abandona Gran Bretaña, haciéndose a la vela en el puerto de Falmouth, en los últimos días de 1799, ya había comenzado allí la Revolución Industrial. O'Higgins estaba de acuerdo con la proposición de Saint-Just: «El siglo XVIII debe ser colocado en el panteón.»

Su estancia británica coincide con una etapa en que adopta resoluciones personales de trascendencia. Avido lector de la Gran Enciclopedia de Diderot y D'Alembert, la cual admiró como compendio del pensamiento político y social, científico y técnico de la ópera, abraza el credo del progreso como guía del conocimiento humano. Considera el racionalismo, la filosofía más apta para comprender e impulsar la civilización, el dominio de la naturaleza y procurar con paso más firme el avance y la prosperidad de los pueblos. Empieza a mirar a Chile desde Europa con una perspectiva distinta, insertándolo en el contexto de una historia universal que juzga con ojos nuevos. En ciertos círculos londinenses conoce a ingleses que, abandonando todo tono flemático, disertan sobre la futura e inevitable emancipación de las colonias americanas en España. Estudia las lecciones de esa Inglaterra de «tories» y «whigs» que había hecho su revolución, quizá de sesgo conservador. Allí descubrió en libros y conversaciones de iniciados que la clase a la cual él mismo pertenecía, según el análisis y el léxico de la Ilustración, pertenecía al añejo feudalismo, un tipo de sociedad abolido hacía tiempo en las Islas Británicas y que los ejércitos de la Revolución Francesa estaban barriendo a paso de carga en buena parte de Europa.

O'Higgins percibió durante su residencia europea el rumor trepidante y mecánico de la Revolución Industrial inglesa, que anunciaba una nueva era en la economía; pero más que nada le llegaban con fuerza electrizante los efluvios ideológicos de la Revolución Francesa, que de paso enriqueció el diccionario con nuevos y atrevidos vocablos políticos y sugería al mundo entero osados programas revolucionarios y democráticos. La Revolución soñada subrayaba con un trazo desacostumbrado el papel de la nación, los ideales de patria, patriotismo. Francia incitaba a los pueblos a derribar las tiranías y a conquistar la libertad, a lo cual se oponían los elementos conservadores de cada país. Allí supo O'Higgins que la Revolución también exigía un cambio en el orden militar. ¿No decía Saint-Just que «en época de innovación todo lo que no es nuevo es pernicioso»? Lo que acontecía en Europa le daba nuevas esperanzas respecto de su país. Descubría ciertas relaciones de causa y efecto. Efectivamente, Chile no hubiera sido libre cuando lo fue de no mediar el proceso desencadenado por la Revolución Francesa. En el fondo la liberación de las colonias españolas en América es una consecuencia en segundo o tercer grado de dicha Revolución, descrita por el bando realista como obra del demonio.

En Londres, O'Higgins ingresó a la logia. En ella definió su ideología filosófica y política. Allí conoció a Francisco Miranda, y este encuentro le fue decisivo. Quería que el venezolano le enseñara matemáticas, pero aprendió con él a luchar por la libertad de su tierra y de América. «Cuando yo oí aquellas revelaciones y me posesioné del cuadro de aquellas operaciones, me arrojé en los brazos de Miranda, bañado en lágrimas, y besé sus manos.» La organización fue fundada en 1798. Se alistó en una causa que debía diseminarse por todas las provincias de la América Hispana. Se adentró en los clubs revolucionarios, caracterizados por una enérgica e intensa resolución de no darse pausa mientras sus patrias no fueran libres. De allí salió convertido en un opositor absoluto al régimen y a la política que servía su padre. No era un asunto personal o familiar. Respondía a una convicción política y a una decisión ética.

En vísperas de la partida de O'Higgins, Francisco Miranda lo insta a no desanimarse ante las dificultades. En los «Consejos de un viejo sudamericano a un joven compatriota al regresar de Inglaterra a su país» le recomienda persistir en el empeño contra viento y marea: « ¡Amáis a vuestra patria! Acariciad ese sentimiento constantemente, fortificadlo por todos los medios posibles, porque sólo a su duración y a su energía deberéis hacer el bien. Los obstáculos para servir a vuestro país son tan numerosos, tan formidables, tan invencibles, llegaré a decir, que sólo el más ardiente amor por vuestra patria podrá sosteneros en vuestros esfuerzos por su felicidad.» O'Higgins retorna a su patria como un agente revolucionario. Viene a trabajar por la independencia. Todo lo demás es accesorio del fin principal.

Piensa en cambios más radicales

> «*Mil vidas que tuviera me fueran pocas para sacrificarlas por la libertad e independencia de nuestro pueblo y tengo el consuelo de decir que la mayor parte de los descendientes de Arauco obran por los mismos principios*» [8].

Durante su infancia en Talca, recorriendo las tierras del Maule (entonces usaba el apellido de la madre), se había puesto en contacto con la naturaleza de la zona central. Ahora le interesa más el hombre. De regreso de Europa, en julio de 1803, toma posesión de su hacienda San José de las Canteras. Se relacionará más íntimamente con los peones, la mayoría mapuches.

El indio y el mestizo eran los abastecedores principales de la mano de obra, que hasta hacía poco se había concentrado históricamente en la encomienda y en la mita. En Chile, las encomiendas, abolidas por Real Cédula del 12 de julio de 1720, habían sido restablecidas en 1724, para desaparecer, en definitiva, como se ha dicho, en 1789, precisamente por decreto de su padre, cuando Bernardo O'Higgins tenía once años. Sin embargo, en el hecho los aborígenes seguían sirviendo como antes, no obstante las instituciones creadas para protegerlos. El régimen de propiedad agraria que hereda corresponde todavía a las características de la conquista y las colonizaciones fronterizas. No excluye del todo la recompensa territorial por servicios prestados. En el siglo XVIII, cuando se consolidan grandes latifundios en América Hispana, la hacienda suele ocupar extensas franjas de terreno ajeno o de propiedad nativa.

La mentalidad de O'Higgins no fue la del latifundista clásico. Usó la preponderancia señorial para una finalidad más grande, li-

[8] O'Higgins, en carta a Juan Florencia Terrada, Concepción, 20 de febrero de 1812.

28·5·75

berar su país, cosa que le valió perder su hacienda por represalia durante el período de la Reconquista. Los gañanes y peones, a su llamado, blandieron las armas, a veces los arados de palo y las picanas de coligüe con que acicateaban el paso de los bueyes. Si su condición de rico propietario le confirió representación social y prestancia económica, él la convirtió, llegado el momento, en fuerza política y militar.

Su interés mayor no se concentra en las labores del campo. Durante esos siete años, hasta 1810, teje en la sombra la llegada del alba. Mantiene correspondencia conspirativa con otros discípulos de Miranda, como Juan Florencia Terrada y Juan Pablo Fretes, que vivían en Buenos Aires. Es una época de sondeos y conversaciones sostenidas al amparo de la oscuridad. Forma parte de un club revolucionario secreto que sesiona en Concepción, en casa del abogado don José Antonio Prieto, ligado a Juan Martínez de Rozas.

La invasión de Portugal, que no acataba el bloqueo contra Inglaterra, Napoleón debía hacerla a través de España. Aprovechó el hecho o lo pretextó para consumar el golpe contra la monarquía borbónica. Cuando los motines de Aranjuez en 1808 obligaron a Carlos IV a abdicar y Fernando VII quedó prisionero en Francia, surgieron voces en América que hablaron de Junta, argumentando que los criollos constituían reinos aparte, unidos a España sólo por la persona del soberano.

No tardó en Chile el inflamado «Catecismo Político Cristiano», firmado por José Amor de la Patria, pseudónimo que ha oscurecido la real paternidad de su autor según el historiador Ricardo Donoso, en afirmar que «por un procedimiento malvado y de eterna injusticia, la autoridad, los honores y las rentas han sido el patrimonio de los europeos españoles...». «La metrópoli abandona los pueblos de América a la más espantosa ignorancia, ni cuida de su ilustración, ni de los establecimientos útiles para su prosperidad...»

Cuando el 18 de septiembre de 1810 el pacato Conde de la Conquista hace saber, por voz del secretario José Gregorio Argomedo, al Cabildo de Santiago, ante la mayoría de regidores criollos y en presencia de cuatrocientos vecinos «de los más distinguidos», que decidiesen los medios de «quedar seguros, defendidos y eternamente fieles vasallos del más adorable monarca, Fernando», pretende fijar los deslindes de la réplica y el sentido estrecho de la asamblea. José Zapiola la califica de reunión «goda». En ese momento, O'Higgins era subdelegado de la isla de la Laja. No tardó en formar con sus huasos e inquilinos un regimiento. El doctor Rozas, que encabezó el movimiento en Concepción, lo nombró teniente coronel y segundo comandante.

Todavía en el Primer Congreso Nacional, instalado el 4 de julio de 1811, la mayoría se declara leal al rey. Sólo un grupo reducido, en que figuraban Bernardo O'Higgins y Camilo Henríquez, piensa en cambios más radicales.

El ejército como retoño de la hueste indiana

«Desde la época de la Colonia, el ejército de Chile ha sido la piedra angular para formar historia, formar tradición, formar hombría y mantener inalterable la institucionalidad de este Chile que tanto queremos.»

(HERMAN BRADY) [9].

La Real Audiencia rechazó la creación de la Junta de Gobierno. Exigía no tolerar su funcionamiento y ordenar a los jefes militares que no acataran la nueva autoridad. O'Higgins toma el hecho muy en cuenta. ¿Con quién está el ejército? He aquí una cuestión fundamental. No lo aqueja la vanidad del hijo de la guerra, pero sabe que debe interesarse por resolver a fondo el problema de la fuerza armada. Sin un ejército patriota no habrá patria. Se dedicará a forjarlo, aunque se autodefina sinceramente como «un militar de circunstancias, que había tomado las armas para defender la patria como simple comandante de guerrilleros en un momento de peligro» [10].

Este militar de circunstancias sabe que el Ejército Realista, aunque está formado en buena parte por criollos, tiene por obligación institucional luchar contra la emancipación. Pro o contra la independencia, he aquí la línea divisoria de esa hora. Por ello, la Junta en 1813, bien distinta de la que usurpó ese nombre ciento sesenta años más tarde, propone licenciar el Ejército Realista. La razón es de peso. Está al servicio de una potencia extranjera y su misión esencial consiste en mantener el carácter colonial del país. De este ejército de ocupación se proclaman continuadores los golpistas del 73.

La frase epígrafe del general Brady encierra una sentencia clave. Tocando la misma tecla, «El Mercurio» exime a las fuerzas armadas chilenas de todo pecado de connivencia con el tribalismo araucano. Es el hijo que llega al padre, en este caso el ejército del rey de España, a través del Evangelio de la raza blanca. «Ya desde los tiempos de la Colonia, el ejército era la avanzada de la civilización y la salvaguardia de la incipiente vida nacional» [11]. Y aún más: «Chile fue un campamento militar, acosado por asaltos de indígenas y terremotos» [12]. Según esta doctrina, la milicia chilena desarrollaría su personalidad a partir de esa pura cepa española. Pertenece a la familia europea. Nace del seno de la cristiandad que se expande al

[9] «El Mercurio», 24 de agosto de 1976.
[10] O'Higgins, Talca, 9 de diciembre de 1813.
[11] «El Mercurio», 24 de agosto de 1976.
[12] *Ibid.*, 17 de octubre de 1976.

mundo nuevo. En pocas palabras, desciende, por consanguinidad directa, política e institucionalmente de la hueste conquistadora hispánica.

Así, la teoría juntista oculta el torrente aportado a la nacionalidad chilena por el indígena y silencia que se trataba de un aborigen notablemente guerrero. Por lo menos desde el punto de vista profesional esto debería interesarle. Sólo le entusiasma el invasor. No le importa que el nativo sea objeto de admiración universal por sus virtudes heroicas. No le impresiona tampoco que hasta en el campo de los conquistadores su incomparable espíritu de resistencia inspire a Ercilla el poema épico más importante de la literatura clásica española. No le interesa la historia, la bravura del aborigen. Ni menos la poesía. Simplemente desprecian al indio. No tienen nada que ver con él. Es un ejército descendiente del conquistador. Tal es su doctrina. Y a mucho honor.

Los emancipadores sustentaron al respecto la actitud inversa. El espíritu de los dirigentes de la Independencia se empapó hasta las lágrimas con la conmovida lectura de «La Araucana». O'Higgins visualizó en el indígena la imagen más acendradamente chilena. Subrayó como un modelo su fiera voluntad de no vivir sometido. A juicio de los libertadores, siendo el indio el primer chileno cronológicamente hablando el que dio el ejemplo en la lucha por la libertad, debía ser igual entre los iguales. Un decreto de Carrera ordenaba la abolición «por todos modos de la diferencia de castas en un pueblo de hermanos». Por otra parte, tal era una convicción comun entre los líderes de la independencia continental. Bolívar decidió que «se devolverán a los naturales, como propietarios legítimos, todas las tierras que formaban los resguardos, cualquiera que sea el título que aleguen para poseerlas los actuales poseedores». O'Higgins dispuso la libertad de los aborígenes. Debían ser llamados y considerados ciudadanos chilenos. Luego vino un decreto para garantizarles la propiedad perpetua de su suelo. Cuando se dirigió a los peruanos explicándoles la misión del Ejército Libertador, invocó sugestivamente los nombres de los grandes jefes nativos, denominó a sus destinatarios «hijos de Manco Capac, Yupanqui y Pachacutec», no de Pizarro o Almagro. Los invocó como precursores en la guerra por la libertad, no de una libertad reducida a los confines de su país, sino abarcadora del continente.

El creador del ejército chileno se sintió personalmente imbricado en la historia como un producto mixto, de tres sangres. María Graham lo presenta: «Es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; sus ojos azules, sus cabellos rubios, su tez encendida y sus facciones algo toscas no desmienten su origen irlandés, al par que la pequeñez de sus manos y pies son signos de su *pedigrée* araucano» [13]. La viajera británica omite su incuestionable dosis de sangre española. A menudo en sus discursos o conversaciones O'Higgins se refiere a sí

[13] M. Graham, *op. cit.*, p. 208.

mismo como un heredero espiritual de los rebeldes indígenas, como un continuador de la lucha de los bravos de Arauco.

Los golpistas de hoy echan al desván de los trastos inservibles las glorias nativas, reverenciadas con fervor por O'Higgins y la constelación de los libertadores. Nada tan opuesto a la posición del fundador de la República que, bajo el influjo de Miranda, ingresó a una organización clandestina de conspiradores por la emancipación hispanoamericana, para la cual el maestro venezolano sugirió intencionada y admirativamente el nombre herético que tendría más tarde: Logia Lautaro.

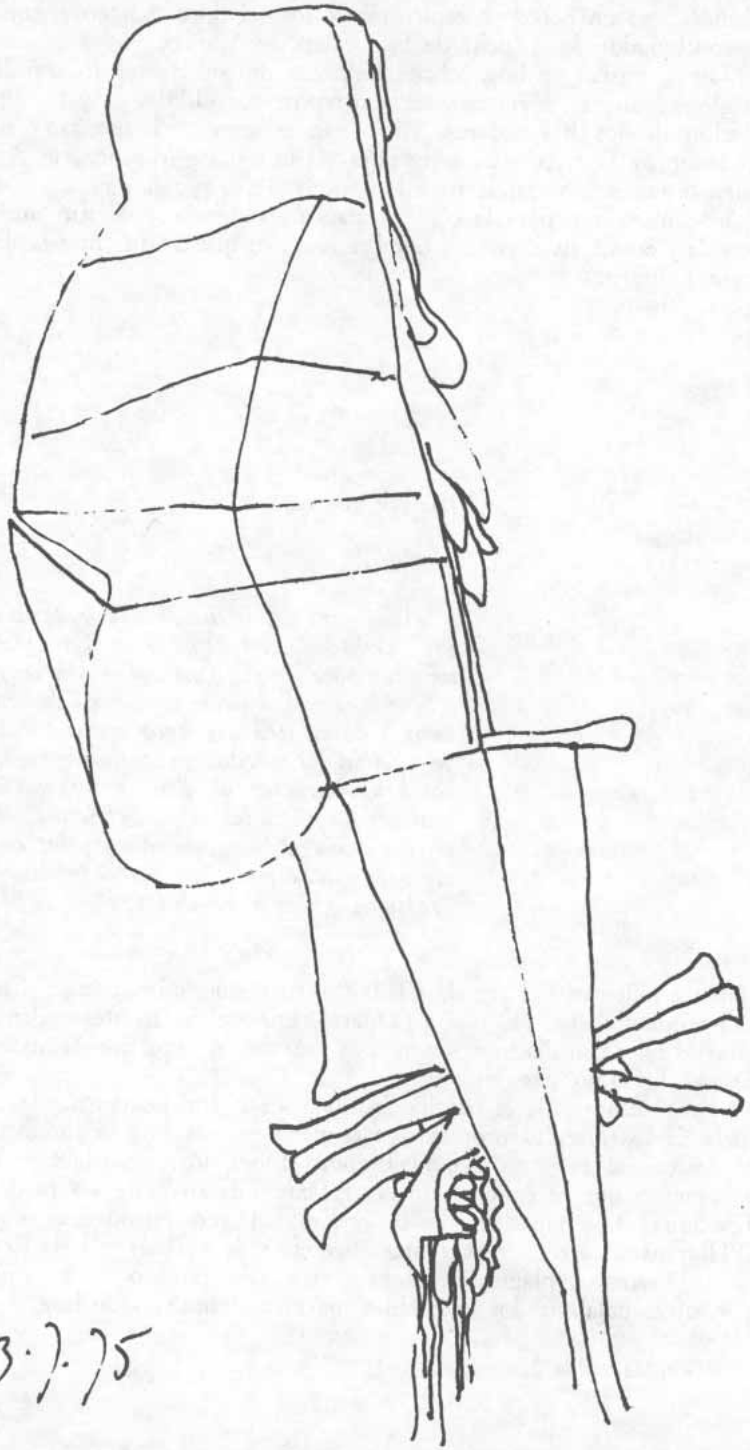
Las dos guerras

> «*La figura del héroe es una materia de útil meditación en estos días. En efecto, una vez pasada la angustia que sobrecogió a la ciudadanía al verse en manos de fanáticos y desorbitados grupos marxistas, cuyas luchas y apetitos preparaban el más sombrío porvenir al país, colmando de grandes inquietudes a los chilenos, han vuelto a surgir las ambiciones y las codicias, las banderías y los descontentos, los egoísmos y las debilidades*» [14].

Había criollos con el rey de España y otros que anhelaban un Chile independiente. Tal es, por otra parte, una de las fronteras demarcatorias que, con distintos nombres y formas, ha recorrido la historia del país hasta nuestros días.

En el umbral de la batalla decisiva por la independencia, la mayoría de los grandes propietarios renueva en alta voz su juramento de lealtad al rey, maldice al Ejército Liberador, suscribiendo ese documento que se conoce con el gráfico calificativo de «Acta de la Traición». Los amantes de la estabilidad ven en jóvenes como O'Higgins o Carrera irreverentes engendros de Satanás y de la Revolución Francesa, plagios de Robespierre, de Marat o de Sain-Just. Con otras palabras, los execrables marxistas-leninistas de hoy, a los

[14] «El Mercurio», 22 de agosto de 1976.


3.7.75

cuales se suman católicos atrapados por la utopía, frailes impíos como Camilo Henríquez. Enloquecido por la tinta de imprenta, imitando *Le cordelier du peuple,* éste reflexiona y da a la estampa, bajo la luz de textos de los enciclopedistas, proclamas incendiarias en «La Aurora de Chile».

Desde temprano, en verdad, la lucha por la independencia había revelado en el fondo la existencia de dos guerras: una contra el dominio español; otra, menos visible, una contienda civil subterránea dentro de la élite criolla que tomó en Chile diversas formas, entre los que estaban por o contra la independencia. Pero en las filas de los partidarios decididos de la emancipación total también se dio la división. Esta se expresó en la furiosa odiosidad entre carrerinos y ohigginistas, en la desgraciada secuela que llevó a la inmolación de Manuel Rodríguez en Tiltil. Exacerbó las pugnas que condujeron a la abdicación de O'Higgins y siguieron después de su caída. Culminan más tarde en la batalla de Lircay, con el triunfo del bando conservador, el licenciamiento y fin del ejército de la independencia.

De 1970 a 1973, otro poder extranjero, superior a cualquier Real Audiencia, organiza el complot para impedir el triunfo y luego la entrada a La Moneda de Salvador Allende. A fin de conseguirlo mueve a sus hombres dentro del ejército y asesina al comandante en Jefe René Schenider, porque éste no está dispuesto a desacatar la nueva autoridad legítima. Los de 1970 son la reencarnación de los amotinados bajo la jefatura del teniente coronel español don Tomás de Figueroa. Levantado éste en armas en abril de 1811 para restaurar el antiguo régimen, fue fusilado junto a los muros de la Iglesia Santo Domingo. No hace muchos años, en una elegante comuna de Santiago, el municipio conservador bautizó una nueva calle con el nombre del conspirador alzado de aquellos tiempos. Una clase expresaba así el homenaje a uno de los suyos, a alguien que señaló el camino.

La casa dividida

«Unidad. Unidad. Unidad debe ser nuestra divisa.»

(Bolívar, Congreso de Angostura.)

Los jefes patriotas emplearon tácticas militares de guerra regular e irregular, no bien separadas por delimitaciones ortodoxas. Un guerri-

llero, pronto nimbado por historias y anecdotario copioso, Manuel Rodríguez, actúa muy fundido al pueblo, si se toma en cuenta la naturaleza misma de su estilo de combate. Lo secunda bien el roto ladino. Impresiona la imaginación popular. Parece inspirarse en la astucia de Lautaro y el arrojo de los toquis araucanos. Saca partido de la picardía campesina y aplica las estratagemas del pueblo.

Generalmente, los jefes de la independencia son militares improvisados. Al revés de O'Higgins, Carrera, por excepción, ha recibido instrucción militar en el ejército español. Independentistas intransigentes, ambos difieren en concepciones estratégicas y tácticas, en ciertas ideas políticas respecto a la organización del nuevo Estado; pero sobre todo discrepan en cuanto a su propio rol. Chile se ha hecho chico para ambos. Personifican la lucha de corrientes y de hombres dentro del sector más avanzado de las filas patrióticas, que anticipa otras divergencias suicidas en la futura historia del país.

El campo patriota está barrido por los vientos de la división. El desastre de Rancagua, que sepulta en 1814 la patria vieja y escribe la inicial de la reconquista española —la cual dura tres años—, es más que nada el fruto amargo de la discordia. Escribe un drama de los libertadores. Claman por unidad y cosechan escisiones. La requisitoria de Bolívar al Congreso de Angostura tipifica la angustia de la época en el alma de los grandes. Araron en el mar. No hubo unidad para actuar dentro ni fuera del país. Y todos ellos fueron sacrificados.

Cuando cae la patria

«¿Qué era Chile antes de su pretendida, mal entendida libertad, sino un pequeño disimulado paraíso?»

Si hubo en el campo anticolonial concepciones disímiles, estrategias diferentes, tendencias diversas y personalidades contrapuestas, en la hora de la vindicta, cuando se restauró el dominio español, todas las facciones patriotas fueron blanco de la venganza.

Lo que vimos a partir del 11 de septiembre: el vilipendio de Allende, de su obra, de los suyos, no tardó demasiado en extenderse

a la proscripción de todos los partidos, incluso de aquellos que celebraron el golpe en su momento. El ataque al caído y la exaltación servil del vencedor, los vítores a las muertes y la demanda de nuevos baños de sangre fueron también los coros de fieras entonados en esos días de octubre de 1814, a través de los altoparlantes del restaurado régimen colonial, cuando la «Gazeta del Gobierno de Chile», tras el consabido «Viva el rey», se hacía lenguas para proclamar las maravillas del antiguo sistema.

Con cambios de metrópoli, de formas y fechas, la Junta también quiere el retorno al paraíso colonial; es, mejor dicho, un adepto del neocolonialismo. Filosofías y procedimientos de entonces y ahora guardan una nada extraña analogía. Pinochet comenzó, en el acto del 11 de septiembre, las matanzas y las proscripciones. El general Mariano Osorio y el capitán Vicente San Bruno, jefe del Regimiento Talavera y de la represión, no se mostraron tan expeditivos. Son comedidos precursores del jefe de la Junta o del coronel Manuel Contreras. San Bruno demoró hasta el 7 de noviembre de 1814 los encarcelamientos masivos. Si después enviaba cuarenta y dos confinados «distinguidos» —y luego otras partidas— a la isla Juan Fernández, sin miramiento de ninguna especie («Encerrado bajo las escotillas del bergantín "Potrillo", tendido con grillos y esposas, cubierto y devorado de insectos que no puedo apartar de mí por las esposas, dándome de comer por mano ajena, moviéndome del mismo modo para las más urgentes necesidades...» [15]), Pinochet, a su turno, despacha rápido a la mayoría de los dirigentes políticos de la Unidad Popular, ministros y altos funcionarios del gobierno de Allende hasta la isla Dawson, cuyo clima, por cierto, es bastante más inclemente que el de la isla de Robinson Crusoe.

Ambos regímenes justifican las matanzas pretextando alzamientos o inventando planes zetas. El ejercicio de métodos afines por la Junta no habla prodigios de su originalidad. Unos y otros actúan a través de bandos de guerra. El bando del 9 de enero de 1816, la pena de muerte para cualquier acto opositor, ilustra un eslabón en la larga cadena de precedentes espectrales. Debemos reconocer, eso sí, que antes respetaban más el formulismo de las penas de muerte. Bajo la Junta, las víctimas apresadas bajo el toque de queda ingresan al espacio inédito y en blanco de los «desaparecidos», de los cuales no se vuelve a saber nunca más. Los furores de la reconquista no llegaron tan lejos.

Cincuenta días después de la victoria del Ejército Libertador en Chacabuco, el 31 de marzo de 1817, desembarcan en Valparaíso los desterrados en Juan Fernández. Llegan a tiempo para presenciar en la Plaza Pública de Santiago —ocho días después del triunfo definitivo de Maipú— el fusilamiento del sargento mayor de Talavera, Vicente San Bruno, y de su lugarteniente del mismo regimiento, Francisco Villalobos.

15 Juan Egaña, *El chileno consolado en los presidios.*

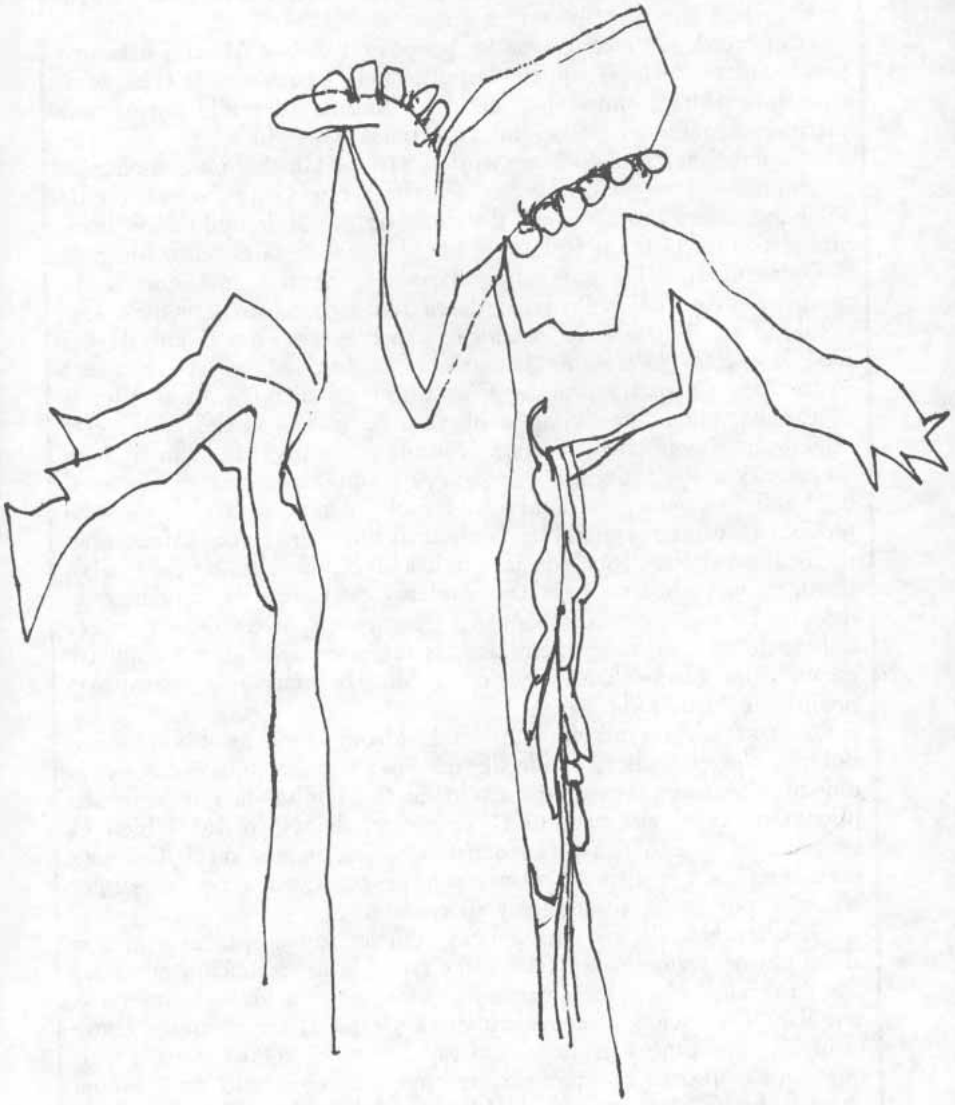
Por ello, O'Higgins pensó apasionadamente, como una necesidad absoluta, en la existencia de un ejército nacional sin relación ninguna con el ejército del rey. Por la misma razón creó una Escuela Militar. Durante demasiado tiempo no pudieron ingresar a sus aulas los hijos naturales, como él (¡qué hijo no es natural!). La fundó atendiendo a la necesidad de instruir soldados para el combate por la independencia. El país tuvo que afrontar en seguida la formación de la Escuadra Libertadora del Perú, la guerra a muerte de Vicente Benavides —atrincherado en Chiloé— y defenderse, entre otros, de un montonero trabucaire como el cura Ferrebú, que recuerda por los sermones —no por lo osado— al capellán Gilmore bendiciendo —como un don del cielo— la sangre derramada a partir del 11 de septiembre.

La Patria Mayor

> «*Se podía ser chileno, peruano o venezolano y al mismo tiempo sentirse americano y compatriota en cualquier país de Hispanoamérica*» [16].

En el llamado que formula en su condición de «Supremo Director del Estado de Chile» a los «Naturales del Perú», O'Higgins traza el cuadro de una hermandad y de una patria latinoamericana. «Ha llegado —afirma— el día de la libertad de América, y desde el Misissippi hasta el Cabo de Hornos, en una zona que ocupa casi la mitad de la tierra, se proclama la independencia del Nuevo Mundo. México lucha, Caracas triunfa; Santa Fe organiza y recibe considerables ejércitos; Chile y Buenos Aires tocan el término de su carrera...» [17]. Profesa una concepción integral sobre la independencia de la América colonizada por España. Proyecta la liberación del Perú como imperativo estratégico para consolidar la emancipación de Chile.

[16] O'Higgins, M. Graham, *op. cit.*
[17] O'Higgins, citado por M. Graham, *op. cit.*, pp. 475-6.



27.6.75

Pensó alguna vez que desde México hasta nuestro país podría surgir una ancha confederación de pueblos con una sola lengua, un solo trasfondo histórico, un origen, y que ese continente debería ser refugio de libertad y patria de los perseguidos.

Concuerda, en esencia, con los propósitos de San Martín, su amigo y compañero de logia, quien después de la entrevista de Guayaquil con Bolívar hace mutis por el foro, porque no podía existir una diarquía de jefes en el Ejército Libertador del Perú.

Concretamente el 6 de mayo de 1818, O'Higgins puso a circular un Manifiesto en el que pedía «instituir una Gran Federación de Pueblos Americanos». El 25 de mayo de 1822, Joaquín Mosquera, embajador de la Gran Colombia en Chile, escribía en carta dirigida a Pedro Gual: «He oído aquí al señor general Lamar que el supremo director de Chile nada desea tanto como un Congreso General de los Estados de América, y habla con entusiasmo de esa medida.» Para O'Higgins luchar por la libertad de América era luchar por su patria grande. Con razón en dicho sentido Vicuña Mackenna, quien bregó por la libertad de Cuba, puede realzar esta dimensión ohigginiana que para la Junta constituye un crimen: «En un sentido puede decirse —concluye— que la gloria del general O'Higgins es única en América. Es el soldado de todas nuestras repúblicas, capitán general de Chile, brigadier en Buenos Aires, gran mariscal en el Perú (que son las graduaciones más altas de cada país), se alistó virtualmente bajo las banderas de Colombia, sirviendo al lado de Bolívar en la campaña de Ayacucho, que cerró la gran era militar de nuestra independencia. Más tarde, en 1829, nuestro ilustre compatriota ofreció sus servicios a México cuando la expedición peninsular de Barrada...»

Se trata de un nervio vital en la ideología de los libertadores. Bolívar, con elocuencia teñida de «pathos» romántico, soñaba con la unidad hispanoamericana, partiendo de la premisa de que «nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte. Más bien es un compuesto de Africa y de América que una emanación de Europa; pues que hasta la España misma deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones y su carácter».

A diferencia de los entreguistas actuales, no acepta la sumisión al influjo norteamericano. Para él es tangible la separación entre las dos Américas: «Ni remotamente ha entrado en mi idea —sostiene— asimilar la situación y naturaleza de dos estados tan distintos como el inglés americano y el americano español.» Para ello recurre a algo que para el prócer caraqueño constituye un argumento de suprema autoridad: las afirmaciones de Montesquieu. «¿No dice el espíritu de las leyes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos? ¡He aquí el Código que debiéramos consultar y no el de Washington!» En 1828 lo confirma con palabras propias: «Yo creo que el nuevo gobierno que se dé la Repú-

blica debe estar fundado... sobre nuestro origen y sobre nuestra historia.»

Todo esto fue rechazado airadamente por las aristocracias locales, las cuales animaron el proceso de carioquinesis y feudalización en cada antiguo virreinato o capitanía en su propio beneficio y luego aceptaron con sumisión cada vez más desvergonzada una nueva dominación, asumiendo dichas oligarquías el papel de regentes de repúblicas mediatizadas. Sin depender de España mantendrán en los hechos el antiguo régimen. Podrán tolerar el transformismo externo de las instituciones; pero nunca la modificación a fondo del régimen de propiedad y la pérdida de su dominio sin contrapeso sobre la sociedad y el gobierno. Todo ello aconsejaba el paso lento; anular, refrenar los anhelos de cambio, y apartar de la dirección del Estado a hombres como Bolívar, O'Higgins, Morales, Artigas, a tantos otros libertadores deseosos de transformaciones más profundas. Después de consolidar la independencia deberán partir al exilio o a la muerte.

En la pugna por el dominio político del naciente Estado, el contrato de la institución militar constituye el requisito previo por antonomasia. El caudillo cabalga sobre el horizonte. Los libertadores se estrellaron rápidamente con los caudillos, que surgen en aquella época casi por toda América Latina. A su juicio, la disciplina vale para los de abajo, no para ellos. El pueblo ha de limitarse a obedecer y a trabajar.

Bolívar no sustentaba una opinión muy benigna de los caudillos armados, sean civilizados o bárbaros, de su época, prefiguraciones funestas de los dictadores del siglo XIX y XX. En carta a Pedro Gual, en 1821, afirmaba: «No pueden formarse ustedes idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares. Estos no son los que ustedes conocen; son los que ustedes no conocen: hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos, y humillados y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de sus lanzas... Estamos sobre un abismo o más bien sobre un volcán pronto a hacer explosión. Yo temo más la paz que la guerra, y con esto doy a ustedes la idea de todo lo que no digo ni puede decirse.»

En la hora del neofascismo latinoamericano, Pinochet y sus caporales oficializan, como hemos visto, la doctrina del ejército de Chile como retoño de la hueste colonial. Son bolivarianos u ohigginistas al revés. Son los caudillos de la hora nona, de una época que ha vivido el fascismo y lo adoptan, trasnochados, bajo la dirección de la Agencia Central de Inteligencia y las empresas transnacionales.

Dicho embobamiento por la colonia de ayer ensambla con su actual búsqueda ansiosa del neofascismo y del neocolonialismo. Están siglos más atrás que los libertadores. No faltaron hasta españoles clarividentes que columbraron, tras el ocaso del imperio hispánico en América, el sol peligroso de una nueva dominación. En 1783 lo auguraba en Madrid un ministro influyente, el Conde de Aranda, previendo los designios que venían de unos Estados Unidos que tenían entonces siete años, pero era un niño al cual ya le habían

salido los dientes: «El primer paso de esta potencia —pronosticó— será apoderarse de La Florida, a fin de dominar el golfo de México. Después... aspirará a la conquista de este vasto imperio, que no podremos defender contra su potencia formidable establecida en el mismo continente y vecina suya.»

Tampoco criollos avizores callaron sus advertencias sobre la amenaza que venía de la República Bostonesa: Fray Melchor Martínez lo predijo casi en los mismos términos.

Bolívar lanzó oportunamente su conocida profecía alertadora.

Diferente por el gracejo criollo, pero coincidente con el fondo, resulta el escepticismo y la desconfianza zumbona con que Portales puso en guardia frente al súbito y sospechoso interés del gobierno de Estados Unidos por la suerte de nuestros países.

La Junta se injerta, en cambio, en el tronco histórico del antiguo bando realista. Hoy se autocalifica y se ofrece gozosamente como pieza en el Pacífico Sur para servir en el engranaje de la estrategia continental y mundial del Pentágono.

Su summa filosófica o vademécum, la llamada «Doctrina de la Seguridad Nacional», no nació, desde luego, en el caletre de Pinochet. La copió a José Alfredo Amaral Gurgel, quien la sintetizó ya como un calco en su exposición «Seguranca e Democracia», ante la Escuela Superior de Guerra de Brasil. Que esta entidad la adopte como su ideología oficial a partir de 1964 no quiere decir que sea planta originaria de dicho país. Los jerarcas brasileños reconocieron que la habían importado del National War College, donde conocieron la Doctrina de la Seguridad Nacional de Estados Unidos, especialmente a través del contacto de los generales Golbery de Couto e Silva, Juárez Távora, Cordeiro de Farías y Augusto Fragoso. Tampoco reclama el National War College derechos de propiedad intelectual sobre ella. Este saquea sus elementos cardinales en las cuevas de la geopolítica. Imitando a los pangermanistas del siglo XIX, sobre todo a Ratzel, el sueco Rudolph Kjellen la ha explicado en su obra *El Estado como organismo* (1916). El mayor general Haushofer expone esas ideas en la primigenia Escuela de Munich, fundada en 1923, año del primer «putsch» de Hitler. Este proclama dichas ideas como base de la ideología nazi. Pinochet reproduce esas nociones, un refrito que ha pasado por lo menos por cuatro copias anteriores, como texto propio sobre geopolítica, como creación de su cerebro privilegiado y de su dantesca originalidad. Ello no es óbice para que publique el quinto calco. La susodicha teoría gira en torno al eje de la triada Estado-poder-seguridad. Postula la guerra total. La sociedad debe ser transformada en un campo militar y sometida a los módulos rígidos del cuartel.

El enemigo no es otro que el pueblo. Contra él debe hacerse la guerra. Si la Iglesia chilena la calificó de concepción anticristiana, se puede decir también que nada hay más antiohigginiano que la aberración bautizada con el falso nombre de «Doctrina de la Seguridad Nacional».

Personalidades antípodas

«La autoridad suprema reside en el pueblo chileno. Todos los individuos encargados del gobierno, todos los funcionarios públicos reciben del pueblo la jurisdicción que tienen. Ellos son sus mandatarios y servidores y le deben responder de su conducta y operaciones.»

(O'Higgins, 1812.)

«No es tan fácil gobernar cuando la autoridad vive de la gracia, de la munificencia de la multitud, que alza y depone a sus jefes sin otra norma que su arbitrariedad.»

(«El Mercurio», *¿Los más o los mejores?*, 12-III-1975.)

Pinochet instaura un régimen despótico y masacra al pueblo. No tiene confianza en él ni éste la tiene en Pinochet. O'Higgins, en proclama dirigida al pueblo, luego de ser electo director supremo, declara: «Yo exijo de vosotros aquella confianza recíproca sin la cual el gobierno es la impotencia de la autoridad o se ve forzado a degenerar en despotismo» (febrero de 1817). Pinochet rechaza toda forma de gobierno representativo. O'Higgins afirmó que «mi deseo fue siempre y lo sostuve en el Congreso del año 1811, que se adoptase en Chile un gobierno representativo, cualquiera que fuese su denominación (1822). La autoridad suprema, la soberanía, para Pinochet, reside en su persona, aunque diga depositarla en el ejército, jamás en el pueblo. Ha hecho tabla rasa de las garantías constitucionales, de los derechos humanos. O'Higgins fue enfático en expresar que «debe cuidarse que las garantías constitucionales no sean nominales y vanas y de que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo: vacilan la autoridad, la seguridad y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y anulan»

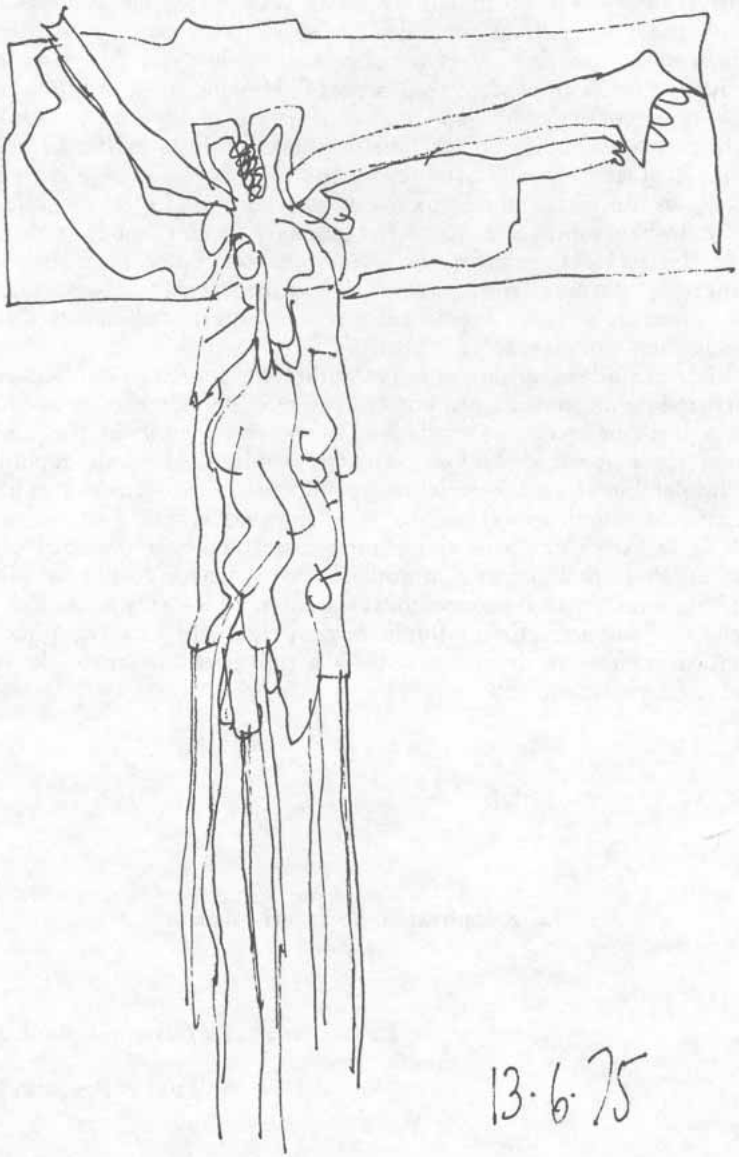
(julio de 1822). Pinochet devolvió su sitio de privilegio a la aristocracia del dinero. Instauró por la espada el reino de la más absoluta desigualdad, hizo más ricos a los muy ricos y más pobres a todos los demás. En cambio, O'Higgins declaró sin ambages: «Detesto por naturaleza a la aristocracia y la adorada igualdad es mi ídolo» (febrero de 1812). ¿Qué tienen que ver estos dos hombres entre sí? Nada. Representan políticas, actitudes, personalidades antípodas.

O'Higgins era un héroe, un símbolo, pero el desagrado de la aristocracia quiso descubrir en él los errores del hombre común. Era ciertamente un hombre común, aunque también algo más. No fue un genio militar ni político, pero lo animaban dotes superiores. Anhelaba forjar la grandeza del país dentro de su pequeñez, no obstante su lejanía de los centros rectores. En esa tarea concentró su capacidad y su energía. Un estadista que se adelantó a su época, como muchos libertadores. Realizó lo factible e intentó a veces lo que no estaba aún maduro. María Graham anota que O'Higgins le «conversó libremente sobre el estado de Chile, y me dijo que no dudaba que yo debiera estar sorprendida ante el atraso del país en muchos aspectos, y en particular mencionó la falta de tolerancia religiosa o, más bien, la pequeñísima medida en que, considerando el estado de cosas, le había sido posible garantizarla sin perturbar la tranquilidad pública» [18]. Agrega: «... Conversó bastante también de la necesidad de la educación pública, de la escuela lancasteriana y otras establecidas aquí y en otras ciudades chilenas, las cuales son ciertamente numerosas en proporción a la población» [19]. Como hombre político aspiraba a un acelerado progreso, aunque la situación económica, determinada por la guerra que consumía la mayor parte del presupuesto, la cual en el hecho duraba más de diez años —contando los de la expedición al Perú—, no permitía, según sus adversarios, sino avances mínimos.

De repente se halló en medio de oscuros torbellinos. Lo rodeaban las intrigas de los palaciegos en busca de influencias. Las tormentas de odio que giraban en torno a su controvertido ministro y consejero Rodríguez Aldea lo salpicaban. El rumor de las conspiraciones se hizo perceptible.

A los hombres que abren camino en la historia suele culpárseles de lo humano y de lo divino. Todavía hoy, con su carcaj nunca vacío, los grandes responsables del drama chileno actual siguen disparando flechas envenenadas sobre la memoria de Salvador Allende, acusándolo por la desestabilización y el caos que ellos mismos organizaron como una máquina casi perfecta. No tiene nada de insólito. ¿No se declaró a Bolívar causante del terremoto de Caracas? ¿Y a O'Higgins, del que sacudió a Valparaíso en 1822? «El terremoto se debía a la heterodoxia del director supremo, sus reformas civiles y religiosas y la benevolencia con los extranjeros herejes...» Benevolencia con los extranjeros revolucionarios... Este último cargo se

18 y 19 Graham, *op. cit.*, pp. 207-208.



13.6.75

repitió en 1973. Recuérdense los días de la caza del hombre, cuando el hecho de ser un refugiado político constituía un pasaporte especial con visa para el estadio, la tortura o la muerte.

O'Higgins resulta, además, el maligno fomentador de las peligrosas luces del conocimiento y de la preparación de cuadros técnicos como lo es toda república nueva, toda revolución. Es cierto que, como otros de sus contemporáneos criollos que han pasado y se han educado en el viejo continente, O'Higgins sueña con una política, una economía, una sociedad dinámica a nivel europeo. Quiere definir una estrategia en los diversos órdenes de la existencia colectiva. Requiere el país hombres ilustrados que fijen objetivos realistas, en una tierra donde todo está por hacerse. En su mensaje de 1822 insiste sobre el tema: «Necesitamos formar hombres de Estado, legisladores, economistas, jueces, negociadores, ingenieros, arquitectos, marinos, constructores, hidráulicos, maquinistas, químicos, mineros, artistas, agricultores, comerciantes.» («Sesiones de los cuerpos legislativos», t. V, p. 28.)

Por añadidura, no le perdonan al director supremo, que se siente partícipe de un movimiento por la liberación del hombre, su aversión hacia la llamada «alta sociedad». Lo aborrecen también porque rechaza los mayorazgos y los títulos de nobleza. «En una república es intolerable el uso de aquellos jeroglíficos», dice refiriéndose a los escudos nobiliarios; «el mérito es lo que vale».

Todo esto sonó para el enemigo casi como una declaración de guerra. Prefería atenerse a lo antiguo. Sospechar de lo nuevo. ¿Para qué explorar en lo desconocido? Desconfía de las aplicaciones de la ciencia y del arte. En el fondo advierte en ello una conspiración política apenas encubierta, destinada a pulverizar su modo de vida y el régimen establecido.

La conspiración de la aristocracia

«¡La Cesarina! ¡La Cesarina! ¡La Cesarina!»

(Vera y Pintado.)

Una oposición sin principios congregaba a tirios y troyanos, desde los ultrapelucones hasta los pipiolos más extremos. Unos lo odiaban por avanzado, otros exigían una república de utopía.

Se reinicia el trabajo de zapa de la aristocracia dentro del ejército. Actúa bajo la dirección de un comité encabezado por Fernando Errázuriz, José Miguel Infante y José María Guzmán. Buscan el instrumento militar que sirva a sus propósitos. Lo encuentran, se valen de él. Más tarde esa misma clase destruirá el ejército.

Así como sucedió durante el gobierno de Allende, no ahorran a O'Higgins los epítetos ni la suposición de perversas intenciones.

Si Craso sustenta que César debe morir, del mismo modo piensa más de algún conjurado contra O'Higgins. Toman el asesinato de César como precedente histórico. La historia romana forma parte del bagaje cultural de ciertos mentores intelectuales. Abdicación o muerte, he aquí la divisa.

El 28 de enero de 1823, cuando O'Higgins se entera de la conspiración y que están comprometidos en ella jerarcas del ejército, se encamina a los regimientos vestido de civil y sin armas. En uno destituye al comandante traidor, le quita las charreteras y lo expulsa a empellones del recinto. ¿Qué hace la tropa? Estalla en vivas al director supremo. Retorna al palacio. Se pone su uniforme de capitán general y las insignias del mando supremo, va de cuartel en cuartel, donde degrada a los jefes conjurados y confía el mando a los sargentos. ¿El mando a los sargentos? La aristocracia iracunda vuelve a la carga. Si no consigue su renuncia, el plan no excluye la muerte de O'Higgins.

Recurren a su madre para instarlo a renunciar. Isabel Riquelme responde: «Prefiero ver a mi hijo muerto antes que deshonrado.»

Los conspiradores del 28 de enero —día que consideran sus «idus de marzo»— se trasladan por la mañana del cabildo al escenario más amplio del consulado. Algunos se sienten héroes del magnicidio, protagonistas de la sesión del Senado romano. Hay cabildantes que, si no andan vestidos de toga, recuerdan entre sí la participación de Décimo Bruto o Trebonio en el asesinato de Julio César. Los papeles se distribuyen. Juan Manuel Cobo impedirá la salida. Actúan los apellidos de linaje. Joaquín Campino, Agustín Eyzaguirre, Juan Albano, Nicolás de la Cerda, Antonio Mendiburu, Juan Agustín Alcalde, Mariano Egaña. No serán necesarias veintitrés heridas, como las de César. Un representante de la facción golpista, Vera y Pintado, va proponiendo el santo y seña del asesinato: « ¡La Cesarina! ¡La Cesarina! ¡La Cesarina! » ¿Quién desempeñará el papel de Casio? ¿Quién lo herirá en el rostro? ¡La Cesarina!, repite cuando O'Higgins llega a la sala donde se han congregado tantos notables coludidos en la asonada. Al oír proponer la Cesarina, entiende el libertador que se le ha asignado el final de César. Entonces este hombre en el fondo sentimental, que no quería la guerra civil y había dicho «más me abate una ingratitud que un cañón abocado al pecho», exclama en voz alta, encarando la rebelión de los ricos: «No me atemorizan ni los gritos sediciosos ni las amenazas... Desprecio hoy la muerte como la he despreciado en los campos de batalla.» Abdica.

O'Higgins no fue muerto el día del golpe, como Salvador Allende. ¿Pero acaso las escenas últimas de sus gobiernos, sus palabras finales no trasuntan, en diversas épocas, cierto parentesco político y espiritual?

El último exilio

«Te veo en el Perú escribiendo cartas.
No hay desterrado igual. Mayor exilio.»

(NERUDA.)

Cuando después del desastre de Cancha Rayada algún pesimista le habló de un nuevo exilio, O'Higgins replicó: «No hay tal; mientras yo viva y haya un solo chileno que quiera seguirme, haré la guerra en Chile al enemigo. Basta con una emigración.» Pero vivió otra que duró diecinueve años y de la cual no regresó.

En julio de 1823 volvió al Perú, que conoció cuando niño, esta vez con su familia: la madre, su hermana Rosa, su hijo Demetrio, su sobrina huérfana Petronila Riquelme Letelier, su asistente Juan Soto y la indiecita pehuenche Patricia.

No había terminado su tarea. Casi de inmediato partió a incorporarse al Ejército Unido. En Huamanga, donde estuvo tres semanas con el libertador caraqueño, presidió un consejo de guerra. Juntos regresan a la costa, a Chancay.

Quiere participar en las batallas que se aproximan. Bolívar el 14 de junio de 1824 contesta a su requerimiento en carta desde Huaraz: «Un bravo general como usted, temido de los enemigos y experimentado entre nuestros oficiales y jefes, no puedo menos que dar un nuevo grado de aprecio a nuestro ejército. Por mi parte ofrezco a usted un mando en él, si no correspondiente al mérito y situación de usted, a lo menos propio a distinguir a cualquier jefe que quiera señalarse en un campo de gloria, porque un cuerpo de Colombia a las órdenes de usted debe contar con la victoria.»

Cuando llega al banquete para celebrar el gran triunfo de Ayacucho vestido con traje civil, Bolívar le pregunta el porqué de su indumentaria paisana: «Señor —le responde—, la América está libre. Desde hoy el general O'Higgins ya no existe; soy sólo el ciudadano

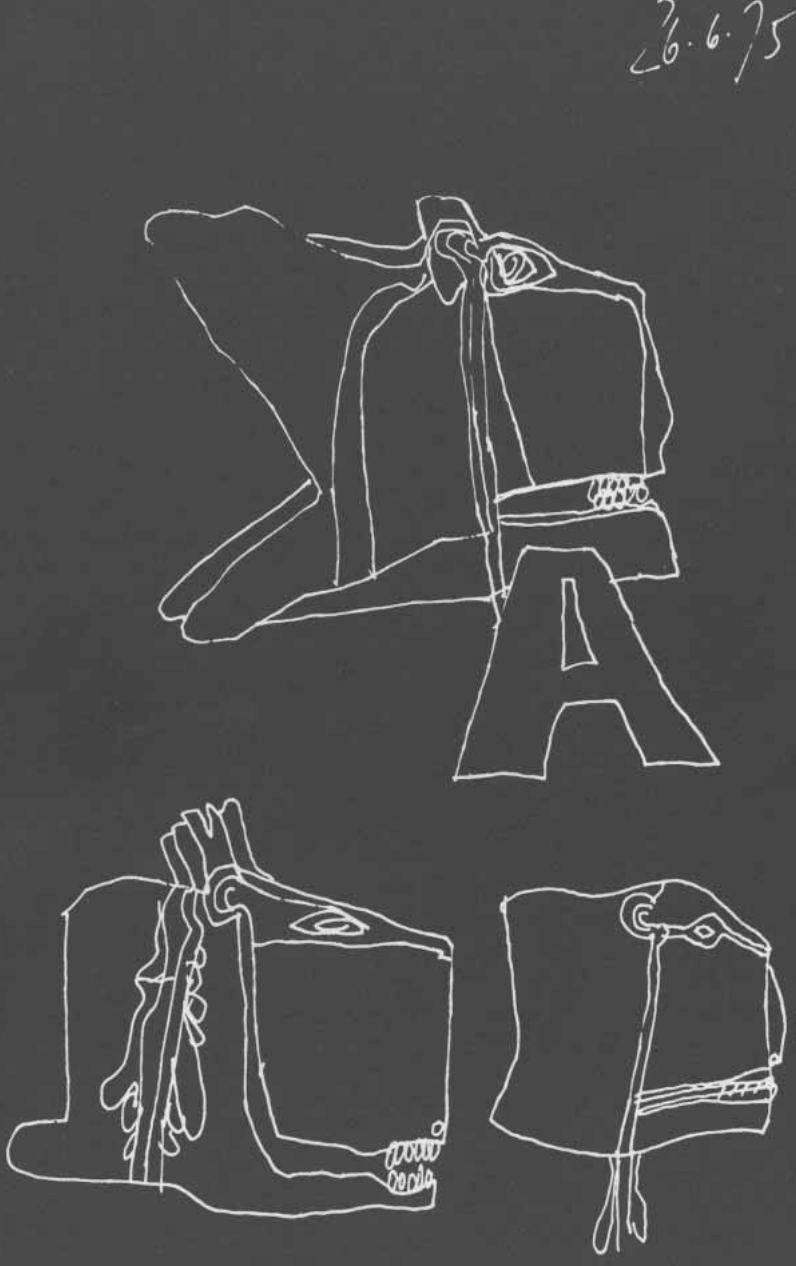
particular Bernardo O'Higgins. Después de Ayacucho mi misión americana está concluida.»

Soñaba con regresar a su tierra natal. Desde Lima, el 12 de febrero de 1841, escribe a su amigo Casimiro Albano: «Espero del favor de Dios Nuestro Señor me conceda saludar a usted y a mi patria nativa en el aniversario el próximo año.» La aristocracia de los grandes señores territoriales, junto a sus hombres en el mando del ejército, que arrojaron al libertador al destierro, no le permitieron retornar jamás.

Una vez fallecido en el Perú en 1842, los mismos grupos sociales y castrenses que lo derribaron y lo expatriaron comenzaron a usar su figura con gran prosopopeya ceremonial. Le levantaron muchas estatuas. Bautizaron con su nombre la Escuela Militar. Ahora, aprovechando que murió hace tiempo, explotan su memoria a cada vuelta de esquina para encubrir con una bandera limpia la guerra contra el pueblo, que es también la guerra contra O'Higgins.

Como cantó Neruda:

> «Estás hoy con nosotros, eres nuestro,
> padre del pueblo, inmutable soldado.»


26.6.75

TESTIMONIOS DE LA LUCHA ANTIFASCISTA

JAIME CONCHA

I

Desde los mismos días de septiembre de 1973 ha venido emergiendo y desarrollándose una amplia literatura testimonial sobre los sucesos de Chile. Fue al comienzo un hilo de agua al que se opusieron todos los diques de la dictadura; es, ahora y ya, una avalancha. Surge en todos los lugares del mundo, a veces en ediciones originales en lenguas extranjeras, cual sello de una diáspora en el exilio y como el gesto no menor de una solidaridad internacional que coadyuva en la lucha del pueblo chileno por derrocar la dictadura y reimponer la democracia en el país. Abarcar esta suma de testimonios es imposible, no sólo por la multiplicidad de sus perfiles, sino porque libros, folletos y opúsculos resultan a menudo inasequibles. En cierta medida entonces —medida personal— estas páginas representan un testimonio de otros testimonios, por cuanto pretenden dar cuenta de una cronología de intermitentes contactos con tales escritos. Desde mi salida de Chile, en diciembre de 1973, he podido ir conociendo no todos, ni siquiera los más, pero sí muchos documentos que hablan sobre Chile, que denuncian lo visto y lo sufrido por nuestro pueblo y que, en ocasiones, intentan balbucear una explicación.

Que esta actividad testimonial se vincula a las más altas fuerzas de la literatura chilena, lo revela el hecho de que uno de los primeros escritos antidictatoriales haya sido nada menos que un poema

del *Canto general* [1]. Todavía me acuerdo, en días de septiembre de 1973, de haber visto y palpado un papel arrugado, escrito a máquina velozmente, pues debía circular hasta otras manos. «Nixon, Frei, Pinochet», empezaba el poema, formidable diatriba contra las dictaduras endémicas de América Latina (¡endemia de virus foráneo, por cierto!). Los nombres habían cambiado, los tiempos también; pero la opresión permanecía, se renovaba una vez más, profundizando ahora hasta un extremo delirante la destrucción entera de un país. Que el poema ese de 1948 («Las Satrapías», de *La arena traicionada,* I del *Canto general,* V) haya podido ser considerado uno de los últimos escritos por Neruda [2] antes de su muerte, ocurrida el 23 de octubre de 1973, habla de la vitalidad incontrarrestable de su voz. En efecto, el poeta bajo tierra no descansa en paz, seguía trabajando sin descanso, daba una vez más el impulso para que el pueblo reiniciara su lucha de liberación. Por otra parte, así como en 1948 sus poemas habían circulado «bajo las alas clandestinas de mi patria», reemprendían de nuevo el vuelo épico, en los labios mudos de los oprimidos de ahora, con vigor profético para 1973.

Había, pues, una vinculación con la literatura chilena precedente, como lo prueba asimismo la circunstancia de que importantes escritores participaran muy pronto en denunciar los crímenes de la dictadura. Armando Uribe Arce y Hernán Valdés, de quienes hablaremos en seguida, son los casos más obvios. Pero junto a ello había también una corte, una ruptura, en que gente muy distinta, no venida precisamente de los dominios de la literatura, pasaba a integrar esta labor creciente de denuncia.

Aprehender el género testimonial no es cosa fácil. Las incursiones en la tradición literaria permiten situar obras señeras en un grupo al cual es inherente una función testimonial, como la *Apología* platónica sobre el juicio y la muerte de Sócrates o los mismos *Evangelios.* Lo esencial parece ser aquí el elemento de testigo, del sujeto que ve y testifica; y no hay que olvidar que testigo, en el griego clásico o en *koiné,* se decía «matyr» [3]. La simple mención de estas obras de duradera gravitación en la historia espiritual de la humanidad pone a la vista otro elemento constitutivo en esta serie de escritos: el que se refieran a un suceso que provoca una profunda conmoción en el ánimo del testigo, ya por su fuerza dramática, ya en virtud del efecto de revelación sobre la fe o la ideología de quien

[1] De hecho, el primer documento antidictatorial en sentido estricto son las palabras de Salvador Allende en la mañana del 11 de septiembre. Sería tonto y pobrísimo glosarlas, cuando ellas ya tienen una dimensión histórica gigantesca, en el corazón del mundo entero. Baste señalar, eso sí, dos cosas que nos impresionan profundamente: la insuperable responsabilidad y precisión con que el presidente indica al pueblo cuál debe ser su conducta ante los militares traidores, y esa maravillosa imagen, «de nuevo se abrirán las grandes alamedas», con que se traza y fija el camino futuro.

[2] Ver Carlos Cerda: *Génocide au Chili,* París, Maspero, 1974, p. 131.

[3] Cf. A. Bailly, *Dictionnaire Grec-Français,* París, Hachette, 1950.

contempla y comunica su mensaje. En este sentido tal vez el testimonio más profundo y poderoso de la Antigüedad no sea otro que el *Libro de la Revelación,* ese *Apocalipsis* que cierra la *Biblia* y que se convertirá en instrumento de utopía para todos los revolucionarios pre-modernos [4].

Nazca de la conmoción ante la masacre de cristianos desatada por Nerón, como quería E. Renán [5]; sea efecto de la destrucción del templo de Jerusalén por las armas de Tito, o de los incendios de la ciudad de Lyon, como otros quieren; o haya sido escrito más bien hacia fines del siglo I, como reacción ante las persecuciones de Domiciano, según parecen probar las investigaciones más recientes, lo cierto es que la visión de Patmos resulta ser una de las primeras grandes cristalizaciones del horror y de la esperanza. No por nada el joven Engels, en una de sus tempranas cartas a Marx, comparaba la situación de los primeros grupos obreros, perseguidos implacablemente por los gobiernos europeos, con la condición de los primitivos cristianos en las catacumbas romanas [6].

Vale la pena señalar que las más importantes obras con aspectos testimoniales de la Antigüedad o de la Edad Media se orientan en sentido ético o religioso, pues incluso cuando San Agustín reflexiona en *La ciudad de Dios* sobre la invasión de Roma por los bárbaros del Norte, lo hace integrando los hechos en el esquema providencialista que caracteriza su filosofía o, más bien, su teología de la historia. A medida que se instaure y desarrolle la época moderna, el núcleo histórico de aquello sobre lo cual se atestigua irá independizándose, tenderá a cobrar relieve, destacará sus duras y crueles aristas, dejando al testigo indefenso y a veces desesperado ante la brutal y avasallante «fuerza de las cosas».

En nuestra área continental, la de América Latina, esto se evidencia desde muy pronto y en colosales magnitudes. Dos de las grandes figuras del siglo XVI, el siglo de la conquista española, muestran hasta qué punto este fenómeno histórico condicionó el ánimo y la sensibilidad de sus mejores protagonistas. Alonso de Ercilla y Zúñiga, el autor de *La Araucana* (1569, 1578 y 1589), describe horrorizado las matanzas que producen en el campo de los indios las armas genocidas del caballo y de la artillería. La experiencia de este caballero cristiano que ve su propia arma alejarse del ideal de la guerra cortés y ser instrumento sin igual de masacre posee en su epopeya un *pathos* incomparable:

[4] Recuérdese la idea de F. Engels, en *Las guerras campesinas en Alemania,* sobre la cobertura religiosa de los alzamientos campesinos, y las hermosas páginas que Ernst Bloch dedica a la función del *Apocalipsis* entre los revolucionarios alemanes, en su *Thomas Münzer, teólogo de la revolución.*

[5] Ernest Renan, *L'Antéchriste,* París, 1873.

[6] No tengo la referencia precisa a mano. La carta debe ser de 1844 y figura con certeza en la *Correspondance Marx-Engels,* trad. Molitor, t. I.

Aún no eran bien los tiros disparados
cuando, por verse fuera en campo raso,
los caballos a un tiempo espoleados
rompen la entrada y ocupado paso,
y en los segundos indios que, ovillados
estaban como atónitos del caso,
hacen riza y mayor carnicería
que pudiera hacer la artillería. (...)

Quiera aquí despacio figurallos,
y figurar las formas de los muertos,
unos atropellados de caballos,
otros los pechos y cabezas abiertos;
otros, que era gran lástima mirallos,
las entrañas y sesos descubiertos;
vieran otros deshechos y hechos piezas,
otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,
el miserable y lastimoso duelo,
el rumor de las armas y alaridos
hinchen el aire y cóncavo del cielo:
luchando con la muerte los caídos,
se tuercen y revuelcan por el suelo,
saliendo a un mismo tiempo tantas vidas
por diversos lugares y heridas.

Con mayor fuerza aún, con un celo que impregnará toda su vida haciendo de ella un solo propósito tenaz en defensa del indio americano, Las Casas será el testigo por excelencia del drama de la conquista. En todas sus obras, pero especialmente en la *Historia de las Indias* (que empezó a redactar en 1527) y, más que nada, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (empezada en 1542 y publicada en Sevilla en 1552), el Apóstol entablará una intensa acusación al colonialismo español. Panfleto anticolonialista, la *Brevísima relación* será por ello el primer documento sobre la tortura, sobre la violencia sádica y brutal contra el indígena. Con cifras de pesadilla, que poseen una fluctuación como de delirio, la pupila horrorizada del testigo describe el sufrimiento inflingido a los indios de la isla La Española: «Una vez vide que, teniendo en las parrillas quemándose cuatro o cinco principales y señores (y aun pienso que había dos o tres pares de parrillas donde quemaban a otros), y porque daban muy grandes gritos, y daban pena al capitán o le impedían el sueño, mandó que los ahogasen; y el alguacil, que era peor que verdugo que los quemaba (y sé cómo se llamaba, y aun sus parientes conozco en Sevilla), no quiso ahogarlos; antes les metió con sus manos palos en las bocas para que no sonasen, y atizóles el fuego

hasta que se asaron despacio, como él quería. Yo vide todas estas cosas arriba dichas, y muchas otras infinitas» [7].

Diálogo platónico, relatos evangélicos, visión apocalíptica, diseño épico, crónica anticolonialista: se ve que la función testimonial puede coexistir con diversos géneros, en ropajes y envolturas diferentes. El contenido testimonial es así una energía que puede cristalizarse en manifestaciones variadas, aunque resulte en ciertos casos constreñida por las limitaciones del género. En este respecto es muy característico que sólo a partir del siglo XIX, en esa zona de transición situada entre las grandes revoluciones burguesas y las nuevas revoluciones proletarias, el género del testimonio comience a perfilarse con rostro propio, no pleno ni completo sin duda, pero sí con rasgos más vigentes y contemporáneos. Desde este punto de vista, las obras de Marx sobre la revolución de 1848 y sobre la Comuna de París poseen, además de su incuestionable riqueza analítica, un fuerte costado testimonial. Es en Marx donde de modo ejemplar y definitivo la claridad política y el *pathos* denunciador se entremezclan fecundamente, produciendo un modelo nunca igualado, pero que operará como guía y norma de ulteriores actitudes testimoniales. Y es también significativo el hecho de que los dos máximos escritores latinoamericanos del siglo XIX: Sarmiento y Martí, hayan escrito, uno, un texto como el *Facundo* (1845), en que denuncia la dictadura de Rosas, y, otro, el primer testimonio latinoamericano en sentido estricto y actual. En efecto, *El presidio político en Cuba,* escrito por Martí, luego de su encarcelamiento por parte de las autoridades coloniales de la isla y publicado con posterioridad en España, es un documento de aire muy moderno, por tratarse casi de un estudio psicológico y social destinado a comprender la situación del grupo de prisioneros. Por lo mismo, y con perfecta secuencia histórica, hay que enfatizar el que haya sido la revolución cubana, a través de su organismo cultural «Casa de las Américas», la que definiera el testimonio como una nueva modalidad político-literaria, apta para captar las condiciones histórico-sociales de América Latina en su etapa más reciente; precisamente la etapa que inaugura ella misma, con su triunfo de 1959.

Esta fase del testimonio contemporáneo, o testimonio propiamente tal, como convendremos en llamarlo, supone la existencia del periodismo como actividad institucionalizada y el impacto profundo del marxismo en la conciencia colectiva de la humanidad. Son los instrumentos práctico e intelectual, sin los cuales no es posible la constitución y la difusión del testimonio. Los primeros testimonios —y el caso parcial del *Facundo* sarmientino lo muestra muy bien— necesitan de la prensa libre, de la verdadera prensa libre, que es la que lucha, por ejemplo, contra las dictaduras. E implica no la «objetividad» de la falsa prensa libre, sino un compromiso activo y

[7] Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación...*, p. 34, Santiago, Biblioteca Popular Nascimento, 1972.

18.7.75

abnegado en pro de la verdad, de la razón, una identificación con el lado concreto de la justicia. Muchos testimonios contemporáneos, surgidos al calor de los más decisivos acontecimientos históricos que ha visto nuestro siglo, son reportajes comprometidos, hechos por militantes o por hombres dotados de conciencia social. Mencionemos solamente, entre los más conocidos, el de John Reed sobre la revolución soviética: *Diez días que conmovieron al mundo;* el de Julius Fucik, comunista checo víctima del fascismo alemán: *Reportaje al pie del patíbulo* (ambos libros fueron reeditados por la Editorial Quimantú durante el gobierno de la Unidad Popular), y ahora, muy recientemente, el admirable reportaje sobre los hechos de Etiopía, de que es autor el escritor y periodista cubano Raúl Valdés Vivó: *Etiopía, la revolución desconocida* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977).

II

Los innumerables testimonios político-literarios surgidos con ocasión del golpe militar de 1973 y sus inmediatas consecuencias participan de los caracteres mencionados. Sujeto individual, testigo y a veces víctima de la misma situación que se describe; magnitud histórica en la derrota de una revolución que el sociólogo uruguayo Carlos M. Rama ha calificado como «uno de los episodios más originales de la historia de las luchas sociales en el mundo entero» [8], y encauzamiento a través de diversos géneros o impregnación parcial de los mismos, son los ingredientes que caracterizan la actividad testimonial de los autores chilenos.

A continuación me referiré sólo a algunas obras de autor chileno, no teniendo en cuenta valiosas contribuciones realizadas por estudiosos extranjeros. Entre éstas sí me gustaría citar, aunque sea de pasada, un folleto sobre el golpe militar, escrito en México por el sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva, quien había vivido por algunos años en Chile como exiliado bajo la Unidad Popular; el libro, gráfico e informativo, de Carlos M. Rama: *Chile: mil días entre la revolución y el fascismo* (Barcelona, Editorial Ariel, 1976). Dejando de lado entonces éstas y muchas otras contribuciones extranjeras, me circunscribiré a algunos testimonios de autor chileno que he podido leer.

Las condiciones creadas por la dictadura fascista tienen, como consecuencia inmediata no desdeñable de tener en cuenta, la vuelta de la escritura a un punto cero. En el desierto cultural que la Junta

[8] Carlos M. Rama, *Chile: mil días entre la revolución y el fascismo,* p. 12, Barcelona, Editorial Planeta, 1974.

Militar intenta imponer a sangre y fuego ya no existen más las diferencias entre lo político y lo literario (esas diferencias que en los buenos tiempos democráticos eran materia de infinitas controversias escolásticas). El simple hecho de escribir es ahora literario y político a la vez. Todo retorna a la raíz común, a la raíz común del lenguaje, la de ser expresión; es decir, lo opuesto y lo que está en los antípodas de la opresión. Quien se expresa en Chile, a partir del 11 de septiembre, a condición de que se trate de una expresión real, comete ya un acto político; y esta expresión clandestina, entre los allanamientos, los helicópteros y la quema de libros, es la cuna indiferenciada de la protesta en medio del cementerio colectivo que la represión instaura por dondequiera.

La primera forma de testimonio será entonces la noticia de lo que está ocurriendo. El simple y difícil acto de hacer salir una noticia del país, que dé cuenta de los abusos de la Junta, se convierte en un testimonio de inmensa valía. Hernán Valdés nos cuenta en *Tejas verdes* [9] su afán por hacer llegar elementos de información al Tribunal Russell. Claude Laugénie, amigo francés, profesor de Geografía en la Universidad de Concepción —hombre que se jugó entero, atravesando muchas provincias del país, para trasladar a los perseguidos hasta la Embajada de Francia—, enviaba regularmente, desde octubre de 1973, informaciones al diario «Le Monde». Daban cuenta, por ejemplo, del asesinato de los dirigentes populares de la zona del carbón: el minero Isidoro Carrillo; el alcalde de Lota, Danilo González; los trabajadores Bernabé Cabrera y Mario Araneda... El hecho era escueto: nombres, funciones, edades cuando se las conocía; fecha y hora del fusilamiento... Nada más. Que la noticia saliera hasta la opinión pública internacional era en sí ya algo político; que la noticia fuera sin adornos, seca y precisa era el único posible aspecto «literario» de la información.

Otras veces la experiencia sólo pudo ser narrada más tarde, en las condiciones de libertad que en Chile no regían. Tal, por ejemplo, el admirable y emotivo recuerdo leído por Hernán Loyola en una sesión plenaria del Congreso de Hispanistas de Bordeaux (septiembre de 1974), donde el crítico literario del diario «El Siglo» narró con detalle el entierro de Pablo Neruda, primer acto de la resistencia chilena contra la dictadura.

Uno de los primeros escritos que pude conocer durante mi estancia en Francia fue la traducción francesa del libro de Carlos Cerda: *Genocide au Chili* (París, F. Maspero, 1974), publicado un poco antes en Colombia (Bogotá, Ediciones Sudamericana, 1974). El diputado y miembro del Comité Central del Partido Comunista de Chile había podido evitar la persecución asilándose en la Embajada de Colombia. Luego de describir en forma rápida y sintética, pero muy precisa, las terribles condiciones generadas por la dicta-

[9] Hernán Valdés, *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*, p. 16, Barcelona, Editorial Ariel, 1974.

dura, el autor echa una última mirada al país que tiene que dejar. Escribe:

«Los autobuses se detienen un momento. Hemos llegado al barrio residencial, en la Avenida Américo Vespucio. En la esquina hay un supermercado y un quiosco de diarios. Una mujer joven, rubia, camina lentamente, empujando un cochecito de niño; se detiene y lee los grandes titulares de los periódicos. En "La Tercera" se ve a tres militares, teniendo cada uno un feroz perro policial: "Con perros se persigue a los extremistas." La mujer compra "La Tribuna", el diario de los fascistas, y sigue su paseo tranquila después de haber acariciado a su niño. Es feliz. Está serena. Durante tres años estuvo aterrorizada, asimilando la propaganda fascista; los militares la han salvado de esa pesadilla. Pertenece a esa minoría que se siente liberada. Pertenece al mundo hermoso, rubio y limpio, que ha puesto banderas chilenas en las fachadas de sus lujosas mansiones. A ese mundo que Víctor Jara pintó en esa canción en que habla de las "casitas del barrio alto". Hoy Víctor Jara está muerto. Con toda la sangre derramada, la elegante avenida podría transformarse en un gran río rojo. Y la alta sociedad caminaría tranquilamente por las aceras, miraría los títulos de los diarios sin verlos, miraría a los hombres de rostros afligidos sin verlos, se mirarían entre sí sin verse. Para matar de este modo, para que el crimen sea perfecto es necesario primero enceguecer. La mujer da vuelta la esquina y desaparece lentamente. Más allá la gente pobre, "el pueblo", como dice Neruda, espera horas enteras para comprar pan. "Cada chileno, un soldado." La madre joven del barrio residencial, enceguecida por la propaganda, y el poblador hambriento que espera desde dos días en la puerta del estadio para saber si su hijo está o no en una isla, si está vivo o si ya ha sido asesinado. «Cada chileno, un soldado» es el sueño siniestro, y afortunadamente imposible, de los generales fascistas. Llegamos a Cerrillos; sobre el muro que está iluminado se ve una inscripción pintada la noche anterior, con riesgo de la vida: "Abajo los fascistas asesinos. El pueblo vencerá"» [10].

Seguía al libro de Cerda un valioso *dossier* documental, con declaraciones de ciudadanos colombianos y chilenos víctimas de la represión, y con los textos más importantes de los primeros días de y posteriores al golpe: «A los pueblos: por Chile», llamado de los dirigentes de la Unidad Popular; las últimas palabras del presidente Allende; el discurso de Fidel Castro en homenaje a Salvador Allende, pronunciado el 28 de septiembre; la última canción de Víctor Jara

[10] Carlos Cerda, *Génocide au Chili*, cit., pp. 71-2. (Retraduzco desde la versión francesa.)

en el Estadio Nacional, y el poema de Pablo Neruda, al que ya nos hemos referido.

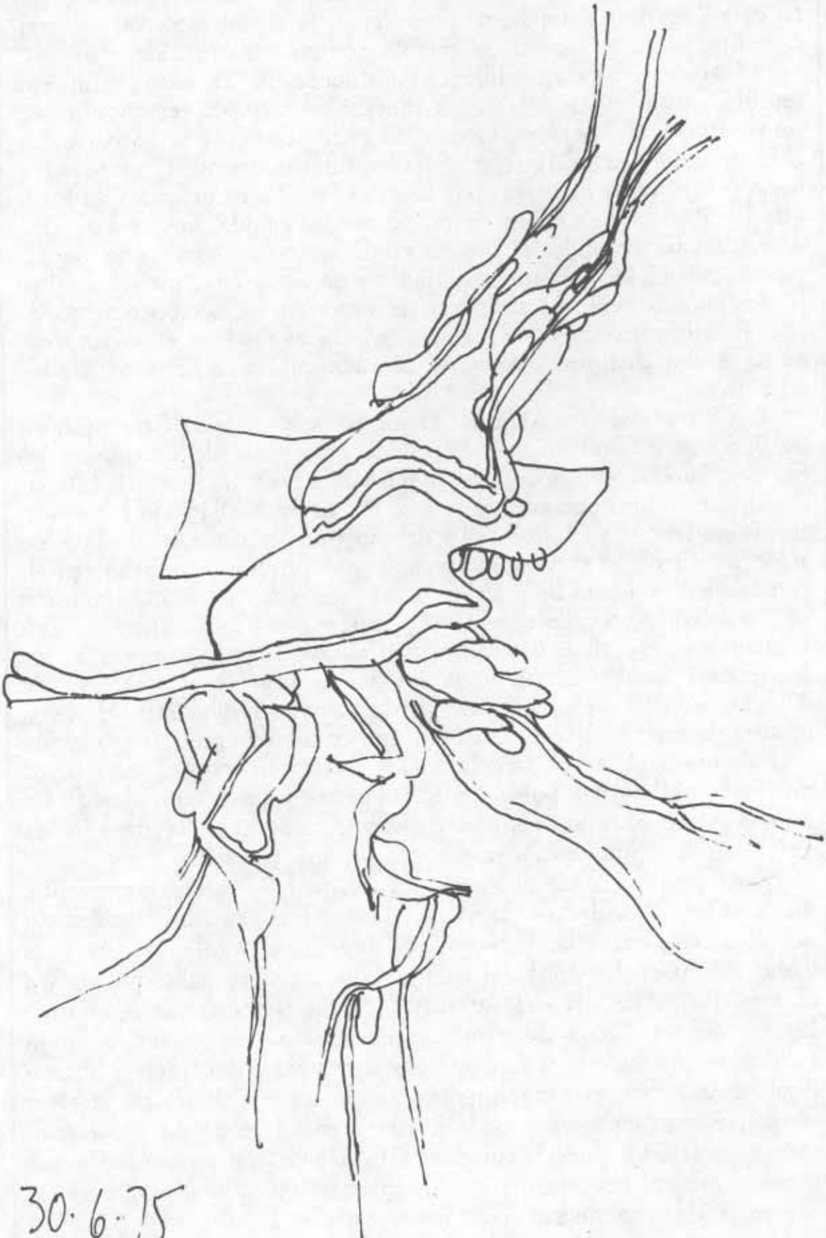
No he podido consultar hasta la fecha, sino por citas parciales, el libro de Rodrigo Rojas: *Nunca de rodillas,* publicado en Moscú en 1974. Se trata, al parecer, de una vibrante requisitoria contra la Junta y sus crímenes.

El aporte de Armando Uribe: *El libro negro del imperialismo en Chile,* que circuló primeramente en versión francesa (están, además, el original español editado en México y una traducción al inglés), es de enorme interés. No sólo porque su autor, escritor y poeta, expresa con transparente elegancia su pensamiento, sino porque también, como jurista de profesión, tuvo acceso a repliegues y entretelones en el intercambio entre círculos norteamericanos y el gobierno de Chile en tiempos de Frei. Puede revelar así, en cuanto asesor técnico que fue de misiones demócratas-cristianas en los Estados Unidos, detalles y mecanismos muy secretos en la colusión de los militares traidores y sus amos del Pentágono. Por otra parte, es interesante dejar constancia de que Armando Uribe, cuando ocurrió el golpe, se desempeñaba como embajador del gobierno de la Unidad Popular ante la República Popular China. La camarilla china en el poder le inflingió inmediatamente un trato humillante, para alinearse política y luego económicamente junto a la dictadura fascista. Era el primer paso en en una política internacional escandalosa, que tendrá su secuencia muy pronto con Portugal, Angola, Etiopía, Zaire y, ahora mismo, con Vietnam.

Aspectos testimoniales en sentido propio cubren e irrigan buena parte de la poesía publicada fuera de Chile desde 1973. Tal sucede con el libro de Omar Lara: *Oh buenas maneras,* ganador de un premio de poesía en el concurso organizado por la «Casa de las Américas», y también en la obra de Osvaldo Rodríguez: *Diario del doble exilio* (Praga, 1975), publicado en edición checo-española. El factor testimonial aflora en esta poesía de manera diversa, ya en tono menor, ya con ironía, con referencia a veces a la cotidianeidad del exilio y, casi siempre, con una profunda ternura por el país ausente. Dentro de Chile, y antes de salir, fueron escritos magníficos poemas por Waldo Rojas, que constituyen una visión alucinante y nocturna sobre la carnicería fascista; y el mismo Oscar Hahn, poeta de los más vigorosos con que cuenta Chile hoy día, prisionero también de la Junta por varios meses, admite en los últimos poemas de su *Arte de morir* una evidencia de sabor testimonial [11].

En cuanto al ámbito narrativo, en ninguna obra es más perceptible esta dimensión testimonial que en la novela de Fernando Alegría: *El paso de los gansos* (Madrid-Nueva York, Ediciones Puelche, 1975). Ambientada en las últimas horas del presidente Allende, recogiendo testimonios de los primeros días del golpe militar contra

[11] Para poesías del interior de Chile, véase *Chili: une culture, un combat,* «Europe», núm. 570, octubre 1976, pp. 139 ss.



30.6.75

el gobierno legítimo de la Unidad Popular, la obra de Alegría se alza como un alto documento sobre los mejores hombres que cayeron en esas jornadas. Y también como denuncia de los esbirros que traicionaron y masacraron a un pueblo completamente indefenso.

El autor estaba en Chile cuando sobrevino el *putsch*. En este sentido, sus páginas poseen un innegable valor de testimonio personal. Refugiado en un convento católico (como si la barbarie fascista hubiera hecho retroceder la historia a tiempos medievales), pudo ir siguiendo de cerca, por las noticias que escuchaba y la gente que allí llegaba en análoga condición de perseguida, lo que a su alrededor estaba pasando y que se configuraba ya como uno de los peores genocidios cometidos durante este siglo en América Latina. El testimonio personal se convierte entonces en un documento de ancha significación, pues va recogiendo la angustia y el sufrimiento de seres muy distintos y se eleva así a constancia de su incomparable dignidad.

Las paradojas del Alegría-escritor no son escasas. Este profesor de Berkeley y Stanford, que ha vivido gran parte de su vida en los Estados Unidos del Norte, es al mismo tiempo un tenaz habitador de su patria, un buceador de lo que él mismo ha llamado las «esencias populares» de Chile. No ha debido transformarse en un hombre ajeno a su país, si se tiene en cuenta que durante la campaña presidencial de 1964 uno de los discos más oídos en los locales políticos de los partidos populares era su poema *Viva Chile, mierda...* Los asistentes lo escuchaban siempre con visible interés y emoción. En ese poema estaban contenidos los mejores aspectos del arte de Alegría, su firme elemento de perduración: el olor íntegro de la miseria de nuestro pueblo, su heroísmo cotidiano ante la explotación y la desgracia. Esa voz que junta los terremotos con el vino hosco de los borrachos, las poblaciones callampas y los temporales de un cielo siempre enemigo capta en plenitud, sin duda, la tragedia de tantas vidas sepultadas en una tierra sin aire y sin luz.

Pero este poeta de excepción es, sobre todo y constantemente, un narrador. Vinculado al grupo literario del 38, su trayectoria como novelista empieza cuando asoma al mundo el Chile moderno, el Chile nacido en los años del Frente Popular. Este país, que ensaya a fines de la década del 30 una fórmula política que sólo tuvo lugar, con resultados diversos, en la España republicana y en la Francia de pre-guerra, genera una literatura que refleja bien la alianza establecida entre las capas intelectuales y las posiciones de la clase obrera. Por primera vez puede hablarse en Chile de un autor realmente proletario, pues Nicomedes Guzmán lo fue en verdad y sus obras expresan, por encima de sus mismas limitaciones estéticas, la presencia de una nueva clase en el espacio cultural del país. En esos años surgen también dos valiosos escritores: Carlos Droguett y Fernando Alegría, con instancias ideológicas cristianas el primero y la presencia en el último de un marcado populismo social.

Las dificultades para otorgar a *El paso de los gansos* un encasillamiento genérico, para determinar la forma y la naturaleza de esta obra, brotan de sus variadas componentes. Incluso las fotografías del final no parecen ser un agregado adventicio, sino pertenecer a su cuerpo narrativo, hablar el mismo lenguaje de desesperación y de denuncia. Reportaje, memorias, entrevistas, fragmentos líricos, todo cabe dentro de las fronteras de este lenguaje multidimensional. Por la altura de los tiempos en que la obra se inserta, ella desarrolla una amplia reflexión sobre el destino de Chile, sobre el sentido de una vida colectiva cegada temporalmente en septiembre del 73. Vasta mirada retrospectiva a una historia que se hunde, sin sortear a veces el comentario político directo, *El paso de los gansos* avanza esa otra línea de actividad intelectual de Alegría: la del ensayista y el crítico que también es.

Lo que predomina en la crónica (llamémosla así) de Alegría es una visión a medio filo. Me explico. No son sólo las brumas del aterrizaje, que pone todavía un suelo móvil y movedizo bajo los pies del recién llegado; no es sólo la agitación y el dinamismo de una historia que se hace vertiginosa. Es también el trazado fragmentario de las figuras, esbozos que se insinúan y se borran; es la congruencia y la muerte, en suma. Galería viva de personajes muertos; cementerios y calles habitados por la misma muchedumbre... Fin de un período de profunda libertad, preámbulo de la dictadura:

> «Allende desciende al mausoleo que tiene color de invierno porteño. Humos y neblinas y vientos marinos. Las higueras secas en los cerros, los mojados eucaliptus, la tierra roja de quebradas y colinas, alguna bocina lejana, esas fueron las marcas vagas, perdidas, de su funeral. El ruido de cadenas que bajan el ataúd, los rifles y cables de los uniformados, las voces de mando en la primavera que abortó, el avión viejo, tiznado, con una estrella opaca, todo parece distorsionado en la bruma. Desde los muelles, los letreros en trapo rojo flamean goteando, borrándose» (p. 18).

Desde esta historia que desciende bajo tierra y que se borra por un largo día doloroso, Alegría comenzará a rescatar jirones, manchones casi, de conciencia y de vida. Es a un continente hundido de otra época al que el autor se asoma, trayéndonos, «como un ramo de verdades sumergidas», la presencia intermitente de Salvador Allende. Momentos sólo, escenas antes del desenlace.

Por un montaje rápido e impredecible, siempre hábil, Alegría va superponiendo un mediodía en la calle de la Guardia Vieja, la antigua residencia privada de Allende, a una mañana en el palacio presidencial de Viña del Mar. Los niños que pasaban allí sus vacaciones, en la casa del presidente que moriría por ellos, ponen un destello de luz que se junta con el viento y la frescura del mar. Son retazos, vestigios de contactos y conversaciones, a través de los cuales va

emergiendo el rostro y la silueta de Allende. Crecido interiormente, más maduro, sabiendo paso a paso la dirección de su destino. Desde el político va naciendo el héroe, pero éste ya estaba en él, es aupado por aquél. Es el mismo y es otro, desde 1964 a 1973, ese hombre que buscó desde 1938, y aun antes, desde 1933, contribuir a liberar a Chile de la miseria, la explotación y la dependencia.

Alegría va rodeando los hechos, recurre a diarios y noticias, va presionando las mentiras para sacar a flote la verdad. Por eso el cuerpo de Allende no resulta en su novela-testimonio un artificio estatuario ni un cadáver embalsamado... Y es que con los restos de la Moneda se reconstituye la figura íntegra que Allende siempre fue.

Sólo a veces vemos, en el cielo que estas páginas describen, «el paso de los gansos». ¿Qué representan ellos en realidad? ¿Helicópteros destructores de la Fuerza Aérea, que pulveriza para siempre un símbolo y un mito? ¿Torpe desfile militar en que la voz humana es ahogada por el ruido de las botas? ¿O más bien otra cosa, aves que auguran un tiempo diferente para el país?

El enigma es posible que se resuelva más pronto que tarde, pues ya comienzan los chacales de la Junta a devorarse entre sí. El fascista Leigh, que declaró en la reunión constitutiva de la Junta Militar «extirpar el cáncer del marxismo» de Chile, ha debido conformarse con ser extirpado de la Junta. Ha amenazado con quejarse, pero todavía no da orden de bombardear el edificio «Diego Portales», sede de su compinche Pinochet. Y este mismo no ha dudado en sacrificar a los suyos, encarcelando a su compinche Manuel Contreras, el ex jefe de la Dina, directo responsable y planificador del asesinato de Orlando Letelier en Washington, D. C.

III

Entre los escritores que más coinciden con lo que se espera de un testimonio político-literario destacaré dos: *Prisión en Chile* (México, Archivo del Fondo, 1975), de Alejandro Witker, y *Tejas verdes* (Barcelona, Editorial Ariel, 1974), por Hernán Valdés. En muchos sentidos son distintos y aun opuestos; pero ambos atestiguan, a su modo, acerca de las condiciones existentes en los campos de concentración abiertos por el fascismo.

Witker es profesor de Historia de América Latina. Estudió en Chile y en el Colegio de México. Cuando sobrevino el golpe ocupaba el puesto de director del Consejo de Difusión en la Universidad de Concepción. Había viajado recientemente, en razón de su cargo cultural, a la Unión Soviética y a Cuba. Esto bastó para que la Junta viera en él un enemigo peligroso. Hecho prisionero el 14 de sep-

tiembre de 1973, estuvo en el campo de concentración de la isla Quiriquina, en la prisión militar de la Base Naval de Talcahuano, en la prisión pública del Estadio Regional de Concepción y, finalmente, en el siniestro campo de concentración de Chacabuco, en medio del norte helado y ardiente de Chile. Fue liberado el 6 de septiembre de 1974 —¡casi un año justo de cautiverio!—, en virtud de la presión llevada a cabo por la solidaridad internacional. Ahora está en México, gracias a la fraternal hospitalidad que siempre ha brindado el pueblo mexicano a los refugiados políticos de las dictaduras y fascismos en el presente siglo.

Así como O'Higgins y Carrera, en sus campañas por la independencia, fueron conociendo palmo a palmo la tierra de la patria que comenzaban a fundar; así como Recabarren fue extendiendo la conciencia de la clase obrera por todos los rincones del territorio nacional, así también este recorrido de cárceles que Witker y millares de chilenos han debido soportar es un modo de contacto, real y profundo, con la vida de nuestro pueblo. «Larga era la caravana humana que en 1973 y 1974 recorrió casi Chile entero, en autobús, avión, barco, tren, a pie...», escribe Galo Gómez, ex vicerrector de la Universidad de Concepción, quien prologa el libro, prisionero también por largo tiempo de la Junta fascista. A esas cárceles, a esas prisiones llega —junto a los intelectuales perseguidos— lo más digno y lo mejor de nuestro pueblo, sus hombres más conscientes y politizados. Campesinos que traen pegado a los ojos el horror de la represión desatada por los dueños de fundo, esa *vendée* sórdida y cobarde cuyo «héroe máximo» llegó a ser el hacendado Rolando Matus, muerto de un ataque al corazón cuando sus peones tomaban pacíficamente posesión de las tierras que les pertenecían por trabajo hereditario; obreros que han visto el bombardeo de las poblaciones y centros de trabajo en Santiago y en el sur del país...

Gran parte de la claridad que el libro posee proviene de que Witker recusa el análisis institucional de algunos sectores sociales y asume una estricta perspectiva de clase. Es lo que ocurre en los casos de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia Católica. Uno de los episodios más conmovedores de este testimonio es el momento en que los presos de Chacabuco atienden y tratan de salvar la vida a un joven soldado que había sido herido con su propia arma (p. 123). Ese soldado, ese carcelero —los presos lo saben— pertenece también al pueblo, y no hay que dejar que el enemigo de clase que arrebató su conciencia se apodere también de su muerte. Finalmente, pese a los esfuerzos desplegados, el muchacho muere, pero muere en los brazos de sus hermanos de clase. De este modo, por una curiosa ironía que habla muy alto de la moral de los condenados al infierno de Chacabuco, las propias víctimas salvan y ennoblecen, en su muerte, a quien en vida fue un inocente e irresponsable verdugo. Salvan su alma, no en términos cristianos, sino en sentido social, pues rescatan su cuerpo —desnudo ya y sin el uniforme avergonzante— para la clase que le dio ser y existencia en el mundo.

El libro aporta igualmente lecciones de unidad con las fuerzas cristianas reprimidas por la Junta Militar. Ya Recabarren comprendió, con inimitable claridad, que la división por las ideas religiosas sólo podía favorecer a las clases explotadoras. Por lo demás, no debe olvidarse que el cristianismo social fue un factor tempranamente influyente entre las capas artesanales de Chile durante el siglo XIX. En la sociedad de la igualdad, fundada por Francisco Bilbao y Santiago Arcos, junto a elementos de socialismo utópico, están presentes las ideas de Felicité de Lammenais, que se difunden también, a fines de siglo, en las faenas salitreras del desierto nortino. Sólo después de 1891, derrotada la política nacionalista del presidente Balmaceda, la iglesia comienza una labor divisionista en el movimiento obrero, creando organizaciones paralelas para contener el avance de las clases trabajadoras. De ahí que el análisis que Witker hace sea justo y responda al sano precepto evangélico: «Por sus frutos los conoceréis.» Pues así como hubo, en la persona del cura Hasbún, un farisaico teólogo del golpe, hay también el esfuerzo y el sacrificio de tanto sacerdote católico, dignamente representados, en lo alto de la jerarquía eclesiástica, por el cardenal Raúl Silva Henríquez.

Hay muertes en este libro, hay mucho sufrimiento; aunque siempre asoma un filón de optimismo, la esperanza cierta de que, por voluntad del pueblo, llegará muy pronto la hora de un nuevo Chile. Sí, hay sangre, hay quemaduras en esta *Prisión en Chile,* pero hay también un cauce de agua fresca, que es la sombra y la luz para un futuro cercano. Hay momentos que, por su gracia popular y por el manejo del lenguaje criollo, pueden analogarse a hallazgos de García Márquez. Tal, por ejemplo, ese personaje que en el campamento andaba siempre «dateado», pero que no «apuntaba» una (p. 87). O el estupendo retrato de Juanito, retrato dignísimo y sincero de un hombre del pueblo indígena:

> «Juanito era un mapuche consciente y orgulloso de su raza. Durante varios días nos disertó sobre varios aspectos de la vida social y cultural de su pueblo. Nos transmitía una cosmovisión que reflejaba el "desarrollo combinado" que tenía en la cabeza: el hombre creía que de un cabello se podía hacer crecer un culebrón alimentándolo con leche y con el cual algunos hacían pactos con el diablo (...). Nos habla de terribles "cueros" que había en los ríos del sur y que atacaban al hombre (...); nos daba una imagen fantástica sobre la masonería (...). Pero al mismo tiempo nos asombraba con sus conocimientos sobre la historia de la conquista de América, de la resistencia de Lautaro, del despojo de las tierras de sus antepasados en la república (...).
>
> Una vez que alguien le preguntó si estaba cansado de tantos meses preso, Juanito replicó con voz categórica:
>
> —Mi pueblo luchó varios siglos contra el colonialismo español y yo voy a estar cansado cuando recién comienzo a

pelear contra el imperialismo norteamericano (...). No, compañero, esta pelea recién comienza (...).

Juanito daba clases de lengua mapuche y leía con extraordinario interés cuando la cosa relacionada con su raza salía de la prensa, en algún libro que circulaba; siempre con el sombrero puesto, alegre y firme como un roble» (pp. 94-95).

De este modo, Witker comprueba una vez más que para escribir bien se necesita apenas dos cosas sencillas: sentir hondo y pensar claro. Pero, como el socialismo según Brecht, esto es lo más fácil y lo más difícil de realizar. En sus mejores momentos, que se dan a cada paso, este documento de la represión alcanza una profunda transparencia, amarga e iracunda sin duda, pero también segura en el triunfo inevitable del pueblo de Chile.

Por su temple vital, duro y optimista a la vez; por el vigor con que el autor condena la brutal tiranía a Pinochet; por la energía y pasión con que su testimonio baja —y sube— a los cauces más hondos de nuestro pueblo; por el humor sano, esa gracia saludable que el libro exhala aun en los momentos más terribles; porque la muerte innumerable de sus amigos no entenebrece su voz, sino que la fortifica, engrandeciéndola. Por todo ello, este libro es ya un testimonio perdurable de la sangrienta represión que ha vivido y sigue viviendo la sociedad chilena. En un tiempo más («más temprano que tarde», dijo Salvador Allende), cuando Chile, por necesidad de la historia y por voluntad de su gente, sea ya un país democrático, entonces estas páginas serán leídas por los jóvenes felices y serenos que aprenderán así a conocer estos años amargos de su país. Será entonces el de Witker un clásico cierto de nuestra cultura, un clásico ligado al filo más doloroso de la historia, no escrito por mero prurito estético, sino para ser un arma de claridad, un instrumento eficaz y percutiente de denuncia. Y es que Witker ha sentido hondo la tragedia de su pueblo, la ha vivido en su carne y en su espíritu. De ese hondón de experiencias ha surgido este manifiesto de unidad que llama sencillamente, pero con firme convicción, a que los sobrevivientes respeten el legado de los muertos, creando un amplio frente antifascista que termine y eche abajo a la dictadura.

Muy distinto, lo hemos dicho, es el testimonio de Hernán Valdés. Obra de un escritor profesional, que se declara explícitamente como no militante político, aunque con simpatías por la izquierda, y como allendista, que no oculta sus problemas sentimentales y la crisis psicológica, en medio de la cual lo sorprende la detención por la Dina, *Tejas verdes* se revela como un testimonio eminentemente subjetivo, con las ventajas y las limitaciones que ello implica. Subjetivo incluso en el sentido extremo de restricción a lo más material del sujeto, el cuerpo y sus compulsiones. En este sentido domina en todo el documento de Valdés una fuerte, casi obsesiva, focalización en el cuerpo, como espacio de suciedad y como objeto de la tortura. Pese a esta cerrazón de la mirada y de la atención hay, sin embargo, como

una fraternidad animal, pre-política, que se impone muchas veces. He aquí un instante privilegiado de apertura:

> «Me doy cuenta, sorprendido, de que en todo este tiempo no he estado nunca solo. De que la constante proximidad de los otros, no sólo de sus cuerpos, sino que sus pensamientos, sus voces y miradas, y la ininterrumpida vigilancia de alguna señal que se refiera a mi suerte, me han impedido pensar un solo minuto en mí mismo. En mi intimidad» (p. 127).

El pasaje es suficientemente ambiguo como para interpretarlo no como un gesto de apertura, sino como queja por tanta promiscuidad. Pero lo característico del testimonio de Valdés es precisamente eso: situarse en un nivel deliberadamente pre-reflexivo, casi sonambúlico. El desenlace es brusco y seco, y el testigo arranca como un fugitivo de la enloquecedora experiencia, del infierno que le tocó vivir.

Llama la atención que muchas veces que se cita este libro de Valdés se recurra al siguiente paso:

> «Es muy sorprendente. Los extravagantes, los soñadores, los tibios se transforman aquí en revolucionarios; los revolucionarios, a veces, en corderos» (p. 152).

La elección es mal intencionada, pues no sólo se saca de contexto la cita, sino que se la trunca, ya que el párrafo que ella abre finaliza así, en palabras del autor: «Pero no se puede generalizar» *(ibid.)*. No hay nada en el testimonio de Valdés que permita postular que una de las conclusiones de su experiencia como detenido en *Tejas verdes* sea lo que acabó de transcribir. Es una formulación momentáneamente desafortunada, que múltiples otros pasajes del escrito refutan abundantemente.

Desde diversos ángulos, desde distintos frentes, estos autores y muchos otros que no puedo comentar aquí [12] entablan una acusación irrefutable a la tiranía de Pinochet. La subjetividad de estos testigos, en mayor o menor grado, ha debido ensancharse, ha debido crecer para ponerse a la altura de la experiencia histórica que les tocó vivir. Es muy ilustrativo, en este punto, el poema de Omar Lara: *Homenaje a Allende* («Casa de las Américas», n. 104, septiembre-octubre de 1977, p. 84). Con la sencilla profundidad que caracteriza a su poesía, Lara parte de su paqueño recuerdo personal («Lo vi fugazmente en el hotel donde alojaba»), para vibrar en seguida con la grandeza histórica de Allende: «Hoy —usted es también— una avenida en La Habana. Quizá sea este paso, del pequeño reducto personal a la mesa potente de la historia, lo más peculiar de

[12] Ver los números, siete hasta la fecha, de *Literatura chilena en el exilio*, que dirigen y editan Fernando Alegría y David Valjalo.

la función testimonial; la clave de su energía ética, de su persuasión artística y de su valor histórico.

Cuando arrecia la desgracia, cuando el sufrimiento de un pueblo se hace general, cuando se ve morir a amigos y a seres queridos, cuando uno es mutilado de su propio país, convirtiéndose en una arruga seca y miserable, sin tierra y sin horizonte, entonces es difícil no aceptar un sentimiento de catástrofe, no ver el presente con tono y con ropaje apocalíptico. Pero la lucha continúa, debe continuar, se impone necesariamente. Y acaso para las almas estrictamente laicas, que han suprimido de verdad los reinos de consolación y de ilusiones que son la religión y las creencias trascendentes, acaso para esas almas la literatura y el arte cumplan un rol compensatorio, de equilibrio emocional. Justamente porque la literatura y el arte en general son los depositarios de los deseos más nobles del hombre, de sus deseos más «humanos», es posible que ellas, en estas grandes ocasiones funerales, alienten e impulsen una vez más al trabajo político. Es sugestivo, por ello mismo, que Luis Corvalán, en su discurso de Argel, pronunciado en ocasión de la 5.ª Sesión Plenaria de la Comisión Internacional de Investigación sobre los Crímenes de la Junta Militar de Chile (enero de 1978), recoja muy centralmente un poema escrito por un compañero de prisión en Ritoque, que en él expresaba su firme confianza en el destino de su pueblo:

Un hombre loco creyó
poder dominar al Mar...
Levantó muros de arena
y con alambre tapió...
Ningún hombre podrá
jamás dominar al Mar...

Por estos versos simples y sencillos se expresaba toda la impotencia temporal de los débiles, confiados y seguros, sin embargo, en su invencible poder.

4.1.15

NARRATIVA CHILENA DESPUES DEL GOLPE

ANTONIO SKARMETA

A ocho años del comienzo del gobierno de la Unidad Popular y a cinco del golpe militar que puso fin a aquella intensa y esperanzada experiencia, la narrativa chilena no presenta un perfil unívoco. Ya durante los días de Allende, los escritores habían incursionado magramente en motivos vinculados al proceso que vivían, ya sea porque las tareas del momento político los consumían o bien porque les faltaba la perspectiva necesaria para que sus páginas no fueran dañadas por el tráfago periodístico, la excesiva contingencia y la parcialidad inevitable en momento de alta tensión histórica. El brutal carácter del golpe echó de lado todo tipo de escrúpulos y consideraciones, y a partir del trágico final, la literatura se ordena temática y emotivamente en torno a los años de la Unidad Popular y sus consecuencias. Al menos éste es el rasgo más saliente de los escritores que desarrollan su obra en el exilio. En cambio, quienes permanecieron en Chile optan por ignorar prácticamente la experiencia social, incluso como un marco referencial para sus personajes. Abundan los episodios ahistóricos, la evocación lírica de un ser humano o de la infancia y la acción entre murallas, incontaminada por el mundo exterior. Sólo en el género de la subliteratura un autor se ocupa consecuentemente de los motivos políticos, pero, por cierto, con las distorsiones propias de quien pretende marcar con realidades trágicas desde una perspectiva estética folletinesca y un punto de vista reaccionario [1].

[1] *Tres terroristas* (1976), *Salvador Allende* (1974) y *Variaciones sobre el tema de Anastasia Filippovna y el príncipe Mishkin* (1975) son las tristes novelas

Esta llamativa diferencia me permite sugerir la consideración de la narrativa chilena en un bloque externo y otro interno. Prescindiendo en estas páginas de considerar las obras que por su estructura eminentemente informativa sobre una experiencia personal no elaborada con intención ficticia, y que bajo el género «Testimonio», constituye una de las manifestaciones más recurridas e interesantes de la literatura post-golpe.

En el interior

La obra más interesante publicada en Chile parece ser *Dulces chilenos,* de Guillermo Blanco (Pomaire, 1977). A partir de una estampa pintoresca, la de cuatro mujeres que atienden una pastelería. Blanco abandona rápidamente el cuadro de costumbres y a través de la fina trama de tensiones cotidianas —insignificancias cargadas de sentido— remonta los datos triviales, para ir desarrollando un retrato dramático de cada una de las mujeres. Del origen de su relación difícil va cargando de emotividad y comprensión el espectáculo de esas vidas ahogadas. Así, el día domingo en una pastelería y su trastienda se transforma en la sagaz foto de un tiempo omnipresente, y gracias a este recurso, pese al breve tramo en que son expuestas, las figuras destacan toda una incitante complejidad. En la relación de las cuatro mujeres subyace en cada diálogo o inercia cotidiana una lucha que es rencor, zumo de frustraciones, nostalgias de comunicación con el otro. Blanco expone las bodegas de un barco estancado en un océano sin oleajes ni viento, donde el más mínimo movimiento crea tensión. La incomprometida mirada del narrador no evita que la ordenación de los núcleos narrativos se compongan para hacer converger un hondo sentimiento de piedad, que hace de esta obra uno de los textos más nobles de la literatura chilena.

Esta situación de encierro y tedio de un grupo de damas (una madre anciana, dos hijas viejas, viuda y solterona, y la empleada doméstica) evoca *Pueblecito,* de Armando Mook. En aquella prestigiosa obra, sin embargo, la lúcida actitud de la muchacha que viene de Santiago moviliza la atmósfera estancada y define destinos. En *Dulces chilenos,* en cambio, los personajes se consumen en hacer de objetos y recuerdos fetiches que traen el contacto visual con una realidad pasada y que se usa para convocarla y suspender el insufrible presente. Así, Elena busca, a través de un objeto de juegos del pasado, la baratija, vías de comunicación con su hermana, pero las huellas de relaciones malogradas hacen aconsejable reprimir antes

de Enrique Lafourcade que frivolizan la vida y la muerte de Salvador Allende y caricaturizan grotescamente a la izquierda.

que expresar. La expresión puede provocar una mala interpretación y devolver al hablante a un silencio más hondo, menos comunicativo. Así es explicable que como en *Coronación,* de José Donoso, la locura como liberación obscena de frustraciones sea un antecedente y una pesadilla en la vida de estas señoras. La tónica habitual del relato y la acción, brillantemente homologados por Blanco, consiste en ir acumulando tedio mientras se diseña la violencia que quebrará la atmósfera. Cuando ésta estalla, los participantes van a las raíces de los traumas con la precisión que da una vida entera destinada a padecer al prójimo. En el capítulo 16 quizá se define exactamente la novela en boca de uno de sus personajes: «Esto es la opresión: sentir que lo intangible aprieta.» Alusiones a la realidad política sólo aparecen a partir de la figura de Eugenio, hijo de una de las mujeres, personaje idealizado que cultiva un tipo de cristianismo modelo que lo lleva hasta el intento de redimir una prostituta. Otra alusión parabólica podría verse también en la actitud de Elena, que por su dogmatismo ve cortada la relación con sus dos hijos. Un último rasgo dramático se da en la vida de la empleada doméstica, Benicia, quien pierde su contacto con el mundo al carecer de la capacidad de lectura y, en general, de comunicación verbal. La dinámica que el primo Ramiro propone a las mujeres («La vida se hace. ¿Por qué dejar que ocurra simplemente?») no es viable. Cualquier paso adelante hunde más a cada vida. Su lucidez no les sirve para resolver sus vidas.

Radical en su falta de presiones sociales y de diálogo contextual es la fina novela de Adolfo Couve: *El picadero* (Universitaria, 1975). Aquí prima la viscontiana fascinación por relaciones sentimentales de manierista irresolución, el gusto por la inmovilidad de la vieja postal como paradigma estético y el placer de mover personajes en tradiciones literarias más que reales. (A ratos da la sensación de que Couve está más cerca de Flaubert o Musil que de Chile.) El núcleo anecdótico básico es la relación llena de inescrutables matices entre el narrador y Blanca, cuyo hijo ha muerto en un accidente de equitación y cuya vida evocan y despliegan. De algún modo, el narrador reemplaza en la vida de Blanca a Angelino, el hijo muerto; pero también al burdo marido de la mujer, el señor de Souza. El relato es sensible a esta línea de la narrativa chilena, en que se exploran espacios cerrados, en que se cubren los matices de apropiación de unos seres por otros y se destacan personajes desatentos a todo lo que no sea las relaciones sentimentales, sumamente complejas, que los ligan a otras figuras.

Couve trabaja bien con la noción de límite e incompletitud como elemento dramatizador del relato. Las vidas se presentan en dosis pequeñas, pero esencialmente elocuentes. Así se perfila el mundo de convenciones en que habitan y su degradada vida en él. Sólo hay un ser en la novela que escapa a la simpatía con que el narrador se ocupa de sus héroes: el burdo señor Souza, que es ironizado en una readecuación de la perspectiva. Couve atisba a sus héroes y los sigue

hasta hacerlos carnales, pero no los desarrolla. Semeiante indiscreción atentaría contra el logrado carácter fragmentario de esta obra, la fuerza insinuante que surge de su incompletitud.

Aunque escrita fuera de Chile, por su prescindencia absoluta de toda referencia a la realidad espacial y temporal chilena, cabe señalar aquí la intensa novela de amor *Paréntesis,* de Mauricio Wacquez (Barral, 1974). Las complicadas alternativas de dos hombres y dos mujeres que se relacionan sentimentalmente y angustiosamente en escenarios europeos acotan el mundo al movimiento de sus obsesiones. La textura de todo el texto consiste de un lírico paréntesis en que la prosa se arrebata con sagaces rasgos románticos. En verdad, está precisamente descrita por José Donoso en el prólogo cuando celebra la habilidad de Wacquez para crear una zona sagrada con personajes enclavados estrictamente en el presente literario. Este autor rechaza programáticamente el mundo exterior e incluso no le interesa crear personajes con verosimilitud psicológica. Es aquí el amor lo que se narra y éste cobra forma en cuatro figuras, que a su vez se deshacen y rearman en la tráfago-lírico de la palabra.

Extremadamente autónoma es también la escritura de Enrique Lihn en *La orquesta de cristal* (Sudamericana, 1976). El extravagante discurso de un informante que cuenta las características de una probable orquesta de cristal a comienzos de siglo y analiza los pasos por los cuales se llega a su único e hipotético concierto, es, en definitiva, un divertimento donde el humor surge de las meras convenciones que el autor propone antes de que un comentario o recreación de un aspecto de la realidad, como no sea el vacuo discurso enciclopédico.

Si el texto fuera además propuesto como una eventual sátira cuyos efectos y significaciones aludieran a una realidad extraescritural, habría que decir que ese nivel no se epifaniza, no al menos en la privadísima gracia que habría asumido el narrador.

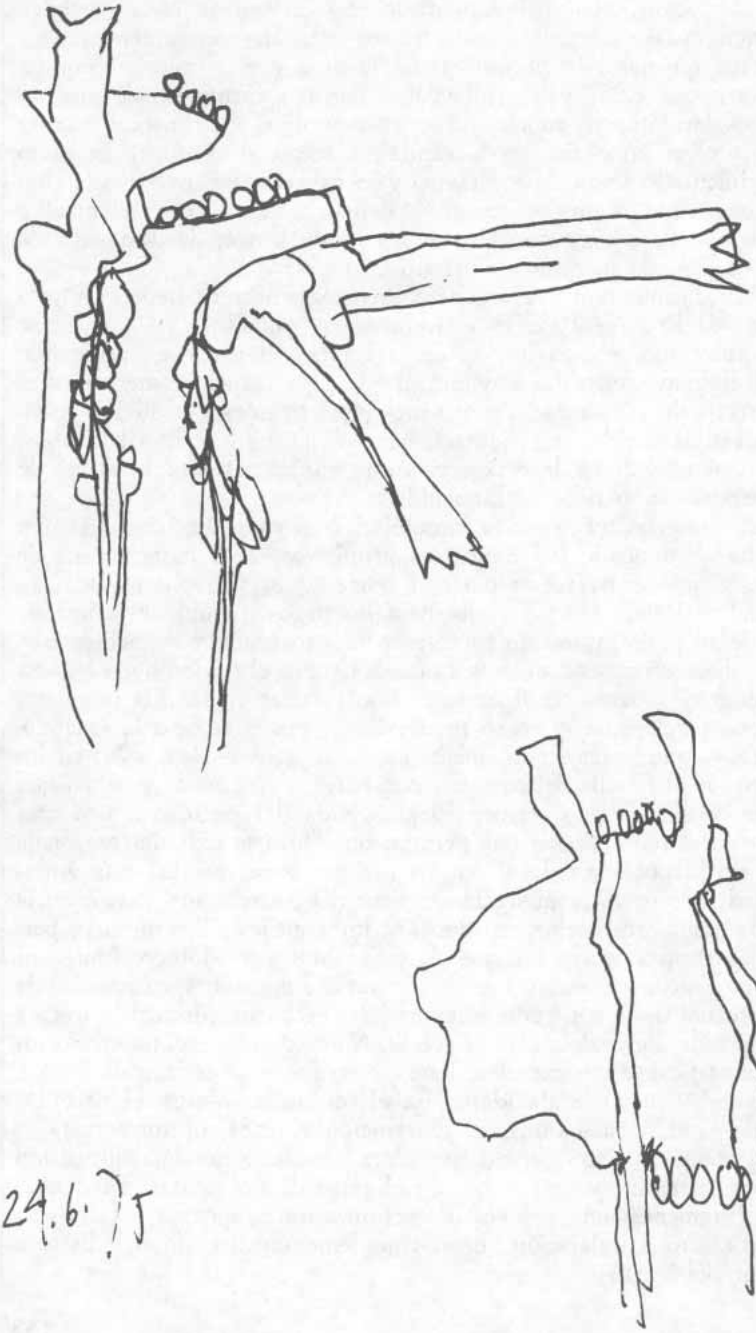
Un salto en el tiempo propone la novela *El caudillo de Copiapó,* de Mario Bahamondes (Nascimento, 1976), que cubre el alzamiento de Pedro León Gallo contra la autoridad central santiaguina en 1859, que agobiaba a los centros mineros nortinos con impuestos desmedidos y prácticas sociales injustas, la batalla triunfal contra el exintendente en Piedra Colgada, los éxitos hasta la toma de La Serena, y luego, tras el desembarco de Vidaurre en Tongoy, la derrota y su exilio en Argentina. Después la amnistía, elección como diputado y senador y su muerte. La desordenada narración parece querer cantar bucólicamente un modo de ser nortino, destacando anécdotas que muestren su valor. Como parábola no es posible discernir su importancia en el momento chileno, ya que los términos históricos difícilmente muestran equivalencias. La novela parece encontrar su interés con el retorno del exilio de Olegario Carvallo, camarada de Gallo y sus líricos y pintorescos sueños de retomar la revolución constituyente, vistiendo de uniforme heroico y proscrito ante las puertas de la iglesia. Este interesante personaje cobra relevancia hacia el final

y casi da la impresión de que toda la novela hasta ese momento fuese un ejercicio para encontrarlo en su perfil garciamarquiano. En esos momentos, prematuramente, la obra termina con su acelerada muerte. Su descripción debió haber marcado el tono que la novela exigía: «Siempre solo, enlutado en sus huesos y en sus pensamientos.»

Tres novelas tienen como tema la vida y el paraje sureño. *La última canoa,* de Osvaldo Wegmann, narra la formación de un muchacho alacalufe, sus anhelos de ser cosmopolita, que consigue cuando trabaja como mecánico en la capital, y luego el contraste entre lo experimentado fuera de lo atávico y la naturaleza materna a la cual retorna, y que intenta recuperar. O demasiado lírica o excesivamente discursiva, *La última canoa* tiene sus momentos en la documentada presentación de lo mítico y primitivo sureño.

Factura más rigurosa, mayor contención y técnica tiene la novela sureña de Enrique Valdés: *Ventana al sur* (Zig-Zag, 1974), que se propone como una exaltación de la figura del padre en un marco rural chileno, deshabitado y primitivo, cuyo principal mérito es el desbroche de esas anécdotas triviales y poeticoides que suelen abundar en estas novelas regionalistas, para atenerse a lo esencial de vidas rudimentarias, que a la perspectiva poética del narrador no dejan de ofrecérsele como ricas de humanidad.

En la narración prima la interpelación al padre hecha por el hijo que ha abandonado los escenarios primitivos en el extremo sur de Chile y que se ha educado en el norte (que, ¡oh relatividad!, es para ellos Valdivia), quien retorna a los pagos cuando una enfermedad de su padre, que éste ha intentado autocurarse con medios bárbaros, hace crisis y se anuncia su final. Este es el núcleo que organiza el relato, y a partir de él busca el hijo rastrear en la vida juerguera y pionera del padre, y en su testarudez —que es amor a la vida elemental— que lo hace permanecer en ámbitos inhóspitos a los cuales arrastra a su familia. El narrador construye un punto de vista en que funde distanciamiento crítico hacia la vida del padre con una más generosa, disposición en que permite que fluya la vida del personaje y la de la población local en sus mejores aspectos. En esta ambigüedad, que se va resolviendo en favor del padre como consecuencia de los seductores hechos narrados, se integran las vidas de otros personajes rurales, entre los que destacan Maiga y Moroco. Maiga es una muchacha de pocas luces y de rápido corazón que ameniza la vida sexual de la zona donde las mujeres escasean. Moroco la rescata de esa vida, llevándola a vivir con él. No tarda en perderla en manos de un traficante de animales, Panza Negra, que la seduce, la lleva a la ciudad y luego la abandona. En el retrato de Maiga, el narrador acierta también abandonar la descripción externa, pintoresquista, y al darle salida directa como narradora, donde cobra una dimensión más penetrante. Así acontece con el resto de las figuras. Un moderado fragmentarismo y leves desincronizaciones aportan a la novela cierto efecto de relajación que se complementa bien con el indiscreto lirismo del lenguaje.



24.6.75

A la altura del capítulo 10 aparece un epígrafe de Jorge Teillier («Sólo es mío el pueblo que está en mi alma») que no viene sino a confirmar el acento de fascinación rural que tan eximiamente maneja Teillier y del cual, sin duda, arrancan las emociones matrices de *Ventana al sur*, ésta buenísima primera novela de un violoncelista de la Orquesta Sinfónica de Chile.

Considerándola es casi imposible no traer a colación una eventual buena lectura de *Don Segundo Sombra.*

Interesante es también *Catalán de Punta Arenas,* de Roberto M. Garay (Nascimento, 1977); otra novela que traslada la acción a momentos pasados, menos apremiantes. Con un engañoso comienzo de novela policial, Garay traza la figura del profesor de filosofía Catalán que aparece asesinado una mañana en Magallanes. El hecho auténtico es sólo el arranque para introducir el más relevante aspecto de Catalán: su obsesión por la historia de la zona Austral. A través del filtro policial se construye una novela de espacio donde el diálogo geografía-gente pasa a ser el protagonista.

Garay tiene buen ojo para descubrir lo dramático en la anécdota y buen gusto para no excederse en loas líricas.

Con *La Beatriz Ovalle,* de Jorge Marchant Lezcano (Orión, Buenos Aires, 1977), se incorpora en un tono menor ciertos hallazgos de la más joven narrativa latinoamericana al acervo chileno. Al modo de Gustavo Sainz en *La princesa del Palacio de Hierro,* Gudiño Kieffer en *Guía de pecadores,* pero sobre todo Manuel Puig en *Boquitas pintadas,* Marchant, con la textura de un relato trivial, comunica en su propio código una visión crítica de las banalidades y fantasmas que consumen a la burguesía chilena que con sus obsesiones y valores, fanatismos y mitos proporcionó activas masas al fascismo en Chile. Es sorprendente también que, desde este ángulo y desde este tipo de escritor, provenga, aunque sea como mero marco, una de las escasas referencias a la situación concreta chilena y quizá más notablemente a un lenguaje reconocible: ese argot de la burguesía juvenil que hasta ahora sólo tenía manoseos periodísticos y sátiras vulgares.

Beatriz Ovalle es una chica veinteañera. Su vida se reconstruye con cartas, diarios de vida, trozos de conversaciones. Casada, tras escandalitos familiares, con un hombre separado, termina en la novela como una mujer liberada en un departamento bonaerense. Como en los autores citados, también es posible con Marchant una lectura dual: ingenua, para quien se complazca en la reproducción exacta de la trivialidad, y crítica, para aquellos que atiendan a la composición. Entremedio de banalidades, amoríos, envidias y celos por sus posiciones de clase, los nimios seres que pueblan estas amenas páginas enfrentan marginalmente el trastorno que les significa los avances del gobierno de la Unidad Popular. Citas de prensa de «Visión» de junio de 1970, colocada sin comentarios, anuncian cínicamente el desenlace de la experiencia chilena.

La novela se entrama fundamentalmente en torno a situaciones sentimentales y eróticas, cuyo menguado nivel adquiere interés por

el ingenioso distanciamiento irónico de Marchant. Hacia el final crece un personaje, tal vez superior al protagónico, en la figura de Francisca Aguayo, empleada de banco cuya familia se ha venido abajo, que ve en Beatriz un modelo de éxito, y que se sacrifica por la educación de sus alienadas hermanas mientras éstas aprenden tempranamente la vida fácil. La asomada a la otra clase típicamente aparece en la figura de un «hombrecito» que trae flores para la boda de Beatriz. El contraste no excede una nota de piedad.

Un ejemplo de responsabilidad, de ética en un escritor lo da Fernando Jerez en los cuentos de *Así es la cosa* (México, 1977), donde prueba que no es necesario hacer literatura política, ni siquiera veladamente, para hacerse cargo de la objetivamente difícil realidad chilena después del golpe. Su notable cuento *Las calles* describe la situación de jóvenes cesantes que recorren las calles de Santiago en vanas jornadas de búsqueda de trabajo. Cuando finalmente encuentran algo ocasional, venta de libros, terminan engañados por el distribuidor. El cuento culmina cuando desmoralizados tras vacilaciones deciden visitar a una amiga «buena gente», donde quizá hallarán algo de tomar, comer y un poco de amistad. Cuando la puerta de su departamento se abre, los amigos cesantes alcanzan a vislumbrar que el living ya está repleto de gente.

Jerez es un narrador que se mueve en la realidad atento a sus matices. Sea en una historia de amor o en una disparada ilógica de alusiones secretas, se ve, se siente y se aprecia a Chile y su gente, las humillaciones mostradas en hechos reales sin comentarios patéticos ni intencionados. La sobriedad de Jerez es consecuencia de una adecuada moderación de sus recursos, donde se atiende más a destacar lo común de una experiencia humana que su singularidad anecdótica.

Esta es una muestra de las direcciones que ha asumido la narrativa en el interior de Chile, cuya nota más destacada es la suspensión casi total de la contingencia histórica. Como validando estas evasiones que en ningún caso son eufemismos, y cuyo alcance verdadero un narrador que vive fuera del país no debe juzgar, edita también María Luisa Bombal *La historia de María Griselda,* que a años de la *Amortajada* es un pálido remedo de los recursos válidos para aquel momento y que ahora compite en cursilería con el epílogo de Sara Vial. También surge el primer volumen póstumo de la obra de Juan Emar con el título de *Umbral,* que ha despertado entusiasmo en los críticos chilenos y cuya complejidad estructural y temática hace prudente esperar ver la obra globalmente antes de desatarse en generalidades vacuas. Miguel Arteche, conocido hasta ahora como poeta, publica cuentos de humor en *Mapas de otro mundo* (Aconcagua, 1977), con extraños animales que comen los sustantivos que se les indican, desde «alfombra» hasta «coño», de viejos judíos que tienen el secreto para hacer desaparecer maridos y trucos semejantes de liviano esparcimiento que suceden, por ejemplo, en Africa y España. José Rosasco, en *El intercesor* (Aconcagua, 1977), crea un

poeticoide profeta que viene a anunciar a la humanidad un mundo mejor. El pintoresco personaje lleva a su vez al epilogista Claudio Orrego a lírica emoción. Los llamados a cierta ingenua bondad que trae el intercesor son vacuos, retóricos, improbables, y están muy por debajo y por detrás de lo que la concreta iglesia del cardenal chileno han hecho por los hombres, y que autor y epilogista harían mejor en tomar como tema. Desde el punto de vista narrativo significa un retroceso de ciertos buenos momentos de Rosasco en *Mirar también a los ojos.*

En el exterior

Los narradores del exterior han asumido en sus enfoques la historia más reciente chilena y, por cierto, desde las más variadas perspectivas estéticas y políticas.

Una primera característica —que sirve además para deslindar los textos de los que me ocupo— es el acopio de material periodístico e informativo sobre el golpe y los años precedentes que los autores emplean o sobre los cuales novelan. Muchos hechos no aparecen directamente vividos, ni siquiera en su atmósfera, sino producto de una carpeta de prensa. La necesidad de ubicar también a un público extranjero en la complejidad chilena abulta el grado de información que en pocos momentos se hace arte narrativo y se engarza fluidamente en las tramas propuestas. En muchos casos, el relato asume la forma de un testimonio. He descartado en estas notas sobre narrativa aquellos textos que son propiamente testimonios de una experiencia e interpretación no novelesca de ésta. Esto no significa que en algunos testimonios no haya una voluntad estética superior y ciertos gérmenes de narración artística. Así, no me ocupo aquí de la clasista y absurda distorsión de Cuba, que es *Persona non grata,* de Jorge Edwards; del brillante, trágico y valiente *Tejas verdes,* de Hernán Valdés; como tampoco de *Wenn uns nicht kennt, kennt Chile nicht,* de Sergio Stuparich, donde los elementos de reflexión política priman absolutamente sobre una narración básicamente informativa.

El más publicado de los autores chilenos en los últimos años es Poli Délano. Un volumen de cuentos antiguos, *El dedo en la llaga* (Samo, México, 1974), y dos de relatos nuevos, *Sin morir del todo* (Extemporáneos, México, 1975) y *Dos lagartos en una botella* (Joaquín Mortiz, México, 1976), confirman la vertiginosa evolución de Délano de sus primeros libros de tosco sentimentalismo y discreto lenguaje a las complejas estructuras de los notables cuentos de estos tres volúmenes que confirman en su mutuo apoyo el rasgo básico del narrador: una activa participación crítica del mundo que suele

asumir la forma de la aventura. Los matices de ésta son variantes sobre dos temas: el amor (desamor) y la intensificación de las relaciones humanas en la amistad, la naturaleza, el alcohol. Su galería de antihéroes a los cuales suele acceder en la forma narrativa confesional aparta del lector mediaciones marcadas, y destaca el valor de personajes y acciones en su pureza dramática. La historia del músico llamado a ser genio en Nueva York y su declinante trayectoria en *Area para la cuerda del sol,* el retrato del gusano en *Bajo la ducha,* la erótica, violenta tragedia del desamor en *Dos lagartos en una botella* pueden figurar entre los mejores relatos latinoamericanos. En la inmediatez de la presentación y en la fría y sugerente textura del fracaso se advierte en Délano la fecunda marca de los narradores norteamericanos contemporáneos.

Con *Este lugar sagrado* (Grijalbo, 1977), Délano establece un interesante correlato entre la historia chilena desde el segundo gobierno de Ibáñez, Alessandri, la derrota de la izquierda el 64, cuando triunfa Frei y el protagonista decide ingresar al partido comunista y casarse con una militante, hasta los años de Allende, el clima dramático de la ciudad y los días posteriores al golpe, que culminan con el personaje central afeitado, alerta, cargando un revólver en las calles y con su mujer presa en el estadio.

La anécdota básica está marcada en el folklore de los graffitis. Gabriel Canales se queda encerrado en el baño de un cine en la noche del 10 de septiembre. El 11 se produce el golpe, el teatro no abre, y durante varios días el héroe revisa su vida, escribe cartas a sus amigos, le cede imaginariamente la palabra a otros personajes. El repertorio de técnicas es variado, maestro y, por suerte, nunca exuberante. Poli Délano tiene el don de la discreción y rehuye el jugueteo virtuosista. Su héroe, Gabriel Canales, lleva a lo largo de su historia surtida vida erótica, actividad en torno a la cual se ordena o disipa. La variedad del objeto de sus amores permite además un verosímil ingreso a distintos estratos de la realidad chilena y le propone a su existencia diversos modelos. La Mariela de la pensión estudiantil le hace conocer los límites del amor en la contundencia del rechazo, la noviecita burguesa Claudia proyecta el tedioso espanto de una vida convencional, a la cual Canales escapa, luego de asesinar en defensa propia al fascista don Alex. Las viejas ávidas de sexo joven le procuran la carrera de gigoló, y Teresa, con quien termina casándose, el compañerismo y la apertura a la acción política.

La característica de su Canales, central, es la de un antihéroe con rasgos de pícaro que al mostrar sus límites y deficiencias nos procura una imagen directa y crítica de la sociedad chilena en un largo período. Este hombre pobre, que fracasa en su amor más grande, buscavidas, relativamente cínico, al que su propia, dura experiencia lo va llevando a la acción política, provoca en el lector una comunicativa sensación de verosimilitud. Este antiheroísmo se proyecta en la propia admisión final de Canales de haber sido un militante, inadecuado para los intensos tiempos de Chile. En la página 132,

en carta a su amigo Mamerto, Canales se define a sí mismo, y de paso el temple básico del narrador Délano: «Tú sabes que aun a estas alturas no he llegado a ser un cínico. A menos que quieras llamar cínico a quien ve las cosas como son y no como le gustaría que fueran, es decir, a un realista.»

La primera novela importante que tuvo directa relación con el golpe fue *El paso de los gansos,* de Fernando Alegría (Puelche, Nueva York, 1975). La inquieta estructura de la novela, su abrupta heterogeneidad tiene, sin embargo, un principio unitario que va con la técnica del zoom desde lo externo hasta lo íntimo y privado en un personaje: Cristián.

Parte con un movido collage de la situación en septiembre del 73, que incluye una variedad de puntos de vista —incluido el del presidente Allende—, una fría y precisa sátira del lenguaje de los comunicados militares, un intermedio irónico sobre un desfile que da el título del libro, aborda el diario de un joven en forma documental y concluye en la elaboración de la pequeña novela que es *El Evangelio según Cristián.*

Durante la primera parte destacan los elementos informativos sobre el golpe, pero con ágiles y dramáticas interiorizaciones. Un narrador personal hace un retrato del presidente Allende —uno de los más exactos que se conocen—, junto con sagaces observaciones sobre las clases sociales y sus hábitos y diferencias, para quienes siempre Alegría ha mostrado un mordaz ojo. La composición de esta parte es también afectada por el inevitable problema de trabajar materiales netamente periodísticos mediante técnicas literarias que van conduciendo el relato con vaivenes entre lo externo-épico y lo interno-lírico en la valoración de los hechos. En este movimiento de variadas voces y perspectivas hay un tono a ratos ensayístico que acentúa la heterogeneidad del conjunto.

Lo que legitima el término *novela* para el libro es la concentración que el texto va tomando hasta el relato de Cristián, que remite en otra dimensión a la primera parte y hace que éstas ya no se lean sólo como crónica, sino también como el referente concreto y general de la vida íntima del protagonista.

Cristián es un hombre de veintisiete años que ha vuelto de Virginia, separado de su mujer, Luz María, a quien ha abandonado tras una serie de depresiones de ella que la han conducido casi a la locura. En el retorno está dispuesto a enfrentar su vida, a resolver su tensión y desdicha, y somete su experiencia al análisis y a una activa memoria interpretativa. Esta actitud la matiza con una práctica de cierta religiosidad mística que su hermano define como «una especie de búsqueda directa de Dios en cada ser que debía convivir con él».

El espacio físico e histórico en que debe resolver su existencia está severamente acotado: Chile vive las tensiones pre-golpe y es en función de esa urgencia social compulsiva que la meditación introspectiva y sus acciones se encauzan. Va tomando fotos de la rea-

lidad, junto con su hermano Marcelo, y continuará en este oficio hasta después del golpe. El encuadramiento social afina la sensibilidad de Cristián hacia el otro, consigue enfocar mejor su relación con su ex mujer y logra finalmente con ella una suerte de encuentro en una acción solidaria con la izquierda perseguida que logra su cabal desenmismamiento.

Alegría aborda un campo temático que tendrá que ser reiterado en la narrativa chilena por su importancia: la evolución de capas burguesas cristianas desde una vivencia formal o anárquicamente mística del cristianismo a un modo de experimentarlo vitalmente asumiendo la filosofía social y política que los evangelios proponen. El diario de Cristián despliega todos los matices de ese tránsito y, por cierto, no de manera abstracta. La enfermedad de su mujer, en esta perspectiva, recuerda el poema de Cardenal sobre Marylin Monroe: «Para la tristeza de no ser santos, le dimos tranquilizantes.» Es, por cierto, el cristiano tránsito hacia el prójimo el respiradero de su obsesiva inconformidad.

El montaje de la situación privada en el contexto histórico, la hondura de la meditación, el minucioso escarbar en recuerdos y gestos le dan a esta sección de la novela una impresionante seriedad que se logra, ocasionalmente, al precio de dañar los eventuales focos de dinamización anecdótica que nutre a la historia.

En el epílogo, Alegría reparte la narración entre los seres más próximos a Cristián, quien muere asesinado por los militares, luego de ser arrestado ante los propios ojos de su padre reaccionario. El final decanta el esperanzado anuncio de los evangelios: «Uno solo murió y la familia del difunto creció por el mundo y multiplicó las cruces, los años y los siglos.»

Le sang dans la rue (Editions Rupture, Francia, 1978), de Guillermo Atías, es el más sereno reportaje a los días de la Unidad Popular de todas las obras que han optado por novelar los acontecimientos. La estructura narrativa de carácter levemente policíaco es tenue en relación al caudal de información e interpretación que nutre cada página, pero el mayor acierto de Atías es la construcción del narrador: un periodista argentino que con sus virtudes de curiosidad, avidez por informaciones y análisis, impulsividad, simpatía por el proceso, pasión, ingenuidad, modela la abundante masa de la novela en sectores de tensión narrativa. El hecho, además de no ser impermeable a los encantos de las señoritas chilenas, lo faculta para enganchar enredos.

No es extraño que Atías haya optado por semejante narrador. Un periodista extranjero, como es él, cumple la función de instalarse en la realidad chilena en un estado casi virginal, que, por cierto, es en cierto sentido la situación del lector europeo que frecuentará este libro.

El periodista no sólo asiste, analiza e interpreta los acontecimientos, sino que los padece con peculiar intensidad en el plano donde toda novela convence: el privado. Si el relato destaca la enorme

contradicción y originalidad de la Unidad Popular —su destino legalista y enfrentamiento de una oposición implacable donde germina el fascismo—, no es en el modo de la teoría política y de la reflexión donde predomina lo novelesco, sino que en cada paso de la lucha de clases en Chile se produce un hecho público que afecta directamente la privacidad del narrador. El recurso es a veces algo mecánico y un poco excesivo, pero da cuenta de la angustia que vivía Chile y los partidarios de Allende. Es la repercusión en los protagonistas de la corta vida de la Unión Popular desde la marcha de las cacerolas hasta el refugio del protagonista en la Embajada de Venezuela, lo medular en esta obra. El periodista ha conocido a su colega chilena Marta, activa militante de la izquierda, quien es víctima de un asalto fascista donde la vejan fotografiándola desnuda para desacreditarla ante la opinión pública. A partir de este temprano momento, la violencia comienza a deteriorar el promisorio amor que el protagonista establece con Marta. Desde allí en adelante, éste se transforma en improvisado detective y es víctima junto con su amiga de la dinámica de una atmósfera acechante que va penetrando la intimidad, dañándola, llevando a la gente a la crisis nerviosa, al miedo, a la depresión y, en el caso de Marta, al suicidio.

El periodista, un cazador de hechos, es atrapado por ellos: padece un cuchillazo de un lumpen al servicio de los fascistas, es humillado en un restaurante público por su simpatía izquierdista, es expulsado violentamente de un taxi el mismo día que los fascistas derrocan a Allende, y en el macro y micro escenario transmite la corriente interna de una tensión intolerable.

Por cierto, el lector nacional se impacientará ante la serenidad copiosa del análisis y la información. Pero es precisamente este rasgo obligatorio de la novela pionera sobre el golpe del 73 que las obliga a trabajar a texto y contexto paralelamente el que tiene absurda culminación en el caso de Atías: *La sangre en las calles* ha sido publicada en francés y ruso, y aún no en español.

Inéditas, por su excesiva fantasía, son las dos novelas que ha ofrecido Ariel Dorfman. Con *Moros en la costa* (Sudamericana, 1973), se recogen las experiencias vitales del proceso chileno, se profetiza sobre sus posibilidades y se da cuenta casi minuciosa de sus contradicciones bajo la sorprendente forma de una serie de informes, reseñas, críticas a novelas sobre el proceso chileno que no han sido escritas, guiones de cine que no se filmarán. Decenas de anécdotas de novelas aparecen contadas por lectores de editoriales que se pronuncian por o en contra de su publicación. Con este despliegue imaginativo —que bien suple, en su humor, la escasez de literatura que caracterizó los tres años de la Unidad Popular— nos asomamos a múltiples problemas reales en Chile: entre otros, de las relaciones humanas en las distintas capas sociales y los conflictos que estas reubicaciones iban motivando. En ejercicios satíricos de preciso perfil se escriben falsos editoriales de «El Mercurio», cuentos enteros (y ya no su mera anécdota), en que destaca el relato del mu-

chacho que traslada en bicicleta los rollos de un film de un cine a otro y que nunca puede ver el final porque el sistema no lo permite, y otro que presenta el pavoroso clima pre-fascista de chilenos que esperan la caída de Allende en Mendoza. Otro elemento reiterado en la novela es la propia angustia del autor Dorfman, su emotiva solidaridad con el proceso, sus temores de estar realizando una novela intelectual en los momentos en que la realidad exigía al escritor militante una visión más plena; en buenas cuentas, la incorporación de su biografía, que es al mismo tiempo el itinerario del libro que se escribe. Entre toda esta fantasmagoría, hecha en el fondo con problemas concretos, Dorfman comenta textos en verdad existentes, como los de José Donoso o Adolfo Couve. En su novela *Chilex* (Bogard, Londres, 1978), Dorfman acomete una sátira de fuerte calibre sobre un país que sigue los modelos de economía de mercado que señalan sus gobernantes. Descrito como una utopía (al revés), en él todo florece: la exportación de chileno, el arte, que tiene su máxima culminación con un espectáculo colectivo en que participa el pueblo que se llama «Mendigos» y que se representa en todas las ciudades, prospera la alta costura y se habilita una vanguardia de la moda: «Jironex»; se descubre el remedio ideal para el exceso de obesidad: «Hambrex», y hasta el deporte cobra matices clásicos que evocan la lucha de cristianos contra leones: un equipo de torturadores enfrenta a algunos presos para sacarle la confesión ante el relato entusiasta de locutores de fútbol que describen las alternativas y los métodos de los rivales con un lenguaje profesional. La novela imita la construcción de una guía turística donde paso a paso se van cubriendo, para los futuros visitantes de Chilex, las señeras posibilidades de trabajo y esparcimiento que el país les procurará. El método es eminentemente simple y consiste en llevar a sus excesos una idea motriz satírica de algunos aspectos del Chile fascista con gran imaginería verbal y anecdótica. A ratos los capítulos producen el buscado efecto del espanto por la vía del humor negro, otras veces la situación se vuelve demasiado tentacular a partir de un núcleo ingenioso y el humor termina diluido en sus propios excesos.

A su modo, y desde una liviana perspectiva, aborda tangencialmente la historia contemporánea de Chile Jorge Edwards en *Los convidados de piedra* (Seix-Barral, 1978). Un grupo de amigos de proveniencia común geográfica (La Punta) y social (alta burguesía) se reúnen en casa de uno de ellos, Sebastián Agüero, para celebrar su cumpleaños que esta vez tiene un sello especial: los militares fascistas han derrocado a Allende, y para ellos es causa de alegría. La comida se prolonga hasta el día siguiente en los marcos del toque de queda, y ese es el tiempo en que a través de las conversaciones entre ellos se convoca el pasado de cada uno y el de algunos amigos ausentes —en especial el de sus desclasados—. La historia del clan aquí reunido se amplifica a través de un nutrido anecdotario hasta las de sus ancestros, donde en torno a la travesura de la destrucción de la estatua de un patriarca en la Punta —otro elemento que

estructura el relato— surgen otros personajes, entre ellos: el Gringo Williams, inglés timador y juerguero que explota el filoanglicismo de una de las familias puntinas para seducir a una de sus hijas, casarse con ella y huir, para reaparecer hacia el final del libro recibiendo a su ilusionado hijo, Guillermo, en una Inglaterra donde ejerce vida prostibularia y de bares. El episodio bien puede ser el mejor de la novela. Este surtido de conversaciones, bajo la vigilancia de un helicóptero que ronda el elegante barrio, permite exponer un conjunto de vidas, y sobre todo la de Silverio Molina, a través de la cual se atrae la historia política chilena y, en especial, el tiempo de la Unidad Popular. Silverio es un comunista que, en las versiones de sus amigos de infancia reaccionarios, ha sentido inquietudes izquierdistas en la cárcel, a donde ha sido detenido por haber acuchillado a un hombre porque sintió que éste ofendía a su madre. Luego tiene contacto con amistades que lo influyen, un matrimonio con una militante, trabajos en los que hay momentos ascendentes hasta que se narra su descomposición (separación, soledad, pérdida de influencia y, finalmente, su muerte anónima, después del golpe). La presencia de Silverio permite al grupo hacer *su* ridículo cuadro de la izquierda chilena y sus organizaciones que se inscribe en el caricaturismo desenfrenado que es todo el texto de *Los convidados de piedra*. La mirada de Edwards y su tramado de cronistas sobre la realidad nacional está cargada de intención degradadora, de distancia, donde las vidas y las muertes (tan reales en la historia de Chile) se ven como un espectáculo de rasgos groseros que se ofrece a un ojo altivo, inconmovible, que juzga todo como consecuencia de hábitos desordenados, donde se pierde el sentido de las proporciones, se incurre en fanatismos y, sobre todo, el tacto y la clase.

Ayuda a este tono liviano el hecho mismo de que la perspectiva básica de la narración de 363 páginas está determinada por una antemesa, cena y sobremesa, lo que no sólo contribuye a acentuar la frialdad de la narración, sino que la tiñe de una frivolidad incómoda.

Privilegiados en el grado de degradación son los izquierdistas chilenos, que en la visión del grupo aparecen como seres que se agrupan ligados por intereses egoístas o por limar rasgos enfermizos de su personalidad. La izquierda de los comensales de Edwards no tiene campesinos, ni obreros y, para decirlo en rigor, izquierdistas. Esos izquierdistas que aquí aparecen son una proyección degradada de hábitos que Edwards conoce de la burguesía con reacciones emotivas que vienen de compensaciones psíquicas, producto de los excesos de una clase. Así, hasta la casa donde se reúnen es (pp. 121-122) «... un pequeño departamento en el segundo piso de un edificio viejo, en un callejón sórdido que debía encontrarse por la quinta o sexta cuadra de la calle San Pablo, un callejón maloliente, lleno de basura, de inscripciones en que la obscenidad y la política, los primeros finteos de la elección presidencial siguiente, se repartían equitativamente el espacio...».

El recurso de elegir representantes de la izquierda que provienen de la alta burguesía y de presentarlos mediatizados por el plural relato de sus ex amigos que los desprecian por desclasados y por sus posiciones antagónicas a sus intereses, tal vez debió haber conducido al autor a haber buscado un juego dialéctico para leer las opiniones y las vidas de sus comensales también en una perspectiva que los mediatizara. Quizá pensó Edwards que su mirada degradatoria y la mera exposición de la vida y diálogos de los burgueses opinantes bastaría para inducir en el lector una mirada crítica. La práctica indiferenciación de ellos del narrador básico («... El Gordo, que con los años había empezado a transformarse en el rapsoda, en el intérprete de nuestra generación, yo era el cronista secreto» (p. 126), agota el texto en la remitencia de una anécdota a otra y de allí que la notable estructura narrativa que Edwards había conseguido en su excelente volumen *Las máscaras,* caracterizada por un dramático rigor, no aparece aquí conseguida. Procedimientos de diálogos y situaciones montadas, desincronizaciones, pluralidad de perspectivas son algunos de los recursos que la novela contemporánea emplea para acceder a dimensiones más secretas, y relevantes iluminadoras o simplemente a zonas oscuras que el narrador siente la compulsión de buscar poéticamente. En *Los convidados de piedra* los recursos sólo remiten el relato a nuevos niveles anecdóticos y, en especial, caricaturescos. Así, el desorden carece de justificación y estos medios narrativos parecen a la larga excesivos para los alcances de estos comensales-narradores. Todos ellos, en distintos grados, comparten el tono y distancia que se propone el cronista y que él mismo acota como rasgo del grupo y de la clase: «... la crueldad a menor escala, el espíritu excluyente y a la vez destructivo eran consubstanciales con nuestro mundo, parte esencial de nuestro código...» (p. 241).

De este modo, los personajes surgen y viven en el relato, hombres o mujeres (la Olga, Lucha, la Gorda, etc.), casi ritualmente para ser sometidos a la ironía. En buenas cuentas es el pelambre elevado a categoría estética. El mérito mayor de la novela es que en este festín de copuchas se muestra la vacuidad e insignificancia humana de los grupos de la burguesía que hoy se benefician con el gobierno fascista.

Un punto de vista original y ejemplo de buena elaboración narrativa de un testimonio es la novela de Carlos Cerda *Pan de Pascua* (Weihnachtsbrot, Aufbau, 1978). Basada en el relato de Viviana Corvalán, hija del secretario del Partido Comunista de Chile, Luis Corvalán, la obra pinta en concisos cuadros la vida de Chile después del golpe de septiembre, tal como lo captó la muchacha visitando distintos escenarios para vender pan de pascua, recurso que la familia Corvalán ingenia para solucionar problemas económicos, y que a poco andar se transforma en excelente coartada para establecer contactos, captar la situación nacional y dar atisbos de los gérmenes del trabajo de resistencia.

Del mismo Cerda se publicó *Begegnung mit der Zeit* (Aufbau, 1976), una colección de cuentos aún inéditos en español y que constituye uno de los altos momentos de la narrativa joven chilena. Con gran capacidad mimética para jugar con estilos de grandes autores (Borges, Cortázar) y siendo también personalísimo cuando se lo propone, caracteriza a Cerda una intensificación de la anécdota hacia la expansión lírica, la fantasía o el absurdo. En *Dialéctica del perseguido* ahonda con creciente dramatismo en el desorden psicológico que se produce en un individuo en una sociedad dominada por el terror. La simple anécdota de un prisionero recién liberado que avanza hacia su casa, luego de ser torturado en el estadio que teme ser perseguido por los mismos que lo han librado, es de una intensidad angustiante. Las consecuencias del golpe y su exilio lo lleva también a temas fantásticos y absurdos en *El estudiante de Leipzig,* una fantasía sobre el tema de *Fausto,* y en *Manola,* exposición de los equívocos que acechan al ser humano cuando el exilio crea distancias y confusos correos.

Los cuentos de Leandro Urbina en *Las malas juntas* (Asociación de Chilenos en Toronto, 1978) se caracterizan por una técnica de concentración de la anécdota, buscando en pocas frase su final impactante: sea dramático o humorístico. En ambos casos, Urbina traerá un compromiso de simpatía y de compañerismo. El viejo comunista que canta boleros en la prisión del estadio Nacional y que perderá allí mismo a su hijo fusilado por un pelotón, la dama que enfrenta con altivez el degradante interrogatorio de un fascista, la esperanzada estampa del narrador que se hace tomar una foto con su cuerpo, pero con la cara de Frank Sinatra, y que participa en la resistencia, tienen en común cierta curiosa integridad que las circunstancias políticas tan adversas no rompen. En un modesto nivel sin héroes, y a partir de esta constatación, el narrador se muestra esperanzado, lo que lo autoriza a un leve humor y a una cierta confianza de que el enemigo brutal es transitorio y burlable. Urbina crea esta sensación con el uso de situaciones cotidianas y con un modo directo y poco enfático, que le otorga una juvenil originalidad en el conjunto de la prosa post-golpe.

Una excesiva novelización afecta el tratamiento del Chile post-golpe en dos narradores debutantes: Leonardo Carvajal (*Definición del olvido,* Casa de las Américas, 1975) y Miguel Cabezas (*Una ventana batida por el viento,* Crisis, 1974). Sus mejores logros están cuando rebajan el tono épico, en que saludan un literario modo de hacer resistencia y se atienen al retrato de acciones y personajes identificables en el estilo político nacional.

Como literatura que tiene un grado de vinculación con los días de la Unidad Popular y los posteriores al golpe podrían mencionarse mi novela *Soñé que la nieve ardía* (Planeta, 1975) y *Novios y solitarios* (Losada, 1975). En la primera se expresan estratos de la juventud proletaria que contrastan con la figura de Arturo, un futbolista provinciano que viene al Santiago convulsionado y transido por

la solidaridad dispuesto a triunfar confiado en sus valores individuales. Paralela a esta historia de la evolución de un personaje en un medio radicalmente ajeno, se narra la de dos artistas de variedades que pasan por la historia como suspendidos en una relativamente absurda intemporalidad.

En *Novios y solitarios* hay un grupo de cuentos recientes que se refieren a la amenaza fascista sobre un profesor comprometido en la resistencia *(La llamada)* y a un acto de solidaridad en el extranjero *(Hombre con el clavel en la boca)*.

Mirada en conjunto, la narrativa chilena de estos últimos cinco años se ocupa predominantemente del movimiento político y sus personajes centrales son de la burguesía o de la pequeña burguesía. El proletariado, protagonista y víctima de la historia, aparece marginalmente falseado en la visión de los escritores no revolucionarios o excesivamente idealizados en aquellos más comprometidos donde abundan poetizaciones voluntaristas. Los artistas de izquierda asumen masivamente temas vinculados a la historia urgente de su patria y abandonan asuntos sutiles y temporales. Los que no lo son se repliegan a un mundo donde se ignora olímpicamente el esfuerzo que hizo un país por independizarse y la brutal represión que acabó con miles de patriotas y vendió el país a un grupo de especuladores. Como muchos de ellos viven en el país, tal vez la opción por la fuga pueda explicarse por el grosor del aparato represivo.

Finalmente cabe destacar «Revista de Literatura Chilena en el Exilio», en California, y «Araucaria», donde se han venido conociendo interesantes materiales narrativos en etapa de elaboración que hace pensar en una buena reserva para la literatura nacional. Lo mismo podría decirse de las antologías de cuentos y testimonios chilenos publicados en Europa, donde algunos autores nuevos asoman promisoriamente.

18.7.15

30.6.75

Al pensar en las separaciones, divorcios, incomprensiones entre artista-espectador suele uno olvidarse de el cómo se van generando, se olvida el abismo cultural entre otras cosas, la inexplicabilidad del arte por dado.

Empiezo a crear un mundo que nace de realidades concretas y paso a paso va desarrollándose en bocetos, pinturas y lo que para mí es cada día más inexplicable y casi misterioso (y cuánto me molesta esta palabra)

Uno empieza a elevar el volantín, a darle y darle hilo y empieza a elevarse hermosamente, a volar, dar vueltas y vueltas, todos aplaudem vamos abrazados a él y seguimos dándole hilo y empieza a alejarse hasta que llega un momento que no lo vemos, que es sólo un punto rojo o blanco en el azul, sólo lo sentimos por el peso que tironea el hilo.

Entonces empieza un juego de recoger o dar y dar.

No importa volar, perderse de la vista en el cielo, en el aire, lo importante es que no se corte nunca el hilo porque allí estaría volando donde de nadie lo vea y

¿cuál podría ser el valor de su belleza entonces?

15.7.75

HACE DENTRO DE VEINTE AÑOS

ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

I

Hace veinte años, por estos mismos días,
Es decir, en los últimos meses de 1958,
Mientras manos enérgicas acercaban la aurora con sus armas,
Otras manos afirmaban la esperanza
En medio de la ensangrentada noche de la isla.

No es el recuerdo, es el viento sin olvido que cruza:
Jóvenes pechos puros abiertos a la luz,
Combates entre árboles y calles,
Gemidos, piedras húmedas,
Ojos enarbolados como granadas,
Palabras que gotean, tensas, sobre el papel,
Desde una mano que es otras manos y es una vena rota.

Aquellos pechos abiertos son estas ciudades,
Aquellos combates son estas fábricas,
Aquellos gemidos son estas canciones,
Aquellas piedras son estas escuelas,
Aquellos ojos son estos hospitales,
Aquella esperanza es esta certidumbre,
Aquella muerte es esta patria.

2

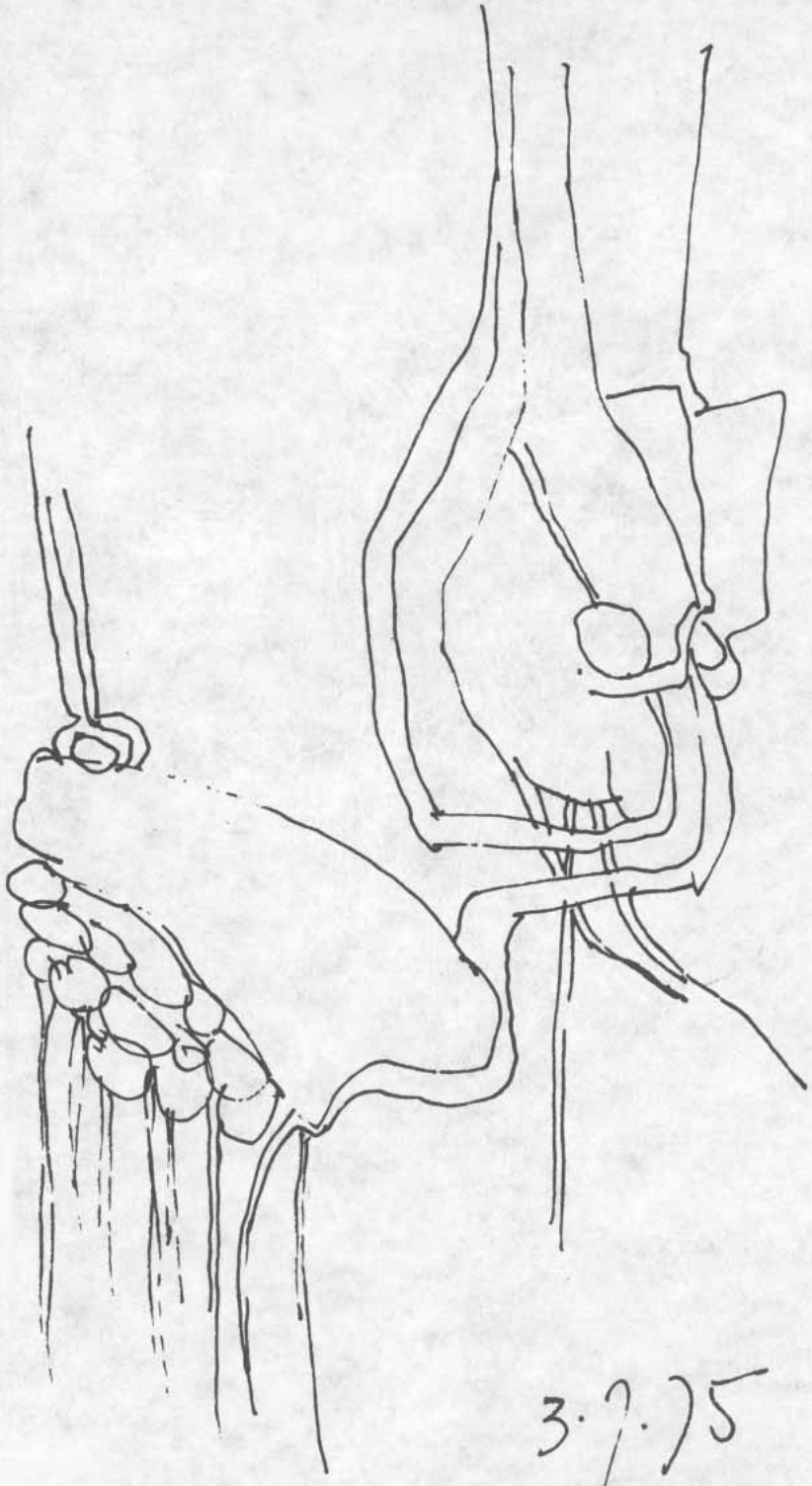
Y la patria se nos reveló mucho mayor,
Creció como un bosque, como un volcán: encontramos hermanos
De mar a mar, de isla a cordillera.
Fue la alegría: anunciaban abrazando, riendo,
La inminencia del tiempo en que iban a juntarse
Obreros y cantores para dejar hecha la ciudad decisiva
De la ternura, que tiene largas y dolientes raíces,
Y donde va a estar siempre ondeando al viento
La firme flor liviana del cariño.
Hoy no puedo conversarlo de nuevo
Con Roque, con Paco, con Víctor: están bajo la tierra
Que amaron, bajo los ríos que defendieron,
Con tantos como ellos, detenidos, interrumpidos
Cuando más necesario era su paso,
Más urgente su ansiedad de ramas.
Pero esta sombra que hoy mancha al continente
Bien sabemos que es como aquélla: en medio de su niebla
Irrumpen combates, se oyen voces
Con el inconfundible aire de mañana.

3

Quiero volver a hablar contigo
Dentro de otros veinte años, al borde del siglo XXI.
¿Dónde no habrás florecido para entonces?
¿Cuánto tiempo no llevarán de regresados, en 1998,
La guitarra de Víctor en el aire chileno,
La risa naranja de Paco entre los trabajadores,
El travieso corazón espumeante de Roque en su gigantesco pulgar-
[cito?
¿Qué millares de nombres no habrás ido pariendo en otros veinte
[años,
Tú que no te has cansado, adolorida, de dar a luz brazos y voces
Para que al fin el mundo se haga nuevo?

Ha sido demasiada la pena, la muerte ha sido demasiada.
Ya está bien. Te toca ser feliz.
Déjanos volver a besarte la frente,
Madre, esperanza, poesía, América.
Entra en el nuevo siglo tan sólo con amor.

Agosto 1978.


3.7.75

NO CUALQUIERA

ALICIA GAMBOA

Y es que no cualquiera
pueda hacer de la noche un día tímido,
pero día al fin.
Tampoco que cualquiera
se haga un buen avioncito de papel
y se mande a cambiar a un planeta con menos brujas
no es cosa,
digo,
de llegar y decir que ya está amaneciendo,
y, ¡zas!, mandarse a cambiar
sabiendo que por acá por el sur
tenemos bastante propensión a las catástrofes,
como los terremotos, por ejemplo,
o los temporales,
aunque este año la sequía ha sido cosa seria.
No es que cualquiera se plante en una esquina
a pedir limosnas para alimentar palomas muertas.
No es cosa de que nos pongamos a pensar,
así no más,
en que la tierra se nos está hundiendo bajo los pies
y que, en realidad, el *smog* es un problema,
aunque no tanto,
si nos fijamos que no es el aire el contaminado,
sino nuestra propia pielcita podrida,
y que el desequilibrio no es otra cosa que el nuestro.
Y no es que cualquiera,
como iba diciendo,
se ponga la soga al cuello, así no más,
echando la última puteada a este mundo cabrón.

En realidad, no es cosa fácil saber
que ya a estas alturas
tenemos bastantes órganos atrofiados
y que cada día nos estamos clavando un alfiler
en el muñequito que hemos hecho de nosotros mismos.
En fin,
como decía,
no cualquiera aguanta esto de que la piel se nos esté cayendo de a pedazos,
aunque de repente se escuchan gritos,
gritos anónimos.
Se grita todavía por estos lados,
¿sabía usted?
Fíjese que anoche
unos soniditos
de esos bien progresivos,
ultra modernos,
que hacen unos aparatitos que llaman,
bueno, usted sabe,
esos que usa James Bond en las películas,
esos fantásticos productos del progreso
que salen del bolsillo
justo en el momento preciso,
cuando el malo se aparece por atrás
y resulta que ya no tiran agua,
como yo pensaba antes,
cuando tenía menos pena,
sino que hacen clic y listo,
se acabó el problema.
Pero usted sabe
que tampoco es cosa de ponerse manos arriba
ni nada de eso.
Simplemente le contaba que hace ya algún tiempo,
bueno,
un tiempo considerable,
por aquí se han venido repitiendo los clic, clic, clic.
Y por cada clic y ay
y por cada ay otro ay,
y los ay se van poniendo,
ayayai, cómo se van poniendo,
si usted supiera.
Porque, la verdad,
no cualquiera se imagina todo lo que pasa
entre las paredes del edificio caracol
y más abajo del metro,
donde también se escuchan los gritos.
Pero, en fin,
como iba diciendo, no cualquiera

aguanta cuatro horas frente a la cajita mágica
esa que prendo y, ¡listo!, todo ha pasado.
¡Oh!, respetable televisión,
te ve todo el mundo,
pero no cualquiera se cree esto de la vida a colores,
esto de que Santiago está lindo,
pues mija oye
con metro y todo;
fíjate que nos estamos pareciendo a París.
No cualquiera se cree cualquier cosa
a estas alturas,
a no ser que esté bastante *Knock out*
Con tanto color en la tele,
tanta buena noticia,
tanto que solos salimos;
a no ser por eso,
por ese bichito que hace harto
nos está haciendo pucheros,
lindos pechochos,
guagui, guagui;
mientras el huequito ese de los aparatitos,
antes mencionados,
que, por supuesto, no tiran agua,
nos están quis, quis
por la parte trasera más o menos característica.
En fin,
es cosa de mirar la naranja un rato;
el primer concepto de que el mundo se le parecía.
Desde entonces sé que el mundo es un conjunto de gajos
con dos polos como puntitos en la verde rama universal.
Pero y que
no cualquiera se sabe las palabras mágicas
para que de un kilo salgan mil,
ni para sacar los conejos del sombrero,
si es que usted todavía usa sombrero
que no sea el de baño.
Y es que no cualquiera le apuesta al año exacto del Apocalipsis,
no cualquiera, como iba diciendo,
más bien
no cualquiera
es más.
No cualquiera podría tener una certeza en estos tiempos,
cuando la muerte siempre es un fantasma disfrazado.
Y uno es tan chiquitito
en el fondo,
aunque el fondo sea un poco oscuro.
Y la tierra esté harto seca,
tanto que el estado

va a tener que ingeniárselas
para hacer un plan de lluvia artificial,
porque no han crecido los arbolitos del paseo Ahumada.
Y uno tan chiquitito y pobrecito,
tan carita desconocida
para los miles que pasan por la calle.
tan vergüencita,
tan rojitos cuando le tenemos que hablar a los otros
sobre nosotros mismos,
muertitos de miedo,
achicaditos en un rincón de la micro diaria
queriendo decirle al de al lado
que hola, viejo,
tanto tiempo.
Y ahí vamos viendo,
típico tuyo.
y te estoy sintiendo como adentrito,
y ni siquiera te conozco,
y ya se me pasó lo rojo de la cara.
Y, en fin,
tan grande el mundo,
y nosotros tan carnita y hueso,
tan carnita y hueso que las cosas duelen,
tan carnita y hueso que me acuesto contigo
y tú te acuestas conmigo,
y todos nos acostamos.
Y nos tapamos la cara de vergüenza.
Y ya sólo queremos que el día llegue
tímido,
pero día al fin.
Día grande mañana.
Y gritamos mundo perro por las calles,
pos los autos que suenan,
por ti que pasas y no me saludas,
por el pobre quiltro subdesarrollado que anda por ahí.
Y cantamos un tango.
Charlemos un poco. La humanidad se viene encima.
Por ti que no te conozco y te están matando a fuerza;
por ti que tienes un nombre,
un apellido;
por ti que te borran el nombre;
por ti que tus hijos no tienen tu apellido.
Y seguimos cantando el tango por las calles.
Vení, charlemos. Sentáte un poco; no ves que sos mi semejante.
Por ti que enumeras tarros vacíos en la esquina,
por ti que tienes un reloj Seiko en la muñeca,
en la muñeca rubia que te regalaron cuando chica.

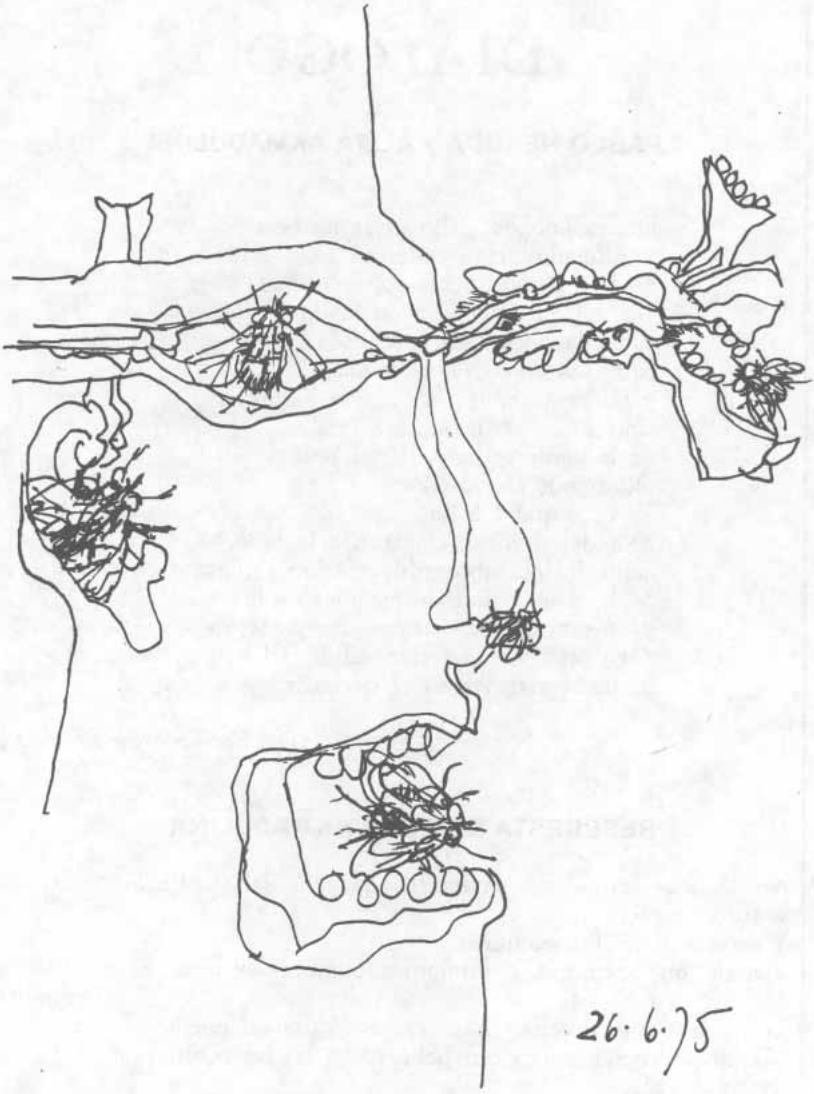
Y las lágrimas nos empiezan a correr por la cara,
por el cuello
y se meten en nuestra ropa interior,
haciéndonos cosquillas en los testículos.
Mundo perro,
mundo perro, vamos gritando en cada paso que damos
en cada bocina.
Mundo perro, que te reviento la bolsa de aire en la cara,
te reviento las luces paralíticas,
te reviento,
y junto contigo yo,
nosotros,
cualquiera.
Y es que, como iba diciendo,
no cualquiera tiene el hígado sano,
no cualquiera se come la naranja
sabiendo que en algunos países
existe una naranja denominada sanguínea.
Por el evidente color de su jugo
aquí nos llega bastante más que el olor.
Sanguínea, palabra esdrújula
derivada de sangre,
líquido del cual se alimentan algunas especies
que tiene buenos radares, y no sólo eso.
No cualquiera sabe,
digo,
cuándo caerá la lluvia
y si acaso caerá,
o es que definitivamente
los arbolitos del paseo Ahumada
se quedarán bien sequitos,
porque el super imported plan del estado
no fue capaz de reventar la nube
para que saltara el chorro.

9.7.15

Alguien aquí en el campo habla del
hombre sin alas, de cómo nadie podría ser
más grande que otro, o más bien: cómo no
se puede admirar ni sentir por superior a
nadie puesto que aún no se ha visto un
hombre que vuele.

Pues bien, yo he visto hombres
con alas, he visto hombres volar.
A veces los veo pasar por mi lado, aquí
sin darme cuenta.

Quizás tu mismo, compañero...
Es cuestión de mirar
un poquito más.


26.6.75

DIALOGO

PABLO NERUDA y ALMA AKMADULINA

Detengámonos, debo dejar un beso
a Akmadulina: éste es el café, está oscuro,
no hay que tropezar con las sillas;
allí, allí en aquel rincón brilla su pelo,
su bella boca está encendida
como un clavel de Granada,
y no es de lámparas aquella luz azul,
sino los ojos de la irracional,
de la pantera que sale del bosque
mordiendo un ruiseñor.
Es ella, que a la vez
rosa del destino, cigarra de la luna,
canta lo incomprensible y lo más claro.
Se hace un collar de máginas espinas
y no está cómoda en ninguna parte,
como una sirena recién salida del mar
invitada a nadar en el desierto.

(Del libro póstumo *Elegía.*)

RESPUESTA DE ALMA AKMADULINA

No sé si es verdad que la estrella que guardaba a Pablo
se tocó y cayó.
Y no sé a dónde fue y a quién.
¿Desde qué extrañas y luminosas cumbres observa él a todo el
[mundo?
Todos nos embellecemos mientras nos mira un poeta.
Yo no podré ser nunca tan bella como en las penumbras
de aquel café,
cantada en versos tan hermosos y benévolos para mí.
¿Acaso me olvidé de todo eso?
Porque según nos vemos reflejados en la pupila del poeta,
eso significa que debemos ser.

3.7.75

HISTORIAS DE MONOS

SERGIO VILLEGAS

Señor director:

Hace algunos días llegó un grupo de chimpancés sin traductor. Usted sabe lo que es eso. Llenaron la oficina de chillidos. Se introdujeron por todas partes, se colgaban de las lámparas, abrían los cajones, saltaban sobre las mesas. En pocos instantes no dejaron nada en su lugar.

Era un curso primario en viaje de estudios. Tenía en orden su autorización para hacer la visita, de modo que sólo cabía cruzarse de brazos y contemplar el estupendo allanamiento. Poco después llegó el encargado del grupo, un chimpancé reposado y cincuentón, que nos rogó en todos los tonos excusar el desenfreno de sus discípulos. Era uno de esos raros chimpancés con cabeza que uno puede encontrar. Me desarmó su actitud de respeto y con unas cuantas palabras amistosas despojó el asunto de importancia.

Ahora, con absoluta frialdad y haciendo honradamente abstracción del incidente, quisiera preguntar: ¿cuándo va a terminar esta chacota pedagógica de los simios? ¿No sería el instante oportuno? Casi está demás, a esta altura, aducir razones. Se ofrece a los «inteligentes antropoides», señor directro, cursos larguísimos y complicados que desangran el erario nacional y que, en definitiva, nada logran. Se les educa para catedráticos y grandes personalidades y ¿en qué terminan? En ascensoristas, en humildes picadores de leña, en lustrabotas, en recaderos-ciclistas, que son, con su yoquey y su

ampuloso pedaleo (efecto de sus ínfulas y no de sus cortas piernas, como algunos humanitariamente piensan), el hazmerreír de la calle.

Poseen, quién podría discutirlo, una portentosa habilidad para aprender, pero es sin duda mucho más portentosa su facilidad para olvidar. En el mundo de la delincuencia nadie ignora que constituyen un instrumento ideal para la transmisión de mensajes verbales, en la comprensión de que sus cabezas se transforman con rapidez en simples papeles en blanco. Nada puede frente a ellos el interrogatorio policial. ¿Debemos suponer que en materia tan simple de psicología tienen más perspicacia ciertos grandes hampones del puerto que los genios de la docencia ministerial? He visto chimpancés repetir completa una lección de historia medieval, o describir con lujo de detalles un combate entre normandos y vikingos, imitando en forma notable incluso el humor descriptivo algo grueso del maestro. Pues bien, una hora después, señor director, ese chimpancé no era otra cosa que un par de ojos inquietos, transparentes, en los que podía verse hasta el fondo un alma animal pura y simple, un ser que daba chillidos, que de historia medieval sabía tanto como un mono cualquiera arriba de un árbol.

Pero mientras tanto el señor Sala y Angulema publica un optimista ensayo: *La incorporación del Ancestro;* la prensa habla de «abrir el diálogo hacia la selva», y un conocido filósofo de la antropología, con criterio más científico, aboga por «soldar con suavidad la fisura entre el pasado y el presente de la especie», confundiendo en su magnánima miopía fisuras con abismos. Pero hay otros que van más allá y aprovechando el generoso entusiasmo general pretenden extender a los simios algunos derechos cívicos que nos estaban estrictamente reservados, con lo que se advierte tras toda esta baraúnda el propósito inequívoco de utilizar a unos pobres animales, animales, digámoslo sin prejuicios, con respetuosa objetividad, para afirmar la tambaleante monarquía y, de este modo, sus vergonzosos privilegios.

Lo saluda

O. B.

Señor director:

Soy chimpancé. Desde hace ocho años atiendo importantes funciones en la Biblioteca Central y nadie se ha quejado jamás de mi competencia funcionaria. Para escribir esta carta no he debido tomar piridolina y no me considero, como tan ofensivamente dice el señor O. B. en su carta, «un mono cualquiera arriba de un árbol». Me hice el tratamiento hace quince años y hasta ahora todo ha andado en orden (salvo unas pequeñas alucinaciones traumáticas que no querrá el señor O. B. echarme en cara). Es un ultraje gratuito a una raza modesta, pero digna.

Lo saluda

M. N.

Señor director:

Me consta, el señor M. N. ha sido siempre un buen funcionario. Es correcto. Usa ternos cruzados, a rayas, muy elegantes, y se pasea entre las mesas con las manos en los bolsillos del chaleco. No puede desconocerse que es el único que tiene su sección empastada y cuida como joya cada libro. Hasta hace algunos años trepaba por las estanterías en cualquier dirección, omitiendo la escala, lo que hacía rapidísimo el servicio.

Sus paseos con las manos en el chaleco, me he podido dar cuenta, no son simples paseos, sino sagacísimas rondas de vigilancia. Lo he visto volar de improviso sobre varias mesas y caer conminatoriamente junto a un sospechoso, usted sabe, uno de esos salvajes solapados que van a la biblioteca provistos de navaja. Su sala es como un templo. Siempre está bien encerada y hay en ella un silencio absoluto. Todos saben que entrar a la sala del señor M. N. es cosa seria. Hay que limpiarse los pies veinte veces en el felpudo y caminar poco menos que en puntillas. Cuando alguien no observa esta regla y hace, por ejemplo, crujir las tablas, el señor M. N. se lo queda mirando desde su elevado escritorio, levantando ligeramente unos anteojos sin vidrios que suele usar. Es suficiente. Muchos le estamos agradecidos del clima de tranquilidad que reina por fin en una sala, una al menos, de la Biblioteca Central.

No es un hombre. Es un mono. Seamos ecuánimes. A pesar de las rabietas es un excelente bibliotecario.

Lo saluda

X. T.

Señor director:

Coincido con el señor X. T. El señor M. N. es un buen funcionario de la Biblioteca. Lo único que choca es que cuando está muy ocupado escribiendo pasa los libros con la pata.

Lo saluda

M. O.

Señor director:

Me parece bajo que se nos critique por una condición natural nuestra. Cuando yo paso un libro con la pata lo paso con la misma gentileza con que lo haría con la mano.

Lo saluda

M. N.

Señor director:

Sobre este asunto de las rabietas, una pequeña explicación. Fue una sola vez, hace unos siete años, cuando la Comisión de Incorporación me hizo saber, por boca de un correcto funcionario, que mi compañera había resuelto definitivamente no venirse de la selva. No sé, me enceguecí. Hice trizas algunos objetos que veía muy ligados a mis sueños. Usted sabe cómo son las cosas de la juventud. Quiero decir en mi descargo que pagué todo honradamente y que no se me ha visto ni se me verá otra vez en trances semejantes, porque uno va alcanzando felizmente ese equilibrio que dan los años, el trabajo y la ilustración.

Lo saluda

M. N.

Señor director:

Soy mono y me gano la vida como ciclista repartidor. Cuando leí la carta del señor O. B. fue como si me hubieran dado un mazazo, porque me vi retratado ahí como un miserable mono pedaleando por las calles, ridículo con la gorra y con la cabeza trabajosamente torcida sobre los paquetes.

Muy penoso, señor director, porque es injusto. Somos una legión los monos profesionales que no encontramos trabajo en nuestro ramo. A veces es por los prejuicios, a veces por la desocupación.

Mi caso, sin ir más lejos. Me especialicé diez años en el examen de textos filosóficos e hice una memoria sobre Darwin, no crea, señor director, algo bastante alejado del panegírico habitual. Nota máxima, medalla de oro y abrazo del rector, que aprovechó la ocasión para decir algunas palabras muy generosas, muy conmovedoras. Y aquí me tiene repartiendo paquetes todo el día en esta bicicleta de dos cuerpos marca «Reina», que no requiere, le aseguro, gran formación filosófica. ¿Es culpa mía?

Puedo citarle el caso de otro chico, un sociólogo amigo. Usted lo puede ver a cualquier hora del día en la Estación Central sacando basuras de la línea con el típico overol a rayas y yoquey. Si el señor O. B. pasa por ahí dirá: ¡Monos inútiles! Pero las cosas no son tan sencillas.

Además quiero aclararle al señor O. B. otro detalle: esa forma «ampulosa» en que movemos los pedales tiene por causa no nuestras «ínfulas», sino lo terriblemente doloroso que es para nosotros hacer ese movimiento. Nuestra anatomía, por desgracia, no está hecha para la bicicleta. Cuando vea el señor O. B. a un mono pedaleando por las calles, equilibrándose cómicamente para sacar la mano en las

esquinas, más que sonreír o reírse piense que va ahí un ser vivo y casi humano soportando toda clase de sufrimientos por la simple necesidad de ganarse la vida.

No es mi propósito helarle la risa a nadie, pero me veo obligado a decir con franqueza lo que pienso.

Lo saluda

S. B.

Señor director:

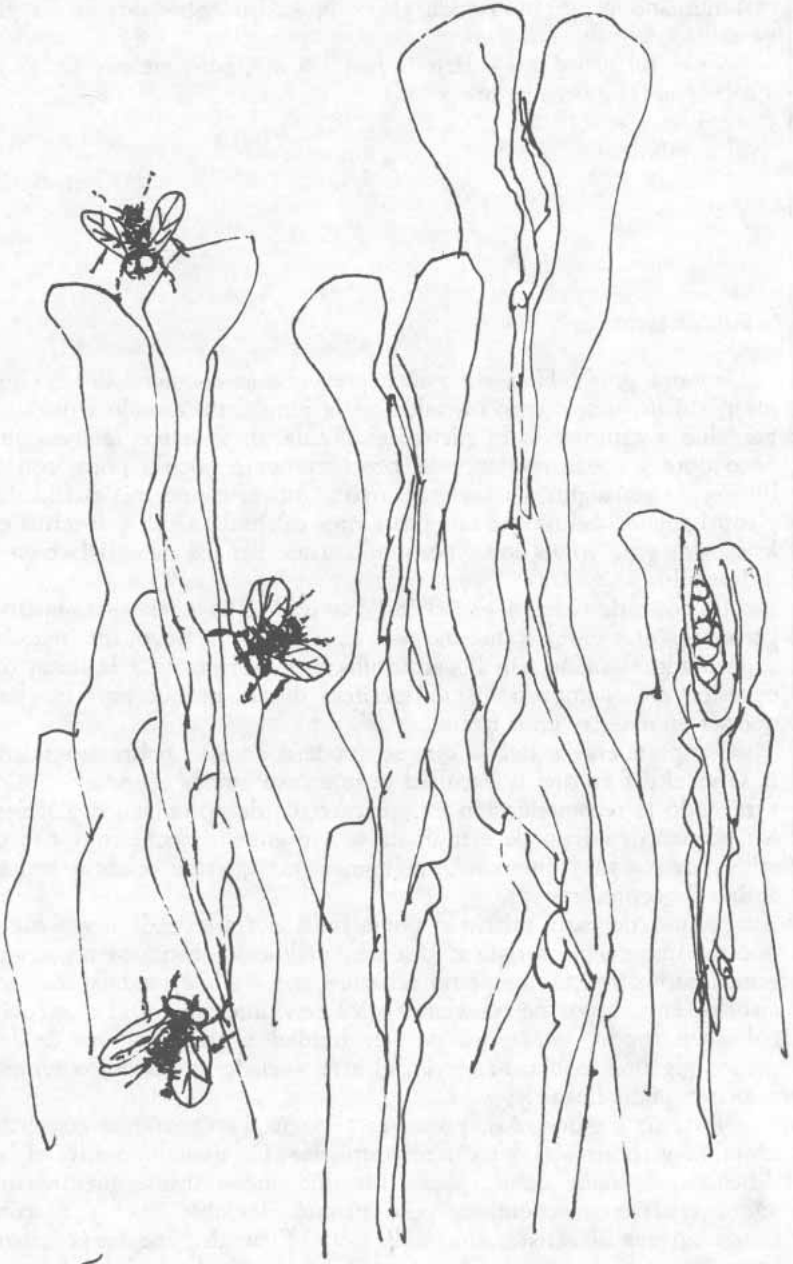
Soy orangután. Hace ocho años, creyendo en el cuadro dorado que me pintó un funcionario oficial, dejé la jungla, mi mundo natural, y me vine a estudiar artes pictóricas. Tenía al principio la mano un poco dura y cierta tendencia al brochazo, pero poco a poco, con la ilusión de ser algún día un gran artista, fui afinando mis cualidades y consiguiendo éxitos que mis profesores celebraban con golpecitos en la espalda (me volvía loco, porque esto me llenaba de satisfacción y de orgullo).

¡A costa de cuántos sacrificios! No le diré las noches, las madrugadas, los días enteros que me pasé ensayando un trazo, una mezcla, soportando el sueño, sin llevarme una miserable fruta a la boca. Mi obsesión era el impresionismo, empresa difícil, porque para eso hay que ser un maestro en la finura.

Comprenderá la alegría que se apoderó de este pobre animal de la selva el día en que la Facultad puso en sus manos el soñado título, agregando la recomendación muy encarecida de no dejar los pinceles. Mi pequeño cuartito de estudiante se vio aquella noche muy concurrido por los más diversos orangutanes que querían celebrar con el amigo el acontecimiento.

Porque, de paso, mi título ponía fin a cierta leyenda negra sobre nuestra impotencia artística. Era una maldición, como si no sirviéramos para otra cosa que para echarnos sacos a la espalda y remecer ciruelos en tiempos de cosecha. Yo los reivindicaba. En el orangután había un fondo, un tesoro de sensibilidad oculta. La raza de los monos gigantes ponía un pie en el arte y, dado su conocido temperamento, podía llegar lejos.

No tenía medios. Así, pues, mi pequeña habitación se convirtió en taller y comencé a ofrecer mis servicios. De inmediato advertí las dificultades. Nadie quería posar. Me dije que sería así mientras no adquiriera cierto renombre, pero pronto descubrí que la desconfianza no era al artista, sino a la fiera. Esta idea me hacía sufrir. Sonreía, suavizaba mis modales al máximo tratando de infundir confianza, trabajaba con las puertas y las ventanas abiertas, buscaba, en suma, todas las maneras de parecer bueno, mas sin resultado. Al-



10.7.75

guna muchacha estuvo una tarde en mi taller, pero seguramente asustada, pienso yo, por la forma penetrante en que mis ojos trataban de fijar formas y colores, el conjunto de esa belleza magnífica que se abría desde el busto como una flor de morbidez e incitación, de inocencia y temor, no sé, con algo de fugitivo en la mirada, no volvió más.

Mi vacío taller, mi ex cuartito de estudiante, comenzó a hacérseme odioso y di en la costumbre de vagar. Hablé una vez con el funcionario que me trajo de la selva. Quiso buscarme provisoriamente un puesto en la Facultad, algo de tipo administrativo que me dejara tiempo. Estaba todo dispuesto y habría resultado, tal vez, de no mediar el Decano, que se mostró horrorizado ante la idea.

Alguien me propuso pintar paisajes y naturalezas muertas, que tienen mercado fácil, pero me excusé. Rechazo el comercio del arte.

Llegué al último grado de la miseria. No tenía un centavo. En cierta ocasión, desesperado por el hambre, cogí una fruta de un puesto callejero y me la eché a la boca. Cogí otra, otra y una cuarta aún. Me sentía insaciable. Desde el primer instante, los timbres sonaron a rebato. Vinieron cuatro, cinco vigilantes, no sé de dónde, me tomaron con rudeza de los brazos y así, como si fuera un elemento altamente peligroso, me condujeron por las calles. Iban rápido para dar la impresión de que debían arrastrarme y apelar a todas sus fuerzas. No sé con qué objeto, porque yo reconocía mi falta y aceptaba las consecuencias.

Me llevaron a la cárcel y me tuvieron diez días a pan y agua (lo que mi estómago no dejó de agradecer). Luego me echaron a la calle sin blue jean y sin camiseta, haciéndome probar la vergüenza terrible de un puntapié final, el puntapié de desprecio y de advertencia, señor director, que se da a los ladrones.

Cuando me alejaba entre la multitud de curiosos, gente del barrio, alguien salió de la casa policial y me arrojó por la espalda las prendas requisadas. No olvidaré el silencio casi amistoso de esa gente simple que me rodeaba, ni la forma cuidadosa con que una muchacha se inclinó, recogió las cosas y las puso en mis manos.

Acaso fue eso, señor director, lo que me dio fuerzas para vencer el desánimo total, un sentimiento de derrota sin remedio, de desilusión, sin esperanzas que se apoderaba de mí.

Con el dinero que los amigos me reunieron solidariamente pasé algunos días tranquilo. Echado en mi cuarto, comí buenas frutas, pinté algo por distracción, escuché discos y, en suma, descansé. Mi novia estuvo dos o tres veces a verme y se portó gentil conmigo. Comprendía. Pero, sin duda, algo se había roto en mi interior.

Un día, vagando por el muelle, un hombre me dijo:

—«Ora», ¿te quieres ganar unos pesos?

Le dije que sí, andaba de nuevo con hambres atrasadas y ganas de hacer algo concreto.

Y me puse a cargar sacos. Hasta hoy. Y en eso estoy en el momento de escribirle estas líneas.

Así, pues, va uno rodando, perdiendo todo lo aprendido, deslizándose por la pendiente. Hace unos días tomé los pinceles y no me obedeció ni la mano ni el ánimo. A veces mi pensamiento, que se había acostumbrado a los silencios fecundos de la disciplina interior (no es mía la frase, señor director) adquiere otra vez un discurrir gutural. Me sorprendo hablando solo en la calle, en el trabajo o en mi cuarto. «Refunfuñando cosas de monos», dicen mis compañeros, sin adivinar cuán hondamente me tocan con sus bromas. A veces los malos instintos se me agolpan, no sé, unas negras ideas que rondan roncas por el pecho, pero me contengo.

¿Qué va a ser de mí? ¿Me voy a convertir en uno de esos orangutanes carne de horca que se arruinan por delitos miserables?

Más de una vez, parado en un lanchón que cabecea, mirando la espesura verde que se extiende más allá de la bahía, me pregunto si no hice mal en salir un día de ahí lleno de absurdos sueños dejando atrás tantas cosas que, después de todo, me eran entrañablemente queridas.

Señor director, me daría mucha pena que estas pobres palabras se interpretaran como un reproche a los hombres. Nada más lejos de nuestra intención. Los hombres nos han ofrecido una oportunidad que no podremos olvidar en tanto tenga memoria nuestra especie. Si algún reproche cabe es al sistema, al modo de vida vigente, que —hasta donde nuestras pobres cabezas selváticas pueden entender— adolece de defectos graves.

Lo saluda respetuosamente este gran mono, este cargador del puerto, este pintor sin porvenir que no pierde aún la esperanza, a pesar de todo, en el generoso experimento de los hombres.

Lo saluda

M. C. S.

Señor director:

Que diga el señor S. B. dónde nos conocimos. En la Cárcel Modelo, señor director (yo estaba ahí por un asunto de herencia). Muy amigos de tomar lo ajeno estos monitos. Amigos de tomar lo ajeno y presumidos. Todos muy educados, mucho estudio, filósofo, figúrese, pero terminan en su ley, trampeando unos cobres aquí, poniendo la manito intrusa allá, hasta que les cae la autoridad encima. Que diga el señor S. B. cómo terminó la carrera de su progenitor. Me gustaría mucho ver cómo explica eso.

Lo saluda

N. O.

Señor director:

Con mucha tristeza he leído la carta del señor N. O. Con tristeza porque el señor N. O. se mostró simpático y servicial con nosotros y en todo momento me pareció un buen amigo de los monos.

No hay un solo mono que trabaje en reparto que no pase unos días en la cárcel una vez al año, mientras se aclara el balance. ¿Por qué? Habría que preguntarle a los legisladores. Pero todo el mundo sabe que una vez cerrado el balance el mono sale en libertad y recibe en compensación una cantidad de dinero, en verdad bastante aceptable. Para nosotros es normal, nunca son más de tres días y lo consideramos parte inevitable de nuestro trabajo.

Ahora, señor director, respecto a la muerte de mi padre: no sé por qué el señor N. O. ha aludido a ello si es un hecho tan sin trascendencia y, por otra parte, tan doloroso para mí.

Era mi padre un mono muy grande, uno de los más grandes que han llegado de la selva. Y era al mismo tiempo un mono excelente, simple, alegre, manso. El no alcanzó a educarme. Vivía en la casa de un agricultor y allí era algo así como la persona de confianza.

Un día, sin embargo, mientras jugaba con los niños, empezó a apretar a uno por el cuello. Lo apretaba en son de juego, saltando, gruñendo, pero con brazo férreo y sin dar señales de querer soltarlo. Parece que el hombre, temiendo por la vida de su hijo, forcejeó con él, y, finalmente, como resultara inútil su empeño, lo golpeó violentamente con un palo. Mi padre terminó por soltar al chico y se abalanzó sobre el hombre, a lo que éste respondió sacando un revólver y disparándole dos tiros, uno que se le incrustó en la frente y otro que le dio cerca del corazón.

Quién sabe qué idea se le atravesó a mi viejo por la mente.

A veces es así. Parecemos felices, divertimos a los chicos, damos vueltas en el carrusel haciendo monadas por propia iniciativa, porque nos gusta, porque la vida es hermosa, y todo lo demás, y de repente, en un segundo, se nos aparece nuestro destino con su cara de desgracia y no sé, es como si se nos despertara lo peor. En algunas ocasiones basta un ruido de hojas, de ramas apartadas, un rumor de pasos, y entonces es como si estuviéramos viviendo una pesadilla enloquecedora.

De cualquier modo, no seré yo quien juzgue a mi padre. Primero, porque hay en la cabeza de los monos demasiados factores complejos que están operando en este instante. Segundo, porque es mi padre. No olvidaré jamás que fue él quien me trajo de la selva, de la mano, siendo yo muy pequeño, sin que fuera nadie a buscarlo o a explicarle las cosas.

Siempre tendré un recuerdo comprensivo para él. Mi padre vivía en el campo, es cierto, pero me imagino aquello, un horizonte de animales domésticos, de campo civilizado, regado, muy compuesto,

un paisaje bueno para el hombre, pero no para el temperamento erizado y luchador de un gran mono, sobre todo si ese gran mono —sin proponérselo él, desde luego— se ha mantenido lejos del baño tranquilizador de la cultura.

Sin más, lo saluda

S. B.

—Papá, ¿a dónde van esos ciclistas?

—Acompañan al cementerio a un camarada que murió.

—Pero tantos que van.

—Van todos. Así son ellos.

—¿Y por qué llevan una rama en la mano?

—Eso es algo simbólico, hijo, un símbolo de su tierra.

—¿Y por qué se bajan ahora?

—Porque el último tramo lo hacen a pie. También es un símbolo. Con eso quieren decir que llegan donde el compañero caído como ellos son, con sinceridad, despojándose de todo lo que les ha dado la civilización y no les pertenece.

—No había más cerveza, pero traje esta botella de vino.

—Nos va a caer como bomba.

—Esta noche no me importa. ¿Sabes? Estuve hablando con el muchacho que canta. Tal vez tú no te des cuenta, eres muy joven, pero la orquesta toca al estilo antiguo. Cuando el muchacho canta por esa especie de bocina de cartón es como estar oyendo un gramófono.

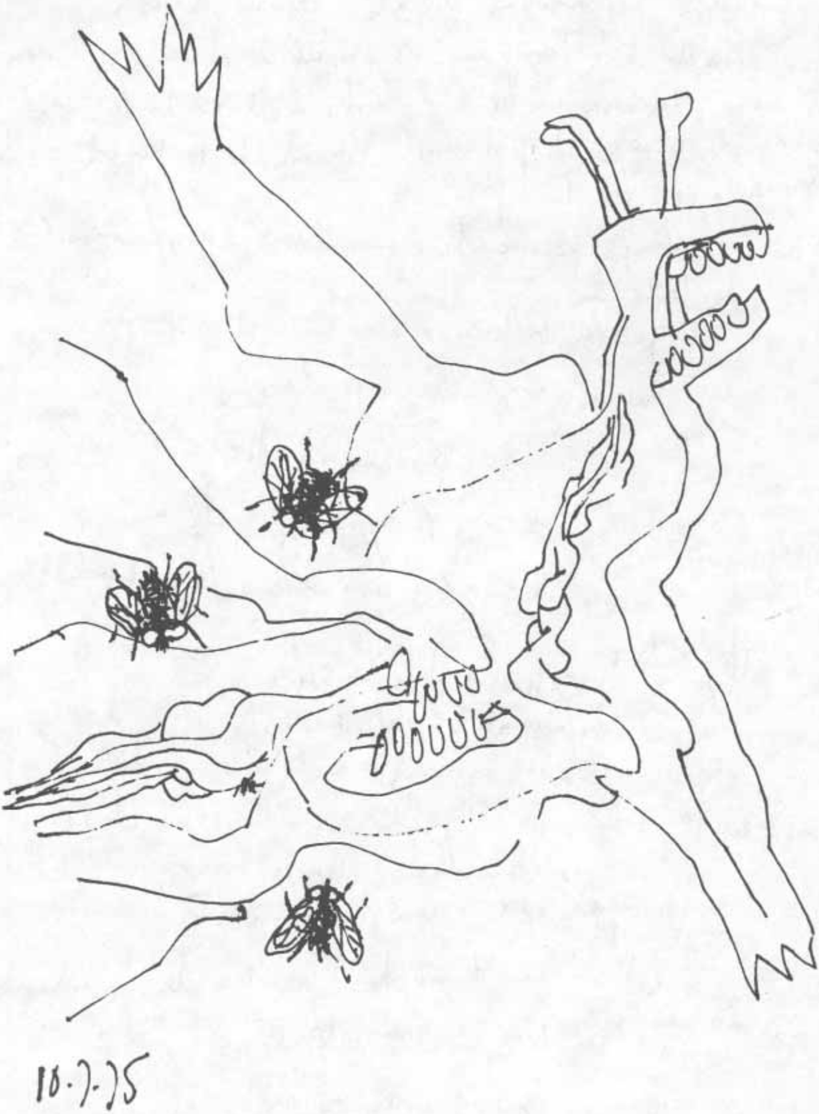
—No soy de esa época, pero me doy cuenta. En la escuela, las monitas chillan y saltan cuando escuchan eso.

—Por eso también me gusta la orquesta, porque es famosa y se queda en este localcito. Da gusto saber que no todo se hace por dinero. ¿Sabes por qué se quedan? Porque aquí está la tradición. A mí me trae muchos recuerdos. Cuando recién llegué era la música de moda, algo más lento que el foxtrot, con tan buen compás. En ese tiempo esto estaba comenzando y todo era alegría. Vino una pareja a enseñarnos baile, a los monos, qué me dices. Estábamos recién llegados y lo tomábamos todo a la risa. Un pasito al lado, otro atrás,

cómo era. Después nos dejamos de esa ridiculez, una porque los monos no servíamos para el baile y otra porque lueguito empezaron los problemas y todo el mundo prefería sentarse en cualquier parte a conversar, a quejarse o a hacer recuerdos. Por ahí comenzó la afición a la cerveza.

—Después el mono comenzó a descubrir la verdad.

—Te diré, a pesar de todo, lindos tiempos…



7-6-75

Hay quienes buscan una definición del arte, yo creo más bien en una necesidad.

Y me pregunto si no es el hombre mismo.

A veces lo veo como una búsqueda desesperada, lacerante, primordial de este mismo hombre

Puede ser también necesidad de definirse, encontrarse, buscar en la realidad, meterse hasta el fondo a veces chapoteando en el barro para salirse parado en los dos pies.

Saberse pensante, buscador, transformador de belleza.

¿Y si la belleza no es tan necesaria?

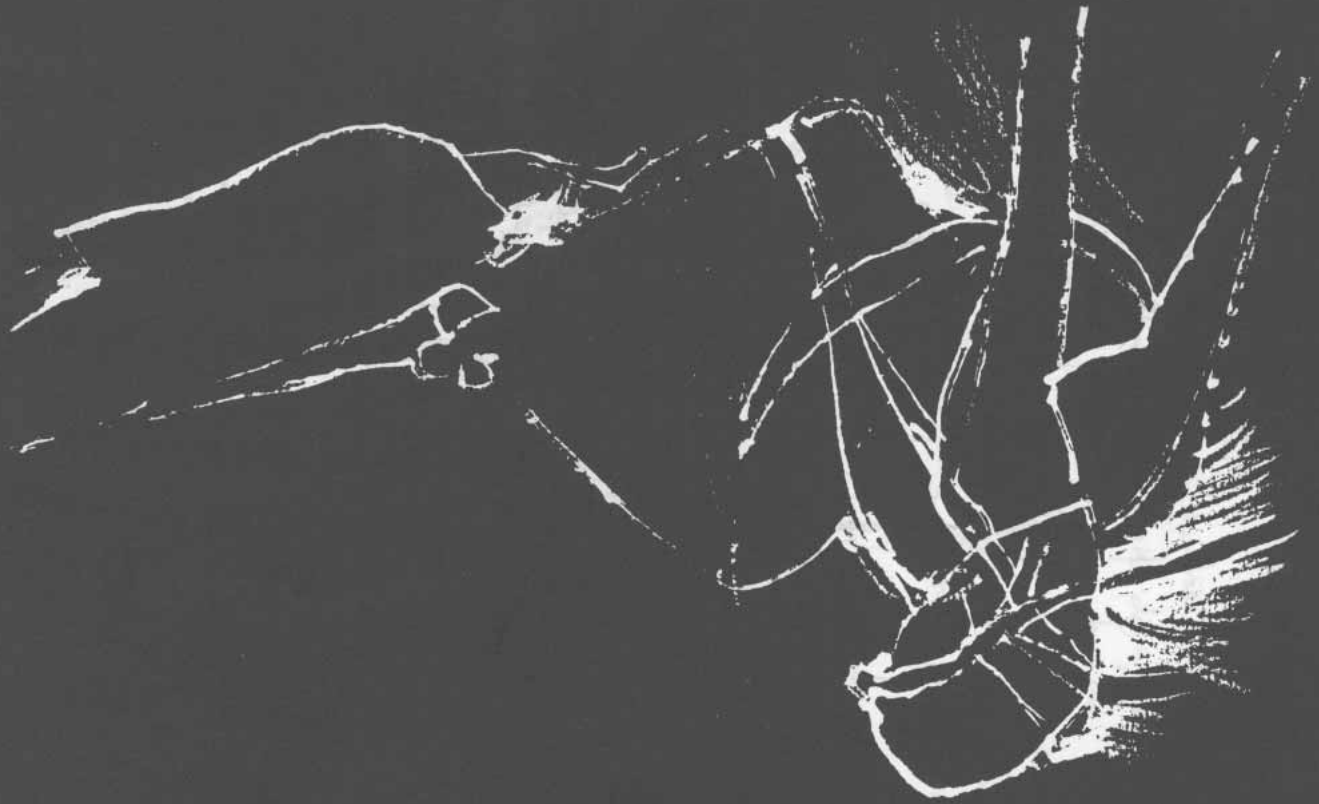
U otras interrogantes:

¿Porqué el divorcio?
¿Porqué las claves?
¿Es uno sólo o los demás?

Hay más: necesidad del artista
diferencia del artista
separación del artista

Pero también: todo hombre es artista, es creador, pero,
¿porqué va siempre tan atrás?
¿Será cuestión de tomarlos de la mano solamente, ¿o es más grave aún?

Creo que es más grave.



LECTURA DE «ALGO DE MI VIDA», DE LUIS CORVALAN

LUIS BOCAZ

En una nota introductoria, Luis Corvalán explica que su libro «escrito en el campo de concentración de Ritoque en el mes de agosto de 1974» tuvo como estímulo directo una de las peroratas de Pinochet que calificaba a los dirigentes de la Unidad Popular de «elementos ajenos al país». Título, número de páginas y declaraciones del autor intentan reducir el alcance de estas memorias; sin embargo, la coyuntura en que fueron escritas y las proyecciones de la acción de Corvalán en la vida nacional añaden otra dimensión al placer de la lectura de un buen texto dando razón a los prologuistas de la primera edición hecha clandestinamente en Chile en 1976 [1]. Así, el modesto volumen de poco más de cien páginas rebasa el propósito circunstancial de «desmentir al tirano» hacia problemas capitales de la génesis y evolución de un pensamiento revolucionario en una formación social específica.

La elección del género memorias para refutar las imputaciones acerca de los hombres que dirigieron el proceso político durante el régimen del presidente Allende es uno de los aspectos atrayentes en el libro de Corvalán. *Algo de mi vida* construye la defensa de una política con substancias autobiográficas extraídas de una cronología cuyos puntos extremos se sitúan en 1916, fecha de su

(1) Aparte de esta primera edición clandestina, realizada en Chile, existe una edición mexicana, una española y una soviética. Las citas del artículo corresponden a la edición española de la Editorial Crítica, Barcelona, 1978.

nacimiento, y 1956, año de su elección como secretario general del Partido Comunista. Utilizando como referencia su propia trayectoria vital, Corvalán confía reconstruir el «itinerario de miles de compañeros». ¿Desconfianza ante una teorización que pueda alejar de lo concreto? Para esta opción podrían allegarse causas valederas derivadas de las condiciones de detención del autor, pero quizá no sea desdeñable la hipótesis de estar frente a un pensamiento que se siente más cómodo en un terreno diferente al de la formulación teórica sistemática.

Independientemente de los límites que el variado origen del actual movimiento revolucionario chileno pudiera imponer a sus intenciones, la elección del vehículo expresivo invita a pensar en uno de los rasgos perceptibles en la producción teórica chilena desde los días de Recabarren. Volcada, desde muy temprano, hacia los problemas de la praxis política, el observador distingue una modalidad de reflexión que difiere de la producción de un Mariátegui, por ejemplo. Sería justificado el paralelo que ve en el marxista chileno y en el marxista peruano dos figuras que laboran la misma cantera, con herramientas similares pero en veta diferentes. Recabarren, el gran organizador cuya obra vive en el poderoso movimiento de los trabajadores chilenos; Mariátegui, el gran intelectual cuya interpretación del Perú conserva plena validez.

En un género en el que las efusiones del yo suelen oscurecer la escena sorprende el equilibrio de un texto dedicado a los jóvenes y al que el autor despoja, con premura, de pretensiones literarias. La historia de la literatura chilena nos entrega algunos ejemplos ilustres que suministran carne y latido a la conceptualización histórica. Se nos excusará la alusión obligada a *Recuerdos del pasado,* de Vicente Pérez Rosales —irónico desde el mismo título— y a su inestimable valor para revivir la etapa de organización de una joven república desde el punto de vista de quien se plantea con decisión y humor robustecer los elementos de superación de ese pasado. Las vivencias de Corvalán forman parte de un acervo de informaciones acumuladas por personalidades que han comprometido su existencia con la obtención de cambios fundamentales en la estructura del país. A menudo, un pudor lamentable que juzgó inútil registrarlas por escrito, o la falta de tiempo, privó de estas valiosas fuentes a una concepción de la historia centrada en la elucidación de procesos que afectan a mayorías nacionales por encima de modificaciones acaecidas en frágiles instituciones políticas.

El libro se abre con una magnífica pintura de género que nos introduce a la intimidad de un hogar provinciano en el Chile de los años veinte. La narración se complace en los zig-zags del proceso de urbanización que altera la fisonomía rural del país estragada por el secular dominio de la oligarquía liberal-conservadora:

> «Tomé tendría unos cinco mil habitantes a comienzos de los años veinte. De los muchos cerros que lo rodean

apenas estaban poblados Frutillares, Estanque y Cerro Alegre. No había alcantarillado y el agua no era potable. En casa había una piedra porosa para destilarla, pero muy poco la usábamos. Era más práctico hervir el agua turbia que pasarla por esa piedra. Sólo algunas calles estaban adoquinadas: Portales, Manuel Montt, y Nogueira. En el verano abundaba el polvo y en el invierno el barro. Este era tan hondo y espeso que a veces se quedaban pegadas las carretas. Había que tener una doña yunta para salir del fango. Los carretones que tenía la Sociedad Vitivinícola para sus repartos eran tirados por percherones. Pero también quedaban atascados. Carreteros y carretoneros echaban chispas; los primeros, picaneando los bueyos; los segundos, chicoteando los caballos. Rabiaban a más no poder. Los chiquillos del barrio gozábamos del espectáculo» (p. 28).

Para los tres millones y medio de habitantes que Chile cuenta en esos momentos, el panorama descrito evidencia un grado de desarrollo que no honra precisamente a la conducción oligárquica de la República. Diez años antes, Recabarren ha echado un balde de agua fría en las fiestas del Centenario al denunciar una noción de patria para uso de las clases dirigentes. Sin tonalidades de Arcadia criollista, Tomé acude en las páginas de Corvalán, como el mundo mágico de la infancia, con formas culturales que discrepan de las canonizadas por los grupos dominantes: sistema de apropiación del espacio, utensilios domésticos, materias, alimentos, relación con la naturaleza. Estos ingredientes de una cultura popular se engastan en su relato, sin esfuerzo, con solidez que nos recuerda el poder restaurador e instaurador de los buenos momentos de nuestra poesía y de nuestro folklore.

En este marco monótono y polvoriento, el retrato de la madre adquiere relieves excepcionales como principio unificador y de continuidad de la familia después de la deserción paterna. Asistimos a su heroísmo silencioso en la lucha cotidiana por mantener y educar a sus cinco hijos. Al alba, su silueta campesina doblada bajo la carga del trabajo a domicilio que le permite sostener el hogar, cruza hacia la fábrica. Es creyente, es analfabeta y su vinculación a las faenas industriales no la inmuniza a la ideología dominante respecto de una estructura social en la que añora el ascenso de su hijo:

> «Mis amigos de la infancia, más que en el Liceo, se hallaban en la calle donde vivía. Mi buena madre me decía que no debía juntarme con quienes eran menos que yo. Esta reprimenda me mortificaba» (p. 32).

El estancamiento social de Tomé durante la década no se rompe con los inicios de la industrialización. Tampoco llega a la ciudad

el eco de los grandes acontecimientos mundiales, ni del movimiento obrero del Norte, y, es significativo, tampoco del núcleo proletario de la cercana región de Lota.

> «Tomé fue progresando. Se amplió la Fábrica Nacional de Paños y luego surgió la Fábrica de Tejidos el Morro, que después se convirtió en la Fábrica Italo-Americana de Paños (FIAP). Se pobló todo el llano, el Cerro de los Guzmanes, hoy Navidad, y así cerro tras cerro. El proletariado tomecino creció de repente. Pero los comunistas no aparecieron de inmediato. Al menos yo no les conocía ni oí hablar de ellos en la década del veinte. Para las elecciones la gente acudía a los choclones de conservadores y demócratas» (p. 29).

¿Cómo se formó en estas condiciones el pensamiento revolucionario de Corvalán? Aparentemente nada hay en el episodio tomecino que prefigure el curso que seguirá su conciencia individual con posterioridad a 1930. Por lo menos en forma explícita. Si hay algo, ese algo está presente como el conjunto de determinaciones de una formación social dependiente que puede o no puede conducir a un miembro de las clases dominadas desde una actitud de rebelión a una crítica científica de la estructura social y luego a adoptar los mecanismos prácticos de su superación. Durante este período, se advierte un vacío de mentores y podemos colegir que el Liceo, en cuyos bancos se sienta con irregularidad, sólo representa el acceso a una cultura general y una difusa perspectiva de movilidad social.

Aun si se tienen presente las prevenciones de Corvalán de haber soslayado el análisis político, su propósito de dotar de generalidad a una experiencia individual admite interrogarse acerca de la función de las vivencias seleccionadas en esta secuencia temporal. Al parecer es legítimo deducir una principal: la valorización explícita de la crisis de los años 1929-30 como factor cuyas repercusiones se harán sentir durante todo el decenio. «La Escuela Normal y el año 1931 influirían decisivamente en mi vida.» Con esta evaluación el autor confirma los criterios de periodización de la historia latinoamericana menajados por autoridades como Hernán Ramírez y Tulio Halperin Dongih. Este último investigador sitúa en esa fractura el comienzo de lo que denomina la «crisis del orden neo-colonial», y es atinado insinuar que muchas de sus prolongaciones en el nivel de las superestructuras ideológicas aguardan todavía una exploración sistemática.

Ampliando estas consideraciones, el texto de Corvalán conlleva una meditación acerca del contenido de nuestros conceptos científicos en relación con la captación de la realidad del país. En efecto, un enunciado como «los años veinte en Chile» olvida en su fragor de luchas estudiantiles y acordes del *Cielito Lindo* el desigual desa-

rrollo de la conciencia social a través del país. El caso de Corvalán prueba que la prédica de Recabarren y el ejemplo de la Revolución Rusa y de la Revolución Mexicana no influyeron en su conciencia individual, por lo menos en un nivel de discurso racional, durante su infancia y parte de su adolescencia y que es deseable profundizar en las múltiples formas concretas de la conciencia social para enriquecer la capacidad operatoria de nuestros conceptos. Otra consecuencia importante de la incorporación de estos materiales de infancia es la frontal arremetida en contra de la tendencia hagiográfica que, hasta 1956, devastó sectores de la historiografía marxista. El autor ha eliminado cuidadosamente del largo episodio tomecino recuerdos que cumplan finalidades premonitorias, incidentes como el del machete-en-el-patio-de-la-escuela que preparen el desenlace. El relato anota con fidelidad el contorno en que se forma una personalidad sin predestinaciones de ninguna especie. La naturaleza del revolucionario surge de estas páginas como un proceso, un quehacer antes que un estado definitivo, una construcción permanente en la que el estudio, en la acepción más honda de la palabra —esfuerzo de aprehensión del total de la experiencia social— guarda un lugar privilegiado.

La crisis de los años 1929-30 introduce una variación en el tono y ritmo narrativo desde el segundo capítulo y subraya el desplazamiento de la inserción del relator de las formas cerradas del núcleo familiar hacia formas colectivas, cada vez más amplias: profesionales, sindicales, partidos políticos populares, alianzas de partidos políticos. Gana el centro de la escena el movimiento social expresado en fechas memorables: caída de Ibáñez, sublevación de la Armada, instalación de la efímera República socialista, aparición del grupo Avance entre los estudiantes. Se presiente en la atmósfera el advenimiento del Frente Popular como resumen de esta bullente inquietud posterior a la crisis.

En esta segunda parte de su vida, el memorialista repasa sus primeros contactos con estudiantes marxistas en la Escuela Normal de Chillán. Por primera vez, escucha análisis de acontecimientos políticos como el nazismo, el ascenso de Roosevelt en los Estados Unidos, los progresos del movimiento revolucionario en China, la construcción del socialismo en la URSS. Un día, con un centenar de personas, ve desde el andén de la Estación de Chillán a Elías Lafferte que pasa en el recorrido de su campaña a la presidencia de la República. Así como no hay añoranza del «país de nunca jamás» en su primer capítulo, el pasado de la organización revolucionaria es observado con objetividad desalentando cualquier posible mitología:

> «Las reuniones del Comité Regional se iniciaban con un largo informe de dos o tres horas de duración. No había mucha diferencia entre unos y otros de los que yo tuve oportunidad de oír. Invariablemente, comenzaban por una revista de la situación internacional, partiendo del Extremo

> Oriente para culminar con amplias referencias a la edificación del socialismo en la URSS. El informante se detenía especialmente en las luchas de los trabajadores de Francia y España. Después saltaba a América Latina. Cuando llegaba el momento de entrar al análisis de las cosas de Chile, ya casi no le quedaba voz y a sus auditores muy poca capacidad de retención. Sin embargo, recuerdo muy bien que, en lo tocante al país, se diseñaba un cuadro bastante optimista de la lucha social y de las perspectivas que ella ofrecía» (p. 57).

¿Insuficiente análisis de una especificidad nacional reemplazado por generalidades teóricas? ¿Desajuste en los esquemas de interpretación del país? ¿Por qué no? El nivel orgánico de las instituciones es un producto que refleja las posibilidades y limitaciones de su momento histórico. Pronto se llega a una comprobación menos optimista: «La revolución no estaba a la vuelta de la esquina», y a la necesidad de elaborar una vía política diferente: el sistema de alianzas del Frente Popular.

En un sentido estricto, el volumen no contiene revelaciones que alteren notablemente el cuadro de la historiografía social existente, aunque múltiples episodios de la vida política reciben apreciable luz adicional, v. gr.: el verdadero papel de Eudocio Ravines en la constitución del Frente Popular o los incidentes que rodearon a la publicación clandestina del Canto General de Neruda. El periodista revisa estampas lejanas de la prensa popular; la historia de las ideas encuentra materiales sobre la lucha ideológica en el seno del P.C. chileno: browderismo, reinosismo, así como sobre las secuelas nacionales de la Guerra Fría.

Uno de los blancos favoritos en que se ejerce el tono zumbón del libro son las superestructuras jurídicas de la democracia burguesa en Chile. Desde la hipócrita martingala a la que se prestan los tribunales de justicia para dar visos de legalidad a un divorcio inexistente en la legislación, hasta los atentados de las clases dirigentes en contra de los derechos del hombre cuando se trata del movimiento obrero. Corvalán tiene la triste autoridad de llevar en su persona las huellas de ese ensañamiento. Durante la represión anticomunista que el presidente González Videla desencadenó, como su adhesión al maccarthismo de la Guerra Fría, Corvalán recibió daños irreparables en un oído, efectos de las torturas que se le infligieron.

Para sus últimas páginas, el autor ha reservado un pasaje de especial interés por las valiosas enseñanzas que propone a la correcta visión de las relaciones entre discurso político y discurso científico. Cuenta Corvalán que el Congreso de 1956, a propuesta suya, acordó considerar el 2 de enero de 1922 como fecha de fundación del Partido Comunista de Chile. Hasta ese momento se había estimado

como tal el 4 de junio de 1912 cuando Recabarren había fundado, en Iquique, el Partido Obrero Socialista:

> «Sostuve la tesis —escribe Corvalán— de que los partidos comunistas eran frutos de la evolución social y política de sus propios pueblos y, al mismo tiempo, frutos de la Revolución de Octubre. Afirmé, además, que mantener la antigua fecha de fundación del partido significaba considerarlo como uno de los tres o cuatro primeros partidos comunistas que habían aparecido en el mundo, lo cual, para decir lo menos, constituía una falta de modestia. Algunos compañeros, como Orlando Millas, discreparon de mi opinión, pero ésta triunfó ampliamente.
>
> Ahora no estoy seguro de si estuve en lo cierto y, por lo tanto, de si aquel acuerdo fue correcto» (p. 120).

En el meollo de la argumentación que Corvalán opone a su antiguo punto de vista está su exhortación prioritaria a «un estudio más profundo del problema» para resolver en esta materia en que se entrecruzan concepto científico y decisión política.

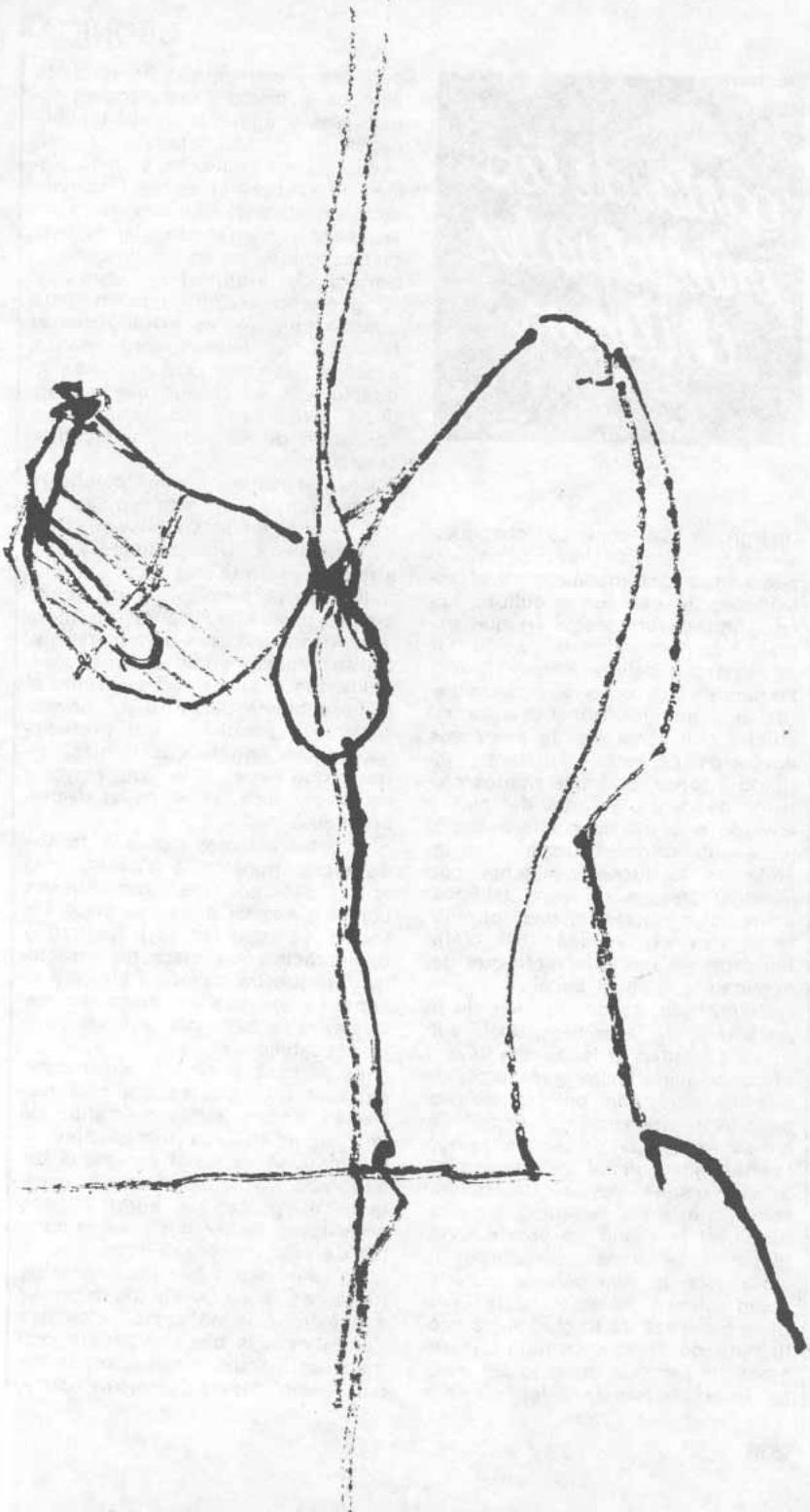
El libro se cierra con su ascenso a la secretaría general del partido comunista en el Congreso celebrado clandestinamente en Cartagena, en 1956. En el contexto internacional el mundo socialista es conmovido por el proceso de desestalinización. En el contexto nacional han transcurrido cuatro años de fallido populismo ibañista; se producirá la reunificación del Partido Socialista, y la agrupación conocida como Falange Nacional adoptará la denominación de Partido Demócrata-cristiano. Tres figuras de la historia política se perfilan nítidamente: Jorge Alessandri, Eduardo Frei y Salvador Allende. En las elecciones presidenciales de septiembre de 1958, estos personeros, representativos de la conservación, la reforma y la revolución, harán su primera aparición conjunta en un largo drama republicano que sólo sellará la muerte del más grande en el desenlace marcado por el fascismo. En muy pocas frases, Corvalán recuerda que esos años conocen el surgimiento de un programa político que, vistas las condiciones del país, se plantea la toma del poder por una vía no armada. El lector llega hasta ese umbral desde el cual se vislumbra el proceso que conduce al debate sobre la naturaleza de los tres años de gobierno de la Unidad Popular.

«Si me es posible escribiré otras vivencias», confiesa Corvalán en la última página de su libro. Es de esperar que así sea porque al termino de su lectura hay preguntas a las que obliga una situación de exilio. ¿Cuáles son los criterios que definen la pertenencia a una nacionalidad? ¿El nacimiento? ¿Una documentación jurídica refrendada por un poder transitorio? ¿La calidad de miembro de un grupo que ha ejercido o que ejerce su hegemonía en una formación social? Corvalán ha eslabonado sus vivencias en una respuesta

que habla por él mismo y por las mayorías de un país subdesarrollado y dependiente. «La pobreza no hizo de mí un niño triste.» La amargura está ausente de la evocación de una infancia a la que una estructura social oligárquica privó de muchas alegrías; tampoco hay amargura al evocar los largos períodos en que la democracia burguesa le escatimó el espacio de libertad necesario para una vida como la de cualquier ciudadano. De estos materiales acumulados desde un recodo de la madurez y del dolor —fueron redactados en un campo de concentración durante la mayor catástrofe sufrida por el país— emana una lección de dignidad y de amor entrañable a esa tierra en la que se le impide vivir. ¡Qué distantes estamos del estereotipo minimizador del revolucionario esparcido por las clases dirigentes!

El libro de Corvalán respira salud. Sano es su humor que recurre a la anécdota sabrosa para alejar los riesgos de una ejemplaridad convencional. El discurso del dirigente político asume el papel de instrumento de diálogo, de didascalia fraterna que incita a la reflexión. La escritura política recupera su poder creador: convoca y orienta a una discusión colectiva.

Libro optimista, en sus páginas encontramos, sin embargo, el signo de una derrota: la derrota de aquellos que busquen en sus páginas el signo de una derrota.



carta de los intelectuales chilenos

Un grupo de chilenos obligados a residir fuera de nuestro país, y que hemos desempeñado en él actividades ligadas con la cultura, hemos firmado una carta en que expresamos nuestra preocupación por el desarrollo cultural chileno y reafirmamos el derecho de nuestra patria a continuar construyendo su cultura con el aporte de todos sus intelectuales. Este documento, dirigido a todos los universitarios chilenos de dentro y fuera del país y enviado a organismos internacionales —entre otros, Unesco—, se inserta en la lucha constante que libran artistas, escritores, científicos, estudiantes y profesionales por mantener viva esa realidad tan clara, tan propia y tan indefinible que denominamos cultura chilena.

El proceso de destrucción de la economía, de la política, de la cultura y sociedad chilenas que lleva a efecto la Junta Militar para hacer de nuestro país una entidad de dependencia absoluta del imperialismo supranacional de raigambre norteamericana cumple inexorablemente sus etapas, con el despiadado costo que todos sabemos. Sin embargo, el fascismo no podría vanagloriarse de haber avasallado de modo total la vida cultural chilena, como piensa haberlo hecho con otros aspectos de lo que, hasta septiembre de 1973, constituía nuestro modo de ser más genuino. En efecto, si la resistencia a las medidas políticas y económicas de la Junta sólo cada cierto tiempo logran tomar vida y agitar la opinión pública, la resistencia cultural, más larvada, menos rutilante y más sutil, está siempre presente. Una canción, un libro que circula de mano en mano, un grabado clandestinamente editado están continuamente clarificando la atmósfera negra que el gobierno militar quisiera para nuestro país. No es extraño que el fascismo no haya logrado nunca avasallar la vida cultural de un pueblo: ella es el sitio de su identidad profunda y de la creación constante de su propia autoconsecuencia.

Desgraciadamente, una cultura ni puede nutrirse de sus propias raíces ni vive en la sobrevivencia de su aislamiento. Universalidad y desarrollo constante son sus características más propias. Y es, justamente, para ahogarla en su mera sobrevivencia o para deformarla mediante estilos periclitados o importados que el fascismo ha enviado al exilio a buena parte de sus universitarios, sus artistas, sus profesionales y ha erigido una frontera interior que hace de la gran mayoría de los chilenos, exiliados en su propia patria.

Quienes estamos del lado de acá de dicha frontera, artificiosa pero tenaz, sabemos bien que nuestra común tarea es mantener vivos los trazos de madurez, originalidad y democracia que siempre caracterizaron nuestra cultura. Pero hay algunos a los que las fronteras naturales y la distancia añaden otras responsabilidades.

La primera es no dar jamás cabida a lo que, por resonancias históricas, podría llamarse "cultura de la emigración". La mantención de la identidad nacional (en todas las generaciones) y la referencia constante al proceso cultural chileno constituyen las condiciones concretas de esta responsabilidad.

La segunda, la más importante de todas, es la exigencia de regresar a nuestro país no como autómatas del saber o la ciencia ni para permanecer inactivos, sino para terminar como termina nuestra carta,

para hacer valer el derecho de Chile de disponer de sus intelectuales, a fin de llevar a cabo su propio desarrollo.

Pedro MIRAS

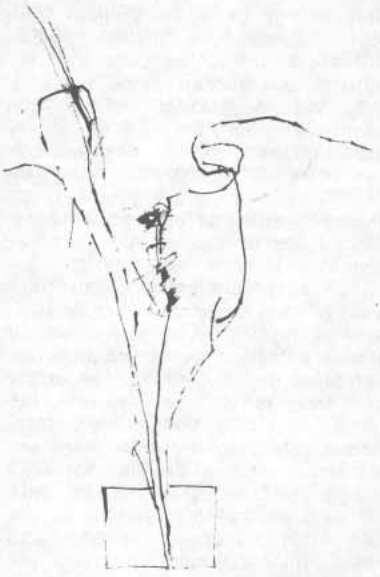
TEXTO DE LA CARTA

«Uno de los rasgos más sombríos de la tragedia de Chile es la enorme cantidad de intelectuales forzados a vivir fuera de su patria. Expulsados del país, desterrados de él por condenas injustas u obligados a abandonaro por la intimidación cotidiana, la cesantía o la privación de medios materiales de trabajo y de la dignidad mínima para efectuarlo, ven su regreso arbitrariamente denegado o sujeto a exigencias degradantes y al capricho de la autoridad llamada a decidir si representan 'un peligro para la seguridad del Estado' o han incurrido en el extranjero en 'actos contrarios a los intereses de Chile'».

«Todo esto importa la violación más flagrante, reiterada y extensa de los derechos del hombre y, en especial, del derecho de toda persona a vivir y trabajar libremente en su propio país, a salir libremente de él y de regresar a él libremente. Pero hay en todo esto algo más grave. Los miles de académicos, hombres de ciencia, artistas, profesionales y estudiantes impedidos de vivir en Chile son, junto a los que dentro del país no pueden ejercer sus profesiones y están obligados al desempeño de los oficios más diversos, parte importante del capital humano con que el país cuenta para planear, organizar y llevar adelante el proceso integral de su desarrollo. Constituyen, precisamente, la herramienta que todo pueblo se empeña denodadamente en forjar, a través de generaciones, para salir de su estado de atraso. Al dilapidar de manera inaudita ese potencial, el gobierno militar consuma un atentado contra los derechos de todo el pueblo de Chile.»

«Quienes suscribimos esta carta en representación de todos los académicos, científicos, artistas, profesionales y estudiantes chilenos privados de vivir y trabajar en su patria afirmamos, más allá de nuestros propios derechos individuales, el derecho de Chile a contar con el capital de sus intelectuales para emprender y llevar a cabo su propio desarrollo.»

(Esta carta ha sido firmada hasta el momento por más de doscientas cincuenta personas, representativas de las más diversas disciplinas intelectuales.)



coloquio sobre literatura latino-americana

Durante diez días —del 29 de junio al 9 de julio de 1978— se realizó en el castillo de Cérisy-la Salle, centro cultural internacional, situado en la Normandía, un coloquio sobre Literatura Latinoamericana Contemporánea, dirigido por Jacques Leenhardt, profesor de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París.

Este suceso nos incita a reflexionar sobre las condiciones socioculturales que han propiciado el interés por parte del público francés y europeo en general por la literatura latinoamericana de las últimas dos décadas, y sobre la posibilidad de que los estereotipos culturales sobre Latinoamérica, que han dominado durante tanto tiempo, estén sufriendo un proceso de transformación al producirse un nuevo interés por el continente debido a los problemas que lo sacuden.

Los acontecimientos de los últimos años —la instauración de regímenes represivos que ejercen su poder a través de la práctica sistemática de la censura, las arrestaciones, la tortura— ya son hechos conocidos por muchos franceses que han mostrado su solidaridad a través de una serie de manifestaciones públicas. En este proceso de concientización, los intelectuales latinoamericanos han tenido un papel importante, lo que ha llevado a una evolución de su rol tradicional. Al consabido viaje a las fuentes de la civilización occidental de generaciones de intelectuales latinoamericanos y uno que otro solitario en exilio político, ha cedido paso un exilio político masivo en el que cantidades de individuos han debido abandonar sus países, forzados por regímenes que reprimen radicalmente toda manifestación política y cultural que no dé apoyo ideológico al poder en plaza. Así, grupos de intelectuales exiliados han debido situarse frente a la realidad europea desde una perspectiva diferente a la del intelectual latinoamericano tradicional.

Este interés genuino por parte de muchos franceses, estimulado, como hemos dicho, por la presencia de numerosos intelectuales, artistas y escritores de América Latina en París, no ha sido ignorado por aquellos que controlan los circuitos de comercialización y distribución de mercancías culturales. Mientras los países latinoamericanos han servido desde la época colonial de fuente de materias primas para los países dominantes, en los últimos años se ha presentado a la América Latina también como una fuente de producción cultural. Las editoriales más grandes de París, después de las norteamericanas, han sabido aprovechar esa oportunidad: todas tienen su «colección» de literatura latinoamericana en donde a menudo trabajan escritores latinoamericanos de prestigio. La cantidad de traducciones de novelas latinoamericanas ha crecido de manera sorprendente en los últimos cinco años. Este fenómeno se produce significativamente en el momento en que la novela francesa es considerada en «crisis». Los intentos de experimentación, tales como «la nueva novela» han permanecido circunscritos a grupos literarios y élites intelectuales sin llegar a tocar de manera importante al lector francés. Este vacío aparece llenado, en parte, por la producción novelesca de América Latina. Un ejemplo de esto podría ser *Cien Años de Soledad*, la novela más leída en Francia desde hace algunos años.

Ahora bien, sin querer restar importancia al interés genuino que